

The book cover features a vibrant, stylized floral pattern on a dark blue background. The pattern includes large, light blue flowers with dark blue centers, and various green and yellow leaves and scrolls. A prominent yellow rectangular box with a red border is centered on the cover, containing the title and author's name in bold, black and red text.

**UN HOGAR
DIVIDIDO**

PEARL S. BUCK

Lectulandia

Esta novela, que es la continuación de HIJOS, prosigue su argumento y completa la trilogía que empezó con LA BUENA TIERRA en la que Pearl S. Buck nos presenta la historia de la familia de Wang, el campesino. El conjunto de estas tres novelas integra una de las creaciones literarias más considerables de nuestros días. No es solamente la historia de Wang y de sus hijos, sino la historia contemporánea de un inmenso y misterioso país, y de la vida de un grupo humano cuyos perfiles mantienen la fuerza que le prestó una civilización milenaria y llena de interés para los occidentales. El misterio de la China, por tanto tiempo sin descifrar, comienza a ser reflejado ante la mirada del Occidente por la creación de esta eximia novelista norteamericana.

Desde los días cercanos en que la novela titulada LA BUENA TIERRA fue agraciada con el premio Pulitzer, traducida a varios idiomas y llevada a la pantalla en una excelente versión cinematográfica, el nombre de Pearl S. Buck quedó consagrado entre las primeras figuras de las letras contemporáneas. Más tarde, la concesión del Premio Nóbel de Literatura afianzó decisivamente aquella consagración.

Un hogar dividido es un excelente retrato de la China en medio de la Revolución. Wang Yuan se encuentra atrapado en las ideologías opuestas entre diferentes generaciones. Yuan, después de pasar seis años en el extranjero, vuelve a China, en medio del alzamiento de los campesinos. Su primo es capitán en el ejército revolucionario, su hermana ha escandalizado a la familia por su embarazo fuera del matrimonio, y su padre sigue aferrado a sus ideales tradicionales. A través de Yuan la paz volverá a la familia.

Lectulandia

Pearl S. Buck

Un hogar dividido

Trilogía La familia Wang - 3

ePub r2.1

Titivillus 30.12.14

Título original: *A House Divided*
Pearl S. Buck, 1935
Traducción: José María Souvirón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

De este modo llegó Wang Yuan, hijo de Wang el Tigre, a la casa de tierra de su abuelo Wang Lung.

Wang Yuan tenía diecinueve años cuando fue desde el Sur al hogar de su padre, para reñir con él. Una noche de invierno, mientras la nieve azotaba los enrejados, siguiendo las intermitencias del viento Norte, el Tigre estaba solo, sentado en el vestíbulo, removiendo los tizones del brasero, distracción que le agradaba, y soñando como siempre con que su hijo volvería un día a la casa, hecho un hombre y dispuesto a ponerse a la cabeza de los ejércitos de su padre y conducirlo a las victorias que el Tigre había planeado, pero no había llegado a realizar porque los años le atraparon antes de que pudiera hacerlo. Aquella noche, Wang Yuan, el hijo del Tigre, llegó a la casa cuando nadie lo esperaba.

Se quedó de pie ante su padre, y el Tigre contempló a su hijo, que llevaba un uniforme desconocido para él. Era el uniforme de los revolucionarios, enemigos de todos los señores de la guerra; el Tigre era uno de estos. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, el viejo salió de su ensueño y, levantándose de su sitio, se quedó mirando de hito en hito a su hijo, mientras que tanteaba buscando la fina y aguda espada que siempre llevaba consigo, dispuesto, al parecer, a matar a su hijo como hubiera matado a cualquiera de sus enemigos. Mas, por primera vez en su vida, el hijo del Tigre dejó ver el furor que en él había y que Jamás se había atrevido a demostrar frente a su padre. Se abrió la guerrera azul, mostrando el juvenil pecho, moreno y bruñido, y gritó con voz fuerte:

—Sabía que ibas a querer matarme. ¡Es tu antiguo y único remedio! Está bien: ¡mátame!

Pero aun mientras gritaba, el muchacho sabía que su padre no lo iba a matar. Vio cómo caía lentamente el brazo del padre y con él la espada; mirándole fijamente, el hijo vio que los labios le temblaban como si fuera a romper en llanto y que se llevaba a ellos la mano para mantenerlos quietos.

En aquel momento, cuando padre e hijo se miraban frente a frente, el viejo y fiel hombre del labio leporino, que había servido al Tigre desde que ambos eran jóvenes, entró con el usual vino caliente, destinado a tranquilizar al Tigre antes de que se fuera a dormir. No vio al muchacho. Sólo vio a su viejo amo, y cuando observó su agitado aspecto y aquella mirada débil y vaga, con la expresión de ira que se desvanecía, vertió el vino en la vasija y se apartó un poco, llorando. Entonces, Wang el Tigre se olvidó de su hijo, dejó caer la espada y, tomando con las dos manos temblorosas el tazón, lo llevó a su boca, bebiendo una y otra vez, en tanto que el fiel criado le servía más y más vino del jarro. Una y otra vez, el Tigre repetía:

—Más vino, más vino.

Y se olvidó también de sollozar.

El joven seguía de pie, mirándolos, mirando a los dos viejos, el uno infantilmente reconfortado con el vino después del golpe, y el otro escanciando sin cesar, mientras su repugnante cara se arrugaba de ternura. Eran solamente dos viejos, cuyas mentes, aun en aquel instante, estaban llenas con la idea del vino y de su confortamiento.

El joven se sintió olvidado. Su corazón, que había estado latiendo fuerte y ardientemente, se le tornó frío en el pecho, y un nudo en la garganta se le trocó de súbito en lágrimas, Pero no dejó salir estas lágrimas. No; algo de aquella fortaleza que había aprendido en la escuela de guerra le sirvió en aquel instante. Se estrechó el cinturón que se había desatado, y, sin decir palabra, salió, encaminándose a un cuarto donde antaño, cuando era niño, solía sentarse a estudiar con su joven tutor, quien más tarde fue su capitán en la escuela de guerra. En la oscuridad del cuarto anduvo a tientas buscando la silla junto al escritorio, y allí se sentó, dejando lacio su cuerpo, tratando de hacer descansar su corazón.

Ahora comprendió que no había razones para haber sentido aquel temor apasionado que antaño sintió por su padre. Ni aquel apasionado miedo, ni tampoco aquel apasionado cariño que le había hecho olvidar, por culpa del viejo, a sus compañeros y su causa. Varias veces Wang Yuan pensó en su padre tal como lo acababa de ver, tal como aún permanecía en el vestíbulo, bebiendo vino. Le veía con nuevos ojos, y a duras penas podía pensar que el Tigre era su padre. Yuan había temido siempre a su padre; temido y amado, aunque siempre con una inevitable y secreta rebelión. Tenía miedo de las súbitas rabias y rugidos del Tigre y de la sutil manera con que sacaba su delgada y aguda espada, que llevaba siempre a mano. Cuando era un chiquillo solitario, Yuan despertaba con frecuencia en la noche llorando por haber soñado que algo había irritado a su padre, aunque no hubiera motivo para tales temores, ya que el Tigre no podía estar mucho tiempo enfadado con su hijo. Pero el chico le veía con frecuencia irritado, o aparentando enojo con los otros, pues el Tigre usaba su furia como un arma para regir a sus hombres; en las tinieblas de la noche, el chiquillo temblaba entre sus sábanas al recordar los redondos y brillantes ojos de su padre, y aquel temblor en los hirsutos y negros bigotes cuando se enfurecía. Había sido una broma entre los hombres del Tigre —un chiste no exento de miedo— decir: «Mejor es no tirarle de los bigotes al Tigre».

Pero, con todas sus furias, el Tigre amaba solamente a su hijo, y Yuan lo sabía. Lo sabía y lo temía, pues aquel cariño era como una especie de furia también; un cariño tan denso y petulante, que caía pesadamente sobre el niño. Porque no había mujeres en la corte del Tigre para calmar los ardores de su corazón. Otros capitanes y guerreros, cuando descansan de las batallas y van envejeciendo, toman algunas mujeres para distraerse; pero Wang no. Ni siquiera visitaba a sus propias esposas. Una de ellas, la hija de un médico, que, siendo hija única, heredó gran cantidad de plata de su padre, vivía desde hacía años en una ciudad de la costa, con una sola hija también, la única que había dado al Tigre, y allá la educaba en una escuela extranjera. Para Yuan, su padre había sido desde entonces una mezcla de amor y de miedo, y esta

mezcla pesaba como una mano oculta sobre él. Estaba como prisionero en ella, y su espíritu como encadenado por aquel terror y por el conocimiento del único y concentrado amor de su padre en él.

Esto hizo que el padre influyera en su vida, aunque el propio Tigre no lo supiese, en aquella hora dura y decisiva, la más fuerte que Yuan había conocido, cuando en la escuela de guerra del Sur sus camaradas, ante el capitán, se comprometieron a luchar por la gran causa. Apoderarse de cada puesto en el gobierno de su patria y quitar de en medio a los hombres débiles que los ocupaban entonces. Y hacer algo por el buen pueblo, que estaba a merced de los señores de la guerra y de los enemigos de fuera, y construir de nuevo una gran nación. En aquella hora, cuando cada uno de los jóvenes juró por su vida cumplir con este cometido, Yuan permaneció aparte, dominado por el cariño y el temor a su padre, que era uno de aquellos señores guerreros contra los que clamaban. Su corazón estaba junto a sus camaradas. Tenía en su mente los sufrimientos de aquellas buenas gentes a las que había decidido defender. Recordaba sus expresiones cuando veían el grano de sus siembras pisoteado por los caballos de los jinetes de su padre. Recordaba el indefenso gesto de odio y de terror en la cara de un anciano el día que, al pasar por una aldea, el Tigre pidió —no sin cierta cortesía en los modales— una cantidad de alimentos y de plata para repartirlos entre sus hombres. Recordaba los cadáveres tendidos en los campos, y cuán poco preocupaban a su padre y a los soldados de este. Recordaba las inundaciones y las épocas de hambre, y el día en que el agua desbordaba un dique, y la muchedumbre de hombres y mujeres obligados a trabajar en la contención de estas aguas para la seguridad y tranquilidad del Tigre y de su precioso hijo. Sí, Yuan recordaba esta y otras cosas, y se odiaba a sí mismo por ser el hijo de uno de aquellos señores de la guerra. Incluso mientras estaba entre sus camaradas, se odiaba a sí mismo, y más cuando se apartó secretamente, por miedo a su padre, de la causa que le hubiera gustado servir.

Solo, en la oscuridad de su cuarto de niño, recordaba este sacrificio en aras de su padre y lo inútil que hasta ahora había sido el resultado. Hubiera querido no haberlo hecho, puesto que, por añadidura, su padre no lo comprendía ni valoraba. Por aquel viejo había dejado a la gente de su propia generación, a sus camaradas. ¿Y qué le importaba esto al Tigre? Yuan se sintió fracasado e incomprendido en su vida. De pronto, recordó las heridas y daños que había recibido de su padre; cómo el Tigre le había obligado a salir y contemplar los ejercicios guerreros de sus hombres, cuando él, niño, estaba leyendo un libro que le gustaba, y se veía constreñido a dejar aquella lectura; cómo su padre había matado a tiros a unos hombres que habían ido a implorarle que les diera comida. Recordando todas estas cosas que odiaba, Yuan murmuró con los dientes apretados: «Nunca me ha querido. Piensa que me quiere y que tiene en mí lo único grande de su vida, pero jamás me ha preguntado qué quería yo, y si lo ha hecho ha sido para negarse a complacerme en lo que yo le dijera que deseaba, de tal modo que siempre tuve que pensar antes de decirle lo que yo quería, y nunca he tenido verdadera libertad».

Y entonces pensó en sus compañeros, en cuánto debían despreciarle, cómo nunca participaría con ellos en la construcción de una patria grande. Y se dijo con rebeldía: «No querré volver a esa escuela de guerra. O él mismo me obligará a ir, o no iré a ninguna parte». Esta amargura y soledad se adueñaron de Yuan que sollozó fuertemente, apretando sus ojos en la oscuridad y murmurando como un niño enojado: «Por encima de todo lo que mi padre piensa o entiende, de todo lo que le importa, yo debí haber sido un revolucionario. Debí haber seguido a mi capitán. Ahora no tengo capitán... ¡Ahora no tengo ninguno!».

Y así, Yuan permaneció solitario en el cuarto, sintiéndose el más solo y dolorido de los hombres, y nadie fue hacia él. En todas las horas de la noche, ni siquiera un sirviente se le acercó para ver lo que hacía. Ninguno de ellos había dejado de darse cuenta de que Wang el Tigre estaba frenético contra su hijo, pues, mientras discutían, había ojos y oídos pegados a las rejas, y ahora ninguno se atrevía a merecer la rabia de su señor confortando al hijo. Era la primera vez que Yuan no recibía la atención de nadie, y esto le hacía sentirse más solo. Siguió sentado, y no trató de buscar una vela para alumbrarse ni de gritar llamando a ningún criado. Puso sus brazos sobre el escritorio, reclinó en ellos la cabeza y dejó que las olas de su melancolía salieran en llanto, sin descanso, sobre sus brazos, mientras quisieran salir. Pero al fin se quedó dormido. ¡Era tan joven y estaba tan cansado!

* * * *

Cuando despertó, amanecía. Levantó rápidamente la cabeza y miró en torno. Entonces recordó que había peleado con su padre, y toda la amargura volvió a él. Se levantó, dirigiéndose hacia la puerta que daba al patio, y miró al exterior. El patio estaba quieto, vacío y gris a la luz descolorida. Había amainado el viento, y la nieve que cayó durante la noche se iba fundiendo en la tierra. Junto al pórtico dormía un vigilante, acurrucado contra un rincón para guardarse del frío; el palo con que golpeaba a los ladrones yacía sobre las baldosas. Mirando al hombre, Yuan pensó cuán repugnante era su rostro dormido y lacio, con la quijada caída, mostrando los dientes mal acondicionados; empero, aquel hombre era bueno en el fondo, y le había acompañado amablemente en su niñez, cuando iba a comprar dulces, juguetes y otras cosas en las ferias callejeras. Mas, para él, el hombre parecía ahora solamente un ser repugnante y viejo, al que le importaba muy poco el dolor de su joven amo. Sí, Yuan se lo dijo a sí mismo; su vida, allí, había sido vacía, y sentía una súbita rebelión contra todo aquello. No era una nueva rebeldía. Era el estallar de la guerra secreta que —ahora se daba cuenta— había existido siempre entre su padre y él, una guerra que había ido creciendo sin que apenas se percatara de su existencia.

En los primeros días de su niñez, el tutor occidental de Yuan le había enseñado y adiestrado, hablándole de la revolución, de la nueva estructura de una nación, hasta que el corazón del niño era todo fuego con el sentimiento de aquellas grandes y

hermosas palabras. Pero siempre sintió que el fuego se tornaba mortecino cuando el tutor bajaba la voz y le decía con tono más seguro:

—Y tú tendrás que emplear el ejército que algún día estará a tus órdenes, tendrás que emplearlo para la salvación de tu patria, pues ya no deben existir más señores de la guerra.

Completamente desconocidas eran para Wang el Tigre estas enseñanzas que su hijo recibía. Y el chico se empequeñecía bajo la mirada brillante de su joven maestro, escuchando su voz ardiente y sentía salir de su propio pecho una voz que no se atrevía a decir las palabras que brotaban claramente en su corazón: «Pero mi padre es uno de esos señores de la guerra». Esta fue la espina secretamente clavada en su infancia, y nadie lo sabía. Espina que le hizo ser un niño grave y silencioso, siempre demasiado melancólico para su edad; porque, aunque amaba a su padre, pensaba que no podía estar orgulloso de él.

En el pálido amanecer que a la sazón contemplaba, Yuan sentía la fuerza de todos aquellos años de guerra consigo mismo. Hubiera querido huir, alejarse de aquella lucha interior, y de otra clase de guerra, de toda causa. Pero ¿adónde ir? Había estado tan guardado, tan ceñido por aquellas murallas y por el cariño de su padre, que no tenía ningún amigo, en ninguna parte, donde volver la mirada.

Entonces recordó el lugar más tranquilo que había visto en su vida, entre aquel polvo de combate y conversaciones guerreras que habían rodeado su infancia: la vieja casa de tierra en que antaño vivió su abuelo, Wang Lung, llamado el Campesino, hasta que se hizo rico, fundó su casa y se fue a la tierra donde le llamaron Wang el Rico. Pero la casa, hecha de adobes, aún permanecía al borde de una aldehuela; los otros tres lados se abrían frente a tranquilas campiñas. Junto a ella, Yuan recordó, estaban las tumbas de sus antepasados, la de Wang Lung y otros miembros de su familia. Yuan lo sabía porque, una o dos veces, cuando niño, había ido allí, en compañía de su padre, que iba a visitar a sus hermanos mayores, Wang el Terrateniente y Wang el Mercader, que vivían en la ciudad más cercana a la casa de tierra.

Ahora —Yuan se lo dijo a sí mismo— podría estar solo y tranquilo en la vieja casa, pues en ella no vivían sino unos colonos que allí había dejado su padre, desde que cierta mujer de rostro adusto se había ido para meterse a monja. La había visto una vez con dos niños de extraño aspecto: una tonta de pelo grisáceo, que murió, y el otro un jorobado, tercer hijo del mayor de sus tíos, que se hizo sacerdote. Recordó que aquella mujer le había parecido una monja incluso cuando la vio, pues volvía la cara para no mirar a los hombres y llevaba vestidos grises cruzados sobre el pecho, aunque aún no se había afeitado la cabeza. Pero su rostro era el de una monja, pálido como una luna que se desvanece en el cielo, la piel delicada y tirante sobre sus huesos; parecía joven hasta que uno se acercaba y veía las arrugas finísimas que tenía en la cara.

Pero esta mujer ya no estaba allí. Solamente quedaban los dos viejos colonos. Allí

pensaba irse.

Entonces Yuan volvió a entrar en su cuarto, satisfecho de saber dónde podía ir ahora y dispuesto a marchar en seguida. Mas era necesario quitarse antes aquel uniforme militar que odiaba; abriendo una maleta de piel de cerdo, buscó unas vestiduras que en otros tiempos usó, encontrando un traje de piel de oveja, unos zapatos y ropa blanca interior, y se los puso apresurada y alegremente. Y fue a buscar, en silencio, su caballo, que estaba en el patio. Pasó junto a un guardia, cuya cabeza descansaba sobre el fusil. Salió, dejando atrás los pórticos, y picó espuelas a su caballo.

* * * *

Cabalgó Yuan por las calles, saliendo luego a unas alamedas y por fin al campo abierto; y vio cómo el sol salía soñoliento, entre un resplandor más allá de las distantes colinas, asomando de pronto por encima de los altozanos, con un noble color rojo claro, en el aire frío de la mañana invernal. Era aquello tan hermoso, que, antes de que lo sospechara, Yuan sintió disipados sus dolores, y en un momento se dio cuenta de que tenía hambre. Se detuvo ante una casa, de cuya puerta salió un olorillo apetitoso; allí se sirvió unas gachas de arroz caliente, pan de trigo rociado con *ajonjolí*^[1], un trozo de mojama^[2] y una taza de oscuro té. Cuando se lo hubo comido todo, bebido el té, enjuagado la boca y pagado al soñoliento encargado del albergue —que le lavó la cara y arregló el peinado entretanto—, Yuan volvió a cabalgar. Ahora, el alto y luciente sol brillaba en los cortos y ateridos trigales y en los aún húmedos techos de las casas aldeanas.

Como era todavía joven, aquella mañana sintió repentinamente que en ninguna vida, ni aun en la suya, podía ser todo malo. Saltóle el corazón en el pecho, y recordó largo rato, mientras cabalgaba mirando los campos, que él había dicho siempre que quería vivir donde hubiera campiñas y árboles, donde hubiera agua que ver y oír; y entonces se dijo: «Tal vez sea esto lo que debo hacer ahora. Debo hacer lo que me place, sin que nadie se preocupe de mí». Y cuando sintió que esta nueva y menuda esperanza brotaba en su pensamiento, comenzaron a brotar palabras de su mente, y antes de que se diera cuenta rompieron en versos, y así olvidó sus tribulaciones.

Pues Yuan, en aquellos años de su juventud, encontró en él una facultad para construir versos; breves, delicados versos que escribía en los dorsos de los abanicos y en las blanqueadas paredes de los cuartos donde vivía, por dondequiera que fuese. Su maestro se había reído siempre de estos versos, porque Yuan escribía sobre cosas tenues, como hojas cayendo sobre aguas otoñales, o sauces de limpio verdor junto a un estanque, o acerca de los *albérchigos*^[3] floridos, rosados entre las neblinas blancas de la primavera, o sobre los nutridos surcos de la tierra recién arada, y otros dulces motivos semejantes. Nunca escribió sobre la guerra y la gloria, como era de esperar

en el hijo de un caudillo; y cuando sus camaradas pidieron que escribiera un himno de la revolución, pasó grandes apuros al llevarlo a cabo, pues hablaba de muerte más que de victoria; y se sintió decepcionado al ver que su canción no gustó a sus compañeros. Murmuró:

—A pesar de todo, las rimas están bien.

Y no trató de complacerlos de nuevo, pues era obstinado y tozudo en su interior, a pesar de su aparente docilidad. Desde entonces se guardó los versos para él mismo.

Ahora, por vez primera en su vida, Yuan estaba solo y no dependía de nadie. Esto era maravilloso para él, tanto más cuanto que iba a caballo por aquella tierra que tanto quería. Antes de que lo supiera, el caudal de su melancolía se atenuó. Su juventud triunfó en él, sintió su cuerpo fresco y fuerte, frío y limpio el aire que le penetraba por las narices; pronto se olvidó de todo, excepto de la magia de un versillo que le estaba danzando en la mente. No trató de apresurarlo. Miró las desnudas colinas, que ascendían claras, arenosas y agudas contra un cielo límpido y azul, y esperó a que su verso surgiera tan claro como ellas, tan perfecto como el perfil de una colina contra un cielo sin mancha.

Así pasó aquel dulce y solitario día, suavizando al pasar todas las asperezas, y le hizo olvidar el amor y el miedo, a los compañeros y las guerras. Al llegar la noche durmió en una posada campesina, a cargo de un viejo solitario, cuya segunda mujer no era lo bastante joven para encontrar aburrida la existencia junto a su anciano marido.

Yuan era el único huésped aquella noche. La pareja le atendió a pedir de boca, y la mujer le dio unas rebanadas de pan con trozos de apetitosa carne de cerdo, muy bien sazonada. Cuando Yuan comió y tomó el té, se fue a la cama y se tendió, sintiendo un grato descanso. Antes de dormirse tornaron a su memoria unos cuantos momentos de la disputa con su padre, pero también olvidó esto, pues antes de que el sol se pusiera aquel día había surgido claramente un verso, tal como lo soñó, según su deseo: cuatro líneas perfectas, cada palabra un cristal. Y se durmió contento.

Después de tres días libres como aquel, cada uno mejor que la víspera, llenos de luz de sol invernal, como un polvillo cristalino sobre collados y valles, Yuan llegó a caballo, lavado de sus pesares y en cierto modo lleno de esperanzas, al solar de sus abuelos. En la alta mañana corrió por callejuelas aldeanas y vio las casas de adobe techadas con bálago. En la calle estaban los campesinos y sus mujeres e hijos, de pie junto a las puertas, o sentados en cuclillas y comiendo arroz y pan. A Yuan le parecieron todas buenas personas, y se sintió amigo de ellos, bien acogido. Muchas veces había oído a su capitán hablar de la causa del pueblo. Allí estaba el pueblo.

Pero ellos miraban a Yuan dudosamente y con cierta temerosa admiración, pues lo cierto era que, aunque Yuan odiara la guerra y los medios guerreros, todavía, aunque él mismo no lo creyera, tenía aspecto de soldado. Fuera como fuese su corazón, el Tigre había hecho crecer aquel cuerpo alto y fuerte; a caballo, Yuan iba como un general y no como suelen ir los granjeros y los campesinos.

Así, aquella gente miraba a Yuan con recelo, no sabiendo quién era y siempre temerosa al ver a un extraño y observar sus actitudes. Los numerosos chicos de la aldea, con sus pedazos de pan apretados en las manos, corrieron tras él para ver dónde iba. Cuando llegó a la casa de tierra, formaron un círculo en derredor suyo, mirándole embobados, mordisqueando sus pedazos de pan, empujándose unos a otros de vez en cuando, sorbiendo mientras miraban. Cuando estuvieron hartos de mirar, corrieron uno a uno a contar a sus padres que el joven alto y moreno había desmontado ante la casa de Wang, que había amarrado su caballo a un sauce y entrado en la casa, pero que cuando iba a entrar tuvo que agacharse, porque era tan alto que no cabía por la puerta. Yuan oyó a los chicos contando esto a voces por la calle, pero no le importó. Empero, los mayores se sintieron más recelosos respecto al recién llegado después de oír a los chicuelos, y nadie se acercó a la casa de Wang temiendo que algo malo fuera a ocurrirles con la llegada del mozo alto y cetrino, que era un extraño para ellos.

Yuan entró como un extraño en aquella casa de sus antecesores que vivieron en la tierra. Entró en el zaguán y allí esperó. Los habitantes oyeron el ruido de su entrada, llegaron desde la cocina, y cuando le vieron, no supieron quién era y tuvieron miedo de él. Al notar este miedo, Yuan sonrió ligeramente y dijo:

—No tenéis por qué sentir temor de mí. Soy hijo de Wang el General, llamado el Tigre, que es el tercer hijo de mi abuelo Wang Lung, que antaño vivió en esta casa.

Dijo esto para tranquilizar a la pareja de viejos y para demostrarles su derecho a estar allí, pero ellos no se sintieron más seguros. Se miraban mutuamente con gran consternación, y los bocados de pan que habían empezado a masticar se colaron enteros y secos por sus gaznates, doliéndoles como si fueran piedras. La vieja puso sobre una mesa el pan que llevaba en la mano y se limpió la boca con los dedos, mientras el viejo dejaba quietas sus mandíbulas, se adelantaba un poco, inclinaba la cabeza saludando y decía, tratando de que bajase el pan que se había tragado:

—Honorable señor, ¿en qué podemos servirlos y qué queréis de nosotros?

Entonces, Yuan se sentó en un banco, sonrió de nuevo, movió la cabeza y contestó con tranquilidad, pues había oído cuán necesario era no atemorizar a aquella gente:

—No quiero nada, sino quedarme en esta casa de mis padres, quizás a vivir para siempre. No sé nada, excepto que siempre he sentido una extraña atracción por los árboles, los campos y el agua; no conozco nada de la vida campesina. Pero sucede que ahora quiero apartarme, y voy a ocultarme aquí.

Dijo esto también para tranquilizarles, pero tampoco los tranquilizó. Volvieron a mirarse desazonados; el viejo dejó su trozo de pan y dijo seriamente, con ansiedad en su arrugado rostro y temblor en los escasos y blancos pelos de su barba:

—Señor, este es un mal lugar para ocultarse. Vuestra casa y vuestro nombre son conocidos por doquiera. Perdonadme, señor, que sea un hombre rudo que no sabe siquiera hablaros como es debido, pero vuestro honrado padre no es muy querido

porque es un guerrero; y los tíos tampoco son queridos. —El viejo hizo una pausa y luego continuó, hablando casi al oído de Yuan—: Señor, la gente de estos campos odiaba tanto a vuestro tío el mayor, que él y su esposa se atemorizaron y se fueron con sus hijos a una ciudad de la costa, para vivir donde soldados extranjeros mantenían las cosas en paz. Y cuando vuestro segundo tío vino a recoger las rentas, ¡vino con una bandada de soldados que había contratado en la ciudad! Los tiempos son malos y los hombres del campo han sufrido tanto con las tasas y los impuestos de guerra, que están desesperados. Señor, hemos pagado esos impuestos durante diez años seguidos. No es este buen lugar para que os ocultéis, pequeño general.

La vieja se enjugó las manos nudosas y retorcidas en su delantal de algodón azul manchado, y musitó asimismo:

—Realmente, no es buen sitio este para vivir oculto, señor.

La pareja calló, titubeante y recelosa, esperando que Yuan decidiera no quedarse.

Pero Yuan no quería creerlos. Estaba tan contento de hallarse libre, tan complacido con todo lo que había visto, tan animado por el luminoso día, que deseaba quedarse por encima de todo. Sonrió con agrado y gritó decidido:

—Sí, me quedaré. No os molestéis vosotros ni temáis. Solamente dejadme comer de lo que comáis, y así viviré aquí un tiempo por lo menos.

Y se sentó en la sencilla habitación, contemplando la pala y el rastrillo apoyados contra la pared, las ristas de rojos pimientos colgando, la caza reseca y las cebollas, y se sintió complacido. Sintió hambre repentina, y el pan untado de ajo que los viejos habían estado comiendo le pareció apetitoso. Dijo:

—Tengo hambre. Dame algo de comer, buena madre.

La vieja lloriqueó:

—Pero, señor, no tenemos nada que darle a un señor como vos. Tendré que matar un ave... Solamente tengo este pobre pan, que ni siquiera es de trigo.

—Ese pan me gusta. Me gusta. Me gusta todo lo que hay aquí —respondió Yuan animoso.

Por fin, aunque insegura todavía, la mujer le llevó un trozo de pan con ajo; mas no quedó contenta hasta que encontró un poco de pescado que había puesto a salar en el otoño, y se lo llevó como una golosina. Yuan se lo comió todo, y nunca le supo mejor ningún manjar, porque estaba comiendo en libertad.

Cuando hubo comido, se sintió súbitamente cansado, aunque hasta aquel momento no había experimentado la menor fatiga. Y, levantándose, preguntó:

—¿Dónde hay una cama? ¡Quiero dormir un rato! El viejo contestó:

—Hay una pieza que no solemos usar, que fue la habitación de vuestro abuelo; y después de él, de una señora que fue la tercera de las suyas, una señora a la que todos queríamos, tan buena, que terminó metiéndose a monja. En ese cuarto hay una cama, en la que podréis descansar.

Empujó una puerta de madera, y Yuan pudo ver un cuarto oscuro que tenía por ventana solamente un pequeño cuadrado en el que habían pegado papeles; un

tranquilo y vacío cuarto en el que entró, cerrando luego la puerta. Y por primera vez en su vida se sintió verdaderamente solo para dormir, sin guarda de nadie; y aquella soledad le gustó.

Mas, cuando estaba en el centro del sombrío cuarto de terrosas paredes, sintió la súbita y extraña sensación de que una vieja y vigorosa vida anduviera por allí todavía. Miró y volvió a mirar, pensativo y soñador. Era el cuarto más sencillo que había visto: un lecho con cortinas de cáñamo, una mesa de madera sin pintar y un banco; por suelo, la tierra apelmazada y fuerte, en la que los pies habían dejado una huella entre la cama y la puerta. Allí no había nadie sino él, y, sin embargo, sentía como la presencia cercana de una energía, un terrenal y robusto espíritu cuya existencia no podía comprender... Luego se desvaneció. Dejó de sentir la ajena vida cercana y quedó completamente solo. Sonrió. Se sentía tan dulcemente cansado que quiso dormir, pues no podía evitar que se le fueran cerrando los ojos. Se dejó caer en la ancha cama campesina, apartando los cortinajes, y se echó sobre el cuerpo un viejo cobertor con flores azuladas que encontró enrollado contra la pared. En aquel mismo momento se durmió, descansando en la honda quietud de la vieja casa.

Cuando despertó, era de noche. Sentóse en medio de la oscuridad, apartó las cortinas y miró la habitación. Hasta el cuadrado de la ventana había perdido su luz y todo en derredor era suave y silenciosa oscuridad. Volvió a tenderse, descansando como nunca en su vida lo hiciera, por haber despertado solo. Era agradable para él no ver ni siquiera al criado que antaño esperaba, junto a él, su despertar. No quiso pensar en nada, sino en aquel silencio dulce que le rodeaba. Ni el menor ruido, ni el gruñir de un hombre del cuerpo de guardia que cambiara de postura en su dormir, ni el sonar de los cascos de un caballo en el pavimento del patio, ni el chirrido de una espada saliendo rápidamente de su vaina. Nada más que un dulcísimo silencio.

Pero de pronto llegó un ruido. En silencio, Yuan oyó un ruido, como de gente que estuviera en el zaguán y hablase en voz muy baja. Yuan se incorporó en la cama y miró hacia el lugar donde estaba la mal colocada puerta de madera. Esta se abrió un poco, lentamente; luego, más. Vio el resplandor de una vela y, en el resplandor, una cabeza. Después, esta cabeza desapareció, retirándose, y asomó otra, y después otras cabezas más. Yuan se movió en la cama, de suerte que esta crujió, y entonces la puerta se cerró, silenciosa y rápidamente; una mano tiró de ella para dejarla cerrada, y el cuarto volvió a quedarse a oscuras.

Ahora no pudo dormir. Se quedó tendido, pensando, y le pasó por la mente que su padre hubiera descubierto su refugio y enviado a alguien para atraparlo. Cuando pensó esto, decidió no levantarse. Pero tampoco podía permanecer tendido, lleno como estaba de impacientes pensamientos. Entonces se acordó de su caballo y de cómo lo había dejado amarrado a un sauce, sin decirle al viejo que lo cuidara y le diera de comer; y allí debía de estar el animal, esperando. Se levantó, pues era más sensible a estas cosas que la mayoría de los hombres. El cuarto estaba frío; se envolvió en su abrigo de piel de oveja, encontró sus zapatos, se los puso, y fue hacia

la puerta, tanteando por la pared; abrió y salió.

En el iluminado zaguán encontró a un grupo de campesinos, jóvenes y viejos, que al verle se fueron poniendo en pie, mirándole todos con ojos curiosos y atónitos. No conocía ninguna de aquellas caras, excepto la del viejo de la casa. Se adelantó uno de ellos, decentemente vestido de azul, al parecer el más viejo de todos, de pelo muy blanco y trenzado, y haciendo una reverencia al antiguo estilo campesino, dijo a Yuan:

—Hemos venido a daros la bienvenida, nosotros los mayores de la aldea.

Yuan inclinó la cabeza, les rogó que se sentaran y sentóse a su vez en la silla más alta, junto a la mesa vacía, lugar que había sido dejado libre para él. Esperó, hasta que el viejo dijo:

—¿Cuándo llega vuestro honrado padre?

Yuan respondió sencillamente:

—No vendrá. Yo estoy aquí para vivir solo una temporada.

Al oír esto, los hombres se miraron unos a otros con semblantes pálidos; el anciano volvió a toser y dijo, dejando ver que era quien hablaba por los demás:

—Señor, nosotros somos pobre gente en esta aldea y hemos sido ya muy expoliados. Señor, desde que vuestro tío el mayor vive en esa ciudad costera y extranjera, gasta más dinero que nunca, y las rentas han sido, forzosamente, superiores a lo que podemos pagar. Además, está el impuesto que pagamos al señor de la guerra y lo que pagamos a las bandas de bandoleros para tenerlos alejados, y apenas nos queda para vivir. Decidnos, pues, cuánto queréis; os lo pagaremos de alguna manera, y podréis iros a otra parte, evitándonos más calamidades.

Yuan le miró con extrañeza y dijo, también con cierta mordacidad:

—Es extraño que yo no pueda venir a casa de mi abuelo sin oír hablar de esto. No quiero ningún dinero de vosotros. —Y después de un momento, mirando sus honradas y recelosas expresiones, añadió—: Será mejor que os diga verdad de una vez. Una revolución ha estallado en el Sur, contra los señores de la guerra del Norte, y yo, hijo de mi padre, no puedo tomar las armas contra él, ni aun al lado de mis camaradas. De modo que escapé y llegué a mi casa acompañado de los hombres de mi guardia; mi padre se enfureció al ver mi uniforme, y peleamos. Pensé que debía buscar refugio en esta casa por un tiempo, pues sé que mi capitán debe de estar tan furioso contra mí que tratará de encontrarme para darme muerte, secretamente. Por eso he venido. —Yuan se detuvo, miró de nuevo los rostros graves de los campesinos, y siguió diciendo con energía, pues estaba dispuesto a persuadirlos de lo que decía, a la vez que se sentía un tanto molesto por su recelo—: Sin embargo, no he venido solamente a buscar refugio. He venido porque siento un profundo amor por la tranquilidad del campo. Mi padre me educó para ser caudillo, pero yo detesto la sangre y la matanza, el olor de los fusiles y el ruido de las armas. Una vez, cuando era niño, vine a esta casa con mi padre, y vi a una señora con dos extraños niños y, aun entonces los envidié, de suerte que, mientras he vivido entre mis compañeros en la

escuela de guerra, he pensado en este lugar y en el día en que pudiera venir a él. Y os envidio también a vosotros, los que tenéis vuestras casas en esta aldea.

Al oír esto, los hombres volvieron a mirarse unos a otros, sin entender cómo alguien podía envidiarles sus vidas, que tan amargas eran para ellos. Estaban en aquel punto aún más llenos de dudas, ante aquel joven allí sentado, hablando de aquella manera y diciendo que le gustaba vivir en una casa hecha de tierra. Bien sabían ellos cómo había vivido el mozo, entre qué lujos, pues conocían la vida que llevaban sus primos y sus tíos, uno como un príncipe en la ciudad lejana; y Wang el Mercader, ahora señor de aquellas tierras, que tan monstruosamente rico se había hecho con la usura. Odiaban a aquellos dos hombres, aunque a la vez envidiaban sus riquezas, y miraban con creciente odio y desconfianza al joven que estaba entre ellos, diciéndose cada cual en el fondo que Yuan estaba mintiendo, pues no podían creer que hubiese en todo el mundo un hombre que prefiriera vivir en una casa de tierra si podía hacerlo en una magnífica mansión.

Se levantaron, y Yuan también, sin saber si debía hacerlo o no, pues no era costumbre ponerse de pie sino ante los superiores; pero él no sabía cómo considerar a aquellos hombres sencillos, vestidos con trajes remendados de viejas y deshilachadas telas de algodón. Pero todavía deseaba agradarles de alguna manera, de modo que se levantó, y ellos se inclinaron ante él, diciendo un par de cortesías; y con la duda más clara que antes en sus simples caras, fueron saliendo.

Quedaron solamente el viejo y su mujer, que miraban ansiosamente a Yuan. El hombre comenzó a hablar, diciendo:

—Señor, decidnos en verdad por qué estáis aquí, y así sabremos de antemano qué daños van a sobrevenirnos. Decidnos qué guerra está planeando vuestro padre para mandaros como espía. Ayudadnos, que somos pobre gente, a merced de los dioses, de los señores de la guerra, de los ricos, de los gobernadores y de toda esa gente mala que hay en el mundo.

Y Yuan contestó, comprendiendo sus temores:

—Yo no soy espía, ya os lo he dicho. Mi padre no me ha enviado. Ya he dicho lo que tenía que decir, y esa es la verdad.

Pero ni aun ahora logró que le creyeran. El viejo suspiró, y la mujer guardó un lastimoso silencio. Yuan no sabía qué hacer, y estuvo a punto de perder la paciencia, hasta que, acordándose de su caballo, preguntó:

—¿Qué ha sido de mi caballo? Me olvidé...

—Lo llevé a la cocina, señor —respondió el anciano—, y le di paja, habas y agua del pozo.

Y cuando Yuan le dio las gracias, el viejo añadió:

—No hay de qué. ¿Acaso no sois el nieto de mi antiguo amo? —Al decir esto, cayó de rodillas ante Yuan, exclamando—: Señor, vuestro abuelo fue uno de tantos campesinos, como nosotros. Vivió en esta aldea en que ahora vivimos. Pero su destino fue mejor que el nuestro, que hemos vivido pobres todo el tiempo. Por la

memoria del que una vez fue un pobre campesino como los que habitamos ahora en este caserío, decidnos la verdadera causa de vuestra venida.

Yuan hizo levantar al viejo, y no precisamente con amabilidad, pues comenzaban a fastidiarle con aquellos recelos; estaba habituado a ser creído, como hijo que era de un gran hombre, y gritó:

—La verdad es lo que he dicho, y no voy a repetirlo de nuevo. ¡Esperad y ya veréis si os ocurre algún daño por causa mía! —Y dirigiéndose a la mujer añadió—: Tráeme algo de comer, buena mujer, que estoy hambriento.

Le sirvieron en silencio. Aquella comida no le pareció a Yuan tan buena como la anterior, y sin poder tomarse todo lo que le dieron, se levantó sin decir palabra y se fue a la cama a dormir. Durante un rato no logró conciliar el sueño, pues sentía irritación contra aquella gente tan simple. «¡Estúpidos! —se dijo—. Si son honrados, no por eso dejan de ser estúpidos; no conocen más que este lugarejo. Y les basta». Y dudó de aquello por lo que estaban luchando, sintiéndose superior, muy superior a ellos; y confortado por esta superioridad, fue durmiéndose en la oscura quietud de su cuarto.

Seis días vivió Yuan en la casa de tierra, antes de que su padre le hallara y fueron los más dulces de su existencia. Nadie fue a turbarle, y el viejo matrimonio le sirvió silenciosamente. Yuan olvidó las dudas que sobre él tenían, y dejó de preocuparse del pasado y del futuro, viviendo solamente para cada día. No visitó ninguna ciudad, ni fue a ver la gran casa de su tío. Al anochecer, se acostaba y se dormía, y despertaba temprano todas las mañanas a la aguda luz del sol invernal; antes de desayunarse se quedaba mirando largo rato las campiñas, donde verdeaba el trigo invernal. Las tierras se extendían ante sus ojos, llanas y suaves hasta la lejanía, y podía ver sobre ellas manchas azules que eran hombres y mujeres trabajando para hacer productiva la primavera que se acercaba, o alguien que iba y venía por los remotos caminos. Cada mañana se le ocurrían nuevos versos, y recordaba las bellezas de las distantes colinas de arenosa piedra, recortadas contra un cielo azul y sin nubes. Por vez primera vio la belleza de su país, de su tierra.

Durante toda su infancia, Yuan había oído a su capitán aquellas dos palabras: «mi tierra», o bien decía «nuestra tierra», y a veces «vuestra tierra»; pero Yuan no sentía ninguna emoción particular al oírlo. Lo cierto era que Yuan había vivido una estrecha y encerrada vida junto a su padre, en aquellos patios de la mansión del Tigre. Apenas había salido a los campos acompañando a su padre y a los soldados, y cuando el Tigre se alejaba de su casa para guerrear, Yuan vivía en medio de una guardia especial, formada por tranquilos hombres de edad madura, que estaban aleccionados para permanecer callados junto a su pequeño señor, y no tolerar que se contaran ante él cuentos impúdicos o inconvenientes. De suerte que, por doquier que Yuan hubiera ido, siempre se interponían aquellos soldados entre él y lo que estaba frente a sus ojos.

Ahora miraba lo que se le antojaba, sin que nada se interpusiera entre su vista y el

mundo. Podía ver directamente hasta donde el cielo y la tierra se juntan, los pueblecillos diseminados por el paisaje, y, a lo lejos, las murallas de la ciudad, negras, contra un cielo de porcelana. Mirando todo esto, día tras día, tan libre y espaciosamente como gustaba, caminando o cabalgando por aquellos campos, se dio cuenta de que ahora conocía «su tierra». Aquellas extensiones, el cielo ancho, aquellas pálidas, deliciosas colinas, eso era su tierra.

Y sucedió algo curioso: que Yuan dejó hasta de ir a caballo, porque se le antojaba que esto le mantenía alejado de la tierra. Al principio, cabalgaba, porque estaba acostumbrado a ello, e ir a caballo era para él tan natural como andar por sus propios pies. Mas ahora, por donde iba, la gente del pueblo se detenía al verle pasar, o le miraba largamente, diciéndose unos a otros:

—Sí, sí. Este es un caballo de soldado, con seguridad, y nunca ha llevado sobre sus lomos a una persona decente.

Al cabo de un par de días, oyó los chismorreos sobre él y la gente que decía:

—Ahí va el hijo de Wang el Tigre, en su caballo, enseñoreándose de todo, tal como hicieron otros de su familia. ¿Qué hace aquí? Debe de estar inspeccionando las tierras, para luego ponernos un nuevo impuesto de guerra, siguiendo los planes de su padre.

Y esto llegó hasta el extremo de que, cuando Yuan pasaba, ellos le miraban amargamente y, volviéndose, escupían en el polvo.

Al principio, estos escupitajos molestaron profundamente a Yuan, que estaba acostumbrado a un trato de respeto, de criados corriendo hacia él para cumplir el menor de sus deseos, y que no había temido a nadie, fuera de su padre. Pero al poco tiempo empezó a pensar en los motivos que tenían, en lo oprimidos que habían estado, recordando lo que había oído en la escuela de guerra; y dejó que escupieran a su antojo y donde les diera la gana.

De suerte que dejó a su caballo amarrado al sauce y paseó a pie. Y aunque al principio le costó un poco de trabajo, pronto sus piernas estuvieron adiestradas. Dejó sus zapatos de cuero y empezó a usar las sandalias de paja que llevaban los campesinos, y se complacía en sentir bajo sus pies la sólida tierra de los senderos y los caminos, apelmazada por los meses de sol invernal. Le agradaba encontrarse con un hombre y ser mirado por él con la curiosidad con que se mira a un extranjero, y no con la mirada del rencor o de miedo con que se mira al hijo de un señor de la guerra.

En aquellos pocos días, Yuan aprendió a querer a su tierra como nunca lo había hecho. Y sintiéndose tan libre y contento, sus versos brotaban de él, hechos, brillantes, aptos para ser escritos inmediatamente. Apenas tenía que buscar una palabra; más bien se dejaba ir, escribiendo lo que se le ocurría. No había ningún libro de papel en la casa de tierra; solamente una vieja pluma que antaño compró su abuelo, tal vez para poner su firma en un contrato sobre tierras, pero la pluma todavía podía ser usada, y con ella, y con un pedazo de tinta reseca que halló a mano, Yuan escribía sus versos en las blanqueadas paredes del zaguán, en tanto que los viejos

contemplaban admirados aquella misteriosa serie de palabras mágicamente escritas. Ahora, Yuan escribió nuevos versos, no sólo acerca de los sauces acariciando las quietas lagunas, o las nubes pasajeras, las lluvias de plata y los pétalos que se desprendían de las flores. Los nuevos versos, que salían de algún lugar más hondo de él, no eran vaporosos y tiernos, pues en ellos hablaba de la tierra y de su amor por ella. Donde ayer sus versos tenían delicados y vacíos tonos comparables a burbujas encantadoras que brotaban en la superficie de sus pensamientos, ahora había algo no tan suave, pero lleno de un indefinible significado, con el cual luchaba el mismo Yuan sin entenderlo del todo, algo que brotaba con más fuerza y con áspera musicalidad.

Así pasaron los días, y Yuan los vivió a solas con sus grandes, profundos pensamientos. Qué haría de su futuro, era cosa que no sabía. Ninguna forma clara aparecía en su pensamiento acerca de ese futuro. Estaba contento de aquellos días, en que podía respirar la luciente y sólida belleza de su tierra norteña, brillante bajo el limpio sol, con un cielo tan azul sobre ella que parecía que este color se adueñaba de la propia luz que brotaba de la tierra. Oía las charlas y las risas de la gente en las calles de la aldea. Se mezclaba con los hombres sentados en las posadas al borde de los caminos, oyendo las conversaciones e interviniendo a veces en ellas, escuchando como si oyese un lenguaje que no se entiende del todo, pero que suena dulcemente en los oídos y el corazón; era feliz cuando no oía hablar de guerras, sino de lo usual en diálogos de villorrios: a quién le había nacido un hijo, quién se iba a casar, qué semillas debían ser sembradas, y otras cosas por el estilo.

Su agrado por todo esto crecía diariamente; y cuando se hizo demasiado grande, un verso brotó en su espíritu, un verso que escribió inmediatamente y que salió con facilidad, aunque había en él algo extraño que le hizo pensar en lo que decía, pues, a pesar de hallar un gran placer en la vida de aquellos días, los versos ahora no salían alegres, sino teñidos en una penetrante melancolía, como si surgieran de algún hondo pozo de tristeza; y Yuan ignoraba de dónde le venía este sentir.

* * * *

Empero, ¿cómo podía vivir de este modo el hijo único del Tigre? Por doquiera decía la gente del campo:

—Es un extraño y alto mozo, que anda vagabundeando, como alguien que está desequilibrado. Dicen que es hijo de Wang el Tigre y sobrino de Wang el Mercader. Pero ¿cómo puede el hijo de tan gran hombre vagar solo de esta manera? Vive en la vieja casa de tierra de Wang Lung, y debe de estar mal de la cabeza.

Este rumor llegó a oídos de Wang el Mercader, en la ciudad. Lo escuchó de labios de un viejo empleado de sus oficinas y respondió, tajante:

—Claro está que no es hijo de mi hermano: si fuese él, yo lo habría sabido. ¿Cómo va a ser posible que mi hermano deje libre a su precioso y único hijo de tal

manera? Mañana mandaré un criado para que averigüe quién vive en la vieja casa de mi padre. No creo que mi hermano sea capaz de dejar vivir así a nadie.

Y en el fondo temía que el pasajero fuese un espía o un bandido encubierto.

Pero ese mañana no llegó, porque la gente del campamento del Tigre había oído también el rumor. Aquel día, Yuan se levantó temprano, como solía, y estaba en la puerta de la casa, tomando té y pan. Mirando a la lejanía, vio una litera llevada a hombros por unos hombres, y detrás otra, escoltadas por un pelotón de soldados, en cuyos uniformes reconoció a los hombres de su padre. Entró rápidamente en la casa, incapaz de seguir bebiendo o comiendo, y esperó, pensando amargamente: «Supongo que el que se acerca es mi padre. ¿Y qué vamos a decirnos ahora el uno al otro?». Hubiera querido partir corriendo a través de los campos, como un niño; pero se dio cuenta de que este encuentro tendría que realizarse un día u otro, y no podía pasarse la vida corriendo.

Muy turbado, esperó, tratando de dominar el miedo Infantil que brotaba de nuevo en él. No pudo probar un bocado más.

Cuando las literas se acercaron, no descendió de ninguna de ellas Wang el Tigre, ni hombre alguno, sino dos mujeres: una era su madre y la otra su criada.

Yuan quedó verdaderamente sorprendido, pues apenas veía a su madre, y no tenía noticia de que hubiera salido nunca de la casa. Se adelantó, despacio, para darle la bienvenida, pensando en qué pararía todo aquello. Ella avanzó apoyada en el brazo de su sirvienta. Era una mujer de blancos cabellos, vestida de negro; carecía de dientes, y esto le hacía tener sumidas las mejillas; pero aún había vida en aquellas mejillas, y si su mirada era simple y un poco boba, no dejaba por eso de ser amable. Al ver a su hijo, gritó de un modo llano y campesino, pues había sido pueblerina en su juventud:

—Hijo, tu padre me manda para decirte que está enfermo y cercano a la muerte. Dice que tendrás lo que quieras con tal de que vayas a verle inmediatamente, antes de que muera. Dice que no está enojado contigo, y que vayas en seguida.

Dijo esto en voz alta, para que lo oyeran todos. De nuevo los aldeanos andaban por allí curioseando y aguzando los oídos. Pero Yuan ni los vio, tan confuso estaba con lo que acababa de oír. Durante aquellos días había tomado la decisión de no abandonar aquella casa contra su voluntad; mas ¿cómo negarse a ir hacia su padre si era verdad que se estaba muriendo? ¿Y sería verdad? Recordó cómo temblaba la mano de su padre cuando la levantó para confortarse con el vino, y pensó que aquello podía ser verdad, y que un hijo no debía negar nada a su padre.

Ahora, la sirvienta, viendo su titubeo, cumplió su deber hacia el ama, y dijo en voz muy alta, mirando aquí y allá, a los aldeanos, para darse importancia:

—¡Ah, mi pequeño general! Os aseguro que es verdad. Estamos ya medio locas y todos los doctores también. El viejo general yace esperando el fin de su vida, y si queréis verle aún vivo, debéis apresuraros. Os juro que no le queda mucho que vivir. ¡Si no es así, que me muera yo!

Los campesinos escuchaban ansiosamente y cambiaban miradas llenas de

significación al oír que el Tigre estaba tan cercano a su fin.

Pero aún dudaba Yuan de aquellas dos mujeres, principalmente porque notaba en ellas cierta secreta insistencia para obligarle a volver a casa. Cuando la criada se dio cuenta de estas dudas, se arrojó al suelo, golpeándose la cabeza contra él, dijo con una voz entrecortada por fingidos sollozos:

—Mirad a vuestra madre, mi pequeño general. Miradme a mí, su esclava..., cómo las dos os suplicamos...

Y habiendo hecho esto un par de veces, se levantó, sacudiéndose el polvo del vestido de lana gris y mirando altivamente al grupo de boquiabiertos aldeanos. Ya había cumplido con su obligación y se hizo a un lado, arrogante sierva de una ilustre familia, y, por lo tanto, capaz de mirar por encima del hombro a la gente vulgar.

Mas Yuan no le hizo el menor caso. Se volvió hacia su madre y se convenció de que tenía que cumplir con su deber, aunque odiara el hacerlo; invitó a su madre a sentarse dentro de la casa, mientras una parte del grupo se acercaba más, hasta asomarse a la puerta, dispuesta a seguir mirando y escuchando. Ella no se preocupó, siendo costumbre que la gente del pueblo se acercara para contemplar a los de mayor categoría social.

Miró largamente al zaguán, como pensando, y dijo:

—Es la primera vez que vengo a esta casa. En mi niñez oí largas historias sobre ella: cómo Wang Lung se hizo rico, compró una muchacha de una casa de té y fue dominado por ella durante un tiempo. Sí, todos los cuentos acerca de cómo se comportaba ella, cómo se vestía y comía, circularon por todo este territorio, aunque ya pertenecía al pasado, pues Wang Lung era un viejo cuando yo no había salido de la infancia. Se dijo incluso que él vendió un terreno para comprarle un anillo de rubíes. Pero después Wang Lung volvió a comprar aquel terreno. La vi sólo una vez, el día de mi boda. Y, ¡por mi madre!, qué gorda y qué feísima se había puesto, hasta que por fin se murió...

Lució una desdentada risa y miró en torno amigablemente.

Yuan, viendo con qué tranquilidad y honradez había hablado, se decidió a conocer la verdad, y le preguntó con llaneza:

—Madre, ¿es cierto que mi padre está muy enfermo?

Esto la retrajo a su propósito, y entonces dijo, dejando escapar silbidos entre sus vacías encías, como siempre que hablaba:

—Muy enfermo, hijo mío. No sé hasta qué punto, pero se lo pasa sentado, sin querer acostarse, bebe que te bebe, y sin probar bocado; está más amarillo que un melón. Yo nunca vi amarillez semejante. Y nadie se atreve a acercarse a él y decir una sola palabra, porque se pone a rugir y a vociferar, más fuerte que antes, si es posible. Si continúa sin comer, no podrá vivir mucho, eso es seguro.

—¡Ay, ay, es verdad! No podrá vivir si no come —dijo la criada como un eco. Estaba de pie, detrás de la silla de su dueña, y movía la cabeza, poniendo un melancólico placer en sus palabras. Las dos mujeres suspiraron, y quedaron

gravemente silenciosas, mientras miraban a Yuan a hurtadillas.

Después de pensar por un momento, presa de honda impaciencia, Yuan, convencido de que era su deber partir si realmente su padre estaba tan enfermo, aunque dudaba todavía y pensaba, como su padre, que todas las mujeres eran insensatas, dijo:

—Iré. Pero quédate aquí uno o dos días, madre, antes de regresar, pues, sin duda, estarás cansada.

Se ocupó de que estuviera cómoda, y le hizo pasar al cuarto que ya le parecía suyo de siempre, tan triste se sentía al abandonarlo. Después que ella hubo comido, Yuan montó de nuevo a caballo y se dirigió hacia el Norte, hacia su padre, no sin dejar de pensar en aquellas dos mujeres, que parecían ahora demasiado complacidas; demasiado, si era verdad que el señor de la casa estaba tan enfermo como decían. Tras él iba un grupo de soldados de su padre. Una vez, al oír sus risotadas ante una grosería, se volvió hacia ellos irritado, no pudiendo soportar el antes familiar vocerío, allí, tras él. Y al preguntarle que por qué le seguían tan de cerca, ellos respondieron:

—Señor, los hombres de confianza de vuestro padre nos ordenaron acompañarte, para que ningún enemigo se aproveche y os lleve, exigiendo después un rescate o quizá dándoos muerte. Hay muchos bandoleros por estas tierras, y vos sois el único precioso hijo.

Yuan no dijo nada. Gruñó y siguió adelante. ¿Qué locura le había hecho pensar en la libertad? Él era el hijo único de su padre, el hijo desesperadamente único de su padre.

De los campesinos y aldeanos que le veían pasar no había uno que no sintiera alegría al ver que se alejaba de allí, pues ellos no le entendían ni creían en lo que les había dicho. Yuan podía advertir el contento que demostraban al ver que partía, y esto era como una sombra en la felicidad de aquellos días libres.

* * * *

De esta suerte, Yuan se encaminaba de nuevo hacia su padre, con una guardia tras él. Los soldados no le dejaron en todo el camino, se apercibió muy pronto de que no le protegían precisamente contra los bandidos, sino contra él mismo: que no se les fuera a escapar de repente. Varias veces tuvo a flor de labios el decirles: «No debéis preocuparos de mí. No voy a escaparme. Voy a ver a mi padre por mi propia voluntad».

Pero no dijo nada. Los miraba con fastidio, silenciosamente, sin querer dirigirles la palabra, mas cabalgaba tan de prisa como podía, sintiendo gran regocijo al notar que su buen caballo se adelantaba con facilidad a los otros, que eran caballos de regular calidad, de suerte que ellos se veían obligados a hacer correr a sus pobres animales cada vez más. Ahora Yuan se sabía un prisionero, aunque aquello fuera su deber. Ya no se le ocurría ningún verso, y apenas si veía la tierra querida.

Al anochecer del segundo día de esta violenta cabalgada, llegó a la casa de su padre. Bajó del caballo y, sintiendo un repentino pesar en el fondo del alma, se encaminó lentamente hacia el cuarto donde el Tigre solía dormir. Pasó sin preocuparse de los secretos de los soldados y los sirvientes y sin responder a ningún saludo. Pero su padre no estaba en la cama, aunque ya era de noche. Al ser preguntado por Yuan, un guardia le dijo:

—El general está en su vestíbulo.

Yuan sintió entonces cierto enojo, y pensó que su padre no estaba tan enfermo, que todo había sido una trampa para atraerlo a su casa. Esta idea aumentó su ira, de tal modo que no sentía miedo de su padre, y cuando recordó los días de soledad y agrado frente a la espaciosa tierra, mantuvo esta ira contra su padre. Pero cuando entró en el vestíbulo y vio al Tigre, Yuan olvidó en gran parte esta irritación, porque en lo que sus ojos venían no había trampa ni engaño. Su padre, sentado en la vieja silla, de cuyo respaldo colgaba la piel de tigre, con el brasero encendido delante, envuelto en un despeinado abrigo de piel de oveja, cubierta la cabeza con un alto gorro de piel, parecía a pesar de todo el calor que le rodeaba, frío como un muerto. Estaba amarillo como cuero viejo; sus ojos brillaban, secos, negros y hundidos, y la cara sin afeitar se cubría de pelos duros y grises. Alzó los ojos cuando su hijo llegó, volvió a bajarlos hacia los tizones del brasero, y no dijo ni una palabra de saludo. Yuan se adelantó, e hizo una reverencia ante su padre, diciendo:

—Me han dicho que estabas enfermo, padre mío, y por eso he venido.

Wang el Tigre murmuró:

—Yo no estoy enfermo. Son chismorreos de mujeres. Y no quiso mirar a su hijo.

Entonces Yuan preguntó:

—¿No has enviado a buscarme porque estás enfermo?

Y Wang el Tigre tornó a murmurar:

—Yo no he enviado a buscarte. Me dijeron donde estabas, y yo les dije: «Dejadle en paz donde sea».

Contempló los ardientes carbones del brasero y puso a calentar sobre ellos sus temblorosas manos.

Sus palabras eran para irritar a cualquiera, y más a un joven en aquellos días en que los padres no eran muy respetados. Yuan pudo haberse puesto frenético y partido en seguida, haciendo su voluntad, como lo había hecho en los días de su ausencia; pero al ver las pálidas, secas manos de viejo que su padre extendía al amor del brasero, temblando y buscando calor en alguna parte, no pudo decir palabra de encono. Se le vino a las mientes, como hubiera sucedido con cualquier otro hijo de buen corazón, que su padre, en la soledad, había tornado a ser un niño, y que, como niño, había de ser tratado con ternura, dijera lo que dijera. La debilidad de su padre conmovió hasta las raíces el enojo de Yuan, de tal suerte que sintió que unas inesperadas lágrimas afluían a sus ojos; y si se hubiera atrevido, habría extendido su mano hasta tocar a su padre, pero no lo hizo, porque una especie de cortedad natural

frente a él se lo impidió. Lo único que hizo fue sentarse en una silla cercana y mirar al Tigre, esperando, silenciosa y pacientemente, a que dijera algo.

Pero esto se debía a la libertad ya gustada, que le daba en aquel momento la sensación de que en él había desaparecido para siempre el temor a su padre. Ya nunca sentiría terror ante los rugidos del viejo, ni por sus oscuras miradas, ni por el enarcar de las negras cejas: ante ninguno de los trucos que el Tigre usaba para imponerle miedo. Pues Yuan vio la verdad: que todo aquello no era sino el arma que su padre utilizaba, aunque no sabía si lo había usado como un escudo o como un hombre que levanta su espada sin estar decidido a dejarla caer sobre alguien. Y aquellos trucos habían cubierto el corazón del Tigre, que no había sido lo bastante severo, ni lo suficientemente cruel, ni siquiera lo bastante alegre para ser un verdadero señor de la guerra. En aquel momento de clarividencia, Yuan contempló a su padre, y comenzó a quererlo sin mezcla de temor.

Pero Wang el Tigre, desconociendo este nuevo sentimiento de su hijo, continuaba sentado, atizando el brasero y fingiendo olvidar que el joven estaba allí. Así permaneció largo rato, hasta que Yuan, viendo más intensamente cómo había palidecido el color de su padre y de qué modo se habían hundido sus carnes, hasta el punto de que los huesos de la cara sobresalían con dureza de rocas bajo la piel, dijo amablemente:

—¿No sería mejor que te fueras a la cama, padre mío?

Al oír de nuevo la voz de su hijo, Wang el Tigre alzó la mirada con la lentitud propia de un hombre enfermo, y fijó sus macilentos ojos en su hijo, para decir al cabo de un rato, lentamente y midiendo las palabras:

—Por ti, solamente por ti, dejé una vez de matar a ciento setenta y tres hombres que merecían la muerte. —Levantó la mano derecha para llevársela a los labios, con el ademán que era habitual en él, pero la mano cayó a medio camino, y el brazo de Wang quedó como colgando y sin fuerza. Entonces, tornó a decirle a su hijo, mirándole con nueva fijeza—: Es la verdad. Sólo por ti no maté a aquellos hombres.

—Eso me alegra —dijo Yuan, no tan conmovido porque los hombres se mantuvieran con vida como por saber que había evitado su muerte, y por su infantil anhelo de complacerle que veía en su padre—. Detesto saber que han matado a un hombre —añadió.

—¡Ay, ya lo sé! Siempre fuiste un pusilánime —contestó Wang el Tigre apresuradamente, sumiéndose otra vez en la contemplación del brasero.

De nuevo pensó Yuan en la manera de hacer que su padre se fuera a la cama, pues no podía soportar aquel aire mortecino de su rostro y la seguridad de su boca flácida. Se levantó, yendo en busca del criado del labio leporino, que estaba sentado en cuclillas junto a la puerta, y le preguntó en voz baja:

—¿No puedes convencer a mi padre para que se meta en la cama?

El hombre se levantó titubeante y medio dormido, y respondió:

—¡He tratado tantas veces de que se acueste, pequeño general, y sin resultado!

No puedo persuadirle de que se vaya a la cama, ni siquiera de noche. Si se acuesta, vuelve a levantarse al cabo de una hora, más o menos, y vuelve a este asiento. Y yo tengo que permanecer aquí, también, y estoy ya muerto de sueño. Pero él se pasa el tiempo ahí sentado, siempre despierto.

Entonces Yuan volvió junto a su padre, y con tono cariñoso le dijo:

—Padre, yo también estoy cansado; vámonos a dormir. Yo dormiré al lado de tu cama, y así me podrás llamar y saber que estoy allí.

Al oír esto, el Tigre se movió ligeramente, como si fuera a levantarse. Pero se dejó caer de nuevo en la silla, meneando la cabeza y diciendo:

—No, no he concluido de decirte algo que quiero que sepas. Hay algo más. No puedo pensarlo todo en este momento. Hay dos cosas que conté con los dedos de mi mano derecha, y que tengo que decir. Siéntate donde quieras y espera a que vuelvan mis pensamientos.

El Tigre habló ahora con su antigua vehemencia, y Yuan sintió el hábito de su niñez, la costumbre de sentarse y esperar. Pero aún conservaba anulados sus temores de antaño, de modo que su corazón gritó, sin que pudiera dominarlo, diciéndole: «¿A quién tengo delante, sino a un viejo voluntarioso, que se empeña en que me siente a esperar sus antojos?». Y estuvo a punto de decir esto en voz alta, pero entró el criado, que le dijo:

—Déjelo hacer lo que le dé la gana, pequeño general; está muy enfermo, y cree que debemos hacer cuanto se le ocurre.

Entonces Yuan, dominando sus impulsos y pensando que una discusión podría empeorar a su padre, que nunca había conocido quien se le opusiera, volvió a sentarse y esperó pacientemente a que el Tigre hablara. De súbito este dijo:

—Ahora lo sé. Ya recuerdo. Lo primero que debo hacer es ocultarte de mis enemigos, en alguna parte. Recuerdo lo que dijiste ayer. Debo esconderte.

Yuan no pudo dejar de decir:

—Pero, padre, no fue ayer...

El Tigre lanzó a su hijo una de sus violentas miradas de otros días, y golpeándose una mano con la otra, gritó al mismo tiempo:

—¡Yo sé lo que digo! ¿No fue ayer cuando volviste a casa? ¡Ayer fue cuando volviste!

Y otra vez el viejo criado del labio deforme se interpuso entre el Tigre y Yuan, y suplicó:

—No le llevéis la contraria... Fue ayer..., fue ayer...

Yuan inclinó la cabeza, esforzándose por callar, pues le sucedía una cosa extraña: que la compasión que al principio había sentido por su padre se había desvanecido como un vientecillo que pasara sobre su corazón; aquellas miradas rabiosas que le dirigía el Tigre hicieron nacer en él un sentimiento más hondo que el de la lástima. Rebrotaron sus resentimientos, tornó a decirse que no tenía por qué sentir miedo; pero debía estar alerta para no sentirlo y ejercitar su voluntad.

Siguiendo su voluntariosa manera, el padre esperó largo rato antes de seguir hablando; quería pensar que la razón de aquel silencio era dar mayor importancia ante su hijo a lo que iba a decir; pero en realidad, el Tigre tenía que decirle algo que a él mismo no le agradaba decir, y por eso esperó. En este rato de espera, el rencor de Yuan contra su padre alcanzó un grado que nunca había conocido. Recordó todas las veces en que el Tigre le había obligado a guardar silencio, todas las horas que había gastado en menesteres que detestaba; y el recuerdo de los días de libertad penetró más violentamente en él. Yuan no podía en aquel momento soportar a su padre. No. Hasta su misma carne se rebelaba contra el viejo, y Yuan odió de pronto a su padre porque no se había lavado ni afeitado y porque había derramado el vino y la comida sobre sus vestiduras. No había en su padre nada que Yuan amara, por lo menos en aquel momento.

El Tigre, sin sospechar el rencor que se adueñaba del pecho de su hijo, se decidió por fin a decir aquello, que fue lo siguiente:

—Tú eres mi único y precioso hijo. ¿Qué esperanza puedo yo tener que no esté en ti? Por casualidad, tu madre dijo una vez algo inteligente: «Si no se casa, ¿de dónde saldrán nuestros nietos?». Y yo le dije: «Ve y busca una buena doncella, por donde la haya, no importa de quién se trate con tal que sea vigorosa y fácil de llevar, pues las mujeres son todas iguales y ninguna mejor que otra. Tráela y los casarnos, y entonces él podría irse a donde se le antoje y ocultarse en tierra extranjera hasta que esta guerra termine. Y así mantendremos su progenie».

El Tigre dijo esto muy cuidadosamente, habiendo pensado antes cada palabra, reuniendo toda su voluntad para decir lo que creía su deber, antes de dejar partir a su hijo. Esto no era ni más ni menos que lo que un buen padre debía hacer y lo que todo hijo razonable debía esperar, pues el hijo había de aceptar la esposa que le escogieran sus padres, casarse y tener hijos de ella, y entonces era libre para buscar amor por donde se le antojase. Pero Yuan no era un hijo de esta clase. Estaba impregnado por el veneno de los nuevos, lleno de secretas ideas de libertad que ni él mismo conocía exactamente, y lleno, también, del odio de su padre hacia las mujeres; con este odio y con aquel secreto impulso de libertad se alimentó la rebelión que de nuevo le brotaba por dentro. Sí, su rabia era en este punto como una violenta inundación, y toda su vida se rebelaba por esta crisis.

Al principio no quiso creer que su padre estaba diciendo seriamente aquellas palabras, pues siempre había oído al Tigre hablar de las mujeres, como de unas locas, y si no locas, unas traidoras en las que nunca había que creer. Pero las palabras habían sido pronunciadas, y el Tigre había vuelto a su silencio y a clavar los ojos en el brasero. Ahora Yuan se dio cuenta de por qué su madre y la criada de esta habían insistido tanto para que volviera a la casa; aquellas mujeres no pensaban en otra cosa que en uniones y en casamientos.

¡Bueno! Pues él no estaba dispuesto a hacerles caso. Se puso en pie, olvidando el miedo que había tenido a su padre, y gritó:

—Lo esperaba. Sí, desde que mis camaradas me dijeron que habían sido obligados a casarse, y muchos de ellos abandonaron su hogar por este motivo, esperaba la hora en que me dijeran esto. No iba a ser yo la excepción. Vosotros sois como todos los demás, gente vieja, que quiere tener a los hijos siempre amarrados y a su disposición; obligarnos al matrimonio con la mujer escogida por vosotros, a tener hijos de ella. Pues bien, ¡yo no pienso estar amarrado, no voy a dejar que mi cuerpo sea usado por vosotros de esta manera, ni atar mi vida a las vuestras! ¡Te odio! ¡Siempre te he odiado! ¡Ahora me doy completa cuenta de que siempre te he odiado!

Brotaba de Yuan tal violencia y rencor, que comenzó a sollozar salvajemente, y el fiel criado, lleno de terror, se acercó corriendo y le ciñó la cintura con su brazo, dispuesto a llevarle aparte y tratar de calmarlo; pero no pudo hablar, pues su labio roto se torcía a causa del miedo. Yuan miró fijamente a aquel hombre cuando le sintió a su lado, y alzando la mano le dio tal bofetada en el odioso rostro, que el hombre rodó por tierra.

El Tigre se levantó, vacilante. No se dirigió a su hijo, al que había estado mirando fijamente durante la violenta escena, sin haber comprendido del todo las palabras que Yuan le había dicho. Se acercó al criado y le ayudó a ponerse en pie.

Pero Yuan había salido a toda prisa. Sin esperar a ver lo que sucedería, corrió a través de los patios, pasó entre los atónitos soldados, halló a su caballo junto a un árbol, subió de un salto en el animal y, atravesando la gran puerta exterior, se lanzó al galope por los campos, alejándose de aquella casa y seguro de que esta vez sería para siempre.

Ahora Yuan había partido de la casa paterna dominado por la más salvaje cólera, furor que, si no se enfriaba pronto, acabaría matándolo. Pronto se enfrió. Comenzó a pensar qué haría de sí, pobre muchacho solo, alejado de su padre y de sus camaradas por su propia voluntad. El día contribuyó a aplacar su rabia, pues la luz del sol invernal, que tan interminable le había parecido durante aquellos días que pasó en la casa de tierra, ahora no era interminable. El día se tornó gris, y se levantó el viento del Este, frío y cortante; la tierra por la que Yuan cabalgaba —lentamente, pues el caballo estaba cansado con aquellos días de viaje— también comenzó a tomar un tono gris. En aquel plomizo color encontró Yuan algo que calmaba su violencia. Hasta la gente que pasaba se impregnó del mismo color gris; tan semejantes eran aquellos hombres a la tierra que labraban, que sus miradas fueron palideciendo a la vez que la tierra palidecía, y todos sus movimientos fueron aquietándose. En tanto que, a la luz del sol, sus rostros eran vivaces y con frecuencia alegres, bajo aquel cielo gris sus ojos se oscurecían, sus labios se quedaban rígidos, sus vestidos y hasta sus cuerpos se iban llenando de aquella descolorida quietud. Los tonos vívidos de las colinas y las tierras, el azul de los vestidos, el rojo del abrigo de un chiquillo, el granate de los pantalones de una muchacha, todas aquellas cosas que el sol vivificaba y distinguía, estaban ahora sumidas en la misma opacidad. Y Yuan, cabalgando por aquella pálida tierra, pensaba cómo podía haberla querido tanto. Hubiera vuelto a su

capitán y a los compañeros de su causa si no hubiese pensado en los campesinos, en el desamor que todo aquello le inspiraba. A la vez pensaba en la gente que se encontró aquel día y que parecía tan llena de odio contra él, no puedo menos que decirse: «¿Y por esta gente voy a dar mi vida?». Sí, en aquella hora parecía que todo, hasta la tierra, había perdido la sonrisa. Por si esto no fuera bastante, el caballo comenzó a cojear, y cuando Yuan descabalgó en un pueblecillo del camino, vio que el animal, herido en una pata, ya no le serviría.

Mientras miraba el casco del caballo, Yuan oyó un fuerte rugido; alzando la vista, vio pasar un tren, echando una densa humareda y corriendo a toda velocidad. Pero no pasó tan aprisa como para que Yuan no viera la gente que iba en el tren, pues estaba cerca de la vía y arrodillado junto a su caballo. Allí iban sentados, tan seguros, cómodos y a tal velocidad, que Yuan los envidió, sintió que su cabalgadura era tan lenta —y ahora tan inútil—, que se dijo, y le pareció que era un acierto lo que se decía: «Voy a vender este animal en la ciudad, a tomar el tren y alejarme de aquí, a ir lo más lejos que pueda».

Aquella noche la pasó en una posada muy sucia, en un pueblecillo, y no pudo dormir. Toda clase de bichos anduvieron por su cuerpo. Sentado en la cama, se puso a pensar en lo que podía hacer. Tenía algún dinero, pues su padre siempre le hacía llevar cierta cantidad en la carterilla del cinturón; aunque no fuera demasiado, le añadiría el valor de la venta de su caballo. Pero durante largo tiempo no supo dónde ir ni lo que debía hacer.

Yuan no era un muchacho corriente. Había leído viejos libros de su patria y conocía nuevos libros occidentales, que su tutor le había dado. De este mismo maestro había aprendido a hablar correctamente una lengua extranjera; de suerte que no era tan desvalido como la mayoría de los jóvenes de su edad, en aquellas tierras. Y mientras se rascaba todo el cuerpo en la cama del albergue, se preguntaba qué haría con su dinero y con sus conocimientos. Varias veces le pasó por las mientes si no haría bien en volver en busca de su capitán. Podría ir y decirle: «Estoy arrepentido y vuelvo con vosotros». Y con decir que había abandonado a su padre y abofeteado al fiel criado, hubiera sido bastante, pues en las bandas revolucionarias era un inmejorable pasaporte y una prueba de lealtad haber desafiado a un padre, hasta el punto que algunos de aquellos jóvenes, hombres y mujeres, mataban a sus padres para demostrar cuán leales eran a la causa.

Pero a Yuan, aunque algo le decía que iba a ser bien recibido, algo más fuerte le aconsejaba no volver de nuevo al servicio de la causa.

El recuerdo del día gris estaba todavía melancólicamente aferrado a su memoria; recordó la polvorienta gente del pueblo, y pensó que no amaba a aquella gente. Murmuró: «En toda mi vida he tenido el menor placer. Las pequeñas alegrías que otros muchachos tiene, yo no las he tenido. Mi vida ha estado llena de mi deber hacia mi padre y hacia esa causa que no pienso seguir». Y de pronto se le ocurrió que debía seguir otra vida en la que hubiera risas. Le pareció que toda su existencia había

estado llena de seriedad, que no había tenido compañeros de alegría, y que esto debía ser agradable, en cualquier parte donde existiera, y donde hubiera, al mismo tiempo, algún trabajo que hacer.

Recordando sus juegos de niño, acudió a su memoria aquella hermana menor, con quien tanto se divertía en los primeros años de su niñez, y cómo reía ella mucho y gustaba de golpearle con sus piecillos; él también reía mucho cuando jugaba con ella. ¿Y por qué no tratar de volverla a ver ahora? Era su hermana, tenían la misma sangre. Había estado tan absorto en la vida, entregado tan totalmente a su padre, que apenas había recordado la existencia de otros, a los que también pertenecía. De pronto, los vio a todos en su mente. Vio claramente también sus decisiones. Iría a casa de su tío. Wang el Mercader. Por un rato pensó que sería agradable estar de nuevo en aquella casa; recordó una cara alegre y cordial, la de su tía; recordó a sus primos. Pero luego pensó que no debía vivir tan cerca de su padre. Su tío podía decirle al Tigre que él estaba allí; el Tigre estaba cerca. Decidió tomar el tren y llegar lo más lejos que pudiera. Su hermana estaba lejos, muy lejos, en la ciudad del litoral. Le gustaría vivir algún tiempo en aquella ciudad, volver a ver a su hermana, ver cosas alegres, conocer todas aquellas cosas extranjeras que nunca había visto y de las que tanto había oído hablar.

Su corazón apresuró sus latidos. Antes del alba se levantó, llamó al criado del albergue, pidióle agua caliente para lavarse y sacudió fuertemente sus ropas para que salieran de ella los bichos que pudieran haberse metido durante la noche.

Cuando el hombre llegó, Yuan le riñó por toda aquella suciedad, y se sintió feliz de partir.

El criado, al ver la impaciencia de Yuan, comprendió que era el hijo de un hombre rico, pues los pobres no regañaban tan fácilmente. Obsequioso, se esmeró en atenderle pronto, de suerte que al alborear ya estaba Yuan listo, desayunándose y llevando a vender su caballo. El pobre bruto fue vendido por una miseria, en la tienda de un carnicero. Por un momento, Yuan se sintió apenado al pensar que su caballo iba a servir de alimento a los hombres, pero se endureció contra esta debilidad. Ahora no necesitaba caballo. Ya no era el hijo de un general. Era solamente él mismo, Wang Yuan, un joven libre para ir donde quisiera y hacer lo que le viniera en gana. Aquel mismo día tomó el tren, que le llevó a la gran ciudad de la costa.

Fue una suerte para Yuan haber leído a su padre algunas de las cartas que la culta mujer del Tigre (madre de la hermana que Yuan había recordado en aquellos días) le enviaba desde la ciudad de la costa, donde se había ido a vivir. El Tigre, cuanto más viejo se hacía, más indolente se tornaba para leer, cualquiera cosa que fuese; de modo que, aun habiendo leído muy bien cuando era joven, la edad le había hecho olvidar algunas letras y no podía leer con facilidad. Dos veces al año llegaban las cartas de esa mujer para su señor: escribía con gran elegancia, y sus cartas no eran fáciles de leer. Yuan las leía a su padre y se las explicaba. Ahora recordaba el nombre de la calle donde ella vivía y en qué parte de la gran ciudad. Así, cuando, al cabo de un día y una noche, Yuan se bajó del tren, después de haber pasado sobre un río, bordeado unos lagos y atravesado montañas y llanuras, en las que apuntaba el trigo primaveral, supo dónde tenía que ir. No era muy cerca, y tomó un *rickshaw*, para que lo llevara hasta allí, a través de las iluminadas calles de la ciudad, solo hacia su ventura, sintiéndose absolutamente libre donde nadie le conocía.

Nunca había estado en una ciudad como aquella. Las casas se elevaban tanto a ambos lados de la calle, que ni aun con todas aquellas luces podía ver su altura, que terminaba en la oscuridad del cielo. Pero, a los pies de aquellas altas construcciones, la gente iba y venía en una claridad casi diurna. Allí vio gente de todo el mundo, de toda raza y color; hombres negros de la India, con sus mujeres envueltas en velos de pura gasa, adornados de oropel, y con vestidos del mismo modo, todos con narices largas; mirándolos, Yuan pensaba en lo extraño que era que aquellas mujeres distinguieran a sus maridos entre los demás hombres, tanto se parecían unos a otros, excepto que algunos tenían grandes panzas, o carecían de pelos en la cabeza, o tenían alguna otra falta de belleza por el estilo.

La mayoría de la gente era de su misma raza, y Yuan veía toda clase de paisanos suyos en aquellas calles. Allí estaban los ricos, que iban en grandes máquinas hasta las puertas de alguna casa de diversión, conduciendo entre un gran ruido de bocinas; y el hombre que llevaba el *rickshaw* de Yuan tenía que detenerse y dejarlos pasar, como antaño se hacía con los reyes. Pero donde estaban los ricos también había pobres, mendigos y lisiados que hacían grandes aspavientos mostrando sus males para lograr un poco de dinero. Mas no ganaban gran cosa, pues sólo algunas monedillas caían en sus manos, ya que los ricos solían pasar sin mirarlos, con la cara muy alta y sin ocuparse de su existencia.

En medio de toda su ambición de cosas agradables, Yuan sintió pasar por él un ramalazo de odio contra aquellos ricos altaneros, y pensó que debían dar algo a los pobres mendigos.

Pasando entre aquella inquieta muchedumbre, oscuro en su humilde vehículo, el conductor se detuvo ante una puerta abierta en un largo muro, semejante a otras muchas puertas cercanas. Aquel era el lugar indicado por Yuan. Bajó del carruaje, sacó las monedas que había prometido entregar al hombre y se las dio. Y aunque Yuan había visto con indignación cómo pasaban los hombres y mujeres ricos sin oír

las peticiones de los mendigos y apartando violentamente las manos que hacia ellos se tendían, ahora, cuando el hombre del cochecillo le pidió humildemente, temblando y sudoroso por su carrera: «Señor, poned un poco más, según la bondad de vuestro corazón» (porque había notado que los vestidos de Yuan eran de buena seda, y todo su aspecto de hombre bien criado), Yuan no sintió lo mismo que antes; no se sintió lo bastante rico y recordó haber oído que aquellos hombres de los *rickshaw* nunca estaban contentos. Le gritó duramente:

—¿No habíamos convenido el precio?

Y el hombre contestó, suspirando:

—Señor, sí, el precio está tratado; pero yo he pensado en vuestro corazón...

Mas Yuan había olvidado al hombre, y, vuelto hacia la puerta, llamó a la campanilla. El hombre, viéndose olvidado, suspiró otra vez, secó su cara con un trapo sucio que llevaba al cuello y se alejó calle abajo, tiritando entre la fresca brisa nocturna que convertía en hielo el sudor que le cubría todo el cuerpo.

Cuando el criado abrió la puerta, miró a Yuan como a un extraño, y por un momento no quiso dejarle pasar, pues en aquella ciudad había numerosos desconocidos vestidos correctamente, que llamaban a las puertas, se decían amigos o parientes de los que habitaban en la casa, y cuando estaban dentro, sacaban pistolas extranjeras, robaban, mataban y hacían lo que querían; y a veces sus compañeros iban a ayudarlos y se llevaban un niño o un hombre para pedir un buen rescate por él. De modo que el sirviente cerró la puerta con rapidez, y aunque Yuan le gritó su nombre, tuvo que esperar un rato. La puerta se abrió de nuevo, y esta vez salió una mujer de rostro tranquilo, alta y canosa, con un vestido de raso de color ciruela. Yuan y la mujer se miraron, y él pudo observar que su rostro era dulce, un rostro pálido, no muy arrugado, pero tampoco hermoso, pues la nariz era demasiado larga y la boca grande. Pero sus ojos eran amables, y Yuan se animó, sonriéndole con cierto azoramiento y diciendo:

—Tengo que pedir os perdón por venir de esta manera, señora; pero soy Wang Yuan, hijo del Tigre, y he dejado a mi padre. No os pido nada más que, ya que estoy solo aquí me dejéis pasar a veros y a ver a mi hermana.

La señora le había estado mirando de cerca, mientras él hablaba, y le dijo suavemente:

—No pude creer al hombre cuando me dijo que eras tú. Hace tanto tiempo que no te veo, que no te conocería si no te parecieses tanto a tu padre. Nadie negaría que eres el hijo del Tigre y piensa que estás en tu casa.

Y aunque el criado miraba todavía lleno de sospechas, la señora insistió para que Yuan entrara; se mostraba tan plácida y afable, que no parecía sorprendida, si es que algo de este mundo podía sorprender a aquella señora.

Le hizo pasar a un estrecho vestíbulo y mandó al criado que dispusieran un cuarto con una cama. Luego preguntó a Yuan si había comido, abrió la puerta que daba a un salón de visitas, le ofreció asiento y le dijo que esperara allí, cómodamente, mientras

ella arreglaba algunos detalles del cuarto que las criadas estaban preparando para él. Todo esto lo hizo con tanta sencillez y tan sincero sentido de la hospitalidad, que Yuan se sintió encantando, acogido como un huésped agradable; y era muy dulce para él, cansado como estaba después de todo lo que había sucedido entre él y su padre.

En aquel salón se sentó cómodamente y esperó, divagando, y hasta maravillado. Pero Yuan no demostraba la menor admiración ni maravilla en su rostro; esta era una de sus características. Tranquilo, envuelto en su vestido de seda oscura, miraba un poco en derredor, pero no tanto como para que alguien que pudiera entrar notase que estaba sorprendido; Yuan odiaba parecer extrañado en ninguna parte que estuviera. Era un cuarto no muy grande y cuadrado, muy limpio, tan limpio que sobre el suelo había una alfombra de lana con floridos dibujos y sin una sola mancha. En el centro de esta alfombra había una mesa, y sobre la mesa un tapete de terciopelo rojo y encima un jarro con flores de papel rosado, tan reales a la vista, que se hubieran tomado por naturales de no haber tenido en sus tallos hojas plateadas en lugar de verdes. Había seis sillas como la que Yuan ocupaba, de blandos asientos y tapizadas de raso de color de rosa. En las ventanas había blancos visillos de fina tela, y en la pared colgaba un cuadro de aspecto extranjero, cubierto por un cristal. La pintura representaban altas montañas azules, un lago igualmente azul, y sobre las montañas unas casas extranjeras como Yuan nunca había visto. Era un cuadro muy luminoso y grato de mirar.

Una campanilla sonó. Yuan volvió los ojos hacia la puerta. Oyó rápidos pasos y una voz de muchacha, de tono alto y entrecortada de risas. Escuchó. Debía estar hablando con alguien aunque no se oía ninguna voz que le contestara. Muchas de las palabras que decía no las entendió Yuan; eran de lengua extranjera, intercaladas entre las que comprendía.

—¡Ah! ¿Eres tú?... No, no tengo nada que hacer... ¡Oh! Estoy muy cansada. Bailé tanto anoche... Me estás fastidiando... Ella es mucho más bonita que yo... No te rías de mí... Baila mucho mejor que yo... Hasta los hombres blancos prefieren bailar con ella... Sí, es verdad que bailé con el muchacho americano... ¡Ah! ¡Y cómo baila!... No te quiero decir lo que me dijo... ¡No, no, no!... Bueno, iré contigo esta noche... A las diez en punto... Primero iré a cenar...

Oyó una deliciosa cascada de risa, y de pronto se abrió la puerta y vio en ella una muchacha. Se levantó para saludar, bajando los ojos en señal de cortesía y evitando mirarla de frente. Pero ella corrió hacia él ágilmente, graciosa y rauda como una golondrina, tendiéndole las manos.

—¡Tú eres mi hermano Yuan! —gritó alegremente con su vocecilla suave, con una voz alta y dulce que parecía flotar en el aire—. Mi madre dijo que habías llegado de pronto. —Le tomó las manos y rio de nuevo—. ¡Qué anticuado pareces con esas vestiduras tan largas! Chócala... Así... Todo el mundo se da la mano así.

Yuan sintió la suave y pequeña mano tomando la suya, y la retiró, vergonzoso, mirando a la muchacha. Ella tornó a reír, sentándose en el brazo de un sillón y volvió

el rostro hacia él, aquel bello rostro algo triangular, como el de un gato chiquitín encuadrado por los negros rizos que a veces le acariciaban las redondas mejillas. Pero eran sus ojos lo que más llamaban la atención de Yuan: ojos negros, brillantes, llenos de luz y de risa; y la boca pequeña, de labios plenos y rojos, pero delicada y menuda.

—Siéntate —dijo la muchacha, imperiosa como una reinecilla.

Yuan se sentó, casi al borde de una silla, no muy cerca. Ella se echó a reír otra vez.

—Yo soy Ai-lan —dijo con su vocecilla melodiosa—. ¿No te acuerdas de mí? Yo te recuerdo perfectamente. Has crecido mucho, claro está. Entonces eras un chiquillo feo, con una cara tan larga... Tienes que proporcionarte otra ropa... Todos mis primos usan ropa extranjera. Vas a parecer muy buen mozo vestido como ellos. ¡Eres tan alto!... ¿Sabes bailar? A mí me encanta bailar. ¿Conoces a nuestros primos? La mujer del mayor de ellos baila como una hada. ¡Ya verás al tío! Le gustaría bailar también, ¡pero es tan viejo y tiene una barriga tan enorme! Y mi tía no le deja. ¡Ya verás a mi tía, regañándole porque mira a las muchachas bonitas!

Y de nuevo sonó su incansable, volátil risa.

Yuan le dirigió una mirada. Era más esbelta que ninguna criatura que hubiese visto hasta entonces, con un cuerpo no más alto que el de un niño; y su vestido de seda verde le sentaba tan bien como el cáliz a una flor. Tenía un collar, alto y ceñido al elegante cuello, y, en las orejas, pequeños zarcillos de oro y perlas. Yuan miró a otra parte y tosió poniéndose los dedos ante la boca.

—He venido a presentar mis respetos a tu madre y a ti —dijo.

Ella sonrió al oír esto, burlándose de su compostura, sonrisa que le dejó el rostro titilando. Se levantó y fue hacia la puerta; sus pasos eran tan etéreos, que parecía una luz que corriera.

—Voy a buscarla, hermano —dijo, dando burlesco un tono solemne a su voz.

Y riendo de nuevo, le echó una mirada cruel desde el fondo negro de sus gatunas pupilas. El cuarto se quedó tranquilo con su partida, como si hubiera pasado por él un vientecillo rauda, dejando luego de soplar. Yuan siguió sentado, atónito, incapaz de comprender a aquella muchacha. No era parecida a nada que él hubiera visto en su vida de soldado; se esforzó en recordar cómo era cuando, niños los dos, estaban juntos, antes de que su padre le obligara a él a dejar aquel ambiente infantil, junto a su madre. Recordó aquella misma ligereza, aquella agilidad suave, la penetración de sus ojos negros. Recordó también cuán aburridos habían sido sus primeros días al separarse de ella, qué falta de vida era el ambiente de las habitaciones de su padre sin aquella compañía. Recordando esto, hasta el mismo saloncillo donde estaba le pareció demasiado silencioso y deseó que la muchacha volviera pronto sintiendo deseos de oír de nuevo su risa. De súbito pensó en la vida carente de risas que había llevado, llena siempre por el deber en cualquiera de sus aspectos, y cómo nunca había sabido lo que eran el juego y la alegría, ni aun como aquellos niños pobres que

jugaban en las calles; o la alegría de un grupo de trabajadores en un rato de ocio y descanso, bajo el sol del mediodía, reunidos para comer. Su corazón latió un poco más aprisa. ¿Qué tenía aquella ciudad para él, qué risa y que alegría que debían amar todos los jóvenes como él, qué nuevo brillo en la vida?

Al sonar la puerta otra vez, Yuan miró ansiosamente, pero no era Ai-lan quien entraba. Era la señora, que entró lentamente con el aire de quien tiene la casa lista para que todos encuentren en ella comodidad y satisfacción. Tras ella, el criado con una bandeja de varias cazoletas llenas de manjares calientes. La señora le dijo:

—Deje eso aquí. —Y dirigiéndose a Yuan—: Ahora debes comer algo, si quieres complacerme, pues bien sé que la comida de los trenes no es como esta. Come, hijo mío, pues tú eres mi hijo, Yuan, ya que no tengo otro, y estoy muy contenta de que hayas venido. Quiero que me lo cuentes todo y me digas cómo has llegado hasta aquí...

Cuando Yuan oyó a la señora hablarle tan dulcemente, y cuando vio su mirar simpático y la expresión honrada de su rostro, al escuchar su voz que confortaba y la mirada de invitación que había en sus pequeños y amables ojos al acercarle una silla a la mesa, sintió que unas lágrimas asomaban a sus ojos. Nunca —pensó— había sido tan bien recibido por nadie en su vida; no, nadie había sido tan amable con él hasta entonces. De pronto, el bienestar de aquella casa, los colores alegres de la pieza, la recordada risa de Ai-lan, la amabilidad de aquella dama, le rodearon con fuerza. Comió con ganas, pues tenía apetito y los platos estaban deliciosamente sazonados, y no empapados en salsas espesas como los que compraba de camino. Yuan, olvidando con cuánto apetito se había comido aquellos platos pueblerinos en los albergues, decidió que aquellos que tenía ante sí eran lo mejor del mundo, y comió saboreando gustosamente. Satisfecho, porque los manjares eran cuantiosos y bien sazonados, no pudo comérselo todo, a pesar de la amable insistencia de la señora.

Cuando hubo terminado, sentóse de nuevo cómodamente confortado y tranquilo, y empezó a hablar de todo, aun de cosas que apenas conocía. Al mirar a la señora, atenta a lo que él decía, Yuan se sintió libre de toda cortedad y habló cuanto quiso; cómo había odiado a la guerra, queriendo vivir en el campo durante un tiempo, vivir junto a la tierra, no ignoradamente como los campesinos, sino tratando de enseñar a estos lo que sabía y llevarles por mejores rutas. Contó que había huido lejos de su capitán, por no ponerse frente a su padre; pero al ver la comprensiva mirada de la señora añadió, un poco turbado:

—Pensé que huía por no ponerme frente a mi padre, pero, a decir verdad, señora, huí también porque odiaba la matanza que algún día mis camaradas llevarían a cabo, aunque fuera defendiendo una causa justa. Yo no puedo matar. No soy valiente, lo reconozco. En realidad, lo que me pasa es que no puedo odiar lo suficiente como para matar a un hombre. Siempre pienso que él siente como siento yo.

Miró humildemente a la señora, avergonzado de mostrar su debilidad. Pero ella le contestó tranquila:

—No todo el mundo es capaz de matar, hijo mío. Si no, todos estaríamos ya muertos. —Y después de un momento añadió, más tiernamente todavía—: Me alegra que tú no seas capaz de matar, Yuan. Es mejor salvar vidas que arrebatárselas; así pienso yo, aunque no sirva a ningún dios budista.

Pero hasta que Yuan contó, un poco azorado, que su padre quería casarlo contra su voluntad con una mujer cualquiera, no se conmovió realmente la señora. Hasta oír esto, le había escuchado cariñosamente y llena de atención, murmurando breves palabras de asentimiento de vez en cuando, hasta que Yuan, moviendo la cabeza, dijo:

—Sé que mi padre tiene derecho a esto..., sé que la costumbre es esa... Pero no puedo soportarlo. No puedo, no puedo. Necesito que mi cuerpo me pertenezca libremente. —Y turbado por sus recuerdos de odio a su padre, necesitando confesar algo que diría más adelante, pues estaba dispuesto a decirlo todo, añadió—: Casi llego a comprender que algunos hijos maten a sus padres en estos días. No es que yo pueda hacerlo, pero comprendo que lo hagan otros con una mano más lista que la mía.

Miró a la señora, temiendo que había dicho demasiado para lo que ella pudiera soportar, pero ella, con más fuerza y certidumbre de la que hasta entonces había usado para hablar, le dijo:

—Tienes razón, Yuan. Siempre se lo he dicho a los padres de la generación joven de hoy día, a los padres y a las madres de los amigos de Ai-lan, y hasta a tu tío y a su esposa, que se pasan el tiempo quejándose de esta generación. Siempre les he dicho que, en resumen, los jóvenes tienen razón de esto. Sé muy bien cuánta razón tienen. Nunca forzaré a Ai-lan para que se case. Y si es necesario te ayudaré a ti contra tu padre en este asunto, porque estoy segura de que estás en lo cierto.

Dijo esto con tristeza, a la vez que con cierta secreta pasión que brotaba de su propia vida. Yuan se maravilló de ver sus pequeños ojos, tan tranquilos hasta entonces, brillar con un chisporroteo rápido, y su plácida cara conmovida. Pero era demasiado joven para pensar mucho tiempo en alguien que no fuera él mismo. La placidez de las palabras de la señora se unió a la serenidad de aquella casa, y Yuan dijo con vehemencia:

—Si me pudiera quedar aquí durante algún tiempo, hasta ver qué debo hacer...

—Claro que te quedarás —respondió afectuosamente la señora—. Te quedarás todo el tiempo que quieras. Siempre quise tener un hijo, y ahora tú estás aquí.

Lo cierto fue que la señora tomó cariño inmediatamente a aquel muchacho alto y moreno. Le gustaba la honradez que reflejaba su rostro, sus lentos movimientos; y aunque no era bello para el canon usual —pues tenía muy salientes pómulos y la boca grande—, era más alto que la mayoría de los jóvenes y mostraba cierto recato y delicadeza al hablar; aunque voluntarioso, no estaba completamente seguro de su propia capacidad. Empero, aquella delicadeza estaba solamente en su modo de hablar, porque su voz era honda como la de un hombre.

Yuan, al ver su aprobación, se sintió más animado y decidió hacer de aquella casa

su hogar. Después de charlar un rato más, ella le condujo al cuarto que iba a ser su habitación. Para llegar, había que subir una escalera, luego otra breve escalera de caracol; el cuarto estaba en el piso más alto, limpio y con todo lo que él necesitaba. Cuando la mujer salió y Yuan quedó solo, se asomó a la ventana y vio las luces de varias calles, toda la ciudad resplandeciente, y le pareció que estaba mirando un nuevo y extraño cielo.

Entonces comenzó una nueva vida para Yuan, una vida nueva y plena, como nunca había soñado para él. Por la mañana, después de levantarse, lavarse y vestirse, bajó la escalera. Abajo estaba la señora, esperándole, con el mismo aspecto acogedor y simpático. Condujo a Yuan hasta la mesa donde estaba el desayuno, y en seguida comenzó a decirle cuáles eran sus planes sobre él, pero muy cuidadosamente, empeñada en no decir una palabra que contrariase la voluntad de Yuan. Primeramente, dijo, había que comprarle alguna ropa, ya que había llegado solamente con lo puesto, y luego lo enviaría a un colegio para jóvenes que había en la ciudad. Añadió:

—No hay ninguna prisa en que trabajes, hijo mío. Es mejor que en estos días adquieras nuevos conocimientos, de lo contrario, aprenderás muy poco en lo sucesivo. Déjame tratarte como a un hijo. Déjame darte lo que pensé para Ai-lan, si ella hubiera querido. Irás a esta escuela, hasta que sepamos por dónde has de encaminarte y cuál es tu sitio, según tus libros; cuando hayas terminado allí, entonces podrás dedicarte a trabajar o ir, por un tiempo, a algún país extranjero. Hoy día la gente joven está deseosa de ir al extranjero, y a mí me parece que es bueno que vayan. Sí, aunque tu tío grite que es un gasto y que todos vuelven jactándose y creyéndose notabilidades; yo digo que es bueno que salgan y aprendan, para luego traer a su tierra lo que han aprendido. A mí me hubiera gustado que Ai-lan... —Aquí la señora se calló y miró a otra parte durante unos momentos, con tristeza, como si hubiera olvidado lo que iba diciendo o estuviera turbada por un pensamiento en el fondo de su alma. Luego volvió a recobrar su cara tranquila y continuó con decisión —: No debo tratar de formar la vida de Ai-lan. Si ella no quiere, es inútil. Y tú, si no quieres, no me dejes tampoco. Yo sólo lo haré si tú lo quieres. Sólo entonces pensaré en la manera de hacer algo por ti.

Yuan estaba tan conmovido con todo esto, que apenas supo qué decir, y tartamudeó con alegría:

—Podéis estar segura de que sólo siento gratitud, señora, y haré de muy buen grado cuanto me digáis.

Y entonces, sentándose, lleno el corazón de juvenil alegría por sentirse en un lugar que era ya su casa, comió con apetito. La señora sonreía, satisfecha, diciendo:

—Te juro que estoy contenta de que hayas venido, Yuan, aunque no fuera más que por verte comer, pues Ai-lan pone tanto cuidado en no añadir una pizca de carne a sus huesecillos, que apenas se atreve a probar bocado; no come más que un gatito; no se preocupa más que de su belleza esa hija mía, ¡pero a mí me gusta ver comer a la

gente joven!

Entonces tomó su propio plato y apartó los mejores trozos de pescado y de carne para darlos a Yuan, sintiendo más placer de ver el saludable apetito del muchacho que comiendo ella misma.

Así empezó para Yuan una nueva vida. Primero la señora fue a grandes tiendas de sedas y tejidos de lana que llegaban desde el extranjero, e hizo ir a su casa unos sastres que cortaron y midieron las telas para hacer trajes a Yuan, según la moda de la ciudad. Y la señora les hizo apresurarse, pues Yuan todavía llevaba los viejos vestidos, que estaban cortados con demasiada anchura y al estilo campesino; no le gustaba que fuera a ver a sus tíos y primos llevando aquella vieja indumentaria. Cuando estos parientes tuvieron noticia de la llegada de Yuan —pues Ai-lan se lo había dicho, sin duda—, lo invitaron a una fiesta de bienvenida. Pero la señora logró que fuera aplazada hasta que los nuevos trajes estuvieran listos, sobre todo uno de raso azul, con flores del mismo color, y una corta chaqueta con mangas, de raso negro. Yuan se alegró de este aplazamiento, pues cuando vistió los nuevos ropajes y mandó a buscar un barbero para que le cortara el pelo y le afeitara los juveniles y suaves vellos de la cara; cuando se calzó los nuevos zapatos de cuero que la señora compró para él, se puso la chaqueta de raso negro, se caló un sombrero de fieltro al estilo extranjero, como lo llevaban todos los jóvenes de la ciudad, y se miró al espejo que había en la pared de su cuarto, vio un elegante y agradable mozo, y se sintió muy alegre por ello.

Esto le hizo azorarse un poco. Bajó, un tanto avergonzado, al cuarto donde la señora estaba esperándole. Allí estaba también Ai-lan, que palmoteó al verle, gritando:

—¡Ah, ahora eres un hermoso muchacho, Yuan!

Y rio tan importunamente, que Yuan sintió que la sangre se le subía a la cabeza, enrojeciendo, de suerte que Ai-lan volvió a reír. Pero la señora la riñó para que callara y se puso a mirar a Yuan, a ver si todo estaba bien. Así era, y se sintió complacida de nuevo. Su cuerpo era tan esbelto y fuerte, que la señora se consideró pagada de cuanto había hecho para vestir bien a Yuan.

Dos días después se celebró la fiesta. Yuan fue con su hermana y con la señora, a la que llamaba madre —y la palabra acudió a sus labios más fácilmente que cuando la empleaba con su propia madre, al parecer—, a casa de su tío. Iban en un vehículo que no arrastraban caballos, sino que era movido por una máquina que tenía en el interior y conducido por un criado. Yuan nunca había visto esto antes, pero le gustó mucho, porque se deslizaba dulcemente como si fuera sobre hielo.

Por el camino, antes de llegar a casa de su tío, Yuan supo mucho acerca de este, de su mujer y de los primos, porque Ai-lan habló largamente de ellos, contando una cosa tras otra, riendo mientras hablaba, acompañándolo todo con movimientos de ojos muy picarescos y poniendo la roja boquita de tal modo, que parecía colocar un punto detrás de cada palabra. Mientras hablaba, Wang Yuan pudo ver un verdadero

retrato de su parentela. Rio varias veces, a pesar de su decorosa seriedad habitual. ; Ai-lan era tan ocurrente y tan maliciosa! Yuan vio a su tío tal como ella se lo pintaba:

—Una verdadera montaña de carne, Yuan, con una panza tan enorme que merecería que le creciese otra pierna para caminar más fácilmente; unos carrillos que le caen hasta los hombros, y calvo como un sacerdote. Más que un sacerdote, Yuan. Y frenético contra su gordura, porque no puede bailar como sus hijos, pues le encanta agarrar una muchacha y tenerla junto a él...

Al decir esto, Ai-lan se echó a reír, y su madre la riñó, mirándola duramente:

—Ai-lan, niña, ten cuidado con lo que dices. Es tu tío...

—Ya lo sé, y por eso digo lo que me da la gana —contestó la muchacha con insolencia—. Y mi tía, Yuan, su primera dama, odia todo esto y quiere volver al campo. Pero no se atreve a dejarle, no vaya a ser que lo atrape una mujer joven y le saque el dinero; y, según lo moderno, esta joven no sería su concubina, sino su mujer, y quitaría de en medio a la otra. Las dos mujeres de mi tío están de acuerdo por lo menos en una cosa: en no dejarle tomar una tercera; una coalición de mujeres, como si dijéramos. Y mis tres primos..., bueno, el mayor es casado, como sabes, y su mujer es el hombre de la casa, la que manda en ella despóticamente, de manera que el pobre primo tiene que buscarse sus gustos en secreto; pero ella es tan lista, que huele un nuevo perfume que él traiga pegado a la ropa, o encuentra un poco de polvos en su chaqueta, y le registra los bolsillos para ver si tiene cartas; él viene a ser como su propio padre, otra vez. Nuestro segundo primo, Sheng, es poeta, un buen poeta, que escribe versos para las revistas e historias sobre personas que mueren de amor; este es un rebelde en cierto aspecto: un gentil, encantador, sonriente rebelde, siempre con un nuevo amor. Pero el tercer primo, ese sí que es realmente un rebelde, Yuan. Ese es un revolucionario. ¡Bien lo sé yo!

La madre dijo enérgicamente:

—¡Ai-lan, ten cuidado con lo que dices! Recuerda que son nuestros parientes, y que esa palabra es peligrosa ahora en esta ciudad.

—Me lo ha dicho él mismo —respondió Ai-lan, bajando la voz y señalando con un movimiento de cabeza las espaldas del hombre que conducía el vehículo.

Dijo todo esto y mucho más, de modo que cuando Wang Yuan llegó a casa de su tío los conocía a todos, por lo que le había contado su hermana.

Era una casa muy diferente a la gran casa que Wang Lung había comprado para dejar a sus hijos en la vieja ciudad campesina del Norte. Aquella casa era vetusta y grande, con vastas habitaciones oscuras, o bien con pequeñas piezas, también oscuras, que daban a los patios; no había distribución de pisos, sino que estaban los cuartos unos sobre otros, llenando todo el espacio, bajo altos techos sostenidos por vigas viejas. Y las ventanas tenían unas cortinas hechas por unas colchillas procedentes del Sur.

Pero esta nueva casa, en la ciudad nueva y extranjera, estaba en una calle, entre otras semejantes que se amontonaban contra ella. Eran casas extranjeras, altas,

estrechas, sin un solo patio, sin jardín, con los cuartos juntos y como en fila, muy pequeños y luminosos por sus ventanas sin cortinajes. La luz del sol penetraba en las habitaciones, haciendo resaltar todos los colores de la paredes o el raso floreado que cubría las sillas y las mesas, las brillantes sedas de los vestidos de las mujeres y el bermellón de sus labios pintados; de suerte que cuando Yuan entró y vio a toda la familia reunida, sintió como si un resplandor de belleza dominara en la casa.

Su tío se levantó, con las manos sobre la panza, de la que sus vestiduras caían como cortinajes, y saludó a los que llegaban.

—Bien, cuñada, y el hijo de mi hermano, y tú, Ai-lan. Bien, bien. Este Yuan es un buen mozo, moreno y alto, como su padre; no, no, exactamente como su padre, eso lo aseguro; más simpático que el Tigre, en cierto modo, quizás...

Barbotó una risa entrecortada y volvió a sentarse. Entonces se levantó su esposa. Yuan vio junto a él una mujer limpia, ligeramente canosa, muy sencilla, con su traje de raso, las manos cruzadas dentro de las anchas mangas, mientras sus piecillos menudos la sostenían con dificultad. Les dio la bienvenida diciendo:

—Espero que estés bien, cuñada, hijo de mi hermano. Ai-lan está muy delgada, demasiado delgada. Estas niñas de ahora se van a matar para llevar esos vestidos tan lisos y estrechos, que parecen vestidos de hombre. Siéntate, por favor, hermana.

Cerca de esta había otra mujer, de la que Yuan no sabía nada; una mujer con una rosada cara brillante, como de haberse lavado con mucho jabón; el pelo le caía en flequillo, a la usanza campesina; sus ojos eran muy brillantes, pero no daban impresión de inteligencia. Nadie dijo el nombre de esta mujer, y Yuan no supo si era una sirvienta, hasta que la otra señora dio a conocer con gentileza que se trataba de la concubina de su tío. Yuan inclinó ligeramente la cabeza, y la mujer se ruborizó, saludando, como saludan las mujeres del campo, con las manos metidas en las mangas y sin decir palabra.

Cuando los saludos terminaron, los primos llamaron a Yuan para que tomara té con ellos en otra habitación; Yuan y Ai-lan salieron muy satisfechos de zafarse de la presencia de los mayores. El joven se sentó sin decir nada, oyendo la charla de los que tan bien se conocían entre sí y para los que él era un extraño, a pesar de ser su primo.

Los fue observando uno por uno. Su primo mayor ya no era joven, ni esbelto, pues la barriga empezaba a crecerle, como a su padre. Parecía medio extranjero, con su traje de lana oscura; su pálida cara era todavía atrayente; sus manos, leves y suaves; miraba largamente a su prima, hasta que la voz aguda de su mujer le llamó la atención sobre algo que había dicho. Allí estaba Sheng, el poeta, el segundo de los primos, con sus cabellos largos y lisos, sus manos largas y delicadas y la cara con un estudiado gesto de sonriente meditación. Solamente el tercero de los primos no era suave en sus modales y presencia. Era un mozo de unos dieciséis años, poco más o menos; estaba embutido en un uniforme escolar, abotonado hasta el cuello; su rostro no tenía nada de hermoso, y las manos le salían demasiado desde el borde de las

mangas. No decía nada mientras hablaban los otros; se pasó el rato comiendo avellanas de un plato que había allí cerca, comiendo con apetito, pero con tal expresión de juvenil desencanto en los ojos, que se hubiera dicho que comía contra su voluntad.

Por el suelo, entre los pies de aquella gente, estaban los chiquillos; uno o dos de ellos como de ocho a diez años, dos chicas y un gritoncillo de unos dos años; envuelto en una manta y sostenido por una niñera; también había un chiquitín que mamaba del pecho de una nodriza sudorosa. Estos eran los hijos de la concubina del tío y los hijos de los primos mayores. Yuan se azoraba un tanto con los niños, y no se preocupó mucho de ellos.

Al principio, la conversación se entabló entre los primos, mientras Yuan, silencioso, sentado, miraba los manjares colocados en varios platos que había sobre la mesa; y cuando llegó una criada para servir el té, todos parecieron olvidarse de la presencia de Yuan y no le hicieron la menor cortesía, de aquellas a las que estaba acostumbrado. Yuan partió silenciosamente unas cuantas avellanas y sorbió su té, mientras escuchaba; de vez en cuando, tímidamente, daba una avellana, sin cáscara, a uno de los chicos, que la tomaba ansiosamente y sin decir una palabra de agradecimiento.

Pero pronto se agotó la conversación entre los primos. Verdad es que el primo mayor le dirigió dos o tres veces la palabra, preguntándole que cuándo iría al colegio; y al oír a Yuan decirle que le gustaría ir al extranjero, el primo le dijo con tono de nostalgia:

—Yo debía haber ido al extranjero, pero mi padre nunca quiso gastar dinero por mí.

Y bostezó, poniéndose un dedo en la punta de la nariz y quedándose meditabundo, con gesto de enfado, hasta que tomó en brazos al más pequeño de sus hijos, subiéndole a sus rodillas, dándole dulces y mareándole un rato, riéndose al verle enfurruñado, y riendo más todavía cuando el chiquillo empezó a propinarle puñetazos con sus manecitas furiosamente cerradas. Ai-lan empezó a hablar bajo con la mujer de su primo, y esta respondía en un tono irritado, que trataba de que fuese bajo, pero que Yuan pudo percibir; hablaba de la suegra y de que esta exigía cosas que ahora ninguna mujer podía dar a otra.

—Con esta casa llena de criados, pretende que yo le sirva el té, Ai-lan, y me riñe si descubre que este mes se gastó una medida de arroz más que el mes pasado. Te aseguro que no voy a soportar esto. No hay muchas mujeres hoy día que vivan con los padres de su marido, y yo tampoco lo voy a aguantar.

Y otras cosas por el estilo, muy de mujeres.

De todos ellos, Yuan miraba con más curiosidad al segundo de sus primos, Sheng, que Ai-lan había calificado de poeta; y esto era en parte porque a Yuan le gustaban los versos y en parte porque era un muchacho de agradable presencia, juvenil, esbelto, de una gracia resaltada por el sencillo traje extranjero. Era hermoso, y Yuan

amaba la hermosura; apenas podía apartar los ojos de la dorada cara ovalada y de sus ojos en forma de albérchigo, como los de cualquier muchacha, suaves, negros y soñadores; había algún sentimiento en aquel muchacho, una mirada de comprensión profunda que movía a Yuan a desear hablar con él. Pero ni Sheng ni Meng dijeron nada, y pronto Sheng tomó un libro y comenzó a leer. Y cuando se terminaron las avellanas, Meng salió del cuarto.

Por cierto que en aquel cuarto tan lleno no era fácil hablar de nada, y las puertas sonaban constantemente al paso de las criadas que entraban con el té y los bocadillos. ¡Y aquel murmullo de la charla de la mujer de su primo, las risas de Ai-lan y el burlón interés de esta por lo que aquella le contaba!

Así pasó la lenta tarde. Hubo una abundante comida en la que el tío y el primo mayor comieron excesivamente, quejándose a la par si algún plato no estaba según sus esperanzas, comparando la confección de las carnes y los dulces, prodigando estentóreas alabanzas si un guiso llenaba sus gustos y llamando al cocinero para que oyera sus opiniones. El cocinero acudía, con su delantal bastante sucio, escuchaba ansiosamente, con toda la aceitosa cara transformada en sonrisa si era loado, o lleno de promesas y con la cabeza gacha si era censurado.

En cuanto a la señora, esposa del tío, esta se ocupaba minuciosamente de averiguar si algún plato estaba hecho con carne, o aderezado con tocino, o con un huevo, porque ahora que estaba vieja había adoptado el voto budista contra la carne, y tenía su propio cocinero que le servía vegetales dispuestos de toda suerte de cocinados, o presentados de las más diversas maneras; de tal guisa, que un plato que a cualquiera le hubiera parecido una sopa de huevos de paloma, no tenía huevos de paloma ni nada parecido; o le presentaban un pescado con sus ojos y sus escamas tan prodigiosamente imitado, que todo el mundo hubiera creído que era un pescado hasta que, partido, se dejaba ver que allí no había carne ni espinas. La señora tenía a la concubina de su esposo ocupada en estos menesteres y lo hacía con ostentación, diciendo:

—Señora, este debía ser un trabajo que hiciera por mí la esposa de mi hijo, pero en estos días las nueras no son lo que eran antes. Y no tengo nuera, o, si la tengo, es como si no la tuviera.

En tanto, la nuera estaba muy tiesa en su asiento, muy bonita, pero mirando fríamente y fingiendo que no oía nada de lo que estaban hablando de ella. Pero la concubina, de buen carácter y siempre en busca de paz y tranquilidad, contestó amablemente:

—A mí no me molesta hacerlo, señora; me gusta estar ocupada en algo.

Y, en efecto, estaba siempre ocupada en pequeñas cosas y conservando la paz en su derredor; era una mujer rojiza y sencillota, saludable y cabal, siempre sonriente, cuya mayor felicidad consistía en que la dejaran en paz para dedicarse a bordar sus zapatos o los zapatos de sus hijos. Siempre llevaba con ella pedacitos de raso, modelados de flores, hojas y pájaros cortados en papel; también largas hebras de seda

que se colgaba al cuello, y, en el dedo del corazón, su dedal siempre puesto, hasta el punto de que muchas noches se olvidaba y dormía con él, o bien se ponía a buscarlo y a pensar dónde lo habría dejado, para encontrarse con que lo llevaba en el dedo; entonces prorrumpía en infantiles carcajadas, y no paraba hasta que todos los que la oían se echaban a reír también.

En medio de todo aquel ruido familiar, de las charlas, de los lloriqueos de los niños y el bullir de la comida, la otra señora conservaba su tranquila dignidad, contestando si alguien le hablaba, probando con delicadeza, pero sin demasiada atención, lo que comía, y cortés hasta con los chicos. Su mirada apacible y seria podía contener, con su meditativa gravedad, la excesiva soltura de la lengua de Ai-lan o sus ojos demasiado brillantes en busca de algún motivo de risa; y muchas veces, en aquella reunión, su presencia beneficiosa y amable los hacía a todos corteses y benévulos. Yuan notó eso, y aumentó su respeto por ella, sintiéndose orgulloso de llamarla madre.

Por algún tiempo, Yuan vivió tan libremente como nunca había soñado. Creía en todo lo que la señora le decía, y la obedecía como un niño, aunque lo hacía alegre y anhelante, pues nunca le ordenaba nada, sino que le preguntaba si este o el otro proyecto que tenía sobre él sería de su agrado, y lo hacía con tal finura que Yuan pensaba siempre que este plan hubiera sido escogido por él si lo hubiese pensado primero. Un día le dijo mientras estaba tomando la comida de la mañana, a la que Ai-lan nunca asistía:

—Hijo, no es bueno que tengas a tu padre en la ignorancia de dónde estás. Si te parece bien, yo misma voy a escribirle una carta, contándole que estás muy bien conmigo, y que estás a salvo de tus enemigos, desde el punto en que en esta ciudad estamos bajo la tutela de un Gobierno extranjero y las guerras no llegarán hasta aquí. Y le voy a rogar que te deje en libertad respecto a tu matrimonio, para que tú escojas a tu gusto, como hacen los jóvenes ahora; y le diré que vas a ir al colegio y que estás muy bien y que yo te cuidaré, puesto que te considero mi hijo.

Yuan no había estado tranquilo respecto a su padre. Durante el día, cuando deambulaba por las calles para verlo todo, cuando se hundía entre la muchedumbre de los ciudadanos o estaba en aquella limpia y tranquila casa ocupado con los libros que había comprado para ir al colegio, podía recordar que era dueño de su propia voluntad, decirse que tenía derecho a vivir libremente y que su padre no podía obligarle a volver. Pero por las noches, o cuando despertaba temprano, en la madrugada, sin estar aún lleno del ruido que subía desde las calles, entonces la libertad le parecía una cosa imposible, y algo del miedo infantil volvía a él. Entonces se decía: «Dudo si podré mantenerme aquí donde estoy. ¿Qué pasaría si él viniera y me atrapara, llevándome de nuevo con los soldados?».

En estas ocasiones, Yuan olvidaba todas las bondades y el cariño de su padre, olvidaba que estaba viejo y enfermo, y sólo recordaba que frecuentemente estaba de mal humor, que siempre quería imponer su voluntad. Entonces sentía renacer en él

los temores de su infancia. Varias veces había pensado en la forma de escribirle a su padre y en cómo hacer de su carta una defensa; o, en caso de que su padre fuera allí, cómo podría esconderse de él otra vez.

De modo que, cuando la señora dijo esto, le pareció que era el mejor y más fácil de los medios, y respondió, agradecido:

—Es la mejor manera de ayudarme, madre.

Después de pensar unos instantes mientras comía, sintió que su corazón se liberaba de un peso y, animándose, dijo:

—Pero cuando le escribas, hazlo muy claramente, porque sus ojos ya no son tan buenos como eran. Y que quede en claro que yo no estoy dispuesto a volver ni a casarme a su gusto. Nunca volveré allí, ni siquiera para verle voy a estar en peligro de caer en semejante esclavitud.

La señora sonrió apaciblemente ante esta apasionada salida, y dijo con indulgencia:

—Sí, se lo diré, pero con más cortesía.

Y pareció tan tranquila y segura, que Yuan dejó volar sus últimos temores y creyó en ella como si hubiera nacido de su propia carne. Ya no temió más, sino que se sintió a salvo y seguro allí donde estaba, y tornó a sus ocupaciones con entusiasmo.

Hasta entonces, la vida de Yuan había sido sencillísima. En los dominios de su padre no hacía sino las pocas cosas que podía hacer; y en la escuela de guerra, lo único que además conocía, había visto la misma sencillez en los libros y en las prácticas guerreras, o las dependencias y amistades de los muchachos que conoció en las escasas horas que tenían para jugar, pues no se les dejaba andar a su voluntad entre la gente, sino que estaban sometidos a una disciplinada enseñanza en pro de la causa y de la lucha por ella.

En esta apresurada y ruidosa ciudad, Yuan encontró su vida semejante a uno de esos libros cuyas páginas nos gustaría leer seguidas, de una vez; había vivido una sucesión de tan distintas existencias, y estaba tan encantado, animoso y contento de no dejar que ninguna de ellas pasara de largo...

Allí, cerca de aquella casa en que ahora vivía, estaba la alegre vida que ansiaba. Yuan, que nunca había reído con otros niños, ni jugado ni podido olvidar sus deberes, ahora encontraba una tardía niñez junto a su hermana Ai-lan. Los dos podían disputar sin pelearse, o jugar a lo que les diera la gana, o sentarse y reír hasta que Yuan se olvidaba de todo menos de su risa. Al principio sintió cierta cortedad frente a ella, y se limitaba a sonreír en vez de reír abiertamente; su corazón estaba tan oprimido, que no se atrevía a mostrarse del todo. Le habían dicho tantas veces que debía ser moderado, que todos sus movimientos debían estar llenos de dignidad y de lentitud, que tenía que conservar el rostro grave y contestar siempre después de haber pensado mucho su respuesta; le habían repetido tanto todo esto, que no sabía qué hacer con aquella muchacha burlona, que imitaba su seriedad en aquella carita resplandeciente de manera que Yuan terminaba por reír también, aunque al principio no estaba muy

seguro de que le agradaran aquellas imitaciones y burlas que hasta entonces desconocía. Ai-lan no quería que fuese tan serio. No, no pararía hasta que él respondiera en el mismo tono a sus salidas; y no dejaba de aplaudirle y manifestar su satisfacción cuando él tenía una buena ocurrencia.

Un día dijo Ai-lan:

—Madre, este viejo sabio que nos ha llegado está haciéndose joven otra vez. ¡Yo lo aseguro! Vamos a volverlo a su niñez. Ya sé lo que debemos hacer; debemos comprarle trajes al estilo extranjero. Y yo le voy a enseñar a bailar y lo llevaré algunas veces para que baile conmigo.

Pero esto era demasiado para la nueva alegría de Yuan. Se dio cuenta de que Ai-lan salía con harta frecuencia para esa diversión extranjera que se llama el baile. Había visto esto del baile algunas veces, al pasar ante algunas casas iluminadas y alegres, por la noche, pero lo había mirado sólo de soslayo y fijando luego la vista en otra cosa. Le parecía insolente que un hombre pudiera tener abrazada estrechamente a una mujer que no era la suya; y aunque fuera su mujer, no le parecía necesario hacer aquello en público. Pero cuando Ai-lan notó esto, se empeñó en hacerle aceptar su punto de vista.

Yuan dijo, excusándose:

—Yo no podré nunca hacer eso. Tengo las piernas demasiado largas.

—Las piernas de algunos extranjeros son tan largas como las tuyas y, sin embargo, bailan. La otra noche bailé con un hombre blanco en casa de Luisa Ling; mi frente le llegaba al pecho, al botón más alto de su chaleco, pero bailaba como un árbol alto en el viento. No, busca otra excusa, Yuan.

Y al ver que a Yuan le intimidaba decir el verdadero motivo de su negativa, ella rio, y poniéndole un dedo en la cara, dijo:

—Ya sé lo que es. ¡Te crees que todas las muchachas se van a enamorar de ti y le tienes miedo al amor!

La señora dijo suavemente:

—Ai-lan, Ai-lan, no seas tan insolente.

Yuan sonrió, un poco azorado, y dejó pasar el momento. Pero Ai-lan no quería dejarlo pasar, y diariamente le decía:

—No te escaparás, Yuan. Yo te enseñaré a bailar. La mayor parte de los días pasaban para Ai-lan con tal cúmulo de diversiones, que muchas veces, al llegar apresuradamente del colegio, dejaba los libros en cualquier parte, cambiaba su vestido por otro más alegre y corría para ir al teatro, o para ver una nueva película, tan vívida, que la gente se movía y hablaba como si estuviera viva; pero aun en esos días, cuando sólo veía a Yuan por unos minutos, insistía en decirle:

—Mañana, mañana empezaremos a bailar. ¡Tienes que hacerte fuerte contra esa idea del amor!

Yuan no sabía lo que Ai-lan podría conseguir de él en este aspecto. Aún sentía temor de las lindas y parlanchinas muchachas que iban y venían con Ai-lan; de las

que, aunque esta le había dicho cómo se llamaban, diciéndoles a ellas: «Este es mi hermano Yuan», él no sabía nada, pues todas se parecían demasiado para que pudiese distinguirlas, tan iguales y tan bonitas eran. Sentía miedo, también, de algo que estaba más hondo en él, un secreto poder que le hacía experimentar la sensación de aquellas pequeñas manos indiferentes, vivas, entre las suyas.

Un día sucedió algo que ayudó a Ai-lan en su malicia. Fue una tarde en que Yuan salió de su cuarto para ir a comer y encontró a la señora a quien llamaba madre, esperándole sola sentada a la mesa, en la pieza silenciosa, puesto que Ai-lan no estaba allí. No le causó esto ninguna sorpresa, pues ellos dos solían comer solos mientras Ai-lan andaba divirtiéndose en alguna parte con sus amigos. Pero aquella noche, la señora dijo con su habitual tranquilidad, apenas Yuan se hubo sentado:

—Yuan, hace tiempo que quiero preguntarte algo, pero viendo lo ocupado e interesado que estabas en tus libros levantándote temprano por las mañanas y necesitando todo tu sueño, no lo he hecho hasta ahora. La verdad es que yo estoy ya en el límite de mi capacidad en ciertos asuntos. Necesito que me ayuden; y desde el momento en que te considero mi verdadero hijo, voy a pedirte a ti lo que no podría pedirle a nadie más.

Entonces sí se sintió sorprendido, pues la señora era siempre tan tranquila y estaba tan segura de sí, tan certera en su agrado y comprensión, que resultaba extraño pensar que alguna vez necesitase ayuda de alguien. Yuan la miró por encima de la sopera que tenía en la mano, y dijo, pensativo:

—Puedes estar segura, madre, de que estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario, pues has sido para mí más que mi propia madre desde que vine. No puedo dejar de complacerte en nada.

Al oír su voz y ver la bondad de aquellos ojos, algo se quebró en la habitual majestad de la señora. Sus firmes labios temblaron mientras decía:

—Se trata de tu hermana. Yo he dado mi vida por esta hija mía. Al principio sufrí porque no hubiera sido un niño. Tu madre y yo quedamos esperando hijos casi al mismo tiempo. Tu padre partió para la guerra, y cuando volvió, ambas habíamos dado a luz. No quiero decir cuánto deseé, Yuan, que tú hubieras sido mío. Tu padre nunca..., nunca me miraba. Algo extraño sabía yo que había en él, algo en el fondo de su corazón, que nadie, excepto tú y yo conocíamos. No sé por qué odia a las mujeres de ese modo; pero yo sabía cuánto deseaba un hijo y durante los meses que estuvo en la guerra yo me decía: Si tengo un hijo (no me creas tan loca como la generalidad de las mujeres, Yuan) mi padre me dirá cómo hay que enseñarlo. Siempre pensé que si tu padre me hubiera visto tal como soy, si hubiera conocido mi corazón, habría aprovechado de mí cierta pequeña sabiduría que yo entonces tenía. Pero no; para él yo no era más que una mujer que debía producirle un hijo..., y no tuve hijo, tuve a Ai-lan. Cuando tu padre regresó, victorioso, te miró, Yuan, en los brazos de tu madre, la campesina. Yo había vestido a Ai-lan al estilo de un niño en rojo y plata, y era un bebé maravilloso. Pero ni la miró, Muchas veces después, la mandé ante él con

algún pretexto, ya que estaba tan adelantada y era tan inteligente para su edad, pero tu padre tenía no sé qué extraña timidez frente a todas las mujeres. Solamente veía que Ai-lan era una mujer. Por fin, en mi soledad, pensé que era mejor que me alejara de sus dominios..., no abiertamente, sino con la excusa de educar a mi hija; y pensé dar a Ai-lan todo lo que pudiera darle a un hijo que hubiera sido mío y hacer todo lo posible contra esa condición desfavorable de la mujer. Y tu padre fue generoso, Yuan. Me mandó dinero, no me faltó nada, excepto que a él le importaba poco que yo estuviera muerta o viva, y otro tanto respecto a mi hija... Yo te ayudo, no por interés hacia tu padre, hijo mío, sino por tu propio interés.

Le lanzó una profunda mirada mientras decía esto, y Yuan se sintió turbado, pues penetraba en la vida y en los pensamientos de la señora. Y se quedó sin saber qué decir, al pensar que ella era mayor que él y no sabía qué responderle. Y ella continuó:

—De modo que he gastado mi vida en Ai-lan. Y ella ha sido una niña alegre, amable. Pensaba yo que un día hubiera sido algo grande: una gran pintora, una gran poetisa, o, mejor, un doctor, como lo fue mi padre, pues ya hay mujeres que son médicos en estas tierras, por lo menos algunas que han conseguido fama en estos tiempos. Quería que esta única hija mía fuera algo extraordinario, todo lo que yo hubiera querido ser: brillante y enterada de toda materia. Yo nunca tuve enseñanzas extranjeras, como me hubiera gustado tener. Ahora leo los libros de estudio de Ai-lan, cuando ella los deja, y me doy cuenta de cuánto he dejado de aprender... Pero he llegado a la convicción de que Ai-lan no va a ser nada grande. Sus dotes están en su risa, en su linda cara, en su malicia y en todas esas maneras de atraerse a la gente. No trabajará nunca en nada. No ama nada que no sea su propio placer. Es simpática, pero sin ninguna profundidad en su simpatía. Es simpática y amable porque la vida es más grata cuando se es simpático y amable y no por otra razón. ¡Oh, yo conozco lo que ya puede dar de sí mi hija, Yuan! ¡Ahora sé qué es lo que tendría que modelar! Mis sueños se han desvanecido. Ahora lo único que pido es que se case inteligentemente, pues debe casarse, Yuan. Es una de esas mujeres que necesitan estar bajo el cuidado de un hombre. Pero ha sido educada con tal libertad, que no se casará con quien yo le pueda aconsejar; y me atormenta pensar, conociendo lo voluntariosa que es, que caiga en manos de algún mozalbete o de algún loco, demasiado viejo para ella. Hasta tuvo la impertinencia de pretender más de una vez mirarse en los ojos de un hombre blanco y tener como un honor que la vieran con él. Pero ahora no temo eso. Ha seguido otro camino. Más le temo a un hombre que está continuamente con ella. Yo no puedo seguirla, y tampoco quiero creer a los primos ni a la mujer del primo mayor, Yuan; por favor, sal con ella algunas noches y dime si está segura y salva.

En ese momento, mientras su madre hablaba tan largamente, Ai-lan entró en la pieza, vestida para ir a sus diversiones. Llevaba un largo y estrecho traje de color de rosa, con adornos plateados, y calzaba zapatos también plateados, de alto tacón, a la usanza extranjera. El cuello de este vestido estaba cortado según la nueva moda, rodeando la garganta suave, tierna y dorada como la de un niño. Las mangas eran

cortas, tan cortas, que dejaban ver, desde los hombros, sus preciosos brazos, terminados en unas manos tiernas, en las que no se notaban los huesos, cubiertas con la piel más delicada. En la muñecas, livianas como las de un chiquillo y redondeadas como las de una mujer, llevaba brazaletes de plata y jade. El pelo, rizado, caía sobre la cara, pintada y bonita, suave y negro como la tinta. Sobre los hombros llevaba, sueltamente, un abrigo de blancas pieles, que se quitó al entrar en la habitación, mirando sonriente primero a Yuan, luego a su madre, sabiendo muy bien lo preciosa que estaba, ingenuamente orgullosa de su belleza.

Ambos la miraron y no pudieron apartar de ella los ojos. Ai-lan lo notó y dejó escapar una risilla de triunfal satisfacción. Esta interrumpió el éxtasis de su madre, que le dijo:

—¿Con quién vas a salir esta noche, hija?

—Con un amigo de Sheng —contestó Ai-lan alegremente—. Un escritor, madre. Ya es famoso por sus cuentos: Wu-Li-Yang.

Era un hombre que Yuan había oído algunas veces. Un tipo realmente famoso por sus cuentos escritos a la manera occidental, cuentos muy libres e insolentes, llenos de diálogo sobre el amor entre el hombre y la mujer, y que con frecuencia terminaban en muertes. Yuan no dejaba de sentir curiosidad por conocerle; había leído sus cuentos, secretamente, y a veces con vergüenza de leerlos.

—Alguna vez debías llevar a Yuan contigo —dijo la madre dulcemente—. Trabaja demasiado. Ya se lo he dicho a él. Debe salir a distraerse un poco, de vez en cuando, con su hermana y con sus primos.

—Así debía ser, Yuan, y hace tiempo que estoy dispuesta a llevarlo —exclamó Ai-lan, sonriendo abiertamente y clavándole sus negras pupilas—. Pero debes comprar los trajes que necesitas. Madre, hazle comprar trajes y zapatos extranjeros. Bailará mucho mejor con las piernas libres de esos viejos vestidos. A mí me gustan los hombres con trajes extranjeros... ¡Vamos mañana y le compramos de todo! Tú no eres feo, Yuan, ¿sabes? Y estarás tan bien como cualquier otro con tu traje occidental. Y yo te enseñaré a bailar. ¡Mañana empezaremos!

Al oír esto, Yuan se ruborizó y meneó la cabeza, pero no decididamente, pues recordó lo que le había dicho la señora y no pudo dejar de pensar en lo amable que había sido con él y en que esta era la manera de corresponderle. Entonces, Ai-lan dijo:

—¿Qué vas a hacer si no sabes bailes? No te vas a pasar el tiempo solo junto a una mesa. Todos nosotros, los jóvenes, bailamos.

—Es la moda, indudablemente, Yuan —dijo la madre, cortando un suspiro—, una extraña y dudosa costumbre, lo sé, importada de Occidente; y yo la detesto. No sabría decir si es buena o mala, pero sé que detesto esta moda.

—Madre, eres el espíritu más anticuado que conozco; y, sin embargo, te quiero —dijo Ai-lan, riendo.

Antes de que Yuan pudiera hablar, se abrió la puerta y entró Sheng, vestido de

blanco y negro, al modo extranjero; y con él, otro hombre, que Yuan supo que era el escritor de cuentos. Con ambos iba una preciosa muchacha vestida exactamente como Ai-lan, aunque en verde y oro. Pero a Yuan todas las muchachas le parecían iguales aquellos días; todas bonitas, ligeras como niños, todas pintadas y todas dando gritos constantes de alegría o de dolor. No había visto antes a aquella muchacha. Se quedó mirando al joven escritor que era un hombre alto y pulido, de cara larga y lisa, pálida, pero hermosa con sus labios estrechos y rojos; sus ojos eran negros y las cejas, negras también, largas y exiguas; pero lo más notable de él eran las manos, que movía todo el tiempo, aunque no estuviese hablando; eran grandes, pero con hechura femenina, con los dedos puntiagudos y delgados desde su arranque; manos de piel olivácea, suave, fragante, manos voluptuosas, que cuando Yuan tomó una de ellas en la suya para saludar pareció desvanecerse, fluir cálidamente entre sus dedos; y Yuan odió, desde el primer momento, el contacto de aquella mano.

Ai-lan y el hombre empezaron a hablar dando muestras de gran intimidad en sus miradas; y los ojos de él le decían lo que pensaba de su belleza. Al notar esta mirada, el rostro de la madre se turbó.

Salieron de pronto los cuatro, como un viento cargado de aromas. En la habitación quedaron solos Yuan y la señora le miró con fijeza.

—¿Comprendes, Yuan, lo que antes te decía? —dijo con calma—. Este hombre es casado. Lo sé. Le pedí a Sheng que me dijera la verdad; al principio negó, pero luego dijo que no era un deshonor para un hombre que se había casado con una mujer anticuada y obligado por sus padres, andar libremente con muchachas. ¡Yo quisiera que esta muchacha no fuera mi hija, Yuan!

—Iré —dijo Yuan.

Y olvidó cuánto le desagradaba aquello, pues lo hacía por favor a la señora.

A Yuan le compraron los trajes al estilo extranjero, y Ai-lan y su madre fueron con él a una tienda de occidentales, donde un sastre tomó las medidas para un traje negro, que llevaría de noche, y otro castaño, para usarlo durante el día. Y también compraron zapatos de cuero, un sombrero, guantes y otras cosas que suelen llevar los hombres extranjeros. Ai-lan estuvo hablando todo el tiempo, riendo y moviendo la cabeza para mirar a Yuan y ver lo que mejor le sentaba, hasta que este, turbado y vergonzoso, empezó a reír también, sintiéndose más feliz que nunca. Hasta el dependiente de la tienda reía oyendo las observaciones de Ai-lan, y le echaba miradas secretas, admirando su belleza y su libertad. Solamente la madre suspiraba mientras la muchacha reía, pues Ai-lan no se preocupaba ni poco ni mucho de lo que decía o hacía, y sólo se interesaba en llamar la atención y hacer que la gente riera de sus ocurrencias; buscaba siempre la impresión que causaba en los ojos ajenos, y si notaba que era una impresión de agrado, entonces se ponía más contenta y parlanchina, que era lo que todo el tiempo sucedía.

En fin, Yuan quedó vestido a la usanza occidental, y aunque al principio experimentó cierta sensación de desnudez en las piernas, habituado como estaba a los

trajes de larga hopalanda, le gustó la nueva indumentaria extranjera. Podía andar libremente, y le agradaba tener tantos bolsillos donde guardar una porción de pequeñas cosas que necesitaba constantemente. Ciertamente es que también le complació mucho, el primer día que usó su nueva vestimenta, ver que Ai-lan palmoteaba, satisfecha, y decía:

—¡Yuan, eres hermoso! ¡Madre, míralo! ¿No es verdad que le sienta maravillosamente? Esa corbata roja... Yo sabía que iba a caer bien junto a su piel oscura, y veo que es verdad. ¡Yuan, voy a estar orgullosa de ti! Mira, aquí estamos... Señorita Ching, este es mi hermano Yuan. Quiero que sean amigos. ¡Sorita Li, mi hermano!

Y la muchacha fingía presentarlo a una fila de preciosas amigas. Yuan no sabía cómo vencer su azoramiento y se quedó sonriendo penosamente, con las mejillas tan rojas como la corbata nueva. Pero aun en aquello había algo muy agradable; y cuando Ai-lan abrió una caja de música que tenía, y las notas llenaron el cuarto; cuando le hizo pasar el brazo por su talle y le obligó suavemente a dar unos pasos a compás, la dejó hacer, muy confuso, pero encontrando que era grato. Halló él mismo un ritmo natural, de suerte que sus pies se empezaron a mover al compás de la música. Ai-lan estaba encantada al ver con qué facilidad aprendía.

De este modo encontró Yuan un nuevo agrado. A veces se avergonzaba de sentir en su sangre una fuerza extraña, y, al notarla, tenía que esforzarse para no estrechar más fuertemente a la muchacha con quien bailaba, cualquiera que fuese, y no arrastrarla a ella y a sí mismo en aquel anhelo. No era fácil para Yuan bailar tranquilamente, puesto que hasta ahora no había tocado ni la mano de una muchacha, ni hablado con otras que no fueran su hermana o su prima. No era fácil para él deslizarse lentamente por salones iluminados y bajo el extraño ritmo de las músicas extranjeras, teniendo en sus brazos una doncella. Al principio, la primera noche, había tenido tanto miedo de que le traicionaran sus pies, que no pudo pensar en otra cosa sino en moverlos cuidadosamente y como debía.

Pero pronto sus pies se movieron rítmicamente, con tanta suavidad como los de cualquiera de los otros muchachos y la música era su guía, de suerte que Yuan no tenía que pensar en ellos. Entre la gente de toda raza y nacionalidad que llenaba los lugares de esparcimiento en aquella ciudad, Yuan era uno más, perdido entre tantos extraños que no le conocían. Estaba solo, y solo se sentía con una joven contra su pecho y con su mano en la de ella. No halló ninguna muchacha mejor que otra en aquellos primeros días; todas eran lindas, todas amigas de Ai-lan, y todas caprichosas. Cualquiera era buena para él. Todo lo que anhelaba entonces era encontrarse cerca de una de aquellas muchachas y sentir su propio corazón quemándose en un dulce fuego, al que no se atrevía a ceder.

Si después se sentía avergonzado de sí mismo, cuando se distraía con la luz diurna y la seriedad de las clases, no por eso dejaba de negarse a comprender que el asunto era peligroso para él; y lo excusaba diciéndose que aquella era su obligación

para con la señora y que con esto la complacía en lo que ella le había pedido.

Verdad era que vigilaba a su hermana, y que, al final de cada noche de diversión, esperaba hasta que Ai-lan estuviera lista para volver a casa; nunca pidió a otra muchacha que fuera con él si tenía que dejar por ello a Ai-lan. Era especialmente cuidadoso en esto, para excusar las horas que así perdía, y aumentaba su cuidado al observar que el tal Wu se encontraba con Ai-lan muy asiduamente. Esto era lo único que podía hacer que Yuan olvidara la dulzura que nacía en él, a veces, cuando la música le arrebatava demasiado, junto a la muchacha con quien bailaba, pues si veía que Ai-lan entraba en otra pieza con Wu, o si la veta salir al balcón para refrescarse, no podía seguir bailando tranquilo hasta que se iba junto a ella y allí se quedaba, silencioso.

Por cierto que Ai-lan no lo aguantó mucho tiempo. Con frecuencia se enojaba con él, y algunas veces le dijo, rabiosa:

—Preferiría que no estuvieras siempre tan cerca de mí, Yuan. Es tiempo que salgas solo y te busques muchachas para ti. Ya no me necesitas. Ya bailas tan bien como cualquier otro. ¡Me gustaría que me dejaras en paz!

Yuan no contestaba. No iba a decir lo que la señora le había dicho a él, y tampoco Ai-lan llevaría la cosa a tal punto, ni aun en sus momentos de enojo. Parecía que ella temiese que se le escapara, en ciertos momentos, algo que no quería decir. Pero cuando se le pasaba la rabieta volvía a ser tan franca y alegre compañera como antes.

Por fin, ella comenzó a usar de su astucia, sin enfrentarse a él. Más bien reía y le dejaba seguirla a su gusto, como si quisiera conservarlo amistosamente con ella. Pero dondequiera que Ai-lan fuese, allí iba también el escritor. Parecía darse cuenta de que la madre de la muchacha no gustaba de él, pues ahora nunca iba a la casa. Pero siempre, en otras casas, ya en público o entre amigos, estaba junto a Ai-lan, como si supiera de antemano dónde iba a estar la muchacha. Yuan empezó a espiar a Ai-lan cuando hablaba con Wu, y vio que en estas ocasiones su carita se tornaba grave, gravedad que era tan extraña en ella que Yuan se sintió turbado más de una vez y se lo comunicó a la señora. En realidad, no había nada cierto que contar, puesto que Ai-lan bailaba con muchos hombres. Un día, cuando volvían juntos a casa, Yuan le preguntó por qué bailaba tan seriamente con aquel. Y ella respondió sin titubear, riendo:

—Quizá porque no me gusta bailar con él.

Y sacó la lengua, haciéndole burla.

—¿Y entonces por qué bailas con él? —le preguntó Yuan bruscamente.

Y ella rio al oír esto, con una malicia agazapada en sus ojos, y por fin dijo:

—No puedo ser grosera, Yuan.

Este procuró distraerse y no insistir, aunque se quedó receloso, lo que produjo una sombra en sus alegrías.

Había algo más que turbaba sus placeres, algo pequeño y corriente, pero importante. Cada vez que Yuan salía de Aquellos cálidos y luminosos salones, donde

las flores, los manjares y el vino abundaban mucho más de lo que fuera menester, le parecía entrar en otro mundo cuya existencia deseaba olvidar, pues en la oscuridad, o en la incierta luz del alba, los mendigos y los miserables estaban arrebujados en los portales, unos tratando de dormir y otros esperando que la gente saliera de las casas de diversión para lanzarse como perros callejeros y husmear debajo de las mesas en busca de los pedazos de comida que había diseminados por el suelo. Y esto podían hacerlo sólo por un momento, pues los camareros y empleados los echaban a puntapiés y cerraban las puertas. Ai-lan y sus amigos de jolgorio nunca veían a estas pobres criaturas; o, si las veían, no les prestaban la menor atención, las miraban como bestias, y seguían riendo y llamándose unos a otros desde sus carruajes, encaminándose alegremente hacia sus casas y sus lechos.

Pero Yuan los veía. Aun contra su voluntad, los veía; a veces, en medio de la alegría de la noche, entre las músicas y las danzas, pensaba con terror en el momento en que tendría que salir a la calle gris y ver las lamentables figuras, las famélicas caras de los pobres. En ocasiones, uno de estos pobres extendía inútilmente la mano ante la sordera general de la gente rica y alegre, y la mano volvía a caer, no sin haber rozado el vestido de raso de una dama.

Entonces, una voz autoritaria de hombre gritaba:

—¡Quita de ahí esa mano! ¿Cómo te atreves a acercar tu sucia mano al vestido de mi mujer y mancharlo?

Y un policía de los que estaban a la puerta corría y golpeaba la crispada mano, haciéndola retirarse.

Yuan se encogía bajando la cabeza y se alejaba a toda prisa, pues su sensibilidad era tal, que le parecía sentir en su propia carne el golpe del policía, y que era su mano famélica la que bajaba, dolorida. Aquellos días, Yuan amaba los placeres y el esparcimiento, y le hubiera gustado no ver a los pobres. Pero estaban tan dentro de su sentir, que los veía aunque no quisiera.

* * * *

Mas no todas eran noches como aquellas en la vida de Yuan. También estaban los rudos días de estudio entre sus compañeros. Allí llegó a conocer mejor a sus primos Sheng y Meng, a los que Ai-lan llamaba el Poeta y el Rebelde. Allí, en el colegio, estos dos aparecían tales como eran; tanto en las clases como lanzando una pelota en el campo de juego, estos tres jóvenes primos podían olvidarse de ellos mismos. Podían sentarse en las discretas filas de pupitres, saltar, gritar a sus compañeros y rugir alegremente ante cierto juego defectuoso. Yuan conoció a sus primos como nunca los hubiera conocido en su casa.

En efecto, como los jóvenes, en su casa, junto a sus mayores, no suelen ser lo que son realmente, tampoco estos lo eran: Sheng, siempre silencioso y tan impenetrable con sus poemas, y Meng, siempre huraño y dispuesto a chocar contra alguna mesa

demasiado llena de fruslerías o porcelanas para té, lo que le hacía decir a su madre:

—Nunca tuve en mi casa un hijo que anduviera por ella como un búfalo joven. ¿Por qué no puedes ser como Sheng, tranquilo y silencioso?

Y cuando Sheng volvía tan tarde de sus diversiones que no se podía levantar a tiempo para ir a la escuela al día siguiente, la madre le gritaba:

—Siempre he dicho que soy la madre más desgraciada del mundo y que mis hijos no sirven para nada. ¿Por qué no puedes volver a casa a una hora normal, como Meng? Nunca lo he visto saliendo por la noche, vistiéndose como un diablo extranjero, para ir a quién sabe qué sitios. Es tu hermano mayor el que te da mal ejemplo, como su padre se lo dio a él. La culpa, en resumen, es de tu padre. Siempre lo he dicho.

Lo cierto era que Sheng nunca iba a las mismas diversiones que su hermano mayor, pues gustaba de más delicados entretenimientos, y Yuan lo vio varias veces en los sitios a donde iba Ai-lan. A veces, salía con Yuan y con Ai-lan, pero con mayor frecuencia salía solo con alguna muchacha, a la que amaba durante algún tiempo, y ambos podían pasarse la noche bailando en silencio y perfectamente divertidos.

De suerte que los dos hermanos iban por sus caminos, cada cual absorto en alguna parte secreta de la vida de aquella ciudad multitudinaria. Pero aunque Sheng y Meng eran dos tipos tan distintos que debía esperarse que estuvieran peleándose todo el tiempo (y más aún que con el hermano mayor, que era bastante más viejo que ellos, pues había habido un hermano en medio: uno que se suicidó, ahorcándose, cuando era muy joven, para no ir con su tío, el Tigre) no peleaban entre ellos, sin embargo. Esto era en parte porque Sheng era un muchacho gentil, sonriente, que detestaba las querellas y dejaba a Meng que hiciera lo que se le antojase, y también porque cada uno estaba en el secreto del otro. Si Meng sabía que Sheng iba a determinadas partes, Sheng sabía que Meng era un revolucionario y que él también tenía reuniones escondidas, aunque, claro estaba, por una causa diferente y más peligrosa. De modo que ambos guardaban silencio, y ninguno se defendía ante su madre para acusar al otro. Pero los dos, con el tiempo, fueron conociendo a Yuan, y cada día le apreciaron más, pues con ninguno de ellos hablaba de las cosas que conocía del otro.

Ahora el colegio empezó a ser un verdadero pasatiempo para Yuan, pues le gustaba mucho aprender. Compró gran cantidad de libros nuevos, que llevaba bajo el brazo; compró lápices, y hasta se decidió a adquirir una pluma al estilo extranjero, que estaba muy orgulloso de poder llevar sujeta al bolsillo de la chaqueta, como los otros alumnos. No usó su viejo pincel sino para escribir a su padre, una vez al mes.

Los libros fueron algo mágico para él. Pasaba sus limpias, desconocidas páginas, ansiosamente; trataba de fijar cada palabra en su memoria, y aprender y aprender por el solo gusto de saber más. Se levantaba al amanecer —si despertaba a tiempo— y leía sus libros, aprendiéndose de memoria las cosas que no entendía, así se metió muchas páginas en la cabeza. Y cuando había desayunado —solitario, pues ni Ai-lan ni la madre se levantaban tan temprano—, caminaba apresurado por las calles medio vacías, y siempre era el primero en llegar a clase. Si algún profesor llegaba también

temprano, Yuan aprovechaba para aumentar sus conocimientos, para vencer su cortedad y hacer cuantas preguntas se le antojaban. Si algún profesor no iba a clase, entonces no dejaba pasar el tiempo sin hacer nada, como los otros estudiantes, sino que estudiaba durante aquella hora la materia que el profesor no había podido explicar.

Este fue el mejor entretenimiento para Yuan. Nunca le parecía haber aprendido lo bastante la historia de todos los países del mundo, los versos y las leyendas extranjeras, o los estudios sobre los animales. Lo que más le gustaba era el estudio interno de las hojas, semillas y raíces de las plantas, para conocer cómo la lluvia y el sol podían fertilizar el suelo, cuándo plantar cierta semilla, seleccionarla y hacer aumentar su capacidad de producción. Todo esto y mucho más aprendía Yuan. Le molestaba el tiempo que perdía comiendo y durmiendo, aunque, por cierto, aquel mocetón estaba siempre con hambre y necesitaba alimentarse y dormir. Pero de esto se cuidaba la señora, a la que él llamaba su madre, quien, aunque no dijera nada, siempre estaba atenta y, sin que él apenas se percatara, se preocupaba de que le preparasen ciertos guisos que a él le agradaban.

Veía con frecuencia a sus primos, que llegaron a ser una parte de su vida cotidiana, pues Sheng estaba en la misma clase que él, y a veces leía sus versos o escritos, siendo muy alabado por ellos. En aquellos días, Yuan le miraba con cierta envidiosa humildad, y deseaba que sus propios versos pudieran estar tan dulcemente rimados, aunque Sheng bajaba los ojos modestamente y decía que allí no había nada que alabar. Y le hubiera creído a no ser porque en su pequeña boca había, cuando decía esto, una sonrisilla de satisfacción que le traicionaba, aunque él no se diera cuenta. En aquel tiempo, Yuan escribía muy pocos versos, pues estaba muy ocupado para dedicarse a cualquier clase de ensueño; y si escribía, las palabras brotaban duramente y no conseguía agruparlas como antaño. Le parecía que sus ideas eran demasiado grandes para él, sin forma, difíciles de encerrar en palabras. Aun cuando escribía puliendo y repuliendo las palabras varias veces, su viejo maestro decía:

—Me interesa, esto es bastante hermoso, pero no sé exactamente lo que quieres decir.

Así, sucedió un día que Yuan había escrito un poema acerca de una semilla; Yuan tampoco sabía decir exactamente lo que había querido decir, y balbuceó entrecortadamente:

—Quiero decir... Me parece que lo que quiero decir aquí es que en la semilla, en el último átomo de la semilla, cuando está encerrada en la tierra, hay un instante, quizás un sitio, en que la semilla deja de ser materia, y viene a ser como una especie de espíritu, como una energía, una especie de vida, un momento entre lo material y lo espiritual, y que, si pudiéramos expresar este momento de transmutación, cuando la semilla empieza a brotar, entender el cambio...

—¡Ah, ya! —dijo el maestro ambiguamente.

Era un simpático viejo que llevaba los anteojos en la punta de la nariz y miraba en aquel momento a Yuan por encima de ellos. Había enseñado durante tantos años, que conocía exactamente lo que quería y lo que estaba bien, dejó a un lado los versos de Yuan, se enderezó los anteojos y, tomando la cuartilla siguiente, dijo:

—Me temo que no esté demasiado claro en su propio pensamiento... Aquí, aquí parece que hay algo mejor... *Un paseo en día de verano*... Esto es simpático... Lo voy a leer.

Era la poesía que Sheng había compuesto aquella mañana.

Yuan se quedó silencioso y se guardó sus pensamientos mientras escuchaba. Envidiaba en Sheng aquellas hermosas ideas, tan suavemente brotadas en unas rimas tan puras; no era una envidia amarga, sino una envidia admirativa y humilde, pues Yuan admiraba también la bella apariencia de su primo, de ademanes y de exterior mucho más hermosos que los suyos.

Empero, Yuan no llegó a conocer bien a Sheng, pues, a pesar de toda su sonriente y franca apariencia, nadie llegó nunca a conocer bien a Sheng. Podía repartir por doquiera sus amables palabras de elogio y de simpatía, pero, aunque hablaba con abundancia y facilidad, nunca lo que decía revelaba sus íntimos pensamientos. Algunas veces se acercaba a Yuan y le decía:

—Vamos a ver una película esta tarde, después de las clases. Es una cinta muy buena sobre el Gran Teatro del Mundo.

Pero, después de haber ido juntos y haber pasado tres horas viendo la película, cuando Yuan pensaba que le había agradado ver aquello con su primo, si se detenía a recordar, no podía precisar nada que hubiera dicho Sheng. Sólo podía recordar en el oscuro teatro la cara sonriente y los brillantes y extrañamente ovalados ojos de su primo. Algo dijo Sheng sobre Meng y su causa.

—Yo no estoy con ellos... Nunca seré un revolucionario. A mí me gusta la vida y sólo amo la belleza. Solamente me mueve la belleza. No deseo morir por ninguna causa. Algún día navegaré, atravesaré el mar; y si aquello es más hermoso que esto, tal vez no regresaré nunca. ¿Qué sé yo? No tengo deseos de sufrir por la gente vulgar.

Son sucios y huelen a ajo. Hay que dejarlos morir. ¿Qué perderán con ello?

Dijo esto en el tono más tranquilo, mientras estaban sentados en el dorado teatro, mirando a los elegantes hombres y mujeres que allí había, todos comiendo bizcochos y nueces, y fumando cigarrillos importados; se hubiera dicho que la voz de Sheng hablaba por todos ellos. Y aunque Yuan quería a su primo, no dejó de sentir un escalofrío cuando oyó aquellas palabras: «Hay que dejarlos morir», pues Yuan todavía detestaba la muerte, y aunque ahora los pobres no estaban cerca de él, no deseaba por eso que los dejaran morir.

Estas palabras de Sheng dispusieron a Yuan para preguntarle, en otra ocasión, algo acerca de Meng. Este y Yuan no hablaban a solas con mucha frecuencia, pero ambos jugaban en el mismo lado en los partidos de pelota, y Yuan admiraba la fiereza de los golpes de Meng. Este tenía el cuerpo más ágil y fuerte de todos ellos. La mayoría de los muchachos eran pálidos, flojos, y llevaban demasiada ropa para poder quitársela pronto y fácilmente, de suerte que corrían en cierto modo como niños, o se embrollaban con la pelota, o la echaban fuera, como hacen las muchachas, o la golpeaban tan débilmente, que la pelota rodaba un poco y se detenía en seguida; pero Meng golpeaba la pelota como si fuera su enemigo, y le daba fuertes puntapiés con su bota de cuero duro, haciéndola subir mucho y bajar, dando un gran bote, para volver a subir; y todo su cuerpo intervenía en el juego. Yuan admiraba esto como admiraba la hermosura de Sheng.

Un día, Yuan le preguntó a Sheng;

—¿Cómo sabes tú que Meng es un revolucionario?

Sheng contestó:

—Porque él me lo ha dicho. Siempre dice lo que hace, y creo que soy el único a quien se lo dice. A veces, temo por él. No me atrevería a decirle a mi padre o a mi madre, y menos a mi hermano mayor, lo que hace, pues estoy seguro de que le reñirían; y es tan fiero y decidido, que no me cabe duda de que partiría para no volver más. Él tiene confianza en mí, y me lo cuenta casi todo, de modo que sé muy bien lo que hace, aunque me doy cuenta de que tiene algunos secretos que no ha de comunicar a nadie. Ha prestado una especie de salvaje juramento de patriotismo; para ello se hizo una herida en el brazo y escribió el juramento con su propia sangre.

—¿Y hay muchos revolucionarios entre nuestros compañeros de colegio? —preguntó Yuan, algo turbado, pues había pensado que aquí estaría a salvo de esta clase de compañía. Temía convencerse de que también en su nueva vida tendría que relacionarse con tipos semejantes a sus camaradas de la escuela de guerra, y estaba decidido a no reunirse con ellos.

—Muchos —respondió Sheng—. Y hay muchachas entre ellos, también.

Yuan se quedó un tanto perplejo. Había unas cuantas muchachas en su colegio, siendo esta una costumbre en la nueva y avanzada ciudad de la costa; allí permitían la entrada de mujeres en las escuelas de los hombres, y aunque no hubiera muchas que quisieran aprender, o a las que dejaran ir sus padres, al colegio de Yuan asistían unas

cuantas. Yuan las había visto algunas veces en las clases, sin preocuparse apenas de ellas, pues, por lo general, carecían de belleza y estaban siempre dedicadas a sus libros.

Pero a partir de aquel día, interesado y turbado por lo que Sheng le había dicho, empezó a mirarlas con curiosidad; y cada vez que pasaba una de estas muchachas, con los libros bajo el brazo y sin levantar la vista, Yuan se preguntaba si una criatura tan recatada podría formar parte de una conspiración de tal magnitud. Especialmente se fijó en una de ellas, que era la única de su categoría en la clase que frecuentaban él y Sheng. Era una criatura delgada, huesuda, como podría serlo un pajarillo recién nacido y famélico, de rostro delicado y puntiagudo, de salientes pómulos y labios delgados, pálidos y finos bajo la recta nariz. Nunca hablaba en clase, y nadie conocía sus ideas pues no escribía sobre nada ni hacía comentarios a las explicaciones del maestro. Pero iba siempre a clase y escuchaba cada palabra que el profesor decía. Solamente en sus estrechos y sombríos ojos aparecía de vez en cuando un resplandor de interés.

Yuan la miraba con curiosidad, hasta que un día la doncella sintió que la miraba y clavó la vista en él. Desde entonces, cuando Yuan la miraba, notaba que ella se daba cuenta y le vigilaba con sus secretos y fijos ojos, por lo que el joven decidió no mirarla más. Pero le preguntó a Sheng acerca de ella, ya que apenas se reunía con ninguno. Sheng sonrió y dijo:

—¿Esa? Es una de ellas. Es amiga de Meng. Siempre están hablando en secreto, planeando algo. ¡Mira qué expresión tan fría tiene! Las personas frías son los mejores revolucionarios. Meng es demasiado ardiente. Es ardiente hoy, y mañana está decepcionado. Pero esta muchacha siempre está fría, como el hielo, y es dura como el hielo también. Detesto a las muchachas que son tan frías y tan invariables. Por cierto que es capaz de enfriar a Meng cuando este está demasiado ardiente, y le demuestra que puede ser temprano para realizar los planes; y cuando él se desespera, ella con su inmutabilidad, vuelve a enardecerlo. Ha venido desde una provincia del interior, donde ya ha estallado la revolución.

—¿Y cuáles son sus planes? —preguntó Yuan con curiosidad, bajando la voz.

—¡Oh, cuando llegue el ejército saldrán a recibirlo en triunfo! —dijo Sheng encogiéndose de hombros. Y comenzó a caminar con fingida indolencia, alejándose de quien pudiera oírlos—. La mayoría de ellos hacen su labor entre los trabajadores de los molinos, que ganan solamente unos centavos al día; y también les hablan a los conductores de *rickshaw* haciéndoles ver cuán explotados están, cómo la policía extranjera los oprime cruelmente, y otras cosas por el estilo; todo de manera que esa gente baja, si llega el día del triunfo, esté lista para alzarse y adueñarse de cuanto desease. Ten cuidado, Yuan; tratarán de ganarte para ellos. Meng te hablará un día cualquiera. El otro día, sin ir más lejos, me preguntó qué clase de tipo eras tú, y si tenías ideas revolucionarias.

Efectivamente, un día Yuan sintió que Meng se le acercaba y, cogiéndole de una

manga, le decía con su habitual aridez:

—Tú y yo somos primos, pero aún permanecemos como si fuéramos extraños, y apenas nos encontramos para conversar. Ven conmigo al salón de té que hay al lado de la puerta del colegio y comamos juntos.

Yuan no pudo rehusar fácilmente, pues habían terminado las clases de aquel día y ambos estaban libres de modo que acompañó a Meng. Estuvieron sentados un rato, sin hablarse, y parecía que Meng no tenía nada especial que decir, pues se limitaba a mirar por la ventana y ver a los transeúntes; y si algo decía, era un amargo chiste a costa de alguien que pasara. Por ejemplo:

—¡Mira a ese señor gordo en el coche! ¡Mira cómo traga, repantigado en su asiento! Es un abusador, un usurero o un banquero, o tal vez dueño de una fábrica. ¡Yo los conozco con una mirada! ¡No parece darse cuenta de que está sentado sobre un volcán!

Yuan, conociendo el sentido de lo que su primo decía, no contestaba nada, aunque honradamente pensaba para sus adentros que su tío, el padre de Meng, era bastante más gordo que aquel individuo.

Meng continuó:

—Mira aquel hombre que empuja el *rickshaw*... Está muerto de hambre... Mira, ha debido de violar algún reglamento. Acaba de llegar de los campos e ignora que no debe cruzar la calle cuando el policía pone la mano así. ¿No te lo decía yo? Ahí tienes. Mira cómo lo golpea el policía; mira cómo le hace dejar el *rickshaw* y le quita los almohadones. Ahora, ese pobre hombre ha perdido su vehículo y lo que ganaba diariamente. ¡Y, además, deberá pagar esta noche el mismo alquiler en el sitio dónde guarda su carruaje!

Mientras decía esto y miraba al hombre del *rickshaw* hundido en la desesperación, la voz de Meng se quebró y Yuan vio, maravillado, que aquel muchacho extraño estaba llorando de rabia y luchando inútilmente contra sus lágrimas.

Cuando Meng notó que Yuan lo miraba con simpatía, dijo, medio sofocado:

—Vámonos a algún sitio donde podamos hablar. Estoy convencido de que no soportaré esto si no hablo. Te aseguro que sería capaz de matar a ese tipo estúpido por soportar la opresión con esa paciencia.

Y Yuan, para calmarle, lo llevó a su propio cuarto y cerró con llave, dejándole hablar.

La conversación de Meng despertó en el fondo de Yuan la conciencia de algo que deseaba no recordar. ¡Estaba tan contento con la felicidad de aquellos días, con su alegría y distracción, con el descanso de los viejos deberes y con hacer lo que le venía en gana! Las dos mujeres de la casa, la señora y la hermana, le regalaban pródigamente su ternura y su agrado, y Yuan vivía en calor de cordialidad. Hubiera deseado olvidar que había otros que no tenían calor ni alimento. Era tan feliz, que no quería pensar en ninguna cosa triste; y si algunas veces, en los oscuros amaneceres,

recordaba que su padre aún tenía poder sobre él, desechaba el pensamiento, pues creía en los recursos de la señora y en la devoción que este le tenía. Ahora, los pobres de quienes Meng le hablaba ponían una sombra en su vida, y Yuan huía de las sombras. Empero, de aquella charla aprendió a ver a su patria como no la había conocido. En aquellos otros días, en la casa de adobes, la vio como un conjunto de entrañables y productivas tierras. Vio el más hermoso aspecto de su país, pero no llegó a sentir hondamente a su pueblo. Ahora, en estas calles, Meng le enseñaba a ver el alma de su patria. En la más leve observación hecha por su primo acerca de los trabajadores o los hombres humildes, Yuan comenzó a saber apreciar la realidad. Como siempre sucede que donde están los muy ricos están asimismo los muy pobres, al caminar por las calles vio muchos más de estos, pues pobres eran en su mayor parte los niños famélicos, ciegos, cubiertos de enfermedades, nunca lavados; y en las más hermosas y brillantes calles, allí donde a ambos lados se abrían las magníficas tiendas con toda clase de mercancías, con balcones adornados de destellantes banderas, en los que había ocultos, unos músicos que tocaban para atraer a los clientes, allí en esas mismas calles, estaban los más sucios mendigos, con sus gemidos y sus lágrimas, y la mayoría de las caras eran pálidas y hambrientas; y había grupos de prostitutas que salían aún antes de que anocheciera, para ejercitar su deplorable comercio, movidas por el hambre.

Vio todo esto, y el fruto de tales observaciones entró en él mucho más hondo que en Meng, pues este era uno de esos que están dedicados a servir una causa determinada y que lo supeditan todo a esta causa. Dondequiera que este viese a un hombre hambriento o a los pobres apelotonados junto a las puertas, donde eran arrojados los huevos podridos; en las factorías que embarcaban grandes cantidades con destino al extranjero (aquellos desdichados compraban tazones llenos, por un penique, y se tomaban la bazofia ansiosamente); ya viese hombres cuyas espaldas se cargaban con bultos que hubieran sido demasiado pesados a lomos de una bestia, o que contemplase a los ricos ociosos y sus pintarrajeadas mujeres, riendo y divirtiéndose, mientras los pobres pedían sus limosnas, brotaba en él una sorda indignación, que tenía como remedio siempre la misma frase:

—Estas cosas no sucederán más el día que ganemos nuestra causa. ¡Tenemos que provocar la revolución! Debemos echar abajo a los ricos y arrojar de aquí a los extranjeros que nos oprimen. Entonces los pobres serán levantados. Esto no lo puede hacer sino la revolución... Yuan ¿cuándo vas a ver esta luz y unirse a nuestra causa? Te necesitamos. El país nos necesita a todos.

Y Meng clavaba sus llameantes ojos en los de Yuan, como si no fuera a apartarlos hasta que obtuviera su promesa. Pero este no podía prometer nada, puesto que tenía celos y temor a la causa. Era, al fin y al cabo, la misma causa que él había abandonado.

Yuan no creía, en resumen, que ninguna *causa* pudiera remediar aquellos males, así como tampoco podía odiar a un hombre rico tan violentamente como Meng. La

gordura de un hombre rico, su anillo reluciente en el dedo, las pieles que bordeaban su abrigo, las joyas en las orejas de su esposa, la cara pintada y empolvada de esta, podían hundir más profundamente a Meng en la idea de defender su causa. Pero Yuan, aun en contra de su voluntad, podía notar una mirada amable en los ojos de un hombre rico, una mirada de compasión en los pintados ojos de la señora que diera una monedilla de plata a un mendigo, aunque dicha mujer llevara un abrigo de raso. Amaba la risa, estuviera en los ricos o en los pobres. Le gustaba cualquiera que riese, aunque supiera que era malo. Lo cierto era que Meng podía amar u odiar a los hombres porque fueran blancos o negros, al paso que Yuan no podría decir en su vida: «Este hombre es rico y malo y este otro es pobre y bueno»; de esta suerte, era inútil para servir en cualquier causa o partido, por grandes que fueran.

No podía odiar tampoco, como los odiaba Meng, a los extranjeros que se mezclaban con las muchedumbres ciudadanas, pues siendo la ciudad un gran centro comercial que se relacionaba con todas las regiones del mundo, estaba llena de extranjeros de todas las razas e idiomas, a los que Yuan veía por doquier; unos eran simpáticos, otros torvos y malos, borrachos con frecuencia; y entre ellos, pobres y ricos. Si Meng odiaba a un rico más que a otro, el más detestado era el extranjero; podía soportar cualquier crueldad antes de ver a un marinero extranjero y borracho golpear a un conductor de *rickshaw*, o a un hombre blanco regateando alguna mercancía o pagando menos de lo que el vendedor le había pedido, sucesos tan corrientes en una ciudad costera donde varias naciones se encuentran y se entremezclan.

Meng detestaba hasta el aire que respiraban los extranjeros para vivir. Si se cruzaba con alguno, jamás le dejaba paso. Su larga y juvenil cara se tornaba más oscura, y hubiera querido ensanchar sus hombros para, si podía, empujarle, tanto mejor si era una mujer la que pasaba y la podía apartar de su camino, murmurando lleno de odio:

—No tienen negocios en nuestra tierra. Vienen para explotarnos y robarnos. Con su religión nos roban nuestras almas y nuestros pensamientos, y con su comercio nos roban nuestro dinero y nuestros bienes.

Un día, Yuan y Meng, que volvían juntos de la escuela, camino de su casa, se cruzaron en la calle con un hombre esbelto y ágil, cuya piel era blanca, y que tenía largas narices, pero su pelo era negro, así como los ojos, que no eran como los de los hombres blancos. Meng echó al hombre una furiosa mirada y le dijo a Yuan:

—Si hay algo que yo detesto en esta ciudad más que todas las cosas, es esta clase de hombres que no son nada del todo, sino una mezcla de sangre y mentiras que les dividen el corazón. No puedo explicarme cómo alguien de nuestra raza, hombre o mujer, puede olvidarse de tal manera de sí mismo y mezclar su sangre con sangre de extranjeros. Los mataría a todos por traidores, y mataría a los tipos como ese que acaba de pasar.

Pero Yuan recordaba la dulce mirada de aquel hombre y lo tranquilo de su cara

por encima de su palidez, y dijo:

—A mí me pareció bastante simpático. Yo no puedo pensar que alguien es malo por el hecho de que tenga la piel descolorida y la sangre mezclada. Él no tiene la culpa de lo que sus padres hicieron.

Meng gritó:

—¡Debías odiarlos, Yuan! ¿No has oído hablar de lo que han hecho los hombres blancos en nuestra patria, y de que nos tratan como si fuéramos prisioneros de sus crueles e injustos tratados? No podemos tener nuestras leyes... ¿Por qué si un hombre blanco mata a uno de nuestros compatriotas apenas lo castigan? ¿Por qué no es llevado ante nuestros tribunales?

Y según hablaba se enfurecía más y más.

En tanto que Meng decía todo esto, Yuan escuchaba sonriendo con aire que parecía de excusa, pues se sentía tan indulgente frente al acaloramiento del otro, que aunque no dejaba de reconocer que tenía razón en odiar al extranjero para salvar a su patria, empero, no podía odiarlo, porque no era capaz.

Yuan no pudo seguir la causa que Meng le ensalzaba, invitándole a servirla. No decía nada cuando Meng insistía, limitándose a sonreír discretamente; no podía decir que no quería, pero daba la excusa de que estaba muy ocupado, que no tenía tiempo. Por último, Meng dejó de hablarle y se limitó a saludarle secamente cuando se lo encontraba. En las fiestas patrióticas, cuando todos salían cantando y llevando banderas, Yuan también iba con los otros, para que no le llamaran traidor, pero nunca iba a reuniones secretas ni intervenía en conspiraciones. A veces, tenía noticias de los que conspiraban: que a tal muchacho le habían encontrado en su habitación una bomba que pensaba arrojarle a algún hombre importante; que una banda de conspiradores había golpeado a un profesor, al que odiaban porque tenía amistad con los extranjeros... Cuando oía estas cosas, Yuan se embebía más intensamente en sus libros y concentraba en ellos todo su interés.

* * * *

La verdad es que, en este tiempo, la vida de Yuan estaba tan llena, que él apenas podía darse cuenta de lo que podía haber en el fondo. Antes de que pudiera pensar claramente en las finalidades de ricos y pobres, antes de que comprendiera el sentido de la causa defendida por Meng o captara su propio sentido de la alegría, otras ideas acudían a su mente; todo lo que iba aprendiendo en el colegio, las extrañas lecciones que recibía, lo mágico de la ciencia que se abría ante sus ojos en el laboratorio. Aun en la química, que detestaba porque los malos olores ofendían su delicada nariz, se encantaba de los matices de las combinaciones que hacía, maravillándose al contemplar cómo dos blandos y pasivos fluidos, combinados, brotaban súbitamente en una nueva vida, con nuevos colores y olores, formando un tercero. En aquellos días pululaban en su pensamiento las más diversas ideas sobre la gran ciudad, donde

todo el mundo se encontraba y no tenía tiempo, ni de día ni de noche, para ver lo que cada una de esas ideas significaba. Yuan no podía entregarse a una sola clase de conocimientos, pues tantos y tan diversos se presentaban a su interés. En el fondo, envidiaba algunas veces a sus primos y a su hermana. Sheng vivía para sus sueños y amores; Meng, para su causa, y Ai-lan, para su belleza y sus diversiones. A Yuan le parecían fáciles estos modos de vivir, ya que él vivía en tamaña diversidad.

Hasta aquellos pobres de la ciudad eran tan «completos» en su pobreza, que a Yuan se le antojaba que no debían de ser todos infelices y dignos de compasión. Se compadecía de ellos, y hubiera querido verlos vestidos y bien alimentados; casi siempre que llevaba un penique suelto en el bolsillo y veía a un mendigo que le tendía la descarnada mano, le daba la moneda. Mas en este caso temía que no lo daba solamente por compasión, sino para librarse él mismo de aquella sucia garra y de la implorante voz que le decía: «Tenga buen corazón, joven caballero; tenga buen corazón, o moriremos de hambre..., yo y mis hijos». Solamente había en aquella ciudad una visión más terrible que los mendigos: los niños de los mendigos. Yuan no podía resistir la vista de aquellos chiquillos misérrimos, con sus caritas que habían adquirido ya la expresión implorante de la pobreza; y lo peor eran los chiquitines de pocos meses, famélicos, medio desnudos, apretados contra los flácidos pechos de las mujeres. Sí, Yuan apartaba la vista de su lado a toda prisa, pensando: «Me uniría a la causa de Meng si estos pobres no fueran tan repugnantes».

Algo vino a salvarle de un completo extrañamiento de su propio pueblo. Fue su antiguo amor por las tierras, los campos y los árboles. En la ciudad, durante el invierno, este amor se enfrió, y Yuan llegó a olvidarlo en muchas ocasiones. Pero ahora que la primavera nacía sintió una íntima inquietud. Los días se tornaban más cálidos, y en los jardincillos los árboles comenzaban a dar flores y hojas; por las calles iban vendedores acarreamo cestas con ramas de cerezos en flor o grandes ramos de violetas y lilas. Los venticillos primaverales despertaron una extraña inquietud en Yuan; le hicieron recordar la aldehuela donde estaba la casa de adobes, y sintió en los pies un deseo de pisar tierra en alguna parte que no fueran aquellos suelos pavimentados de la ciudad. Apuntó su nombre en la lista para una nueva clase en que los profesores enseñaban agricultura. Y a Yuan, entre otros, le fue adjudicada una pequeña porción de tierra fuera de la ciudad, para practicar en ella y demostrar realmente lo que había aprendido en los libros; en este terreno debía plantar semillas, quitar las cizañas y laborar todo lo necesario.

Sucedió que el pedazo de tierra de Yuan estaba al final de los otros, junto al campo de un granjero. La primera vez que Yuan fue a su trabajo, vio al campesino que le miraba fijamente, con la cara iluminada por una sonrisa burlona, y que le dijo:

—¿Qué hacéis aquí los estudiantes? Yo creía que los estudiantes lo aprendíais todo en los libros.

Yuan contestó:

—Ahora aprendemos en los libros cómo se siembra y cómo se cosecha; y

aprendemos cómo hay que preparar la tierra para la siembra; eso es lo que estoy haciendo hoy.

Al oír esto el campesino rio fuertemente y dijo con expresivo desdén:

—¡Nunca oí hablar de esa manera de aprender! ¡Bah! Los campesinos se lo enseñan a sus hijos, y estos a los suyos. ¡Uno mira a su vecino y hace lo que ve hacer a este!

—¿Y si el vecino lo hace mal?

—Entonces hay que mirar al vecino de más allá, o buscar uno mejor —dijo el labrador, volviendo a reír. Y se dedicó un rato a cavar en su campo, murmurando. Interrumpió su labor para rascarse la cabeza, rio de nuevo y dijo—: ¡No, nunca oí semejante cosa en toda mi vida! Bueno, me alegro de no haber mandado a ninguno de mis hijos a la escuela y de no haber gastado mi dinero para enseñarles a cultivar los campos. ¡Yo les enseñaré más de lo que puedan aprender en la escuela, estoy seguro!

Yuan nunca había tenido un azadón entre las manos y cuando cogió aquella cosa de alargado mango la sintió tan pesada que no pudo manejarla. Por alto que lo levantara, no conseguía dejarlo caer de manera que cortara el endurecido suelo: siempre caía de lado. Sudó copiosamente sin lograr manejarlo bien; aunque el día era fresco, oreado por una brisa primaveral, el sudor le brotaba como si estuviera en verano.

Por fin, desesperado, miró disimuladamente al labriego para ver cómo lo hacía; en efecto, cada vez que levantaba el azadón, el labriego le hacía caer justamente donde quería, cortando la tierra cabalmente. Yuan trató de que el campesino no notara que le miraba, pues era un poco orgulloso. Mas pronto se convenció de que el labriego le había estado mirando de reojo todo el tiempo, y riéndose al ver el modo que Yuan tenía para coger el azadón. Ahora al ver que Yuan le espiaba, prorrumpió en carcajadas y se acercó a él diciéndole:

—¡No me digas que estás mirando lo que hace un labriego vecino, cuando ya has aprendido todo eso en los libros! —Y rio largamente, añadiendo—: ¿No te ha enseñado tu libro cómo hay que coger el azadón?

Yuan se sintió molesto. No le era fácil oír con tranquilidad las risotadas del labrador. Se daba cuenta, por añadidura, de que no era capaz de remover un pedazo de tierra. ¿Cómo pretendería sembrarlo y cultivarlo? Pero la razón se sobrepuso a la vergüenza que sentía, y Yuan dejó su azadón. Se echó a reír, acompañando la risa del campesino, enjugóse la sudorosa cara y luego dijo humildemente:

—Tienes razón, vecino. Esto no está en los libros. Te tomaré como profesor; si quieres enseñarme.

Al oír esto, el granjero se sintió muy complacido, y dejó de reír, mostrando simpatía por Yuan. En el fondo, estaba muy satisfecho de comprender que él, un simple labriego, podía enseñar algo a aquel muchacho, a un colegial instruido, según se dejaba ver por sus palabras y modales. Y el labriego, dándose importancia y con cierta pomposidad en su expresión, miró fijamente al joven y dijo con serenidad:

—En primer lugar, mírame a mí; luego mírate tú mismo, y dime quién puede manejar el azadón sin sudar de esa manera.

Miró al campesino, un hombre fuerte y moreno, desnudo hasta la cintura, con los pantalones arremangados hasta las rodillas, calzado con unas sandalias, el rostro tostado y curtido por los vientos y el sol, todo él inspirando campechanía y libertad. Yuan no dijo nada. Sonrió y, sin abrir los labios, se quitó la pesada chaqueta, luego el chaleco y se subió las mangas de la camisa hasta los codos. El labriego le vio hacer todo esto y, cuando Yuan hubo terminado, le dijo:

—¡Qué piel de mujer tienes! ¡Mira, mira mi brazo! —Y puso su brazo junto al de Yuan, tomándole la mano—. A ver esa mano. Mira tu palma, llena de ampollas. Pero es que coges el azadón tan mal, que a mí mismo me levantaría ampollas si lo cogiera así.

Tomó el azadón y mostró a Yuan cómo había que cogerlo con ambas manos, una de ellas firme y cerrada para mantener el mango seguro, y la otra apartada de aquella y suavemente, para dejarlo deslizarse como convenía y guiar la caída. Yuan no sintió el menor reparo en aprender, y repitió varias veces, hasta que la punta de hierro cayó justamente y apartó un pedazo de tierra; así lo hizo varias veces, y el campesino le felicitó, sintiéndose Yuan tan contento como si un profesor le hubiera elogiado por unos versos, aunque pensando si debía complacerse tanto, siendo el campesino tan sólo un hombre corriente y sin instrucción.

Día tras día fue a trabajar en su pedazo de terreno. Prefería ir cuando sus compañeros no estaban, pues al llegar ellos el granjero se alejaba y se ponía a trabajar a bastante distancia. Pero si Yuan llegaba solo, entonces el campesino se acercaba, hablaba con él, le mostraba cómo plantar las semillas, cómo cuidarlas al brotar, cómo evitar los gusanos y los insectos que estaban siempre listos para devorar cualquier retoño.

También a Yuan le tocaba enseñar a ratos, pues, cuando estos animales llegaban, leía en sus tratados lo referente a ciertos venenos extranjeros que los mataban, y usaba estos venenos.

La primera vez que lo hizo, el labriego rio de buena gana, diciendo:

—Acuérdate de cómo me mirabas al principio y de que tus libros no te sirvieron, a la postre, ni siquiera para saber a qué profundidad hay que colocar los granos y cuándo hay que remover la tierra para apartar los hierbajos.

Mas, cuando vio que los gusanos se morían junto a las plantas, bajo el efecto del veneno, se tornó más serio y pensativo y dijo en voz más baja:

—Te juro que no lo hubiera creído. ¡De modo que estas pestes no son algo que los dioses quieren! Son algo que los hombres pueden evitar... Bueno, algo hay en los libros, después de todo. Sí, algo que vale la pena, pues plantar y sembrar no es cosa útil si vienen los gusanos a comérselo todo.

Pidió un poco de aquel veneno, para llevárselo a sus tierras, y Yuan se lo dio alegremente; a partir de este regalo, los dos hombres fueron amigos. El cultivo de

Yuan era el mejor de todos; agradeció esto al labrador, y este dio las gracias a Yuan por haber hecho crecer sus plantas sin daño, cuando las de los vecinos habían sido devoradas por los gusanos.

Era bueno para Yuan tener aquel trocito de tierra y ser amigo del labriego. Muchas veces, en la primavera, cuando se acercaba a su terreno, sentía un contento que nunca había conocido. Aprendió a quitarse el traje y a ponerse una ruda vestimenta, como la que usaba el labriego, y a cambiar sus zapatos por unas sandalias. El campesino lo dejaba entrar libremente en su casa, pues no tenía ninguna hija soltera, y su mujer ya era vieja y fea. Guardaba su traje en casa del labriego, y a ella iba diariamente para convertirse en un labrador. Amaba la tierra más de lo que había pensado. Era dulce esperar, vigilando, a que brotaran las semillas; había en aquello, también, cierta poesía, algo que Yuan apenas podía expresar, aunque trató de hacerlo y compuso unos versos sobre ello. Amaba el trabajo del campo; y cuando el suyo había terminado, se iba a las tierras del labriego para trabajar en ellas. A veces, este le invitaba a comer algo al aire libre, ante la puerta de la casa, cuando los días se hicieron más calurosos, y allí la mujer preparaba la mesa. Yuan estaba cada día más robusto y moreno. Un día Ai-lan le dijo:

—Yuan, ¿cómo te estás poniendo tan negro? ¡Estás tostado como un campesino!

Yuan sonrió, contestando:

—Es que soy un campesino, Ai-lan, aunque no lo quieras creer.

Con frecuencia, cuando estaba estudiando en sus libros, o en una tarde de diversión, pensaba de pronto en su trocito de tierra, en alguna nueva semilla que plantar; se preocupaba si una legumbre crecería antes de llegar el verano ante el recuerdo de una mancha amarilla que había visto en el tallo de una planta.

Otras veces se decía: «Si todos los pobres fueran como este hombre, entonces me sentiría dispuesto a hacer mía la causa de Meng».

Bueno era que Yuan sintiese esta complacencia sólida y secreta por su pequeño cultivo. Era secreta, porque no se atrevía a decir a nadie que le gustaba trabajar en el campo, y hasta sentía un poco de vergüenza ante la idea de que lo supieran, pues era moda en los jóvenes de la ciudad reírse de los hombres del campo y llamarlos «pepinos» y otros apodos por el estilo. A Yuan le importaba lo que decían sus compañeros. Ni aun a Sheng le habló de esto, a pesar de que con Sheng podía hablar de muchas cosas, como de la belleza que ambos veían en un previsto color o matiz, dondequiera que fuese. Menos todavía le habló a Ai-lan del extraño, sólido y profundo placer que le daba aquel trozo de tierra. Hubiera hablado de esto, en caso de necesidad, a la que llamaba su madre, aunque no solían conversar sobre cosas íntimas; a las horas de comer, cuando ambos estaban solos en la casa, la señora le hablaba de asuntos que a él le agradaba escuchar.

La vida de la señora estaba llena de trabajos buenos y tranquilos. No se dedicaba por completo a ir a fiestas, a jugar, asistir a las carreras de caballos y perros, como muchas señoras de la ciudad. Estos no eran placeres para ella, aunque, si Ai-lan se lo

pedía, iba con ella y lo veía todo con cierto elegante apartamiento, como si fuera un deber y no algo hecho para distraerse y de su gusto. Su verdadero placer estaba en el trabajo que hacía para las niñas recién nacidas, abandonadas por los pobres que no las querían conservar. Cuando encontraba a alguna, la llevaba a una casa donde la guardaba y cuidaba, dejándola a cargo de dos mujeres que eran como madres para las chiquillas. La señora iba diariamente, las instruía y cuidaba de hacer curar a las que estaban enfermas. Tenía cerca de veinte expósitas de estas. De este trabajo le hablaba algunas veces a Yuan; de cómo pensaba enseñar a estas niñas alguna honrada manera de vivir y casarlas con hombres decentes, como los había entre los campesinos, tejedores y artesanos, que buscaban casarse con muchachas buenas y trabajadoras.

Una vez fue Yuan con la señora a esta casa y quedó maravillado de ver el cambio que se producía en aquella tranquila y grave mujer. Era un lugar sencillo, más bien pobre, pues ella no tenía mucho dinero para invertir en aquello, ya que gastaba bastante en las diversiones de Ai-lan. Una vez que entró, las niñas la rodearon gritando, llamándola madre, tirándole de las mangas y el vestido y demostrando cuánto la querían, hasta que ella rio y miró tímidamente a Yuan, que se quedó perplejo, pues hasta entonces no la había visto reír.

—¿Ai-lan sabe esto? —preguntó Yuan.

Al oírle, la señora volvió a ponerse seria y dijo:

—Ella está demasiado ocupada con su propia vida.

La señora llevó a Yuan de un lado a otro de la casa; desde el patio a la cocina, todo estaba limpio, aunque todo era sencillo. La señora dijo:

—No quiero gastar demasiado dinero en ellas, puesto que serán esposas de trabajadores —y añadió—: Si entre ellas encontrara yo una, una sola, que fuera lo que yo soñé que fuese Ai-lan..., la llevaría conmigo a mi casa y me dedicaría de lleno a ella. Pienso que debe de estar aquí... No sé todavía.

Llamó, y acudió una niña desde un cuarto contiguo, una niña algo mayor que las otras, con cierta majestad en la mirada, aunque no tenía más de trece a catorce años. Se acercó confiadamente y puso su mano en la de la señora, mirándola con fijeza y diciendo:

—Aquí estoy, madre mía.

—Esta niña —dijo la señora con cierta vehemencia, bajando sus ojos hacia los de la chica, que la miraban— tiene algo interesante en su espíritu, pero aún no sé exactamente lo que es. La encontré yo misma, en la puerta de esta casa, recién nacida, y la traje en mis brazos. Es la mayor de todas y la primera que encontré. Es tan lista para leer, tan dispuesta para toda enseñanza, tan digna de confiar en ella, que, si continúa así, me la llevaré a casa dentro de un año o dos... Ahora, Mei-ling, puedes retirarte.

La niña sonrió a la señora con una ligera, luminosa sonrisa. Luego miró a Yuan. Y aunque era solamente una niña, Yuan no olvidó aquella profunda mirada, tan clara e interrogante era; una mirada directa, que se hubiera dicho no iba especialmente

dirigida a él mismo. La niña se alejó.

A una señora como aquella, a la que Yuan llamaba madre, podía él haberle hablado de su campo, pero no había necesidad de mencionarlo. Yuan vio que las horas que pasaba trabajando la tierra le llenaban. Estas horas llegaron a la raíz de la vida de Yuan, pues no era él, como tantos otros, uno de esos desarraigados que flotaban en la superficie de la vida de aquella ciudad, sin tener una ocupación que los ligara a ella.

Una vez y otra, cuando sufría de inquietud o de duda, Yuan iba en busca de su tierra, y allí, sudando bajo el sol o empapado por la lluvia fría, trabajaba en silencio o charlaba de cosas corrientes con el labriego vecino. Aunque aquel trabajo y aquel diálogo parecían no tener, mientras se desarrollaban, la menor importancia en ningún aspecto, después, al volver de noche a su casa, Yuan se sentía liberado, limpio de toda impaciencia interior. Podía leer en sus libros y meditar sobre ellos felizmente, o ir con Ai-lan y los amigos de esta a gastar unas horas entre ruidos, luces y bailes, sin turbarse, porque llevaba en el fondo la quietud que había aprendido junto a la tierra.

Y bien necesitaba esta tranquilidad que la tierra le daba, esta quietud que penetró en su raíz. Porque en aquella primavera, su vida experimentó una conmoción que él nunca pensó que llegara.

En una, cosa estaba Yuan muy lejos de Sheng, muy lejos de Ai-lan y aun de Meng. Estos tres vivían en un ambiente más cómodo, fácil y caluroso que el que Yuan había vivido. Habían gastado su juventud en aquella gran ciudad, cuyos aires pululaban dentro de su sangre. Allí había muchísimos motivos de afición para los jóvenes, las escenas de amor y de belleza pintadas en las paredes, los lugares de esparcimiento donde se exhibían cintas con escenas de amor entre extraños hombres y mujeres de otros países, las salas de baile donde una mujer podía ser comprada por una noche por un poco de plata; estos eran los más crudos motivos de aquellos calores que conocía la juventud de sus primos.

Además, estaban los cuentos, las historias y los versos impresos, que podían ser comprados en cualquier tiendecilla. En años anteriores, todo esto era considerado malo, algo que encendía las antorchas de fuego en los hombres y las mujeres, y nadie se atrevía a leerlos abiertamente. Pero ahora, lo sutilmente pernicioso de las naciones extrañas había penetrado bajo los disfraces o motes de arte, genio u otros nombres seductores, y la juventud leía estos escritos cuando quería, los estudiaba y comentaba. Pero, a pesar de lo seductor y atractivo de los nombres, la antorcha estaba ardiendo y los antiguos fuegos encendidos.

Jóvenes y muchachas crecían en atrevimiento y audacia, y toda la antigua modestia se alejó. Las manos se tocaban y esto ya no se consideraba malo como antaño. Un joven podía pedir a una muchacha que se casara con él sin que el padre de esta persiguiera judicialmente al padre del muchacho, como antes sucedía o como aún se acostumbraba en ciertas ciudades del interior, a las que el mal extranjero no había llegado. Y cuando ambos se habían casado, y esto se sabía claramente, los dos podían

seguir con la misma libertad que si fueran salvajes; y si alguna vez, como solía suceder, la sangre ardía más de la cuenta y la carne encontraba a la carne demasiado pronto, ninguno de ellos moría para salvar el honor, como hubiera sucedido en la juventud de sus padres. No. Solamente se apresuraba y adelantaban el día de la boda, de suerte que el niño naciera dentro del matrimonio, y la joven pareja se quedaba tan despreocupada como si ambos fueran honrados, en tanto que a los padres, si lamentaban todo esto, no les quedaba otro recurso que mirarse mutuamente, entristecidos, en la soledad de sus hogares, y soportarlo como pudieran, pues habían llegado otros tiempos. Pero muchos padres aceptaban los nuevos tiempos en provecho de sus hijos, y muchas madres los toleraban para no ceñir con escándalo las vidas de sus hijas. Lo cierto era que habían llegado nuevos tiempos y que nadie podía volverlos atrás.

En este ambiente habían vivido Sheng, su hermano Meng y también Ai-lan; eran parte de él, y no conocían otro. Pero Yuan, no. A él, el Tigre lo había educado en las viejas tradiciones, y, por su parte, le había enseñado a odiar a las mujeres. Cuando Yuan soñaba con algo, despertaba furioso y avergonzado, saltaba de la cama, se embebía en sus libros o salía a dar paseos por las calles para apartar el mal de su mente. Sabía que algún día tendría que casarse, como todos los demás muchachos, y tener decentemente sus hijos; pero esto no era cosa en la que pensara mucho cuando tenía tanto que aprender. Ahora ansiaba sólo aprender. Se lo había dicho claramente a su padre y todavía no había cambiado.

Pero en la primavera de aquel año, Yuan estaba atormentado por sus sueños nocturnos. Era extraño, pues durante el día jamás iban sus pensamientos hacia el amor o las mujeres. Empero, sus ideas, mientras dormía, estaban llenas de tal lascivia, que despertaba sudoroso, avergonzado de sí mismo, y sólo se sentía limpio cuando se iba a su pedazo de terreno y trabajaba en él desesperadamente. Y los días en que podía trabajar más tiempo su tierra era cuando mejor dormía y cuando menos soñaba. De suerte que cada vez volvió con más ardor a su trabajo campesino.

Aunque no lo sabía, estaba en el mismo estado de ardor que cualquiera de aquellos jóvenes que le rodeaban. Más aún que Sheng, que calmaba y difundía su corazón en cien lánguidos amoríos; más que Meng, que tenía su causa, para arder por ella. Yuan había pasado de los fríos patios de su niñez a aquella ciudad ardiente. Él, que nunca había tocado la mano de una doncella, aún no podía ceñir con su brazo el cuerpo grácil de una muchacha, tomar su mano tranquilamente y sentir junto a la mejilla su aliento, moviéndose al compás de una música, sin experimentar aquel dulce malestar que a la vez le atraía y le atemorizaba. Era siempre decente —hasta el punto de tener que resistir las burlas despiadadas de Ai-lan—, y apenas tocaba la mano que tenía en la suya ni estrechaba a la muchacha contra él, como muchos hombres se atrevían a hacer. Todo esto lo hacía sin reprobación, aunque Ai-lan le mortificaba con sus ocurrencias, pues los pensamientos de la muchacha seguían un camino que no debían haber seguido y que Yuan hubiera deseado que no siguieran.

Ai-lan le decía algunas veces, haciendo un mohín:

—Yuan, ¡eres tan antiguo! ¿Cómo puedes bailar tan apartado de la muchacha? Mira, esta es la manera de llevar a una mujer bailando.

Y allí, en el cuarto donde solían sentarse todos, las raras tardes en que ella estaba en casa con su madre, hacía funcionar la caja musical y apretaba su cuerpo contra el del muchacho, hasta hacerle seguir todas las líneas del suyo, moviendo sus piernas y pies juntos con los de Yuan. No dejaba de fastidiarlo delante de otras muchachas, y gritaba, si había alguna presente:

—Si quieres bailar con mi hermano Yuan, tendrás que obligarlo a que te enlace como se debe. ¡Lo que a él le gustaría más sería dejarte apoyada contra la pared y continuar él solo su baile!

O bien decía:

—Yuan, tú eres hermoso, todos lo sabemos, pero no tan hermoso como para atemorizar a las muchachas. No dudes de que hay muchas de nosotras que ya tienen sus amores elegidos.

Y con estas burlas ante sus amigas, Ai-lan las empujaba a mayor regocijo, de modo que las muchachas atrevidas se hacían más audaces y se apretaban desvergonzadamente contra Yuan; y aunque este hubiera podido detener aquellas osadías, lo evitaba pensando en la crueldad de la próxima burla que Ai-lan le gastaría, y aguantaba como podía. Aun las muchachas tímidas se atrevían a sonreírle, mientras bailaban con él, con más descaro que frente a hombres más desvergonzados; y añadían a las sonrisas miradas llenas de descoco y apretones de manos, contactos de muslos y otros artificios que las mujeres conocen por naturaleza.

Tan turbado llegó a estar Yuan a causa de sus sueños y de la libertad de las muchachas que había conocido por medio de Ai-lan, que no habría salido más con ella si la madre no le hubiera dicho:

—Yuan, me conforta saber que tú vas con Ai-lan. Aunque se encuentre con otro hombre en el lugar a donde vaya, estoy más tranquila si sé que tú también estás allí.

Ai-lan se alegraba de que la acompañara, pues le gustaba lucirlo junto a ella, ya que era un buen mozo, alto, de agradable presencia. Para alguna de sus amigas era un favor que le llevara Ai-lan en su compañía. Así estaban los fuegos dispuestos en Yuan, contra su propia voluntad, pero hasta entonces no habían encendido la antorcha. Empero, la antorcha existía, y, sin que él pudiera preverlo, sucedió lo siguiente:

Un día, Yuan se retrasó en la clase, trabajando en un poema extranjero que el profesor había hecho colgar en la pared para que hicieran un comentario; allí se quedó cuando todos los demás se hubieron ido. Era la clase donde estaban juntos él, Sheng y también la pálida muchacha revolucionaria. Yuan terminó su escrito, cerró el libro, se colocó la pluma en el bolsillo y se disponía a levantarse cuando oyó su nombre y que alguien le decía:

—Señor Wang, ya que está aquí, ¿quiere explicarme el significado de esas líneas?

Es usted más inteligente que yo. Le agradeceré que me lo explique.

Yuan oyó esto, dicho con una voz agradable, una voz de mujer, pero sin ese temblor de afectación que tenía la voz de Ai-lan y las de sus amigas. Era una voz algo profunda para ser de una mujer, una voz plena y penetrante, en la que cada palabra parecía adquirir un significado sobre el que ya tenía. Yuan levantó los ojos con sorpresa y vio junto a él a la muchacha, la revolucionaria, con su cara más pálida que nunca; pero ahora que la tenía cerca, vio sus alargados ojos oscuros, que no eran tan fríos como pensaba, sino llenos de intenso calor y sensibilidad, de tal modo que contrastaban con la frialdad de su rostro y ardían en su palidez. Miraba a Yuan decididamente. Con calma, sentóse junto a él y esperó su respuesta, tan fríamente como si hablara con un alumno un día cualquiera. Yuan contestó tartamudeando:

—¡Ah! Sí, claro..., aunque no estoy muy seguro. Me parece que significa que... Una poesía extranjera es siempre difícil... Es una oda..., una especie de...

Y siguió tartamudeando otras frases, consciente todo el tiempo de la mirada decidida y honda de la muchacha. Esta se levantó, le dio las gracias y dijo algo más, con tal tono de gratitud, que Yuan pensó que bien valía la pena servirla. Salieron juntos de la clase y pasaron por los grandes vestíbulos silenciosos, pues ya era tarde y todos los estudiantes se habían ido; llegaron a la puerta, y la muchacha parecía satisfecha de ir callada, hasta que Yuan dijo un par de frases por pura cortesía.

—¿Cuál es tu honrado nombre? —le preguntó con el viejo y cortés procedimiento que había aprendido.

Pero ella contestó brevemente, sin devolver la cortesía, aunque su voz le daba un sentido a todo lo que decía.

Al pasar el portal, Yuan se inclinó profundamente. La muchacha hizo un ligero saludo y se alejó. Viéndola ir, Yuan se fijó en que era un poco más alta que la generalidad de las mujeres. La vio avanzar segura y ágil entre la gente, hasta que la perdió de vista. Entonces, pensativo, subió a un *rickshaw* que lo condujo a su casa. Iba por el camino pensando quién sería en realidad aquella muchacha, y cómo sus ojos y su voz decían cosas muy diferentes a las que expresaban su cara y sus palabras.

Así principió una amistad. Yuan nunca había tenido amistad con una muchacha; en verdad, tampoco tenía muchos amigos, pues no formaba parte, como suele suceder, de algún grupo. Sus primos tenían amigos; Sheng, entre muchachos de su edad, parecidos a él en gustos, que se imaginaban ser los poetas, los escritores y los pintores de la nueva generación y que seguían con admiración a ciertos jefes, como a un tal Wu, al que Yuan espiaba de reajo cuando lo veía bailar con Ai-lan. Meng tenía su grupo secreto de revolucionarios. Pero Yuan no pertenecía a ningún grupo, y aunque hablaba de vez en cuando con algunos muchachos y conocía a aquella doncella y a las amigas de Ai-lan, no tenía ninguna amistad verdaderamente profunda. Antes de que se diera cuenta de ello, aquella muchacha fue su amiga.

Sucedió de esta manera: al principio fue ella la que encaminó la amistad, acercándose como lo podría haber hecho cualquier muchacha de más astucia,

pidiendo que le explicara o aconsejase en un asunto cualquiera. Yuan cayó en la trampa, como hubiera caído otro hombre, pues le agradó ver que una muchacha solicitaba su consejo. La ayudó, por tanto, a escribir algún ensayo, y lo cierto fue que, al cabo de poco tiempo, se encontraban diariamente, aunque sin que él se diera cuenta de nada especial, pues si alguien le hubiese preguntado qué sentía por aquella muchacha, él habría respondido que amistad y nada más. Era, ciertamente, una mujer que distaba mucho de lo que Yuan pudiese haber imaginado como algo perfecto, pues nunca se había detenido a pensar en algún tipo particular de muchacha, y si por casualidad había meditado alguna vez sobre esto, se le presentaba la imagen anodina de alguna linda joven del tipo de Ai-lan, con manos bonitas, miradas agradables y modales estudiados, cualidades que encontraba en todas las amigas de aquella. Pero no había sentido amor por ninguna. Solamente se había dicho a sí mismo que si algún día se enamorase, la muchacha habría de ser preciosa, con la belleza de una flor de ciruelo, de una rosa o de alguna otra cosa delicada e inútil. Hasta había escrito algunos versos en honor de estas doncellas, un par de líneas que nunca terminaba porque el sentimiento era tan frágil, tan inconsistente, que no había ninguna mujer que mereciera escribir para ella algo que la distinguiera de las otras. Su amor era algo tan difuso como la luz vaga que precede a la salida del sol.

Ciertamente, nunca pensó en amar a una muchacha como aquella, seria, formal, siempre vestida con oscuros trajes, azules o grises, calzada con zapatos de cuero y constantemente dedicada a sus libros y a su casa. Todavía no la amaba.

Pero ella sí lo amaba. En qué momento se dio cuenta de esto, Yuan no lo sabía, pero lo cierto fue que se dio cuenta. Un día se encontraron para pasear, en las afueras, por una calle tranquila que estaba al borde de un canal. Era por la tarde, a la hora del crepúsculo. Se disponían a regresar, cuando de pronto Yuan sintió que la mirada de la muchacha se fijaba en él; una mirada distinta, honda, adherida y ardiente. Entonces, su voz, su preciosa voz, que nunca parecía formar parte de ella, dijo:

—Yuan, hay algo que quisiera ver más que nada en el mundo.

Y cuando él le preguntó lo que era, con el corazón latiéndole fuertemente ante aquellas palabras, aunque no la amaba, la muchacha dijo:

—Quisiera ver que formabas parte de los que siguen nuestra causa. Yuan, tú eres mi hermano. Quiero llamarte también mi camarada. Te necesitamos; necesitamos tu limpieza de pensamiento, tu resolución. Tú eres dos veces lo que Meng podría llegar a ser algún día.

Súbitamente, Yuan creyó darse cuenta de por qué se había acercado a él y se había hecho su amiga. Pensó, fastidiado, que Meng y ella habían trazado el plan, y se sintió desazonado y molesto.

Pero la voz de la muchacha surgió de nuevo, muy suave y honda en el crepúsculo, diciendo:

—Yuan, hay otro motivo.

Yuan no se atrevió a preguntar cuál era. Pero algo le turbó, sintió que todo su

cuerpo temblaba y, volviéndose a ella, le dijo, casi en un susurro:

—Debo volver a casa. Se lo prometí a Ai-lan.

Y sin otra palabra más, ambos volvieron hacia sus casas. Pero cuando se separaron, hicieron algo que nunca habían hecho, casi sin pensarlo y sin haberlo decidido de antemano. Se cogieron las manos, y en este contacto Yuan sintió que ya no eran amigos, aunque no sabía exactamente lo que eran a partir de aquel momento.

Toda la tarde, mientras estuvo con Ai-lan, mientras hablaba con una muchacha o bailaba con otra, las miró como nunca las había mirado, y pensaba en cómo las muchachas podían ser tan contradictorias. Cuando volvió a casa y se acostó, se quedó un rato pensando en esto; era la primera vez que pensaba en una muchacha tanto tiempo. Se pasó el rato pensando en «aquella» muchacha, en sus ojos y en cómo había creído una vez que debían de ser tan fríos como el ónice, a juzgar por la palidez de su cara. Mas ahora los había visto brillar con su fuego propio de ardiente belleza mientras ella le hablaba. Recordó cuán dulce era su voz y la riqueza de aquel tono, que parecía hundido en su aparente quietud y frialdad. Y aquella era su verdadera voz. Pensó si habría tenido valor para preguntarle cuál era aquel otro motivo de que ella le hablaba. Le habría gustado oír su voz diciendo la razón que él adivinaba.

Pero aún no estaba enamorado de ella. Sabía perfectamente que no la amaba.

Por último, acudió a su memoria el contacto de su mano con la de la muchacha, el corazón de su mano apretado contra el corazón de la mano de ella. Así habían permanecido un instante, en la oscuridad de la calle apagada, tan ausentes, que un *rickshaw* estuvo a punto de atropellarlos, y no se dieron cuenta hasta que el conductor les gritó, y ni aun esto les importó nada. Estaba demasiado oscuro para que él hubiera visto sus ojos, y ni ella ni él dijeron nada. Quedaba solamente aquel contacto en su memoria. Y cuando pensó en esto, la antorcha estaba ya encendida. Algo llameaba en su interior, y esto le desorientaba, pues aún estaba seguro de que no la quería.

Si hubiera sido Sheng el que tocara la mano de la muchacha, habría sonreído y olvidado luego, pues había tocado demasiadas manos de mujeres. O bien habría vuelto a tocar aquella mano una y otra vez, y después escrito uno de sus cuentos, o unos versos para olvidarla más fácilmente. Meng no habría pensado mucho tiempo en ella, pues entre sus compañeros de causa había numerosas muchachas que tenían como gala ser libres, resueltas y llamar camaradas a los jóvenes.

Meng había oído hablar mucho, y aun él mismo había hablado con frecuencia, de que mujeres y hombres son igualmente libres y que podían amarse cuando quisieran. Empero, a pesar de esta libertad, no eran realmente libres todas aquellas muchachas y muchachos compañeros de Meng, pues ardían en ansias de otra cosa, distinta al placer. Meng era el más puro de todos, pues había crecido con tal odio a la lujuria, de ver las inclinaciones de su padre y las miradas vagas de su hermano mayor, que condenaba el tiempo gastado con las mujeres, tiempo que, según él, debía aprovecharse en motivos más elevados y útiles para la causa. Meng no había tocado aún a ninguna mujer. Podía hablar como cualquier otro hombre del amor libre y de la

igualdad de derechos del hombre y de la mujer, pero no lo practicaba.

Yuan no ardía por ninguna causa que pudiera limpiarle de sus deseos. Tampoco tenía la escapatoria de ser un imaginativo e inconsistente como Sheng; de modo que no podía olvidar aquel toque de la mano de la muchacha. Recordaba que aquella mano era cálida y un poco húmeda en la palma. No había pensado que pudiera tener tal calor. Pensando en la palidez de su cara, en la palidez de sus labios, que apenas se movían cuando ella hablaba, Yuan hubiera dicho que las manos de la muchacha iban a ser frías, secas, con dedos escurridizos. Mas no era así. Era una mano cálida y viva. Mano, ojos y voz decían del corazón ardiente de la mujer. Y cuando Yuan empezó a pensar en cómo sería su corazón, el corazón de aquella muchacha tan decidida y tímida, de una timidez que él mismo podía conocer a través de su propia cortedad, se sentó en el lecho y hubiera deseado tocar de nuevo aquella mano.

En fin, cuando se quedó dormido, para despertar en la fría mañana primaveral, se dio cuenta de que no la amaba. Al llegar la mañana volvió a pensar en el calor de la mano, pero, a pesar de todo, se percataba de que no la quería. Aquel día, en el colegio, avergonzado, evitó mirarla. No se retrasó al salir, sino que a toda prisa se encaminó a su pequeño lote de tierra, y allí trabajó febrilmente, pensando: «Esta sensación de la tierra en mis manos es mejor que el contacto de cualquier mano de mujer». Recordó cuánto había pensado en la cama la noche anterior, y se sintió avergonzado y feliz de que su padre no supiera esto.

Poco tardó en llegar el labrador, alabando la forma en que Yuan cultivaba su plantación. Dijo:

—¿Te acuerdas del primer día que trabajaste con la azada? Si lo hubieras hecho hoy, habrías destrozado todos los pepinos que están creciendo —sonrió, añadiendo para confortar a Yuan—: Ya se puede decir que eres un campesino. Se ve en los músculos de tus brazos y en la anchura de tus espaldas. Esos otros estudiantes... En mi vida he visto un lote semejante de alfeñiques, con sus lentes y sus brazos blanduchos, con sus dientes de oro y esas piernas de palillos metidas en pantalones extranjeros... Si yo tuviera un cuerpo como el de ellos, me cuidaría mucho de ocultarlo, vistiéndome con ropajes que lo disimularan al menos... Ven a fumar y a descansar un rato junto a mi puerta —terminó el campesino, después de reír otra vez.

Yuan aceptó. Pasó un rato escuchando, sonriente, la voz constantemente elevada del labrador, que se dedicó a burlarse de los hombres de la ciudad. Odiaba especialmente a los jóvenes y a los revolucionarios. Cada vez que Yuan decía algo en defensa de ellos, el campesino le interrumpía, gritando:

—¿Y qué bien pueden hacerme a mí, entonces? Yo tengo mi buen pedazo de tierra, mi casa y mi vaca. No quiero más tierra de la que tengo, y me da lo suficiente para comer. Si los gobernantes no me pusiesen tantos impuestos, estaría más contento, pero los hombres como yo son siempre víctimas de los impuestos. ¿Qué vienen a hablarme de hacerme algún bien a mí o a los míos? ¿Quién ha oído nunca hablar de que algún bien pueda venir de los extraños? ¿Quién puede hacer algo por

un hombre que no sea de su misma sangre? No, yo sé muy bien que hay algo que ellos quieren para ellos mismos... Mi vaca, tal vez, o a lo mejor mi tierra. Sí, eso será lo que quieren esos que hablan de hacer un bien.

Y siguió maldiciendo, execrando a las madres que educaban a sus hijos de aquel modo, para que se divirtieran a costa de los otros. Alabó a Yuan por el buen trabajo que hacía en su tierra. Ambos rieron y quedaron muy amigos.

Llevando consigo la robustez y la limpieza de la tierra, Yuan volvió a su casa para acostarse, pues no quiso asistir aquella noche a ninguna distracción. No quería nada con ninguna muchacha, ni deseaba tocar a ninguna, sino hacer su trabajo, estudiar en sus libros. Y aquella noche durmió tranquilamente. De esta suerte, la tierra le liberó por algún tiempo.

Pero las llamas estaban prendidas en él, a pesar de todo. Al cabo de unos cuantos días volvió a lo de antes. Se sintió intranquilo, y miró disimuladamente para ver si la muchacha estaba en clase; y estaba. Y entre las cabezas de los otros, sus miradas se encontraron; a pesar de que él la apartó pronto, los ojos de la mujer le dijeron algo. No pudo olvidarla. Pasó un par de días, y al salir de clase, junto a la puerta, Yuan le dijo, sin habérselo propuesto de antemano:

—¿Vamos a salir juntos?

Y ella hizo un ademán afirmativo, con los ojos bajos.

Este día ella no le tocó la mano. A Yuan le pareció que caminaba más separada de él que las otras veces y que estaba más silenciosa; las palabras salieron con mayor dificultad que antes. Yuan sintió una contradicción que le dejó sorprendido: por una parte, le pareció que se alegraba de que ella no le tocara la mano y de que anduviera apartada de él; por otra parte, cuando llevaban un rato paseando, se le antojó que le gustaría tenerla más cerca. No se atrevía a alargar su mano en busca de la de ella, pero miraba a hurtadillas la mano de la muchacha para ver si estaba cerca de la de él. No se decidió a tomarle la mano y volvió a su casa defraudado en cierto modo, molesto por sentir esta desazón, avergonzado. Decidió no volver a hablar a ninguna muchacha, y se dijo que él era un hombre que tenía que dedicarse a su trabajo. Aquel día dejó sorprendido a cierto viejo profesor con un amargo ensayo que escribió acerca de que el hombre debía vivir solo, dedicarse a estudiar, trabajar y apartarse de las mujeres. Por la noche se repitió cien veces que estaba contentísimo de no sentir amor por aquella muchacha. Por tres días sucesivos tornó, lleno de tenacidad, a su pedazo de tierra, y se propuso olvidar todo deseo de contacto.

Pero, al cabo de aquellos tres días, recibió una carta escrita con menuda letra cuadrada, que no conocía. Yuan no recibía muchas cartas; solamente, de vez en cuando, de algún camarada de la escuela de guerra, que fue su amigo y que todavía le recordaba. Esta letra no era la de su amigo. Abrió la carta y dentro halló una hoja escrita por la muchacha que él no amaba. Una sola página, muy corta, en la que estaban escritas, claramente, estas palabras:

¿He hecho yo algo para que estés enojado conmigo? Soy una revolucionaria, una

mujer moderna. No necesito ocultarme ni disimular, como otras mujeres. Te amo. ¿Puedes amarme tú? No te pregunto ni me intereso por el matrimonio. El matrimonio es una vieja trampa. Pero si necesitas mi amor, lo tendrás cuando quieras.

Y después, con letra muy pequeña, y junta, había escrito su nombre.

Así le ofrecían amor, por vez primera, a Yuan. Ahora pasó el tiempo sentado en su habitación, con la carta en la mano y pensado en todo lo que pudiera significar «amor». Había una muchacha dispuesta a entregársele en el momento en que él quisiera. Muchas veces la sangre le gritó que debía tomarla. Empezó a perder su infantil juventud en aquellas escasas horas, y la virilidad comenzó a brotar en él con fuertes palpitations del corazón y apresuramiento de su sangre. Ya no era un mozalbete.

Durante varios días continuó así, pero no contestó a la carta de la muchacha, y en la escuela evitó que su mirada se cruzase con la de ella. Dos veces, por la noche, se sentó en la cama a escribir, y por dos veces la pluma empezó esta frase: «Yo no te amo». Pero no se decidía a escribir estas palabras, porque una curiosidad física le empujaba a conocer lo que deseaba. En esta oscura confusión íntima, dejó de contestar a la muchacha y esperó que pasaran los días. Pero tenía insomnio y andaba de mal humor e impaciente, tanto que la señora, su madre, le miraba pensativa, y Yuan sentía que le preguntaba con los ojos. Mas no dijo nada. ¿Cómo iba a decirle que estaba fastidiado y de mal talante porque no podía aceptar adueñarse de una muchacha a la que no amaba, y que precisamente no la podía amar porque deseaba lo que ella le había ofrecido?... Dejó que la lucha persistiera en él, y anduvo por un tiempo tan mohíno y malhumorado como su padre cuando iba a comenzar alguna de sus guerras.

* * * *

En este punto de la vida de Yuan, cuando estaba un poco abstraído en una porción de cosas, pero no dedicado de lleno a ninguna, súbitamente el viejo Tigre proyectó luz sobre él, sin saber siquiera lo que hacía. Durante aquellos meses, desde que la señora le escribió al Tigre, este no había respondido. El Tigre se mantenía solitario, sentado en apartados salones, silencioso y descontento de su hijo, y de su boca no salía una sola palabra. La señora escribió una vez más, y otra, sin decir a Yuan que lo hacía, y si este le preguntaba alguna vez que por qué no llegaba respuesta de su padre, la señora contestaba, apaciguándole:

—Deja. Mientras no conteste, es señal de que no hay malas noticias.

Yuan terminó por habituarse a esta falta de contestación, y cada día que pasó, su pensamiento se sumergió más en los azares de su vida actual, concluyendo por olvidar casi por completo el temor a su padre y que una vez se había zafado de su poder, alejándose de su lado; tan embebido estaba en su vida de la ciudad.

Pero un día, cuando declinaba la primavera, el Tigre volvió a mostrar su poder

sobre su hijo. Salió de su silencio y escribió una carta, no a la señora, sino al propio Yuan. Para escribir esta carta no recurrió a un pendolista, como solía hacer; no, la escribió con su propia mano, con el pincel que durante tanto tiempo no había usado. Unas pocas palabras, cuyas letras, aunque toscas y rudamente hechas, decían muy claro lo que querían decir. Y decían:

No he cambiado de idea. Vuelve a casa y cástate. El día de la boda será el trigésimo de esta luna.

Yuan halló esta carta esperándole en su cuarto, una noche que volvía de divertirse. Se sentía lánguido y despabilado, de tal suerte que, entre la música y todo lo demás, había decidido tomar el amor que la muchacha le había ofrecido. Tornaba lleno de excitación, y había determinado que, al día siguiente, o al cabo de un par de días lo más, iría con la muchacha a donde ella quisiera, y haría lo que ella quisiese..., o al menos jugaba con la idea de que había decidido tal cosa. Entonces su mirada se dirigió a la mesa, y allí estaba la carta, en la que conoció muy bien el sobre y de quién era la letra. La tomó, desgarrando el anticuado papel, sacó la hoja del interior, y leyó las palabras del Tigre, tan claras como si él mismo las hubiese gritado. Sí, las palabras cayeron en Yuan como un grito. Cuando las leyó, el cuarto le pareció lleno de un súbito silencio, como si hubiera cesado en aquel instante el tronar de un rugido. Dobló de nuevo el papel, lo metió en el sobre y se sentó, jadeando silenciosamente.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo contestar a esta orden que su padre le daba? ¿El día treinta de aquella luna? Más de veinte días habían pasado ya. El miedo infantil de antaño renació en él. La desesperanza brotó en su corazón. Al fin y al cabo, ¿cómo podría él oponerse a su padre y desobedecerle sus órdenes? Siempre, de alguna manera, su padre ganaba la última partida, por miedo o por amor, o por una fuerza parecida, pero lo cierto era que el joven nunca podía escapar del dominio del viejo. Débilmente, Yuan pensó que lo mejor sería volver a su padre y someterse a lo que le ordenaba. Podía regresar, casarse, quedarse allí un par de noches, cumplir con su deber y partir de nuevo para no volver más a su casa. Entonces no habría ley que le impidiera hacer lo que le diese la gana, y pensaba que con ello no se intranquilizaría su conciencia. Podría casarse con quien él quisiera después de haber complacido de este modo a su padre. Pensando y pensando, se acostó para dormir, pero no logró conciliar el sueño. Todo el acaloramiento que le invitaba al placer unos momentos antes, había volado lejos de él. Cuando pensó que su cuerpo estaba a merced de su padre, de la mujer escogida por este, que ya estaba esperándole, quedóse tan frío como si le fuera a ceder al Tigre una bestia cualquiera para que la alimentara y la cuidase.

En esta situación de débil inquietud se levantó muy temprano, sin haber pegado los ojos. Fue en busca de la señora, llamó a su puerta, y cuando ella se levantó para abrirle, le entregó la carta, silencioso, esperando hasta que la hubo leído. La cara de la señora cambiaba mientras leía. Dijo solamente:

—Tú estás rendido, Yuan. Ve a desayunarte y come cuanto puedas, hijo, que eso

te reconfortará, aunque bien me doy cuenta de que no tendrás ganas de probar bocado. Pero come. Yo voy allá en seguida.

Yuan obedeció. Cuando la criada le sirvió el plato de arroz caliente, los condimentos y el pan al uso extranjero que a la señora le gustaba, se esforzó en comer. Pronto el calor del alimento comenzó a animarle y se sintió reconfortado, menos desesperado que durante la noche, hasta el punto que, cuando llegó la señora, Yuan le dijo:

—Casi estoy decidido a escribir a mi padre y decirle que no iré.

La señora se sentó, tomó un pedazo de pan, que se comió lentamente, pensando mientras masticaba, y luego dijo:

—Si tú decides eso por ti mismo, Yuan, estaré contigo. No quiero influirte ni forzar tu decisión, porque se trata de tu propia vida, y él es tu padre. Pero si sientes que tu antiguo deber para con él es más fuerte que tu deber para contigo mismo, entonces vuelve a tu casa. No te culparé por eso. Si prefieres no volver, quédate, y yo te ayudaré como pueda en cada paso que des. No tengo miedo.

Al oír esto, Yuan sintió que el valor se reanimaba en él. Un valor que ascendía, confortante, capaz de atreverle a rechazar lo que su padre le ordenaba; pero aún necesitaba de la temeridad de Ai-lan para decidirse. Cuando volvió a la casa, al mediodía, estaba Ai-lan, jugando en el salón con un perrillo que le había regalado el individuo llamado Wu; un perrillo peludo y pequeñín, de hocico muy negro, al que la muchacha quería mucho. Cuando entró, Ai-lan le dijo:

—Yuan, mi madre me ha contado algo esta mañana, y me ha dicho que hable contigo, puesto que yo también soy joven, y lo que puedo decirte será solamente lo que cualquier muchacha opinaría en nuestros días. Yuan, ¿cómo es posible que vayas a hacer caso de ese viejo? ¿Qué importa que sea tu padre? ¿Cómo podemos evitar eso? No, Yuan, no. ¡Ni yo ni ninguno de mis amigos o amigas seríamos capaces de una locura semejante! ¡Casarnos con una persona que nunca hemos visto! Dile que no. ¿Qué puede hacer él en contra tuya? No puede llegar aquí con sus ejércitos para llevarte. En esta ciudad estás a salvo. Tú no eres ya niño. Tu vida te pertenece, y algún día querrás casarte a tu gusto y con quien te parezca bien. Tú no sirves para tener una mujer ignorante que no sepa ni escribir su nombre..., ¡y que a lo mejor tiene también los pies empuñados por los vendajes! No olvides que en estos días, nosotras, las jóvenes, no admitimos ser concubinas. No, no lo aceptamos. Si te casas con una mujer como la que tu padre te ha escogido, casado estarás, y se acabó. Y ella será tu mujer. Yo no aceptaría compartir con otra mujer un solo hombre, ser la «segunda». Si yo escojo a un hombre que ya esté casado, ese hombre deberá dejar a su mujer, no vivir más con ella y ser yo la única. Así lo tengo decidido, Yuan. Nosotras, las muchachas, tenemos formada una especie de cofradía, de unión, y hemos decidido que es mejor no casarse que ser concubinas. Mejor es que decidas no obedecer a tu padre desde este momento, porque después no será tan fácil.

Estas palabras de Ai-lan produjeron en Yuan un efecto que él mismo no había

sabido alcanzar. Oyéndolas, creció su voluntad, y pensando en que había muchas como ella en la ciudad, se dijo, impresionado por aquella decidida, brillante belleza: «Es verdad que yo no pertenezco a los tiempos de mi padre. Es verdad que él no tiene ahora derechos sobre mí... Es verdad. Es verdad...».

Bajo esta impresión, corrió a su cuarto y escribió apresuradamente, aprovechando el valor que sentía:

No volveré a casa para eso que pretendes, padre. Tengo derecho a vivir con mi tiempo. Son tiempos nuevos.

Yuan se detuvo, pensando que estas palabras eran tal vez demasiado violentas y que no estaría mal disminuir su claro sentido con otras más suaves, de suerte que agregó:

Por añadidura, estamos al final del curso y es mal momento para mí, pues si me alejo ahora de aquí, perderé mis exámenes y con ello el trabajo que he realizado durante muchas lunas. Dispénsame, padre mío, pues estoy seguro de que no quiero casarme.

Hecho esto, puso al principio y al fin de la carta las consabidas frases de cortesía, y aun con este añadido y las otras palabras más suaves que escribió, en ella estaba expresado claramente su pensamiento. No quiso encargarse de la carta a ningún criado. Él mismo le puso el sello y salió a echarla en el buzón del correo.

Cuando la hubo echado, se sintió más fuerte y cómodo. No quería recordar lo que había escrito, y, de regreso a su casa, iba contento, entre todos aquellos hombres y mujeres modernos que vagaban por las calles, sintiéndose a su lado más feliz y seguro. Era indudable que, en aquellos tiempos, lo que su padre le pedía era algo absurdo. Si se lo dijera a la gente que andaba por la calle, todos habrían reído ante aquellos viejos procedimientos y le hubieran llamado loco por atemorizarse frente a ellos. Mezclado con la muchedumbre, Yuan se sentía a salvo. Aquel era su mundo, el nuevo mundo, el mundo de los hombres y las mujeres libres para vivir según sus propias voluntades. Experimentó una oscuridad en sí mismo, y decidió que era mejor no volver a casa para estudiar. Deseaba divertirse. Allí, junto a él estaba el resplandor de un salón cinematográfico, con grandes carteles que decían en diversos lenguajes y signos: «Hoy, la película más grande del año: *El camino del amor*». Yuan se puso en la fila de los que entraban en el luminoso local.

* * * *

Pero el Tigre no era tan fácil de convencer. En menos de siete días escribió una nueva carta, respondiendo a la de Yuan. Mejor dicho, escribió tres cartas: una para Yuan, otra para la señora y la tercera para su hermano mayor. Todas decían lo mismo de distinta manera, aunque no las había escrito él, de suerte que el lenguaje era más suave. Mas esta suavidad externa parecía dar a las palabras mayor feracidad y determinación. Decía en sus cartas que su hijo Yuan debía casarse el día treinta de

aquella misma luna, porque el mago había dicho que ese era el día afortunado para casarlo. Ya que su joven hijo no podía volver para ese día, puesto que los exámenes habían sido fijados para tal fecha, los padres habían decidido que se casara por poder, así, que un primo le sustituiría, habiéndose determinado que este reemplazante fuera el hijo de Wang el Mercader, quien representaría a Yuan. Pero que este quedaría casado aquel mismo día, tan casado como si asistiera él mismo a la ceremonia. Esto leyó Yuan en la carta. El Tigre se salía con la suya. Nunca —pensó Yuan— había procedido tan cruelmente. Sólo se explicaba esto si lo hacía dominado por la rabia. Yuan, al sentir los efectos de esta ira, volvió a tener miedo de su padre.

Ahora, en verdad, la cosa era demasiado fuerte para él, pues, según la vieja ley, el Tigre hacía lo que tenía derecho a hacer, ni más ni menos, y muchos padres procedían del mismo modo. Yuan se dio exacta cuenta de ello, y aquel día, cuando, al volver del colegio, un criado le entregó la carta y se quedó en el saloncillo leyéndola, sintió que todo su valor se disipaba. ¿Quién era él, un muchacho solo, para luchar contra aquella fuerza adquirida en el transcurso de muchos siglos? Lentamente se dirigió al vestíbulo. Allí estaba el perrillo de Ai-lan, que se le acercó, oliéndole y dando breves gruñidos; al notar que Yuan no le hacía el menor caso, lanzó un par de ladridos agudos. No logró con esto atraer su atención, y eso que Yuan solía hacerle fiestas, al presumido animalillo. El joven se sentó, con los dos codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, y dejó que el perro ladrara cuanto quisiera.

Los ladridos hicieron acudir a la señora, que llegó para ver si algún extraño había entrado en la casa. Cuando vio a Yuan se dio cuenta de que las cosas no andaban bien. Ella había leído ya su carta. Suavemente, le dijo:

—No creas que te van a dominar, hijo. Ahora la cosa no puede quedar solamente en tus manos; es algo de más importancia. Voy a reunir a tu tío, tu tía y al mayor de tus primos, para que entre todos decidamos lo que se puede hacer. Tu padre no es el único en esta familia, y tampoco es el mayor. Si tu tío quiere ser fuerte, conseguirá persuadir a tu padre.

Pero cuando Yuan pensó en aquel gordinflón de su tío, que sólo vivía para sus placeres, gritó:

—¿Y cuándo ha sido fuerte mi tío? No; los únicos hombres fuertes en esta tierra, lo aseguro, son los que tienen soldados y fusiles; estos obligan a todos los demás a hacer su voluntad por la amenaza o por la muerte cuantas veces quieren. Todos temen a mi padre porque tiene espadas y cañones. Y ahora veo que está en lo cierto. Esa es la fuerza que manda, al fin y al cabo...

Y comenzó a sollozar, sintiéndose muy desamparado. Toda su voluntad se anulaba en aquel momento.

Pero pronto cedió a los consuelos de la señora, quien, aquella misma noche, organizó una especie de fiesta, reuniendo allí a toda la familia. Cuando terminaron de comer, la señora dijo que los había reunido para hablarles, y todos se dispusieron a escuchar.

Sheng, Meng y Ai-lan estaban presentes, aunque les habían dado asientos más bajos, por ser más jóvenes. La señora se había preocupado de situar a cada uno a la vieja usanza, puesto que se trataba de un consejo familiar. Los jóvenes estaban silenciosos y esperaban, como era su deber. Hasta Ai-lan estaba callada, aunque sus ojos brillaban, dejando ver cómo era ella realmente bajo aquella simulada gravedad y anunciando que preparaba sus chistes para más tarde. Sheng estaba también serio, pero se notaba que su pensamiento estaba muy lejos de allí. Meng era el menos serio y silencioso de todos, sus rasgos fijos y su rostro enrojecido y colérico. No pensaba en otra cosa sino en el motivo por el que habían sido reunidos, y estaba nervioso y

sufría por no poder hablar.

Era deber de Wang el Mayor hablar el primero, pero se veía que deseaba no hacerlo. Yuan, al mirarle, abandonó toda esperanza de que aquel hombre hiciera nada en su favor, pues Wang el Mayor tenía miedo a dos personas. Temía, en primer lugar, al Tigre, su hermano más joven. Recordaba qué feroz muchacho había sido. Y recordaba también que su propio sobrino llevaba una vida cómoda y grata en una gran ciudad del interior, de la que era gobernador en nombre del Tigre; y este sobrino estaba siempre dispuesto a mandarle plata a Wang el Mayor, cuando este la necesitaba. ¿Y cuándo no la necesitaba en aquella ciudad extranjera dónde había tantas maneras de gastarla? No, Wang el Mayor no tenía ningún deseo de enemistarse con el Tigre. Además, temía a su propia mujer, la madre de sus hijos, y ella le había dicho claramente lo que él tenía que decir. Antes de que saliera de casa, la mujer le había llamado a su cuarto, diciéndole:

—No vayas a ponerte de parte del hijo. En primer lugar, porque nosotros, los mayores, debemos estar de acuerdo, y, después, porque tal vez necesitemos de tu hermano en el futuro, si llega a ser verdad eso de que la revolución va aumentando cada día. Todavía tenemos tierras en el Norte; debemos cuidar de ellas, y no podemos olvidar tampoco lo que debemos. Por lo demás, la ley está de parte del padre, y el joven tendrá que obedecer.

Dijo estas palabras tan decididamente, que ahora el viejo evitaba encontrarse con los ojos de su mujer, que se clavaban en su rostro. El tío se enjugaba la cara con un pañuelo, sorbía un poco de té, tosía, escupía de vez en cuando y hacía todo lo posible para evitar lo que tenía que llegar, pero todos esperaban ansiosamente que hablara. Sabían que andaba malhumorado aquellos días porque su gordura le molestaba en las entrañas. Habló, por fin, y dijo:

—Mi hermano me ha enviado una carta en la que dice que Yuan debe casarse. He oído decir que Yuan no quiere casarse. También he oído decir..., he oído decir...

Paseó su mirada por todos, hasta encontrar los ojos de su mujer; apartó en seguida los suyos de aquella mirada fija, volvió a sudar y a secarse la cara. Yuan, en aquel instante, le odió con toda su alma. ¡De un tipo como aquel —pensó— dependía su vida! En aquel momento sintió que algo atraía su mirada; dirigió sus ojos a los de Meng, que le hacían esta insolente pregunta: «¿No te he dicho ya que no podemos esperar nada de los viejos?».

El viejo fue obligado a hablar por la mirada de su mujer, y dijo apresuradamente:

—Pero yo pienso..., yo creo... que es mejor que los hijos obedezcan... Los Sagrados Edictos lo dicen... y después de todo... —aquí el viejo sonrió inesperadamente, como si se le hubiera ocurrido algo propio que decir, y añadió—: Después de todo, Yuan hijo mío, una mujer se parece mucho a otra mujer. Y cuando esto haya pasado, no creo que te vaya a importar mucho... Será cuestión de un par de días. Escribiré al profesor de tu colegio y le pediré que te excuse de tus exámenes. Si complaces a tu padre, será mejor, pues es un hombre de muy mal genio... Después de

todo, puede llegar la ocasión en que necesitemos... —Sus ojos fueron hacia los de su mujer otra vez, y ella le dijo con tal fiereza que se callara, que el tío cortó sus palabras de súbito, y terminó, débilmente—: Esta es mi opinión. —Y volviéndose hacia el mayor de sus hijos, dijo con alivio manifiesto—: Habla tú, hijo; a ti te toca.

Habló el primogénito, más razonablemente, pero tratando de complacer a los dos lados, porque no quería ofender a nadie.

—Comprendo que Yuan desee su libertad. Lo mismo sucedía en mi juventud, y recuerdo que armé un gran alboroto acerca de mi matrimonio, porque deseaba tener por esposa a quien yo quisiera.

Sonrió con cierta frialdad y siguió hablando con más atrevimiento que el que hubiera tenido si su linda esposa hubiese estado allí presente. No estaba, pues se acercaba el nacimiento de un hijo y andaba muy molesta por tener que dar a luz otro niño, después de haber parido cuatro; juraba día y noche qué aprendería los procedimientos extranjeros para no concebir ninguno más. Pues bien, en vista de que no estaba allí su mujer, el hijo mayor sonrió un poco, mirando a su padre, y dijo:

—La verdad es que muchas veces pienso que para qué armé tanto ruido entonces, pues, al final ocurrió lo que mi padre me dijo: que todas las mujeres son iguales y que el matrimonio es siempre lo mismo, y que todos terminan igual. Casi es mejor casarse fríamente desde el principio, pues el frío tiene que llegar siempre, y el amor no es tan duradero como la razón.

Y esto fue todo. Nadie más habló. La señora no habló, porque, ¿para qué hablar ante aquellos dos hombres? Se guardó sus palabras para decirlas a Yuan solamente. Ninguno de los jóvenes habló, porque sus palabras habrían sido inútiles también. Los jóvenes se deslizaron tan pronto como pudieron a otra habitación, y allí hablaron con Yuan, cada uno a su modo y manera. Sheng pensaba que todo aquello era para tomarlo a risa, y así se lo dijo a Yuan. Rio, se alisó los cabellos con su preciosa mano y dijo, sin dejar de reír:

—En tu caso, yo no me preocuparía de contestar a esto, Yuan. Lo siento por ti, pues estoy seguro de que mis padres no me tratarán de esa manera; aunque en el fondo van contra los nuevos rumbos, ya están acostumbrados a vivir en esta ciudad y no querrán forzarme a nada, realmente. Todo su poder se gasta en palabras. No hagas caso. Vive tu propia vida. No digas nada que suene mal, pero haz lo que te plazca. No tienes que volver a tu casa.

Ai-lan gritó con vehemencia:

—Sheng tiene razón, Yuan; no pienses más en esto. Vivirás siempre aquí con nosotros, que pertenecemos al nuevo mundo. Olvídate de todo lo demás. Aquí hay lo suficiente para sentirnos felices y divertirnos por toda nuestra vida. Te juro que yo no necesito nada más.

Meng guardó silencio hasta que los otros terminaron de hablar. Entonces dijo con lenta y terrible seriedad:

—Todos habláis como niños. Por la ley, Yuan se casará el día que su padre

decida. Por la ley de esta nación, nunca volverá a ser libre. *Yuan no es libre...* Poco importa lo que diga o piense o cuánto se divierta. No es libre... Yuan, ahora, ¿quieres unirse a la revolución? ¿Te convences ahora de que debemos luchar?

Yuan miró a Meng; miró a sus ardientes ojos salvajes y comprendió toda la ira de su alma. Esperó un instante, y luego, en su desesperación, dijo con lentitud y tranquilidad:

—Me uniré a vuestra causa.

Y de este modo, el Tigre transformó en enemigo suyo a su propio hijo.

Ahora, Yuan pensaba que debía dedicar todo su corazón a la causa, para salvar a su patria. Antes, cuando se le decía: «Debemos salvar a nuestra patria», aunque siempre se sentía conmovido por estas palabras y le parecía que aquello era algo que debía ser llevado a cabo, se desorientaba por no saber de qué manera podría su patria ser salvada, o, en caso de que pudiera serlo, de qué se la salvaría y qué significaba aquella palabra: Patria. Aun en los días de su infancia, cuando, en la casa de su padre, su maestro le había enseñado a sentir este impulso de trabajar por su país, se sentía extrañado, pues deseaba hacer algo y no sabía cómo. En la escuela militar había oído mucho acerca del daño que los enemigos extranjeros hacían a su país, y que también su propio padre era un enemigo de la patria. No podía comprender con claridad de qué se trataba.

En el colegio donde ahora estaba, había sucedido otro tanto. Oía con frecuencia a Meng que hablaba de lo mismo, pues Meng no tenía otra cosa de qué hablar que no fuera la salvación de la patria o la grandeza de la causa que defendía. Aquellos días Meng apenas daba un vistazo a sus libros, tan ocupado estaba con reuniones secretas. Él y sus camaradas se pasaban el tiempo trazando protestas contra alguna autoridad del colegio o de la ciudad, haciendo desfiles, marchando por las calles, enarbolando banderas y dando gritos contra los enemigos extranjeros y los tratos injustos, contra las leyes de la ciudad o los reglamentos del colegio, contra cualquier cosa que no estuviera de acuerdo con sus deseos. Obligaban a muchos a desfilar junto a ellos, aunque fuera en contra de su voluntad, pues Meng forzaba a sus compañeros con miradas tan negras como las de cualquier señor de la guerra, y rugía y le gritaba a un colegial remolón y negativo:

—¡Tú no eres un patriota! ¡Tú eres un perro esclavo de los extranjeros! ¡Te dedicas a bailar y a jugar mientras nuestra patria está siendo destruida por nuestros enemigos!

Así le gritó a Yuan un día que este se excusó diciendo que tenía mucho que hacer y que carecía de tiempo para ir a tales desfiles. Sheng se reía y se burlaba un poco, a su modo, indiferente y complacido, cuando Meng se le acercaba con sus furiosas palabras, pues Meng, antes que ser jefe de los jóvenes revolucionarios, era su hermano menor; pero Yuan no era sino su primo, de modo que tenía que ingeniárselas para rehuir la juvenil ferocidad de Meng. En dichas ocasiones, el mejor refugio era su pedazo de tierra, pues Meng y sus camaradas no podían perder el tiempo en estúpidas

labranzas. Allí se sentía Yuan a buen recaudo.

Pero ahora Yuan sabía lo que significaba salvar a la patria. Ahora veía por qué el Tigre era su enemigo. Ahora, salvar a su patria quería decir salvarse a sí mismo; ahora se daba cuenta de que su padre era su enemigo y de que nadie le salvaría si no se salvaba él mismo.

Así se incorporó a la «causa». No tenía necesidad de probar su sinceridad, ya que era primo de Meng y este juraba por él. Meng pudo hacerlo con verdad, pues conocía el motivo que Yuan tenía para rebelarse, y sabía que la única seguridad para defender celosamente una causa es siempre, alguna honda herida personal, como la que Yuan sentía. Yuan podía odiar lo antiguo, porque lo antiguo era su particular enemigo. Lucharía para libertar a su patria, porque esta era la única manera de liberarse él mismo. Aquella misma noche, Yuan fue con Meng a una reunión secreta, que se celebraba en una habitación de una vieja casa, situada al final de una calle sinuosa.

Esta era conocida por ser una calle de prostitutas baratas. Por allí podía transitar cualquier hombre joven, vestido como un trabajador, sin suscitar la menor sospecha, pues todo el mundo sabía qué clase de lugar era aquel. Por allí llevó Meng a Yuan. Este no hizo caso del ruido callejero, ni de las carreras de las mujeres que iban de una parte a otra, buscando ganancias. Si alguna le tiraba de la manga con demasiada insistencia, Yuan apartaba rápidamente su mano, como si le estuviera molestando algún insecto silencioso. A una de ellas que se puso pesada le gritó Meng:

—¡Dejadlo en paz! ¡Ya tenemos sitio adónde ir!

Y continuó su camino, siguiéndole Yuan, contento de verse libre de tal majadería, pues la mujer era tan grosera y de mirada tan bestial, nada joven por añadidura, que Yuan sintió miedo al ver su codiciosa solicitud.

Entraron en una casa, cuya puerta les abrió una mujer, subieron una escalera y entraron en una pieza donde había unos cincuenta muchachos de ambos sexos, esperando. Cuando vieron a Yuan a la zaga de su jefe, cesaron en sus cuchicheos y hubo un rato de desconfiado silencio. Pero Meng dijo:

—No tenéis nada que temer. Este es mi primo. Os dije que esperaba que algún día se uniera a nosotros, porque puede prestarnos gran ayuda. Su padre tiene un ejército que algún día puede sernos necesario. Pero me ha costado trabajo traerle. No quería. No sintió claramente el valor de la causa, hasta ahora, cuando se ha convencido de que yo le decía la verdad; ahora que su propio padre es su enemigo... Todos nuestros padres son nuestros enemigos. Ahora está dispuesto. Odiaba lo bastante para ello.

Yuan, en silencio, oía estas palabras y miraba en derredor todas aquellas fieras expresiones; no había una sola cara que no tuviese algún rasgo de fiereza, ya fueran pálidas o carentes de belleza; y todos los ojos tenían igual ferocidad. Al oír lo que Meng decía y ver a aquellos, el corazón de Yuan se detuvo un instante... ¿Odiaba realmente a su padre? De pronto sintió que era difícil odiar a su padre. Se turbó, como tartamudeando la palabra «odio» en su mente... Odiaba lo que su padre había hecho; si, odiaba muchas cosas que había hecho su padre. En aquel momento se

levantó alguien en un oscuro rincón, se acercó a Yuan y le tendió la mano. Yuan conoció la mano y, alzando la vista, vio que también conocía la cara. Era la muchacha, que le dijo con extraña y deliciosa voz:

—Sabía que algún día estarías con nosotros. Sabía que algún motivo iba a producirse para que llegaras aquí.

Ante aquella mirada, aquel tacto de la mano, aquella voz, Yuan se sintió tan calurosamente acogido, que recordó con claridad todo lo que le había hecho su padre. Sí, si su padre era capaz de hacer algo tan repugnante como obligarlo a casarse con una mujer a la que nunca había visto, él era también capaz de odiar a su padre. Estrechó la mano de la muchacha. Sentía que era dulce y halagador que ella le quisiera. Porque ella estaba allí y le daba la mano. Yuan se sintió inmediatamente uno de ellos. ¡Bah! Allí eran todos jóvenes y libres. Meng seguía hablando. A nadie le extrañó que aquellos dos estuvieran allí en medio, la mano en la mano, hombre y mujer, porque allí todos eran libres. Meng terminó diciendo:

—Yo respondo por él. Si nos traiciona, yo moriré también. Yo juro por él.

Y la muchacha, cuando Meng concluyó de hablar hizo adelantarse a Yuan unos pasos, llevándole de la mano, y dijo:

—Yo también, yo también juro por él.

Sin una palabra en contra, Yuan hizo su promesa. Entre el silencio general, ante todos ellos, su sangre brotó cuando Meng, con un cuchillito, le hizo una herida en un dedo. Meng mojó un pincel en la sangre, y Yuan escribió con él su nombre al pie del texto de la promesa. Entonces todos se levantaron y le recibieron entre ellos, repitiendo juntos la promesa, entregando a Yuan cierta insignia que debía guardar como muestra de la cofradía, pues desde aquel momento era su hermano.

* * * *

Ahora descubrió Yuan muchas cosas que no conocía. Descubrió que aquella hermandad estaba relacionada con otras, por doquiera, en muchas provincias, por todo el territorio y numerosas ciudades, y que, especialmente, progresaba hacia el Sur; el centro de todas estaba en la gran ciudad meridional donde también estaba la escuela de guerra. Desde allí se daban órdenes mediante mensajes secretos. Meng sabía cómo recibir estos mensajes, cómo leerlos. Tenía sus ayudantes, que convocaban a toda la banda, y Meng les decía a todos lo que había que hacer. Y al mismo tiempo que él hacía esto, en numerosas ciudades otros hacían lo mismo, pues había innumerables jóvenes afiliados a la causa, a lo largo del país.

Cada reunión de la hermandad era un paso adelante en un grandioso plan para el futuro; este plan no era completamente nuevo para Yuan, pues había oído mucho sobre el tema durante toda su vida. En su niñez oía decir a su padre:

—Yo tomaré el gobierno y haré una gran nación. Crearé una nueva dinastía.

El Tigre tenía los mismos sueños en su juventud. Pero el tutor de Yuan le había

dicho en secreto:

—Algún día tomaremos el poder y haremos una gran nación.

En la escuela de guerra lo había vuelto a oír, y ahora lo oía de nuevo. Empero, para muchos era un grito desconocido. Para los hijos de comerciantes, de profesores, para los hijos de la gente común y tranquila, que estaban impregnados de la vida cotidiana y corriente, era el grito más poderoso que pudieran oír. Hablar de hacer una nación, de levantar la patria a una nueva grandeza, de provocar guerras contra los extranjeros, hacía soñar a cualquier joven corriente con llegar a ser gobernante, jefe o general.

Para Yuan no era tan nueva la frase. A veces no había podido gritarla tan fuertemente como los otros: a veces había preguntado: «¿Y cómo haremos tal cosa?», o bien: «¿Cómo salvaremos a nuestra patria si no vamos a clase y nos pasamos la vida organizando desfiles?».

Al poco tiempo aprendió a guardar silencio, pues los demás no gustaban de estas pláticas, y hubiera sido duro para Meng y la muchacha que Yuan no hiciera lo que hacían los otros. Meng le dijo un día, a solas:

—No tienes derecho a comentar las órdenes. Debemos obedecer, porque sólo así estará todo preparado para cuando llegue el gran día. No puedo permitir que las comentes ni que hagas preguntas sobre las órdenes recibidas, pues, si no lo permito a los otros, dirían que te doy trato de favor porque eres mi primo.

Yuan tuvo que tragarse la pregunta que iba a hacer en aquel momento, y que se refería a saber dónde estaban la libertad si tenía que obedecer a ciegas lo que no entendía. Lo arregló diciéndose a sí mismo, no sin cierta duda, que la libertad llegaría después y que no había otro camino que seguir, ya que estaba seguro de no hallar libertad con su padre y que se había comprometido con aquella gente. En adelante cumplió con su deber tal como se lo decían. Tuvo listas las banderas para los días de desfile y escribió peticiones a los profesores sobre este o el otro asunto, porque su escritura era clara y mejor que la de los otros; no fue a clase los días en que se declaró una huelga porque los profesores se habían negado a lo que se les pedía, aunque estudiaba a escondidas para no perder el tiempo; fue a las casas de algunos trabajadores, y entre ellos repartió pasquines y prospectos, en los que se les decía cuánto abusaban de ellos, cuán poco se les pagaba y cómo los patronos se hacían ricos a su costa; y una porción de cosas de este jaez, que él ya conocía de antemano. Como aquellos hombres y mujeres no sabían leer, Yuan les leía los prospectos. Los trabajadores le observaban con los ojos alegres, y se miraban entre ellos, desconcertados al oír cuánto les oprimían, más de lo que ellos habían pensado. Y se decían unos a otros:

—Sí, es verdad que nuestras barrigas nunca están tan llenas como debieran estarlo.

—Sí, tenemos que trabajar día y noche, y nuestros hijos carecen de alimento.

—No hay esperanzas para nosotros; lo que hoy sucede fue lo que ayer sucedió y

lo que sucederá mañana, pues diariamente tenemos que comernos lo que ganamos.

Se miraban fieramente, desesperadamente, cuando se daban cuenta de la cruel forma en que eran esquilados.

Yuan, al mirarlos y oírlos, no podía menos de entristecerse por ellos, pues era cierto que abusaban de los trabajadores, cruelmente en numerosas ocasiones, y que sus hijos no estaban nutridos, sino que se iban consumiendo, pálidos, en los telares, junto a las máquinas de los extranjeros, y muchas veces morían junto a ellas sin que a nadie le importara. Ni aun a los mismos padres les importaba mucho, pues los niños eran fáciles de hacer y sencillo su nacimiento, y siempre habían más de los que eran de desear en las casas de los pobres.

A pesar de toda la lástima que experimentaba, la verdad era que Yuan se sentía feliz cuando podía salir de aquellos ambientes; ¡eran tan pestilentes aquellas casas pobres, y las narices de Yuan tan sensibles y delicadas! Aun después de volver a su casa, lavarse y limpiar sus ropas, lejos de los obreros, Yuan sentía aquella hediondez en sus narices. Aunque se cambiara de traje, seguía oliendo aquello. Aunque saliera a divertirse y distraerse a uno de los lugares de esparcimiento, allí le seguía el hedor. Sobre el perfume de la mujer que tenía entre sus brazos al bailar, sobre la fragancia de los bien aderezados manjares, podía percibir el terrible olor de los pobres. Por doquiera penetraba este olor, y Yuan lo odiaba. Aún existía en Yuan un antiguo apocamiento atemorizado, que le impedía entregarse totalmente: alguna pequeñez, siempre. Ahora se daba cuenta, avergonzado, de que esta pequeñez que enfriaba su decisión de entregarse enteramente a la causa era, en este punto, el olor insoportable de los pobres.

Había otro motivo de confusión para él en aquella camaradería de que ahora formaba parte, confusión que a veces le oscurecía su compenetración con la causa, poniendo una nube entre sus compañeros y él. Era la muchacha; pues, desde que Yuan se incorporó a la causa, parecía que la doncella estaba segura de que Yuan le pertenecía también a ella. Había otras parejas, entre aquella libre juventud, que vivían juntas descaradamente, pues era cosa que se podía hacer, según ellos, y nadie hablaba de semejantes asuntos. Se llamaban camaradas, y la duración de sus emparejamientos era la que ellos querían. Y esta muchacha esperaba que Yuan viviera con ella.

Pero aquí estaba lo extraño del asunto. Si Yuan no se hubiera incorporado a aquel partido y hubiera seguido viviendo su antigua, cómoda y soñada vida, sin ver mucho a la joven, o viéndola de vez en cuando en clase, o saliendo a dar un paseo en su compañía, entonces tal vez su misma libertad, su voz deliciosa, su franco mirar y el cálido y cordial contacto de su mano habrían terminado por conquistar a Yuan por la originalidad, por la diferencia entre aquella mujer y las otras con quienes él se relacionaba, amigas de Ai-lan en su mayoría. Pues Yuan era muy tímido con las mujeres, y la misma decisión de su compañera de colegio pudo haberle animado.

Ahora que veía a la muchacha todos los días y en todas partes, ella le había señalado como suyo y le esperaba después de cada clase y recorría el camino a su

lado, de tal suerte que los otros observaron esto y dijeron a Yuan:

—Ella espera, y si ella espera, no te escaparás.

Tales bromas cínicas perduraban en los oídos de Yuan.

Al principio fingió no escuchar estas cosas, o si las oía, respondía sonriendo con cierta cortedad; esta cortedad le hizo buscar una escapatoria y tratar de salir por algún camino inesperado. No se atrevía, empero, a encararse con ella y decirle: «Ya me estás cargando con eso de esperarme todos los días». Cuando llegaba a las reuniones, ya ella le había guardado un sitio a su lado. Los otros daban por hecho que los dos andaban juntos en todo el sentido de la palabra.

Pero aún no era así, porque Yuan no podía enamorarse de la muchacha. Cuanto más la veía y cuanto más tocaba su mano —y ahora ella le tomaba la mano cuando le placía, sin ningún recato en soltarlo pronto—, tanto menos podía Yuan amarla. No obstante, la apreciaba, pues sabía que era fiel y que estaba verdaderamente enamorada de él. A ratos sentía vergüenza de haberse aprovechado de esta fidelidad, pues muchas veces, cuando a Yuan le ordenaban hacer algo que a él no le gustaba, la muchacha se daba cuenta de ello, y pedía hacerlo ella misma; de modo que Yuan, con frecuencia, hacía sólo aquello que más le gustaba, como escribir algunos documentos, ir a las aldeas y hablar con los labradores, en vez de visitar los barrios pobres de la ciudad, que olían tan espantosamente. Yuan no quería disgustar a la muchacha, pues veía cuánto hacía por él. Y estaba hecho de tal modo, que se avergonzaba de ver los sacrificios que por él hacía la muchacha y que, no obstante, no lograba enamorarse de ella.

Cuanto más la esquivaba, más apasionadamente lo amaba la muchacha, hasta que un día se lo dijo claramente, como siempre ocurre en estos casos. Sucedió que aquel día fue Yuan enviado a cierto pueblecillo. Deseaba ir solo y pasar por su parcela de tierra a ver cómo estaba; había estado tan lleno de ocupaciones con su nuevo trabajo por su cultivo. Le gustaba hablar con los campesinos, y con frecuencia se reunía con ellos, no para persuadirlos a la fuerza, sino para hablar como hablaría con otros. Les oía con atención cuando ellos le contestaban:

—¿Cuándo se han oído cosas como esta? ¿Qué les van a quitar a los ricos la tierra para entregárnosla a nosotros? Mucho lo dudamos, joven señor, y ojalá que no suceda así, porque después se las arreglarían para castigarnos de alguna manera. Estamos mejor como ahora estamos. Por lo menos, sabemos cuáles son nuestras penalidades. Son viejos sufrimientos y los conocemos bien.

La mayoría de las veces, sólo los que no tenían tierras que cultivar eran los que pensaban que los nuevos tiempos habían llegado.

Pues bien, aquel día que Yuan había pensado pasarlo deliciosamente solo, se encontró con la muchacha, que le dijo:

—Iré contigo y les hablaré a las mujeres.

Había muchas razones para que Yuan no quisiese que la joven fuera con él. Delante de ella se sentía obligado a hablar con mayor violencia a favor de la causa, y

no le gustaba esa violencia. Temía la influencia de la muchacha si le acompañaba como decía. No podría ir a su pedacito de tierra, pues allí estaría el buen labriego, al que nunca le habían dicho nada de su adhesión a la causa y al que no pensaba decírselo ni dejárselo adivinar. No quería que la muchacha le acompañase. Y, además, no deseaba que ella supiera su entusiasmo y afición por aquellas plantas que él mismo había sembrado; no quería dejarle ver el extraño y antiguo amor que sentía por estas cosas, pues esto la hubiera dejado pasmada. No es que temiera su risa, pues era una mujer que nunca veía nada digno de risa, pero temía su sorpresa y la falta de comprensión con que ella solía mirar cuanto no entendía.

Empero, no podía alejarla de su lado, pues le dijo que Meng le había dado orden de ir en su compañía, y esto era una obligación para ella y para él. De modo que partieron juntos; Yuan, silencioso y guardando su sitio en el camino, pues, si ella se le acercaba, él encontraba siempre una excusa para ir por el otro lado de la carretera. Y se alegró cuando el camino se transformó en sendero, al alejarse de la ciudad, y luego en una vereda por la que tenían que ir uno detrás del otro. Yuan iba delante, de modo que no la veía y llevaba su propio rumbo.

Podemos estar seguros de que la muchacha se dio cuenta, en menos que canta un gallo, de todo lo que sucedía. Comenzó hablando muy tranquilamente, como si no oyera las cortantes respuestas de Yuan; luego guardó silencio y, al final los dos caminaban completamente callados. Todo el tiempo fue Yuan dándose cuenta de los sentimientos de la muchacha, y aunque los temía, siguió fastidiándola con su actitud. Llegaron a una revuelta del camino, donde había unos sauces plantados hacía muchísimo tiempo; viejos sauces cuyas ramas habían sido muchas veces cortadas, tantas, que las nuevas ramas crecían delgadas, tupidas, cayendo sobre el sendero, al que daban una verde sombra. Cuando pasaban por aquel tranquilo y solitario recodo, Yuan sintió que le cogían por los hombros, desde atrás. Volvióse, y la muchacha, deshecha en llanto, se estrechó contra él y le dijo:

—Sé por qué no puedes quererme... Sé adónde vas por las noches... La otra noche te seguí, te vi con tu hermana, vi que entrabais en el gran hotel y vi las mujeres que allí había. Te gustan ellas más que yo... Vi a la que bailaba contigo, aquella con el vestido de color de albérchigo. Vi con qué desvergüenza se apretaba contra ti...

Era cierto que Yuan iba todavía algunas veces acompañando a Ai-lan. No le había dicho a su hermana ni a la señora que se había incorporado a la causa, y aunque a veces se excusaba ante ellas, diciendo que tenía que hacer y no podía ir a divertirse, aún salía con Ai-lan de vez en cuando, pues la señora quería que la acompañara y vigilase. Cuando la muchacha dijo aquellas palabras, entre sollozos, Yuan recordó que hacía unas cuantas noches había ido con Ai-lan a una fiesta para celebrar el cumpleaños de la íntima amiga de su hermana; fueron a un gran hotel extranjero, y él había bailado con aquella amiga. Había en el salón grandes ventanas de cristales que daban a la calle, y era seguro que los inquisitivos e interesados ojos de la muchacha enamorada le habían visto desde fuera.

Yuan la esquivó con cierta terquedad, impaciente, y dijo con tono molesto:

—Fui con mi hermana. Estaba invitado y...

Pero la muchacha había notado, bajo sus cálidas manos, la fría reacción de Yuan, y, retrocediendo, exclamó, colérica:

—Sí, te vi. La estrechabas y no te daba miedo tocarla. Y ahora huyes de mí como de una serpiente. ¿Qué piensas tú que te sucedería si yo les dijera a los otros que pierdes el tiempo con esa gente que nosotros odiamos y contra la que estamos trabajando? ¡Tu vida está en mis manos!

Esto era verdad, y Yuan lo sabía. Pero contestó solamente, con tranquilidad y desdén:

—¿Y crees tú que hablándome de ese modo conseguirás que yo te ame?

Entonces ella se le acercó otra vez, débil, sollozando calladamente contra su pecho; le hizo levantar los brazos y lo mantuvo apretado a ella. Yuan, al cabo de un segundo, no pudo dejar de conmovirse con aquel llanto y complacerla. La muchacha le dijo, después de unos instantes:

—Me has ganado; y me has ganado contra tu voluntad y contra la mía. Yo no quería ser ganada por ningún hombre... Pero ahora sé que sería capaz de dejar la causa antes de dejarte a ti... Ahora soy tan débil...

Yuan sintió que su compasión crecía tan fuertemente, que, casi sin quererlo, apretó los brazos con que ella le había hecho estrecharla.

Un momento después, la muchacha se tranquilizó, apartándose, y enjugándose las lágrimas. Siguieron su camino. Ella iba silenciosa y triste. Realizaron su trabajo en el pueblo y no hablaron más aquel día.

Pero tanto Yuan como ella se dieron cuenta de lo que entre ambos había. Y aquí estaba lo perverso de Yuan: que hasta aquel día no había mirado dos veces seguidas a ninguna de las amigas de Ai-lan; que todas le parecían iguales, aquellas preciosas niñas de los ricos, con sus vocecillas atildadas y alegres, sus risas tintineantes, sus lindos vestidos, sus zarcillos, la piel suave, las uñas pintadas y otras zarandajas por el estilo. Gustaba de los ritmos de la música y de seguirlos acompañado de una de aquellas chicas; ya se había acostumbrado, y no sentía aquellas turbaciones del principio. Mas aquella otra mujer, con sus celos incesantes, le hizo pararse a mirar aquellas que antes le importaban un bledo. Y la alegría de estas muchachas le gustó, porque la otra nunca estaba alegre; encontró cierto halago en el alborozo de las otras y en su carencia de todo propósito, de toda finalidad que no fuera la de divertirse y gozar. Empezó por salir a solas con dos o tres que le habían gustado más que el resto; una de ellas era hija de un antiguo príncipe que vivía como refugiado en la ciudad desde la caída del Imperio. Era la más pequeña y deliciosa de todas, tan perfecta en su menuda belleza, que Yuan se sentía complacido al contemplarla, ahora que había pensado en ello. Otra era una muchacha un poco mayor, que gustaba de la juventud de Yuan y que, aunque juraba que no se casaría nunca y que su ideal era ser independiente y poner una tienda de modas para mujeres, le gustaba retozar y

divertirse con Yuan, y este lo sabía, y encontró en su delgada y ágil hermosura y en sus cabellos negros como la tinta, tan suaves que parecían pintados sobre la cabeza, un encanto y un placer que antes no apreciaba.

Aquellas dos, y alguna más, le hicieron sentirse culpable cuando la otra muchacha le reprochaba con frecuencia su comportamiento. Un día se mostraba ardiente y conmovedora en sus palabras; otro, fría y odiosa. Yuan, aunque no la amaba, se sentía como atado a ella.

Un día, poco antes del determinado por su padre para casarlo en aquella remota ciudad, Yuan estaba pensando en este asunto, melancólicamente acodado en la ventana de su cuarto, mirando las calles de la ciudad y molesto ante la idea de tener que ver aquella tarde a la muchacha. Y en esto se le ocurrió pensar: «Grito contra mi padre porque quiere amarrarme, y yo soy tan bruto que me he dejado amarrar por esta muchacha». Se extrañó él mismo de no haber pensado antes en tal cosa, en cómo había dejado escapar su libertad; sentóse para hacer sus planes y ver la manera de huir y ser libre de nuevo, de desembarazarse de aquellas otras ligaduras que, a su modo, eran tan pesadas y difíciles de soportar como las otras, de tan secretas y apretadas como las sentía.

Inesperadamente le llegó la libertad. Durante todo este tiempo, la «causa» había ido creciendo en el Sur, pero ya había sonado la hora, y partiendo de las ciudades del Mediodía, los ejércitos de la revolución avanzaban hacia el corazón del territorio donde la gran ciudad estaba situada. De súbito, como un tifón que partiera desde la costa de los mares del Sur, los ejércitos se lanzaron llenos de energía y decisión, como si tuvieran un poder sobrehumano; avanzaban por todas partes del territorio, tomando una ciudad tras otra y dejando un reguero de historias sobre su poderío y sus incesantes triunfos. Eran ejércitos compuestos de jóvenes, entre los que figuraban algunas muchachas, llenos de una íntima decisión, pues no peleaban como soldados mercenarios. Luchaban por una causa que era su vida y por ello eran invencibles, en tanto que los soldados de los gobernantes, que peleaban por la paga, corrían ante ellos como hojas arrastradas por un viento desatado. A los muchachos de la revolución les precedía la fama de su poderío y bravura, de que la muerte no podía tocarlos, porque ellos no temían a la muerte.

Los que gobernaban la ciudad se amedrentaron y cayeron sobre todo revolucionario que tenían a su alcance, para evitar que conspiraran desde adentro y se unieran con los que llegaban. De estos había muchos en el colegio, muchos como Meng, Yuan y la muchacha amiga de este; en tres días nada más, los gobernantes enviaron soldados a todas partes donde hubiera estudiantes; y cualquier cosa que hallaran, un libro, un pedazo de papel, una bandera o un símbolo de la causa revolucionaria, era motivo de muerte. Al que le encontraban algo de esto, lo fusilaban, fuera hombre o mujer. En aquellos tres días fueron fusilados numerosos jóvenes de ambos sexos en la ciudad, y ninguno despegó los labios para decir nada que pudiera comprometer remotamente a un camarada o ser causa de muerte para

otro. Entre los culpables perecieron muchos inocentes, pues algunos individuos malvados se dedicaron, por venganza u otra razón baja, a denunciar a los que no les eran queridos; falsos testimonios y calumnias produjeron muchas muertes, porque el miedo de los gobernantes era tremendo y no podían soportar la sospecha de que los revolucionarios de la ciudad se relacionaran con los que avanzaban para atacarla.

Aquella mañana estaba Yuan en clase, diciéndose que no debía mirar hacia donde la muchacha tenía su sitio, pues se daba cuenta de que ella, en aquel momento, le miraba, aunque sentía grandes deseos de dirigir sus ojos hacia ella, no sabía por qué. En aquel instante penetró en la sala un pelotón de soldados, cuyo capitán gritó:

—De pie. Dejaos registrar.

Todos se pusieron de pie, inquietos y desorientados, mientras los soldados pasaban las manos a lo largo de los cuerpos, rebuscaban entre los libros y uno de ellos tomaba nota de dónde vivían los estudiantes. Esto se hizo en medio de un hondo silencio; el profesor, de pie también, desasosegado, esperaba sin decir palabra. No se oía sino el choque de los sables militares contra las botas de cuero y el ruido de los tacones de los soldados contra el suelo.

De aquel silencioso y amedrentado local fueron sacados tres estudiantes, a los que se les encontró algo comprometedor. Dos eran varones y la tercera, la muchacha, que llevaba consigo un papel que la hacía culpable. Los soldados los hicieron ir delante, y cuando salían, los hostigaron con las bayonetas para que se dieran prisa. Yuan los miraba fijamente, sin poder hacer nada, sin saber qué hacer al ver a la muchacha conducida de aquel modo. Al llegar a la puerta, ella se volvió, dirigiéndole una mirada, una sola mirada larga, implorante, muda. Un soldado la tocó con la punta de su bayoneta, haciéndola salir de la sala. La muchacha había partido. Yuan supo que no la vería más.

Su primer pensamiento fue: «¡Soy libre!». Y al pensarlo, se sintió avergonzado porque no podía sino alegrarse de ello; pero tampoco podía olvidar la trágica mirada de la muchacha en el momento de partir, mirada de la que, en cierto punto, se sentía responsable, pues, aunque ella lo había querido con todo su corazón, él no la había amado. Aun cuando se justificaba diciéndose en el fondo de su alma: «Yo no podía remediarlo. ¿Qué podía yo hacer si no la quería?», otra voz más débil y baja, le decía: «Sí, pero de haber sabido que ella iba a morir tan pronto..., ¿no pudiste haberle dado un poco de consuelo?».

Sus preguntas cesaron muy pronto, pues aquel día no hubo más trabajo y el profesor les dio asueto, saliendo todos apresuradamente. En aquella prisa, Yuan sintió que le tomaban del brazo y, al volverse, vio a Sheng, que le llevó disimuladamente a donde nadie pudiera oírlos y le murmuró al oído, mientras todos sus rasgos se descomponían en una expresión amedrentada:

—¿Dónde está Meng? Él no sabe nada de lo ocurrido hoy, y deben de andar buscándole... Mi padre moriría si matan a Meng.

—No sé dónde está —dijo Yuan, mirando en torno—. No lo veo desde hace dos

días.

Sheng se había ido, deslizando su ágil cuerpo con suavidad, entre el silencio de los asustados estudiantes que salían de todas las clases.

Yuan se alejó por tranquilas callejuelas, camino de su casa, y al llegar encontró a la señora, a la que contó lo que había sucedido, añadiendo para tranquilizarla:

—Por supuesto que yo no tengo nada que temer en este asunto.

Pero el pensamiento de la señora iba más allá que el de Yuan, de modo que respondió lentamente:

—Piensa... A ti te han visto junto a Meng..., eres su primo... Meng ha estado aquí... ¿No habrá dejado ningún papel, libro o algo en tu cuarto? Vendrán a registrar aquí. ¡Oh, Yuan, ve a mirar, mientras yo pienso lo que puedo hacer contigo, porque tu padre te quiere, y si algo malo te sucediera, me echaría la culpa por no haberte enviado a tu casa cuando él lo ordenó!

Yuan no la había visto jamás tan atemorizada.

Ella subió con él a su cuarto, para ver lo que allí tenía. Y en tanto que ella miraba en cada libro, cajón o anaquel, Yuan se acordó de aquella carta de la muchacha, carta que no había roto, la había guardado entre las páginas de un libro de versos, no porque la apreciara demasiado, sino porque, al fin y al cabo, era precioso para él aquel documento amoroso, donde le decían la primera palabra de amor que le había llegado en su vida, que fue mágica para él durante un tiempo y que después había olvidado. La sacó del libro, cuando la señora estaba de espaldas, la arrugó en su mano, y, con un pretexto cualquiera, salió del cuarto, entró en otro y aplicó una cerilla al papel. Mientras ardía, en su pulgar y su índice, recordó a la pobre muchacha, la mirada que le había lanzado al salir, la mirada que una liebre hubiera lanzado cuando los lebreles se arrojaran sobre ella para devorarla. Yuan se sintió lleno de tristeza al recordarla, una tristeza extrañamente honda, pues ahora, más que nunca, se convencía de que no la había amado y de que jamás habría podido quererla, y ni siquiera se sentía dolorido por su muerte, aunque sí lamentaba no sentir pena por ello. La carta cayó de sus manos, transformada en ceniza, en polvo.

Aunque el ánimo de Yuan estaba propicio para la aflicción, no tuvo tiempo de condolerse, pues apenas la carta había terminado de arder, empezaron a sonar voces en el vestíbulo, la puerta se abrió y entraron en el cuarto el tío, la tía, su hijo mayor y Sheng, preguntándole todos si había visto a Meng. Luego llegó la señora, y todos se interrogaban unos a otros, asustados. El tío dijo, con la cara temblorosa de terror y cubierta de lágrimas:

—Vine aquí para alejarme de los colonos de mis tierras, que son la gente más cruel y salvaje que se conoce, pensando que aquí estaría a salvo, protegido por soldados extranjeros. No sé para qué sirven esos extranjeros, que permiten que sucedan estas cosas. Y ahora no aparece Meng, y Sheng dice que Meng es un revolucionario... Juro que no sabía una palabra. ¿Por qué no me lo dijeron? ¡Yo debía de haber sabido esto hace mucho tiempo!

—Pero, padre —contestó Sheng en voz baja y turbada—, ¿qué hubieras podido hacer sino hablar de ello y complicar las cosas?

—Sí, eso hubiera hecho, eso —dijo la madre con dureza—. Si hay algo que debe ocultarse, yo soy la única que puede guardar un secreto en esta casa. Pero no hay derecho a que yo tampoco lo supiera, siendo Meng mi hijo predilecto.

El hijo mayor, cuyo color era pálido como ceniza de sándalo, dijo con ansiedad:

—Por culpa de las locuras de ese muchacho estamos todos en peligro, pues vendrán los soldados a interrogarnos por sospechosos.

Entonces la señora, la madre de Yuan, dijo tranquilamente:

—Vamos a pensar qué debemos hacer en este trance. Yo debo preocuparme por Yuan, puesto que está a mi cuidado. Ya he pensado en él. Irá un tiempo al extranjero, a algún colegio; lo voy a mandar inmediatamente, tan pronto como pueda y estén arreglados y firmados los papeles. Lo enviaré al extranjero, donde estará a salvo.

—Entonces nos iremos todos —dijo el tío animosamente—. ¡En el extranjero estaremos todos tranquilos!

—Padre, tú no puedes ir —dijo Sheng, esforzando su paciencia—. Los extranjeros no dejan vivir en sus naciones a hombres de nuestra raza, excepto a los que van a estudiar u otra cosa parecida.

Al oír esto, el viejo abrió los ojos y dijo:

—¿Y por qué están ellos en nuestra tierra?

La señora, para calmarlos, interrumpió:

—Es inútil que hablemos de esto. Los mayores estamos bastante seguros. No van a matarnos por revolucionarios a nosotros, gente ya tranquila; y tú, sobrino, el mayor, apenas eres joven, tú, con tu mujer y con tus hijos. Pero Meng es conocido y con él están en peligro Sheng y Yuan, y debemos hacer algo para mandarlos fuera, a otro país.

Trazaron planes acerca de esto. La señora pensó en un extranjero amigo de Ai-lan, para que escribiera todos los papeles y documentos y hacerlos firmar lo antes posible. Se levantó y abrió la puerta para enviar a un criado en busca de Ai-lan, a casa de unos amigos donde había ido a pasar la mañana en unos juegos. Ai-lan se negaba a ir al colegio en aquellos días de confusión, porque eso la entristecía y ella no podía soportar la tristeza.

Apenas la señora había entreabierto la puerta, cuando un fuerte ruido ascendió desde las habitaciones bajas, el ruido de un potente vozarrón que gritaba:

—¿Es aquí dónde vive Wang Yuan?

En el cuarto, todos se miraron unos a otros; el tío se puso pálido y buscó con los ojos dónde ocultarse. Pero el pensamiento de la señora fue inmediatamente hacia Yuan y luego hacia Sheng.

—Vosotros dos —susurró—, pronto, al *sobrado*^[4] que hay encima de este techo...

Este desván no tenía escalera para subir a él. Su entrada era un cuadrado que se

abría en el techo de la habitación donde estaban reunidos. Pero la señora, mientras hablaba, había puesto debajo una mesa, arrastrando luego una silla, a la que Sheng subió primero, un poco más apresurado que Yuan, y tras él subió este.

Pero ninguno fue lo bastante rápido. La puerta se abrió, como empujada por una ráfaga de viento, y ocho o diez soldados entraron en la pieza, mientras el capitán pregunta, mirando a Sheng:

—¿Eres tú Wang Yuan?

Sheng estaba palidísimo. Esperó un instante antes de responder, como si quisiera pensar lo que iba a decir, y luego contestó en voz baja:

—No, no soy yo.

El hombre rugió:

—Entonces es el otro. Sí, este es. Ahora recuerdo que la muchacha dijo que era muy alto y moreno, con cejas muy negras y la boca suave y roja... Este es.

Sin decir una palabra, Yuan se dejó amarrar las manos a la espalda sin que nadie pudiese evitarlo, aunque el tío lloró tembloroso, y la señora, suplicando, dijo con su más segura y grave voz:

—Vosotros estáis equivocados. Este muchacho no es revolucionario... Puedo jurar por él... Es un joven estudioso, tranquilo..., mi hijo. Nunca ha tomado parte en este asunto.

Los hombres rieron brutalmente, y un soldado de cara grande y redonda dijo a gritos:

—Sí, todas las madres desconocen a sus hijos. Para saber de ellos hay que preguntar a las muchachas..., nunca a las madres. Y la muchacha dio su nombre, y el número de esta casa, y nos lo describió exactamente... Sí, conocía muy bien cómo es este joven, ¿verdad? ¡Juro que no dejó detalle! Y dijo que era el más rebelde de todos. ¡Al principio estaba furiosa! Luego se calló un momento, y entonces dijo el nombre porque quiso, sin que la torturaran ni un instante para que lo dijera.

Yuan vio los ojos extrañados de la señora al oír esto, como ante algo que no podía entender. Él no pudo decir nada. Guardó silencio, diciéndose en el fondo de su corazón: «¡Así tomó ella el amor en odio! ¡No pudo atarme por amor, pero ha conseguido amarrarme por el odio!». Y se dejó conducir fuera.

Desde el primer momento, Yuan pensó que iban a darle muerte. En aquellos días supo, aunque nada se hizo público en este aspecto, que bastaba con haber pertenecido a la organización revolucionaria para ser condenado a muerte. Y no había prueba más segura de su culpabilidad que la declaración de la muchacha. Aunque pensaba en esto, la palabra muerte no adquiriría un significado real para él. Ni cuando fue encerrado en un calabozo, lleno de otros muchachos como él, ni cuando los guardias le gritaron al verle tropezar en el escalón junto a la puerta, a causa de la oscuridad: «Anda, y guarda tu equilibrio, que mañana no te será tan fácil...», ni aun entonces pudo entender lo que aquella palabra quería decir. Las palabras de los guardias entraron en su corazón como las balas que esperaban el día siguiente cargadas en el

fusil; pero aún tuvo Yuan serenidad suficiente para mirar al través de la tiniebla del calabozo y tranquilizarse al ver que todos los que allí había eran hombres. Se dijo: «Así podré soportar mejor la muerte, no encontrando aquí a esa mujer y que supiera que voy a morir y que, a fin de cuentas, ha conseguido atraparme». Esto le reconfortó.

Todo había sucedido tan de prisa, que Yuan no podía dejar de pensar en que, de alguna manera, lograrían salvarlo y sacarlo de allí. Pensó mucho en su madre, confiando en ella. Y cuanto más pensaba en ella, más seguridad tenía de que trataría de salvarlo. Las primeras horas las pasó creyendo en esto, más todavía porque miraba a sus compañeros de prisión y se daba cuenta de que él era mejor que todos ellos; parecían pobres, menos educados que él, de familias menos ricas e influyentes.

Mas, al cabo de un tiempo, la oscuridad se hizo total y, en el negro silencio, todos se sentaron o se tendieron en el suelo de tierra. Ninguno hablaba. Todos temían que de sus labios saliera alguna palabra que confirmara su culpabilidad, y cada cual temía al de al lado; mientras pudieron verse mutuamente las caras, y aun las sombras de las caras, no hubo más sonido que el de un cuerpo que cambia de posición u otro rumor semejante.

Cerró la noche y cuando ninguno podía ver la cara del otro y la oscuridad pareció encerrar a cada uno en su propia celda, una voz exclamó:

—¡Oh, madre mía, madre mía!

Y comenzó a sollozar desgarradoramente. Este llanto era muy difícil de soportar, pues cada cual sentía en él su propio llanto. Una voz más fuerte gritó con aspereza:

—¡Silencio! ¿Qué niño es el que está gritando por su madre?... Yo soy un miembro leal de la causa... Yo maté a mi propia madre, y mi hermano mató a mi padre, y no tenemos más padres que nuestra causa... ¿Eh, hermano?

Y, en la oscuridad, otra voz gemela respondió:

—¡Sí, yo también lo hice!

Y la primera dijo:

—¿Lo lamentamos?

Y la segunda voz dijo, después de un sollozo:

—Si yo hubiera tenido una porción de padres, a todos los habría matado alegremente.

Otra voz añadió:

—Todos esos viejos y viejas nos han alimentado para asegurarse sirvientes que los alimentaran y cuidaran al llegar a la ancianidad.

Pero la primera voz volvió a surgir, más vibrante:

—¡Ay, madre, madre mía!

Era como si el que decía esto no oyera nada de lo que hablaban los otros.

La oscuridad se hizo más densa, y hasta los gritos se acallaron. Yuan no había hablado una sola vez, pero cuando cayó la oscuridad total sobre el calabozo, no pudo soportar aquella quietud silenciosa. Sus esperanzas de un rato antes comenzaban a

desvanecerse; había pensado que la puerta se abriría de pronto, y una voz diría: «Dejad salir a Wang Yuan. Está en libertad».

Pero no sonó esta voz.

Después de un rato, Yuan deseó oír algún ruido. No podía soportar aquel silencio. Se dedicó a pensar. Contra lo que deseaba, pensó en toda su vida, en cuán corta era. Y se dijo: «Si hubiera obedecido a mi padre, no estaría ahora aquí». Pero no pudo decir: «¡Ojalá le hubiera obedecido!». Cuando pensó en esto, cierta porfía que había crecido en él le hizo decirse honradamente: «A pesar de todo, creo que me pidió una cosa injusta...». Luego pensó: «Si yo hubiera hecho un esfuerzo, y cedido a lo que aquella muchacha...». Pero de nuevo se hizo un nudo en su garganta: y añadió para sí, honradamente también: «Sin embargo, no me hubiera gustado haberlo hecho». Por fin, no hubo más que pensar del pasado, puesto que ya se había ido borrando. Ahora tenía que pensar en lo que venía, pensar en la muerte.

Deseaba que algún sonido surgiera en medio de aquella oscuridad. Deseó hasta volver a oír el gemido de aquel que llamaba a su madre. Pero el calabozo estaba tan callado como si no hubiera nadie en él; no era una oscuridad que hiciera dormir. No, era una despierta, expectante oscuridad, viva, llena de terror y de silencio. Yuan no había sentido miedo al principio. Pero en la honda noche le invadía el terror. La muerte, que no había sido real hasta aquella hora, era ya algo real. Pensó, cortando su respiración de súbito, en que pudieran decapitarlo o fusilarlo. En aquellos días —lo había leído—, las puertas de las ciudades del interior eran decoradas con las cabezas de los muchachos y muchachas que habían pertenecido a la causa, para los que no habían llegado a tiempo los ejércitos libertadores, pues habían sido atrapados por los gobernantes antes del día de la batalla. Le pareció ver su propia cabeza... Y entonces pensó, no sin cierta tranquilidad: «Pero en esta ciudad, que tiene algo de extranjero, seguramente se limitarán a fusilarnos», y sintió una especie de consuelo en la idea de que su cabeza permaneciera pegada a sus hombros después de su muerte.

Estaba Yuan sumido en esta agonía, que duraba horas, apoyada la espalda en la muralla, en un rincón, sentado y con los pies encogidos junto a su cuerpo, cuando la puerta se abrió de pronto y un rayo gris de luz temprana penetró en la mazmorra, dejando ver a los presos, enroscados unos junto a otros, como un montón de gusanos. La luz les incitó a moverse, pero antes de que ninguno llegara a hacer el menor movimiento, una voz gruñó con violencia:

—¡Todos fuera!

Entraron unos soldados, que, empujándolos y golpeándolos con sus fusiles, los obligaron a levantarse; ya de pie, el joven aquel volvió a sus lamentos:

—¡Oh, madre mía, madre mía!

Se negaba a salir, aunque un soldado le golpeó en la cabeza con la punta del fusil. Decía aquellas palabras como si las respirara y sin poder evitarlo, y así, con ellas, daría también su vida.

Y mientras iban saliendo todos en silencio, excepto el que gemía, sabiendo lo que

les esperaba, y, sin embargo, como atontados y ausentes, un soldado levantaba en su mano una linterna y la ponía cerca de cada una de las caras. Yuan era el último de todos, y, al llegar su turno, la luz se proyectó sobre sus ojos, cegándole después de aquella larga oscuridad. Y en aquella ceguera, deslumbrado, sintió que le empujaban fuertemente, tanto, que cayó a tierra. Y en este momento oyó cerrarse la puerta, quedando allí solo y vivo todavía.

Esto sucedió tres veces, pues durante aquel día el calabozo volvió a llenarse de muchachos. Por dos noches, Yuan los oyó, a veces despotricando, a ratos sollozando, otras veces llorando de rabia o de locura. Tres amaneceres pasaron, y por tres veces fue echado al fondo de la mazmorra y dejado a solas, con la puerta cerrada. Nada le llevaron para comer; no le hablaron nada, ni le hicieron o dejaron hacer ninguna pregunta.

El primer día se sintió esperanzado; el segundo día perdió las esperanzas. Mas al tercero estaba tan débil, sin haber comido ni bebido, que pensó que le daba lo mismo vivir que morir. Aquella tercera mañana apenas pudo ponerse en pie; sentía la lengua reseca contra el paladar. El soldado le gritó con ferocidad, diciéndole que se levantara, y cuando Yuan se apoyaba en el marco de la puerta, sin fuerzas, de nuevo la luz fue a ponerse ante sus ojos. Pero esta vez no fue echado al interior del calabozo. Por el contrario, el soldado le agarró, y cuando todos los demás habían partido y ya no se oían ni sus pisadas, el soldado llevó a Yuan por un corredor estrecho, hasta un lugar donde había un postigo, del que levantó la barra que lo cerraba, y sin decir palabra, empujó a Yuan fuera.

El muchacho se halló en una callejuela, tortuosa como las que suelen haber en las partes más secretas de las ciudades. Estaba desierta, sombría a la indecisa luz de la madrugada. A pesar de su turbación, Yuan pudo darse cuenta exacta de algo: estaba en libertad. De alguna manera lo habían dejado en libertad. Cuando volvía la cabeza hacía la puertecilla y pensaba cómo salir corriendo, vio que dos personas se acercaban en el crepúsculo. Yuan se detuvo junto a la puerta. Uno de los que se acercaban era una niña, una niña muy alta, que se acercó corriendo a él, se paró a su lado, le miró con fijeza, clavando en él sus ojos grandes y muy negros, y dijo con voz que no quería ser alta, pero que era cálida, ferviente:

—¡Es él!... ¡Aquí está!... ¡Aquí está él!...

Entonces se acercó la otra figura, y Yuan, al verla, reconoció a su madre. Pero antes de que pudiera decir una palabra, a pesar de sus deseos de hablar y de decir que sí, que era él quien estaba allí, sintió que su cuerpo temblaba, como si fuera a disolverse, y ya no pudo ver nada, sino los ojos de la niña, que crecían, que aumentaban en su negrura. Y cayó desmayado. De lejos, de muy lejos, oyó una voz que murmuraba:

—¡Pobre hijo mío!

Después no oyó, sintió, ni vio más.

Cuando despertó, Yuan se encontró sobre algo que se mecía. Estaba en una cama,

pero esta se alzaba y se hundía con él. Al abrir los ojos vio un cuarto pequeño y desconocido para él. Alguien estaba allí, mirándole fijamente, bajo una lámpara adosada a la pared. Cuando Yuan logró reunir fuerzas para dar crédito a sus ojos, vio que quien estaba junto a él era Sheng, su primo. Cuando este vio que Yuan abría los ojos y le miraba, sonrió con su peculiar sonrisa, pero esta vez le pareció a Yuan que era la más amable y dulce sonrisa que podía ver. Sheng acercó una mesilla y tomó de encima un tazón de caldo, que pasó a Yuan, diciéndole:

—Tu madre me encargó que te diera esto en cuanto despertaras; lo he mantenido caliente desde hace dos horas sobre un infiernillo que ella me entregó...

Le dio de beber, con el cuidado que se emplearía con un niño; y como un niño, Yuan no dijo una palabra. ¡Estaba rendido de cansancio y desconcierto! Bebióse el caldo sintiéndose demasiado débil para tratar de saber dónde estaba y por qué había sido llevado allí; como un niño, aceptaba cuanto sucedía. Encontró el caliente líquido muy reconfortante y apetitoso para su lengua reseca y desazonada, y se lo tomó con agrado y no sin cierta dificultad. Sheng hablaba lentamente, mientras él se tomaba el caldo con la cuchara.

—Me imagino que querrás saber dónde estamos y por qué —dijo Sheng—. Estamos en un barco, en un barquito que nuestro tío, el comerciante, ha usado para llevar y traer sus mercancías y comerciar con las islas cercanas. Gracias a la influencia de este mismo tío, estamos a bordo de su barco. Vamos a navegar por la costa, hasta llegar al puerto más cercano y esperar allí a que nos envíen los papeles necesarios para partir al extranjero. Estás en libertad, Yuan, pero ¡a qué precio! Tu madre, mi padre y mi hermano han reunido todo el dinero que podían, han pedido prestado a mi tío. Tu padre estaba fuera de sí; dicen que se ha pasado el tiempo rugiendo y gruñendo que otra mujer le traicionó a él, y que él y su hijo habían terminado con las mujeres de una vez para siempre. Ha deshecho tu matrimonio y ha enviado cuanto dinero ha podido, y con todo este dinero ha sido comprada tu libertad y la huida en este barco. Cara ha costado tu libertad.

Mientras Sheng decía esto, Yuan escuchaba, pero aún estaba tan débil que apenas podía percibir el significado de lo que le decían. Sólo podía darse cuenta de que el barco subía y bajaba con él y que el alimento bajaba por sus reconfortadas entrañas. Entonces dijo Sheng, sonriendo de pronto:

—No creo que me hubiera sentido contento al partir ahora de no haber sabido antes que Meng estaba a salvo. ¡Qué tipo más listo es ese muchacho! Verás: yo andaba preocupado por él, averiguando lo que podía. Mis padres, preocupados por ti y por él, sin saber qué era peor, si saber dónde estabas y que iban a matarte, o no saber qué había sido de Meng, ignorando si estaba vivo o muerto. Pues bien, ayer, cuando yo estaba en la calle, entre tu casa y la mía, alguien puso este papel en mi mano, escrito por Meng. Dice: «No tienes que preocuparte por mí ni tratar de averiguar dónde estoy. Mis padres no necesitan pensar más en mí. Estoy a salvo y donde quería estar». —Sheng se rio, puso el tazón vacío sobre la mesa, encendió un

cigarrillo y añadió alegremente—: No he podido saborear un cigarrillo en estos tres días... Bueno, ese granuja de mi hermano está seguro. Se lo he dicho a mi padre, y aunque este parece furioso y dice que no quiere oír hablar más de Meng y que ya no lo considera como hijo, por lo visto se ha aplacado su furia y está dispuesto a ir esta noche a una fiesta. Y mi hermano mayor irá al teatro a ver una obra nueva en la que sale una mujer de verdad, una actriz, y no un hombre vestido de mujer; ya han dejado de pensar que era malo que salieran mujeres a escena. Mi madre ha estado de morros con mi padre unos días. Total, que todos hemos vuelto a ser lo que éramos, que Meng está a salvo y que tú y yo hemos conseguido escapar. —Dio unas chupadas al cigarrillo y añadió—: Yuan, estoy contento de ir a otra parte, aun cuando tengamos que ir de esta manera. Yo hablaba poco de esto y no quería incorporarme a ninguna causa; hacía lo que me gustaba, si me era posible. Pero estoy cansado de mi tierra y de sus guerras constantes. Y a pesar de que todos vosotros me creéis un muchacho alegre y sonriente, que sólo piensa en sus versos, la verdad es que con frecuencia me sentía triste y desesperado. Me alegra poder ver otros países y cómo vive en ellos la gente. ¡Mi corazón se alivia y levanta con la idea de partir!

Yuan no le escuchaba del todo. El calor del caldo, la blandura de su estrecha y mecida cama, el conocimiento de su libertad le llenaban de agrado. Sólo podía sonreír un poco, y sentía que sus ojos se iban cerrando. Sheng vio esto y dijo con amabilidad:

—Duerme... Tu madre me dijo que era necesario que durmieras, que durmieras mucho... Y vas a dormir mejor que nunca, ahora que estás libre...

Yuan abrió una vez más los ojos al oír esta palabra. ¿Libre? Sí, al fin se libertaba de todo lo que le oprimía... Sheng añadió, para terminar con lo que quería decir:

—Y si tú eres como yo, no creo que haya mucho que te importe haber dejado.

No; Yuan lo pensaba, hundiéndose en el sueño. No había nada que lamentar. En aquel momento, en medio de su somnolencia, tornó a ver la prisión llena de muchachos, aquellas sombras, aquellas noches... Luego, la joven que se volvía para mirarle al salir... Apartó de su mente estas cosas y se durmió. Y entonces, en una gran paz, soñó que estaba junto a su pedacito de tierra, aquel que había cultivado él mismo. Lo vio de pronto tan claro como en una película. Los guisantes se iban formando en sus vainas; la cebada crecía; y allí estaba el viejo labrador risueño, trabajando en sus propios terrenos. Mas allí estaba también la muchacha, y su mano ahora estaba fría, muy fría; tan fría, que Yuan se despertó un momento y recordó que era libre. Como Sheng había dicho, no estaba triste. Lo único que sentía era dejar aquel pedazo de tierra.

Antes de que Yuan se durmiera, algo dijo para su consuelo: «Pero esa tierra... es lo único que estará allí cuando yo vuelva... La tierra permanece siempre».

II

Wang Yuan tenía veinte años cuando partió de su tierra; pero era en muchos sentidos un niño, lleno de sueños, confusiones y proyectos inacabados que no sabía cómo iban a concluir ni si deseaba llevarlos a cabo. Toda su vida había transcurrido bajo la vigilancia y cuidado de alguien, y no sabía otra cosa sino de este cuidado; los tres días que estuvo encerrado en la prisión se dio cuenta de lo triste que era esta dependencia.

Yuan estuvo fuera durante seis años. Cuando se dispuso a regresar a su tierra, aquel verano, estaba a punto de cumplir los veintiséis años y ya era un hombre en muchos aspectos, aunque no había llegado el dolor para darle el último toque necesario para una hombría total. Pero él no creía que este toque fuera imprescindible. Si alguien le hubiera preguntado, Yuan habría respondido tranquilamente: «Soy un hombre. Me doy cuenta de lo que pienso. Sé lo que quiero. Mis sueños de ayer son hoy proyectos. He terminado mis años de colegio. Estoy preparado para vivir en mi tierra». En verdad, aquellos seis años en el extranjero fueron para Yuan como una mitad de su vida hasta entonces. La otra mitad estaba formada por los primeros diecinueve años, y era de menor importancia. Estos seis eran los más importantes, los más considerables, porque le habían encaminado por determinadas rutas. Pero lo cierto era, aunque él mismo no lo supiese, que había emprendido algunas rutas que no conocía exactamente.

Si se le hubiera preguntado: «¿Estás preparado para vivir tu propia vida?», hubiera contestado honradamente: «Tengo un título académico de un gran colegio extranjero, y este título lo obtuve superando a muchos que habían nacido en el país donde lo conseguí». Habría dicho esto con satisfacción, pero callando el recuerdo que tenía de algunos de entre aquellos muchachos, que murmuraban de él, diciendo:

—Claro está que si un hombre no aspira a ser otra cosa que un sabihondo, logrará cuantos títulos y honores quiera; pero nosotros debemos al colegio algo más que eso. Este muchacho, que no hace más que vivir para sus libros, no sabe lo que es realmente vivir... ¿Cómo habría quedado el colegio en el fútbol y en las regatas si todos nos hubiéramos dedicado a nuestros libros?

Sí, Yuan conocía a aquellos alegres, inquietos, adocenados muchachos extranjeros que así hablaban de él sin recatar mucho sus opiniones, pero esto le hacía mantener alta la cabeza. Estaba seguro de la admiración de sus maestros; y en la mención que de él se hacía en los repartos de premios, en los que su nombre solía aparecer el primero, el que daba el premio añadía:

—A pesar de la dificultad que supone para este alumno el hablar un idioma que no es el suyo, ha superado a los demás.

Y Yuan, aunque sabía que esto era causa de que los otros no le quisieran bien, se sentía orgulloso y contento al demostrar de cuánto era capaz su raza y demostrarles

también que no se preocupaba de los juegos como si fuera un niño.

Si de nuevo se le hubiese preguntado: «¿De qué modo estás preparado para vivir tu vida de hombre?», Yuan habría respondido: «He leído centenares de libros y he aprendido en ellos cuanto se puede saber en esa nación extranjera». Y esto era verdad, pues durante aquellos seis años vivió tan solo como un pájaro en su jaula. Se levantaba temprano todas las mañanas, leía sus libros, y cuando sonaba una campana en la casa donde vivía, bajaba la escalera para desayunarse, comiendo por lo general en silencio, pues no le interesaba lo más mínimo conversar con ninguno de los que allí vivían, ni aun con la mujer a quien pertenecía la casa. ¿Para qué iba a perder el tiempo hablando con ellos?

Al mediodía almorzaba, entre otros estudiantes, en el espacioso comedor destinado a este fin. Y por las tardes, si no tenía trabajo en el campo o en compañía de sus maestros, hacía lo que más le gustaba. Iba a la gran biblioteca, se sentaba ante los libros y leía o tomaba apuntes de cuanto le interesaba, sobre los más diversos asuntos. En aquellas horas reconocía que los pueblos occidentales no eran, como Meng solía decir amargamente, una raza salvaje, sino, a pesar de la rudeza de la gente vulgar, pueblos muy instruidos y cultos. Muchas veces oyó Yuan decir a sus compatriotas, que estaban allí con él, que en el conocimiento de lo material estaban muy adelantados los forasteros, pero que en lo que se relacionaba con la vida del espíritu eran bastante ignorantes. Pero ahora, viendo aquellos cuartos llenos de libros de filosofía, de poesía, de arte, Yuan se decía si era posible asegurar que su país era superior a aquel, aunque se habría guardado muy bien de confesar esta duda en voz alta. Hasta llegó a encontrar, traducidas, las máximas de los más antiguos y modernos sabios de su tierra, y los libros que trataban de las artes en Oriente. Estaba saturado de todo este saber, envidioso del pueblo que lo poseía y al que odiaba por ello. No quería recordar que en su tierra un hombre corriente no sabía leer, y menos aún las mujeres.

Yuan había experimentado dos diferentes sentimientos o estados de ánimo desde que partió para el extranjero. Cuando empezó a recobrar sus fuerzas y a sentirse bien, a bordo, después de aquellos tres días de muerte, estaba contento de vivir. Y esta alegría se le contagió al ver el agrado con que Sheng hacía el viaje, y su gozo ante los panoramas y paisajes que contemplaba y ante la grandeza de los países extranjeros. Yuan desembarcó en estas nuevas playas con el entusiasmo de un niño que entra a ver un espectáculo y dispuesto a sentirse encantado con todo lo que viera.

Encontró que todo era maravilloso. Cuando llegó a la gran ciudad portuaria del país occidental, le pareció que todo lo que antes había oído era inferior a la realidad. Las casas eran más altas de lo que esperaba o suponía, las calles estaban pavimentadas con igual perfección que los suelos de las habitaciones de las casas, y tan limpias, que uno podría haberse sentado o tendido a dormir en ellas sin ensuciarse. Todo el mundo parecía maravillosamente limpio. La blancura de su piel y la limpieza de sus trajes eran gratas a la vista, y todos parecían ricos y bien nutridos.

Yuan se sentía feliz de no ver a los pobres mezclados con los ricos. Allí los ricos iban y venían más libremente por la calle, y no había mendigos que les tirasen de las mangas y clamaran por una limosna. Aquella era una tierra en la que valía la pena vivir, pues todos tenían en ella lo bastante, y cada cual podía comer alegremente, ya que todos comían.

Yuan y Sheng pasaron los primeros días admirando cuanto les rodeaba. Toda aquella gente vivía en palacios; al menos, así les parecía a los dos jóvenes, que antes no, habían visto casas semejantes. En aquella ciudad, las calles que no tenían tiendas estaban sombreadas por árboles, y las familias no necesitaban construir grandes murallas en torno a sus casas, sino que cada jardín se extendía hasta el jardín del vecino. Dejaba maravillados a Yuan y Sheng el observar que, por lo visto, todo el mundo confiaba en el vecino y no era menester que levantase paredones para protegerse contra los robos del prójimo.

Al principio, todo parecía perfecto en aquella ciudad, los altos edificios se alzaban tan definitivamente contra el azul metálico del cielo, que parecían poderosos templos, aunque no tuvieran dioses en el interior. Y entre ellos circulaban miles y miles de vehículos, ocupados por hombres ricos y por sus mujeres, y hasta la gente que iba a pie parecía hacerlo con gusto y no por obligación. Yuan dijo a Sheng, en aquellos días de primera impresión:

—Algo debe de andar mal en esta ciudad cuanto todo el mundo se dirige tan velozmente hacia algún sitio.

Pero cuando observaron, se dieron cuenta de que la gente iba alegre, reía con frecuencia, y su charla, alta y sonora, parecía contenta lejos de toda tristeza. No había nada que anduviera mal, y si la gente iba de prisa era porque le gustaba ir así, porque aquel era su modo de ser.

Indudablemente, había un extraño poder en el aire de aquella ciudad y en la luz del sol. Mientras que en la patria de Yuan el aire solía ser soñoliento y propicio al cansancio, de tal suerte que en verano había que dormir mucho y en invierno no se deseaba más que estar encerrado en un sitio con un poco de calor y de sueño, en esta otra tierra los vientos y la luz estaban llenos de una violenta y confortable energía. Yuan y Sheng andaban más de prisa que antes, y todo el mundo se movía como las partículas que danzan en un rayo de sol.

Empero, en aquellos primeros días, cuando todo parecía placentero y digno de gozo, Yuan encontró algo que turbó por un momento su placer. Aun ahora, que habían pasado seis años, no podía decir que hubiese olvidado por completo aquel asunto, aunque era, a la postre, una pequeñez. Al segundo día de desembarcar, Sheng y él fueron a un restaurante en el que comía mucha gente y donde había personas que no parecían tan ricas como las otras, pero que, al menos, podían comer lo que se les antojaba. Cuando entraron, Yuan sintió que todos aquellos blancos los miraban con fijeza, como si no les gustase su presencia, y se apartaban a su paso, aunque de esto se sintió complacido, pues aquella gente blanca despedía un olorillo extraño para sus

narices, algo parecido al olor de una leche coagulada que los blancos solían tomar; quizás el olor no fuera tan malo, pero era bastante parecido. Cuando entraron, una doncella les tomó los sombreros para dejarlos junto a los de otros hombres, pues así era la costumbre. Y cuando volvieron para reclamarlo, la doncella sacó una porción de sombreros a la vez, y un hombre que había delante de Yuan cogió el sombrero de este y se lo encasquetó, confundiéndolo con el suyo, pues eran del mismo color azul oscuro. Y se iba con el sombrero puesto, cuando Yuan lo detuvo, viendo la equivocación, y le dijo cortésmente:

—Señor, este es su sombrero. El mío, que es de clase inferior, es el que ha tomado usted por distracción. Ha sido culpa mía. Soy muy torpe.

Y se inclinó, mientras le tendía el sombrero que no era suyo.

Pero el otro, un hombre de edad madura y de mirada desagradable, oyó con impaciencia las palabras de Yuan, y, tomando su sombrero, se quitó el otro con gesto de disgusto y no se detuvo sino para decir dos palabras o, mejor dicho, para escupirlas.

Yuan se quedó mirando su sombrero y sin ganas de ponérselo, pues no le había gustado la brillante cabeza del otro, y menos aún su ingrata voz. Sheng se le acercó, preguntándole:

—¿Por qué estás ahí como si te hubiera caído un rayo?

Yuan le contestó:

—Ese hombre me ha herido con dos palabras que no he entendido, pero que sé que son desagradables y malas.

A esto rio Sheng, pero con un asomo de amargura en su risa.

—Te habrá llamado extranjero del diablo —dijo.

—Eran dos palabras malas, eso lo sé —dijo Yuan, turbado. Y disminuyó su alegría.

—Nosotros somos aquí extranjeros —dijo Sheng después de un momento. Y añadió, encogiéndose de hombros—: Todos los países son lo mismo, primo.

Yuan no dijo nada más. Pero ya no se sentía tan feliz con todo lo que veía. En el fondo, brotaba su propia naturaleza, resistente y porfiada. Él, Yuan, hijo de Wang el Tigre, nieto de Wang Lung, seguiría siendo siempre él mismo y nunca se perdería entre millones de hombres extraños.

Aquel día no pudo olvidar el incidente hasta que Sheng le encontró de nuevo y le dijo con sonrisa maliciosa:

—No olvides que, en nuestra tierra, Meng le habría gritado al hombre que era un extranjero del diablo, y la herida se habría producido en el otro.

Y después de un rato empezó a distraer a Yuan, haciéndole ver esto o aquello, hasta que consiguió apartar en su mente el pensamiento que le molestaba.

En días sucesivos y en los años que siguieron, en los que hubo tanto que ver y admirar, Yuan pudo decirse que había olvidado aquella pequeñez. Pero no la había olvidado. Tan claramente como el día que sucedió, seis años atrás, veía ahora los

encolerizados ojos de aquel hombre, y aún podía sentir la herida, que le parecía injusta.

Mas, si no lo había olvidado, por lo menos estaba en lo más hondo de su memoria y sólo brotaba en escasas ocasiones. Yuan y Sheng vieron juntos muchas cosas bellas en los primeros días de hallarse en el país extranjero. Fueron en un tren que los llevó, entre altas montañas, por un paisaje en el que, si bien la cálida primavera brotaba en las laderas de las primeras estribaciones, las cumbres estaban cubiertas de nieve, blancas y finas contra el azul del cielo. Y entre aquellas montañas había oscuros desfiladeros, por los que se despeñaban aguas profundas y espumeantes. A Yuan le parecía que aquello no era real, sino más bien un cuadro que un alborotado pintor hubiese puesto junto al tren, un cuadro extraño, de violentos colores y no hecho por las rocas, las aguas y las tierras de que su lejano país estaba formado.

Cuando dejaron atrás las montañas, pasaron por unos valles igualmente extraños y por campos extensos sobre los que se movían máquinas como bestias pesadas, para hacer fértil la tierra y obtener gigantescas cosechas. Yuan lo vio todo claramente, y esto le pareció casi más maravilloso que las montañas.

Miraba las máquinas y recordaba al viejo granjero que le había enseñado a coger bien el azadón y a dejarlo caer en el sitio justo. Así seguiría trabajando su tierra aquel labrador, y como él otros muchos. Recordó cómo estaban labrados los plantíos del viejo campesino, unos apretados contra otros, verdes a costa del sudor del hombre que los cuidaba, abonados con su estiércol, de suerte que cada planta crecía con toda su riqueza y cada pie de terreno rendía todo su valor. Pero allí nadie se preocupaba de cuidar cada una de las plantas ni cada metro de tierra. Allí los campos se medían por millas y las plantas eran incontables.

En aquellos días, todo, excepto las palabras del hombre del sombrero, le pareció admirable a Yuan y mejor de lo que era en su tierra; los pueblos eran limpios y prósperos y aunque podía reconocer la diferencia entre la mirada de un hombre que viviera en el campo y otro que habitase la ciudad, no andaba el campesino envuelto en su abrigo, ni las casas estaban hechas de tierra y paja, ni las aves y los cerdos campaban por sus respetos en las haciendas. Todo esto era admirable para él.

Empero, sentía algo extraño en aquella tierra durante los primeros días, algo que no se parecía en nada a la suya. Y aun cuando hubo pasado el tiempo y conoció mejor aquella tierra, ya en sus paseos a lo largo de los caminos, ya trabajando una parcelita para él junto al colegio, no pudo olvidar la diferencia. Aunque la tierra que alimentaba a los hombres blancos era la misma que nutría a los de la raza de Yuan, este sentía que no era aquella en que sus antepasados habían sido enterrados. Esta tierra estaba fresca, libre de huesos humanos, todavía indomada, pues los de esta raza no contaban aún con suficientes muertos para saturar el suelo con sus esencias. Yuan sabía que el suelo de su patria estaba saturado con la humanidad que la había habitado en todos los tiempos. Esta tierra era todavía más poderosa que el pueblo que la cultivaba y trataba de dominar; por ello, seguramente, se notaba en las caras de los

blancos campesinos cierta rudeza salvaje, por encima de sus conocimientos y de sus riquezas.

Aquella tierra no estaba conquistada. Las millas de montañas boscosas; las ramas y las hojas caídas bajo los grandes árboles abandonados; las tierras abandonadas al pasto de los animales; las grandes carreteras descuidadas que se dirigían a todas partes, todo esto demostraba que la tierra no había sido conquistada todavía. Los hombres usaban cuanto les era necesario, sacaban más fruto del que podían vender, echaban abajo los árboles y cultivaban sólo aquellos campos que les parecían mejores, dejando abandonados los otros; pero la tierra era mayor de lo que ellos podían requerir para su uso, más grande que los hombres que la trabajaban.

En la patria de Yuan, la tierra había sido dominada y los hombres eran los dueños. Allí, las montañas habían sido privadas de sus bosques muchos años atrás, y ahora estaban desprovistas hasta de los matojos que podían servir para encender fuego y calentar a los hombres. Estos sacaban espléndidas cosechas de los más menguados campos y forzaban a la tierra para que rindiera. Y a la tierra entregaban sus sudores, sus residuos, sus cadáveres, hasta que ya no quedaba en ella virginidad alguna. Los hombres de su tierra hacían del suelo algo que les pertenecía, lo hacían brotar con sus propias existencias; sin esto, aquellos campos habrían quedado exhaustos desde hacía muchos años, transformados en un vientre seco y vacío.

Así veía Yuan aquella nueva tierra y su secreto. Al ponerse a trabajar en su trozo de tierra, allí, pensó qué tendría que echarle para que produjera, pero pronto se dio cuenta de que se hallaba enriquecida por su propio y no usado poder. Por poco que se le diera, brotaba con generosidad, con una vida demasiado fuerte para los hombres.

¿Cuándo pudo Yuan mezclar el odio a esta admiración? Al cabo de seis años, mirando atrás, vio el segundo paso que había adelantado en este odio.

Yuan y Sheng se separaron muy poco tiempo después de este viaje en tren, porque Sheng se prendó de una gran ciudad donde encontró otros de sus mismos gustos y donde las escuelas eran mejores para lo que él quería aprender: poesía, música y filosofía. A Sheng no le importaba nada la tierra, que tanto interesaba a Yuan. Este se dedicó en el país extranjero a lo que siempre había esperado hacer: aprender a cultivar las plantas y trabajar el suelo. Lo hizo con tanta más afición cuando creía que la riqueza de aquellas gentes dependía de la abundancia de productos que daba la tierra. Dejó a Sheng en aquella ciudad y él se fue a otra, donde había un colegio en que podía estudiar lo que le interesaba.

Lo primero que tenía que hacer era encontrar un sitio donde comer y dormir, un cuarto al que llamar su casa en aquel país extranjero. Cuando llegó al colegio fue cortésmente recibido por un hombre de pelo gris, que le dio una lista de algunas casas donde podía encontrar habitación y comida. Yuan se dedicó a buscar la mejor que hubiera. La primera puerta a la que llamó fue abierta por una mujer grande y madura que se enjugaba los anchos brazos desnudos en un delantal atado a su gruesa cintura.

Nunca había visto Yuan una mujer de semejante conformación. No le agradó su

mirada desde el primer momento, pero preguntó con amabilidad:

—¿Está en casa el dueño?

La mujer se puso las manos en las caderas y contestó con voz bronca y pesada:

—Esta casa es mía y no pertenece a ningún hombre.

Al oír esto, Yuan dio media vuelta y se fue, prefiriendo cualquier otra casa y pensando que no era posible que hubiese muchas mujeres tan repugnantes como aquella. Desde luego prefería vivir en una casa donde hubiera un hombre. Aquella mujer era algo increíble. Sus pechos y sus caderas eran enormes, y en su cabeza brotaban unos cortos y escasos cabellos, de tal naturaleza, que Yuan no hubiese jamás pensado que pudiesen crecer en una cabeza humana. Eran de un color entre rojizo y amarillo, emporcados con grasa de cocina y con humo. Bajo estos extraños cabellos velase la cara redonda, roja también, pero de un rojo distinto, purpúreo. En aquella cara se movían dos ojos agudos y brillantes como porcelana nueva. Yuan no pudo mirar a la mujer y bajó los ojos. Entonces vio los anchos, enormes pies. Tampoco pudo soportarlos, y se alejó a toda prisa, no sin inclinarse a modo de despedida.

Llamó a otras dos puertas donde se anunciaba que había cuartos para alquilar, y en ambas fue rechazado. Al principio no podía comprender por qué razón. Una mujer le dijo:

—Están ocupados todos los cuartos.

Pero Yuan se daba cuenta de que era mentira, mirando el cartel que anunciaba las piezas desocupadas. Y esto sucedió una vez y otra. Por fin comprendió. Un hombre le dijo brutalmente:

—Nosotros no admitimos huéspedes de color.

Al principio no supo exactamente lo que querían decir, pues no consideraba que su pálida y amarilla piel no fuese la usual sobre cualquier carne humana, ni que sus ojos y su pelo negro no fuesen los que un hombre cualquiera pudiese tener. Pero en un momento comprendió, pues había visto algunos hombres negros, acá y allá, en el país en que estaba, y notado que los hombres blancos no los tenían en muy alta estima.

Una oleada de sangre le subió desde el corazón. El hombre, viendo que la cara de Yuan se encendía a la vez que se hacía más oscura, dijo como excusándose:

—Mi mujer tiene que ayudarme para salir adelante, pues los tiempos están difíciles. Tenemos huéspedes fijos, que no seguirían en esta casa si vieran que dábamos habitaciones a extranjeros. Hay sitios donde los admiten, sin embargo.

Y el hombre citó el número y la calle que correspondían a la casa donde había encontrado a la repugnante mujer.

Este fue el segundo escalón de su odio.

No dejó de dar las gracias al hombre, con orgullosa cortesía. Volvió a la primera casa, y, apartando los ojos de la mujer, le dijo que deseaba ver la habitación que se alquilaba. Le gustó la habitación; era un cuartito situado en el piso alto, inmediatamente bajo el tejado y cortado por una caja de una escalera a uno de los

lados. Si lograrse olvidar la existencia de la mujer, aquella habitación sería bastante buena. Se veía trabajando allí, silenciosamente, y le gustaba el declive del tejado que se veía desde su mesa, la cama, el sillón y la cómoda que el cuarto tenía. Decidió tomarlo, y aquella fue su habitación durante seis años.

Por cierto que la mujer no resultó tan mala como parecía. Viviendo en esta casa, año tras año, mientras estuvo yendo al colegio, fue viendo que la mujer le tomaba afecto y le trataba con ternura creciente, ternura que él podía descubrir bajo la apariencia desagradable y los modales groseros. En aquel cuarto vivió Yuan tan ordenadamente como un sacerdote, con sus pocos bienes siempre colocados en los lugares que les había señalado. La mujer iba para ver si estaba bien y cómodo, y se complacía al verlo satisfecho, diciéndole:

—Si todos mis hijos fueran como usted, Wang, y tan sencillos en su vida, yo sería ahora una mujer diferente.

Sí. Yuan halló que aquella mujer ruda, al cabo de unos días, le demostraba ser una persona amable, aunque, claro está, a su modo. A pesar de sentirse sobrecogido al oír la voz enorme de la mujer, de temblar al mirar sus grandes brazos desnudos hasta los hombros, le estaba agradecido cuando encontraba unas cuantas manzanas en su cuarto y comprendía que era una amabilidad el que le gritara desde el otro lado de la mesa:

—He guisado un poco de arroz para usted, míster Wang. ¡Me doy cuenta de que le cuesta trabajo acostumbrarse a comerlo sin eso que usan ustedes! —Y añadía, con una risa desbocada y rugiente—: Pero el arroz es lo que yo sé preparar mejor... Porque ratas, serpientes, perros y todas esas cosas que comen ustedes, no puedo yo proporcionárselas.

Parecía no oír las protestas de Yuan, que afirmaba que en su tierra no se comían tales cosas. Después de algún tiempo aprendió a responder con una sonrisa silenciosa a las bromas de la mujer y recordaba en aquellos instantes cómo ella se empeñaba en darle de comer más de lo que él podía insistiendo en atiborrarle, y cómo conservaba su cuarto siempre templado y limpio. Más todavía: si ella notaba que un guiso le gustaba a Yuan, se esmeraba en dárselo lo mejor hecho que podía. Aprendió también a no mirar a la cara de la mujer, que aún le resultaba desagradable, y a pensar solamente en su buena intención. Y la apreció más cuando fue viendo, al conocer a la gente de la ciudad, por una u otra causa, que había otras mujeres mucho peores que ella, dedicadas a alquilar piezas en sus casas; mujeres de lenguas venenosas, que escatimaban la comida de sus huéspedes y odiaban a cualquiera que no fuese de su raza.

Lo que a Yuan le resultaba más extraño, cuando se detenía a pensarlo, era que aquella mujer pudiera haberse casado. En su tierra no habría sido de extrañar, pues allí, antes de que viniesen los nuevos tiempos, cada cual tenía que casarse con quien le señalaban, aunque fuera una mujer fea. Pero en aquella tierra, en que los hombres se casaban con las mujeres por ellos elegidas... ¡Y tal mujer había sido elegida por un

hombre libre! ¡Y había tenido de él una hija, que ahora contaba unos diecisiete años y que vivía con ella!

Aquí había otra cosa extraña: la muchacha era bella. Yuan, que nunca pensó que una mujer blanca pudiera ser verdaderamente bella, se daba cuenta de que la joven, a pesar de toda su blancura, era hermosa. Había heredado de su madre el cabello rubio, que en ella era algo juvenilmente mágico, en bronceos rizos, cortados en melena, enmarcando la linda cara y el blanquísimo cuello. También tenía los ojos de su madre, pero más tiernos y suaves, más oscuros y grandes, y usaba cierto artificio indiscreto para hacer aparecer sus pestañas y sus cejas con un color castaño, en vez del pálido que tenían las de su madre. Sus labios eran suaves y plenos, muy rojos, y su cuerpo, elegante como el de un árbol joven. Las manos de la muchacha eran finas, de agradable línea, pero no delgadas, y llevaba las uñas largas y pintadas de rojo. Vestía —y Yuan lo notó, como los otros jóvenes— con telas de tan poca consistencia, que sus estrechas caderas, sus pechos y todas sus inquietantes líneas de su cuerpo se señalaban a través de sus ropas. Bien sabía ella que los muchachos veían esto, que Yuan lo veía. Y cuando este se percató de que ella notaba que él lo veía, sintió un extraño temor por la muchacha, que pronto se trocó en disgusto y en desagrado, lo que le hizo mantenerse alejado y responder con inclinaciones de cabeza a los saludos que ella le dirigía. Yuan se alegraba de que la voz de la muchacha no le fuera agradable. Gustaba de las voces bajas y dulces y la de la joven no era de ninguna de las dos clases. Cualquiera cosa que ella dijera, sonaba demasiado agudamente, de un modo nasal. Así, pues, cuando Yuan se sentía atemorizado al notar la suavidad de su mirada, o si por casualidad ella se sentaba junto a él a la mesa, y sus ojos caían en la blancura del cuello de la mujer, se alegraba de que no le gustara su voz... Al cabo de un tiempo halló otras cosas que tampoco le gustaba de ella. No quería ayudar a su madre en los quehaceres de la casa, y cuando, a las horas de comer, le decía que llevase algo a la mesa, la joven se levantaba refunfuñando y decía:

—Siempre te olvidas de algo, madre, cuando pones la mesa.

Tampoco quería meter las manos en agua que tuviera grasa o suciedad de platos, pues se preocupaba mucho de su belleza. Durante aquellos seis años, Yuan se sintió satisfecho de que no le gustaran los modales de la muchacha, y mantuvo este disgusto con claridad en su mente. Podía mirar sus lindas manos y pensar que eran inútiles, que no servían a nadie para nada. Y aunque a veces no pudiera evitar el sentir la atracción momentánea de aquellas manos cerca de él, no dejaba de recordar las dos primeras palabras que le fueron dirigidas en aquella tierra extraña. Era un extranjero también para la muchacha. Pensando, llegó a deducir que las dos clases de piel que cubrían sus cuerpos, el suyo y el de la joven, eran ajenas la una a la otra; y fue feliz de mantenerse aparte, alejado de ella, siguiendo su camino solitario.

No. Se lo había dicho a sí mismo. Ya bastaba. Ya sabía con exceso lo que podía dar de bueno una muchacha: traicionarle, como hizo la otra. Y si le traicionaban en aquella tierra extraña, no habría en ella nadie que le auxiliara. No; mejor era seguir

aparte, lejos de las mujeres. Se habituó a no mirar a la joven, a no mirar sus pechos y a rechazar insistentemente las proposiciones que ella le hacía de ir a alguna parte para bailar, pues tenía el atrevimiento de invitarle.

Empero, hubo noches en las que Yuan no pudo dormir. Tendido en su cama, recordaba a la muchacha muerta, y se preguntaba con tristeza qué sería aquello que ardía entre un joven y una muchacha en cualquier parte del mundo. En las noches de luna, especialmente, no podía dormir. Y si se dormía, era para despertar pronto y mirar las silenciosas y danzantes sombras de las ramas de un árbol en la blanca pared de su cuarto, que brillaba con el reflejo lunar. Por último, cansado, entornaba los ojos y se decía: «¡Ojalá no brillara tanto la luna!... Esta luz me hace echar de menos algo..., algo como una casa que nunca he tenido».

Pues aquellos seis años fueron de gran soledad para Yuan. Cada día se iba hundiendo en una soledad más profunda. Exteriormente, era cortés y hablaba con cualquier persona que le hablase, pero a nadie saludaba el primero. Día a día se fue cerrando a todo lo que no le gustaba en aquella tierra. Su orgullo innato, el orgullo de hombres que eran viejos antes de que el mundo occidental comenzara, empezó a crecer en él. Aprendió a soportar en silencio una furiosa mirada que le dirigieran en la calle; distinguió las tiendas en que podía entrar para comprar lo que necesitaba, dónde podía ir para que le afeitaran o le cortaran el pelo, pues había tenderos que se negaban a atenderlo, unos rehusaban descaradamente, otros pidiendo el doble del valor, otros, en fin, diciendo con fingida cortesía:

—Tenemos que ganarnos la vida aquí, y no nos gusta entablar comercio con extranjeros.

Yuan aprendió a no responder nada, ni a la grosería ni a la falsa finura.

Pasó largos días sin hablar con nadie, y llegó a ser como un extraño perdido en aquella rauda vida ajena. No era frecuente que le preguntaran algo sobre su tierra. Los hombres y las mujeres blancos vivían tan ocupados en sí mismos, que nunca se interesaban en saber lo que otros hacían; o si oían alguna referencia, se limitaban a sonreír con aire tolerante, como si compadecieran la ignorancia ajena. Algunas ideas falsas que Yuan notó que tenían sus compañeros de colegio, el peluquero y la dueña de su casa de huéspedes, como aquella de que sus paisanos comían ratas y serpientes, o fumaban opio, o que todas las mujeres chinas se vendaban desde chicas los pies para no dejarlos crecer, o que los hombres se dejaban el pelo solamente en la coronilla para hacer con él una larga coleta, le hacían, al principio, contradecir enérgicamente tales ignorancias. Juraba que allí nadie comía ratas ni serpientes, y habló de Ai-lan y de sus amigas, que bailaban tan libremente como cualquier doncella pudiera hacerlo. Pero era inútil, pues cuanto decía lo olvidaban a poco y seguían recordando las mismas cosas. El resultado fue que Yuan, cuanto más honda y frecuente era su indignación, más pronto empezó a olvidar que hubiese alguna exactitud o verdad en lo que ellos dijese, y terminó por creer que toda su tierra era como aquella ciudad costera y que todas las muchachas de su país eran Ai-lan.

Había un muchacho, compañero de Yuan en dos de las clases en que estudiaban agricultura, que era hijo de un granjero. Era un mozo de buen corazón, buen amigo de todos. Yuan no le había hablado cuando se sentó junto a él en los bancos de la clase; pero el muchacho le hablo primero. A veces, salía con él hasta la puerta y daban unos paseos al sol, conversando. Un día le pidió a Yuan que pasearan más tiempo. Este no había hallado todavía tal afabilidad, y fue dulce para él encontrarla, pues había vivido muy solitario.

No tardó en contar su historia al nuevo amigo. Juntos se sentaron a descansar bajo un árbol que se inclinaba al borde del camino, y allí hablaban largamente. Muy pronto, su compañero de clases le dijo:

—Oye, llámame Jim. ¿Cómo te llamas tú?

—Wang. Yuan Wang.

—Yo me llamo Barnes. Jim Barnes.

Yuan le explicó que en su tierra el apellido se usaba primero, y que para él era extraño oír su nombre como el muchacho lo había dicho. Esto divirtió al amigo; ambos dijeron sus nombres invertidos, y rieron de buena gana.

Con estas charlas y frecuentes risas creció la amistad, y pasaron a otros temas de conversación. Jim le contó a Yuan que había pasado toda su vida en una hacienda. Le dijo:

—La granja de mi padre tiene unas doscientas hectáreas.

Yuan comentó:

—Debe de ser muy rico, entonces.

Jim le miró sorprendido, y respondió:

—Eso, aquí, es una granja pequeña. ¿Sería grande en tu tierra?

Yuan no le contestó directamente. Se sintió molesto al recordar lo pequeñas que solían ser las granjas en su tierra, y, temiendo la burla del otro, respondió:

—Mi abuelo era dueño de muchas tierras, y era llamado el Rico. Pero nuestros campos son muy *feraces*^[5], y a un hombre le basta con poco para vivir en ellos.

Luego le habló de la gran casa que Wang el Tigre tenía en la ciudad, y del propio Tigre, al que llamó ahora general y no señor de la guerra. Luego habló de la ciudad de la costa, de la señora, de Ai-lan, de las diversiones modernas que a esta le gustaban. Día tras día, Jim le agobiaba con preguntas. Yuan hablaba, sin notar casi que lo hacía. Pero le era dulce y grato hablar después de haber estado tan solo en aquella tierra extraña, más solo de lo que pensó. Los breves diálogos que interrumpían esta soledad significaban mucho para él, aunque, si le hubieran preguntado sobre ello, les habría negado toda importancia. Una y otra vez habían ofendido su orgullo nativo, pero esto no había disminuido su propia estimación. Ahora era delicioso para él sentarse junto a aquel muchacho blanco y hablarle de las glorias de su raza, de su familia y de su nación. Era un bálsamo para sus heridas ver los ojos de Jim abrirse, llenos de asombro, y oírle decir humildemente:

—Nosotros debemos de parecerle harto pobres... Hijo de un general, con tantos

criados y... Me gustaría invitarte a mi casa este verano, pero no me atrevo, después de todo lo que tenías...

Entonces, Yuan le daba las gracias cortésmente y le decía:

—Estoy seguro de que la casa de tu padre es muy hermosa, y será muy agradable para mí.

Y le complacía la admiración que sus palabras causaban en Jim.

Lo curioso era que Yuan experimentaba tal placer con estas conversaciones, que llegó, sin darse cuenta, a convencerse de que su tierra era como él decía. Olvidó que había odiado a Wang el Tigre, sus guerras y su soldadesca, y llegó a pensar que el Tigre era un noble general que ahora descansaba en sus mansiones. Olvidó el villorrio donde Wang Lung vivió, sufrió y luchó con el trabajo y la astucia, y recordó de su niñez solamente aquellos patios de la gran casa de la ciudad, la casa que construyó su abuelo. Llegó a olvidar hasta la casita pobre y los millones de casas como aquella que se diseminaban por todo el país, hechas de tierra y techadas de paja, para guarecer a pobre gente y a los animales junto con los hombres. Recordó solamente la ciudad del litoral, con todos sus ricos y sus diversiones. De suerte que cuando Jim le preguntaba:

—¿Tenéis automóviles allá? ¿Tenéis casas como las nuestras?

Yuan contestaba sencillamente:

—Sí, tenemos de todo eso.

No es que mintiera. En cierto modo, decía la verdad y, en realidad, creía que decía lo cierto, pues, al pasar de los días, su lejana patria se fue tornando perfecta a sus ojos. Olvidó todo lo que no era hermoso, las miserias que en todas partes se encuentran, y le pareció que allí todos los hombres eran honrados y felices, todos los criados eran fieles, todos los amos afables, todos los hijos sumisos, y virtuosas y modestas todas las muchachas.

Tanto llegó a creer en su distante terruño, que un día se vio forzado a defender en público su creencia. Sucedió esto en un templo de la ciudad, al que llegó un hombre blanco que había vivido en la patria de Yuan y anunció que iba a proyectar unas películas de aquel lejano país y hablar sobre sus habitantes y sus costumbres. Yuan, que no tenía ninguna religión, no había estado nunca en aquel templo extranjero, y fue aquella noche para oír lo que el hombre decía y ver lo que iba a proyectar.

Sentóse entre el público, y desde que vio al viajero notó que no le agradaba. Era un sacerdote de una clase de los que había oído hablar, pero que nunca había visto; uno de los que, según le habían enseñado en la escuela de guerra, iban a su tierra a hacer de la religión un comercio y a atraer a la gente sencilla hacia su secta con propósitos secretos, que muchos adivinaban, pero que ninguno conocía, excepto que todos sabían que ningún hombre deja su propio país si no va en busca de alguna ganancia. Era muy alto, de labios apretados y ojos hundidos en la cara curtida. Empezó a hablar.

Habló de los pobres en la tierra de Yuan, de las épocas de hambre, de cómo en algunas partes los niños eran matados al nacer, de que la gente vivía en cabañas, y

otras mentiras por el estilo. Yuan las oyó todas. Entonces el hombre empezó a mostrar sus películas, relativas a lo que antes había dicho. Yuan vio mendigos que le hacían muecas desde la pantalla; leprosos con rostros carcomidos; niños hambrientos, con barrigas hinchadas, aunque vacías; estrechas calles abarrotadas de gente y de hombres que acarreaban bultos demasiado grandes incluso para haber sido llevados por bestias. Todos estos males se estaban exponiendo allí, y él no los había visto en su vida. Al final, el hombre dijo solemnemente:

—Ya ven ustedes que nuestro Evangelio necesita ser predicado en esa tierra. Necesitamos vuestras plegarias; necesitamos vuestra limosna.

Y entonces se sentó.

Pero Yuan no pudo soportarlo. Durante aquella hora, su rabia había crecido, mezclada con la vergüenza y la decepción de ver revelados ante aquel ignorante y embobado público extranjero los defectos de su tierra. Y más que tales defectos (pues él nunca había visto semejantes cosas) le parecía que el extraño cura había ido rebuscando los males para exponerlos a la mirada del mundo occidental. Lo que le irritó fue ver que, al terminar, el hombre pedía dinero para aquellos males que tan cruelmente había descubierto.

El corazón de Yuan se deshizo con furor. Se puso en pie de su salto, apretó las manos contra el respaldo de la silla que tenía delante y gritó fuertemente, llameantes los ojos, rojas las mejillas, tembloroso el cuerpo:

—¡Todo lo que ese hombre ha mostrado y ha dicho es mentira! ¡No hay tales cosas en mi tierra! ¡Yo nunca las he visto! ¡Nunca he visto leprosos! ¡No he visto niños coma esos! ¡Ni casas como esas! ¡En la mía hay muchas habitaciones, y hay muchas casas como la mía! ¡Este hombre ha acumulado mentiras para sacarles a ustedes el dinero! ¡Yo..., yo hablo en nombre de mi patria! ¡No queremos a este hombre ni queremos el dinero! ¡No necesitamos nada de ustedes!

Gritó esto y sentóse, apretando los labios para contener el llanto. La gente guardó silencio, extrañada y asombrada por lo que había sucedido.

En cuanto al hombre, escuchó todo esto sonriendo débilmente. Luego se levantó y dijo con suavidad:

—Veo que este joven es un estudiante moderno. Bueno, jovencito, todo lo que yo puedo decir es que he vivido entre los pobres, como los que os he mostrado, más de la mitad de mi vida... Cuando vuelva usted a su tierra, vaya usted a los pueblecillos del interior, donde yo he vivido, y yo mismo le enseñaré todas esas cosas... Vamos a rezar, para concluir.

Yuan no pudo quedarse para aquella oración, que juzgaba una burla. Salió a la calle y se dirigió, no sin tropezar alguna vez, a su casa. Por el camino oyó lo que le faltaba para colmar su enojo. Dos hombres pasaron junto a él, sin saber quién era, y Yuan oyó que uno de ellos decía:

—Fue divertido ese muchacho chino, levantándose para protestar, ¿no? Me gustaría saber cuál de los dos dice la verdad.

Y el otro repuso, bostezando:

—Los dos, a mi juicio. Es más seguro no creer todo lo que se oye decir a una persona. Pero ¿qué nos importa lo que sean esos extranjeros? ¡No tienen nada que ver con nosotros!

—Así me parece —dijo su interlocutor con indiferencia—. Me temo que mañana va a llover.

Y ambos siguieron su camino.

Oír esto hirió a Yuan más que si los hombres se hubieran preocupado por aquel asunto. Le parecía que debían haberse interesado, aunque el cura hubiese tenido razón; pero desde el momento en que mentía, debían haberse preocupado de averiguar la verdad. Se fue a su habitación, iracundo, y se tendió en la cama para llorar un poco de puro furor, decidido a hacer algo para que aquella gente conociera la verdadera grandeza de su tierra.

Después de tales disgustos, el muchacho amigo consolaba a Yuan con su interés. Encontró en aquel mocetón campesino un alivio a su fastidio, le habló de su patria, de los sabios que habían formado el notable espíritu de sus antepasados y forjado los sistemas por los que los hombres vivían en el presente; de tal modo que en aquella hermosa y lejana tierra no había tanta disolución y malicia como en esta. Allí, hombres y mujeres vivían en decencia y ordenada bondad, y la belleza brotaba de esta bondad misma. Allí no necesitaban leyes como las que se habían dado en las tierras extranjeras, por las que hasta los niños necesitaban ser protegidos y las mujeres amparadas legalmente. En su patria, decía Yuan con satisfacción y creyendo en lo que decía, no había necesidad de semejantes leyes para los niños, pues nadie les hacía daño —y olvidaba lo que su misma madre le había hablado sobre este asunto—; en cuanto a las mujeres, vivían seguras y honradas en sus propios hogares.

—¿Entonces no es cierto que las mujeres se vendan los pies? —le preguntó el muchacho blanco.

Yuan contestó con seguridad:

—Esa era una costumbre antiquísima, por el estilo de la vuestra, cuando las mujeres se apretaban la cintura. Hace tiempo que eso pasó a la historia, y ya no se ve en ninguna parte.

Así defendía Yuan a su patria, y de esta defensa hizo una ley. Ello le hacía recordar a Meng algunas veces. Ahora podía apreciar el valor de este, y se decía a sí mismo: «Meng tenía razón. Nuestra patria ha sido difamada, hundida por los otros, y es nuestra obligación ayudar a levantarla. Un día le diré a Meng que él veía más claramente que yo». Y deseó saber dónde estaría Meng para escribirle.

Podía escribir a su padre, y así lo hizo. Yuan notó que podía escribirle más amablemente, con más sinceridad que antes. Este nuevo amor por su tierra le hizo amar también a su familia. Escribió diciendo: «Gran deseo tengo de volver, pues ninguna tierra me parece tan buena como la mía. Tan pronto como regrese, volveré a casa, contento. Me quedo aquí solamente porque necesito aprender lo que después

pondré al servicio de mi país».

Y cuando puso tras esto las usuales palabras de cortesía entre hijo y padre, cerró, selló la carta y salió a la calle para echarla a un buzón. Era por la tarde de un día de fiesta. Las tiendas tenían encendidas sus luces, y jóvenes de ambos sexos andaban por las calles entonando canciones. Yuan sonreía levemente, con frialdad, al ver aquel espectáculo salvaje, y dejaba volar sus pensamientos, a la par de su carta, hasta la tranquila dignidad en que su padre vivía, solo en sus mansiones. Al fin y al cabo, su padre vivía rodeado de centenares de hombres, y vivía honradamente, según su código. Le pareció ver de nuevo al Tigre como otras veces lo había visto, sentado majestuosamente en su sillón, con la piel de tigre a la espalda, a sus pies el brasero de bronce con sus ardientes carbones, y su guardia en derredor. Un verdadero rey. Entonces, Yuan, en medio de toda aquella estridente grosería, de las voces y la desagradable música que brotaba desde los salones de baile, tuvo de su clase un claro concepto. Se apartó del bullicio y se fue solo a su cuarto, cayendo entre sus libros con más resolución que antes, sintiéndose superior a aquellos hombres, y seguro de que él tenía un remoto y real origen.

Este fue el tercer paso en su odio.

* * * *

El cuarto paso llegó muy pronto. Procedió de una causa distinta y próxima, y de algo que hizo el nuevo amigo de Yuan. La amistad entre ambos disminuyó en calor, y las conversaciones de Yuan se hicieron más frías y distantes, siempre sobre temas de trabajo, clases y explicaciones de los profesores; esto sucedió porque Yuan se fue dando cuenta de que Jim iba a la casa de huéspedes, no para verle a él, sino a la hija de la patrona.

La cosa comenzó con bastante facilidad. Una tarde, Yuan había llevado a su amigo a su cuarto, pues hacía mucha humedad y no estaba el día propicio para el paseo. Cuando llegaron a la casa, se oía música en un cuarto contiguo a la entrada, cuya puerta estaba entreabierta. Quien tocaba era la hija de la patrona, y por cierto que sabía que la puerta estaba abierta. Al pasar, Jim miró hacia dentro, vio a la muchacha y esta le dirigió una de sus incendiarias miradas. Jim le dijo a Yuan:

—¿Cómo no me habías dicho que tenías esta prenda en casa?

Yuan vio la mirada codiciosa de su amigo, y no pudo soportarla. Contestó gravemente:

—No te entiendo.

Pero aunque no entendía las palabras, comprendió la oculta intención de ellas, y esto le causó una gran desazón. Más tarde disminuyó este fastidio; pensó que un detalle tan insignificante no debía perturbar su amistad, tanto menos en aquella tierra, donde tales cosas no tenían la menor importancia.

Pero la segunda vez que esto sucedió, Yuan se sintió tan impresionado que estuvo

a punto de llorar. Fue una noche, ya tarde, cuando, habiendo comido fuera, volvía a su casa, y al entrar oyó la voz de Jim en un cuarto que era el lugar de reunión de los huéspedes. Yuan estaba muy cansado y tenía los ojos llenos de fatiga, de tanto leer libros occidentales, cuyas líneas corren de un lado a otro de la página y cansan la vista, habituada a leer de arriba abajo. Se alegró al oír la voz de su amigo, complaciéndose en la idea de un rato de compañía. Empujó la puerta, que estaba entornada, y gritó alegremente y con involuntaria ligereza:

—Estoy de vuelta, Jim... ¿Vamos a mi cuarto?

En la habitación no había más que dos personas: Jim, que tenía en la mano una caja de dulces, entre cuyas envolturas estaba hurgando, con una estúpida sonrisa en los labios, y frente a él, en una cómoda butaca, sentada en descuidada postura, la muchacha. Cuando ella vio entrar a Yuan, se echó atrás el rizado y bronceado cabello y dijo con un asomo de burla:

—Esta vez ha venido a verme a mí, míster Wang.

Entonces, al notar la mirada que se cruzó entre los dos muchachos, cómo la oscura sangre ascendió lentamente a las mejillas de Yuan y cómo su rostro, que al entrar tenía una alegre expresión, se tornaba serio, cerrado y silencioso; al ver cómo la cara del otro enrojecía y la hostilidad que crecía en su mirada, como si dijera mudamente que él podía hacer lo que le diera la gana, la muchacha exclamó con petulancia, moviendo su linda mano de rojas uñas:

—Claro está que si él *prefiere* irse...

El silencio se agigantó entre los dos hombres, y la muchacha rio. Yuan dijo, tranquilo y cortésmente:

—¿Por qué no va a hacer él lo que más le guste?

No quiso mirar de nuevo a Jim. Subió la escalera, cerró cuidadosamente su puerta y se sentó un rato en la cama, sintiendo la punzada de los celos en el corazón. Más que por otra cosa, su corazón se resentía porque no podía olvidar la mirada imbécil de los ojos de Jim cuando él entró en la sala. Le sublevaba aquella mirada en el rostro sencillo de su amigo.

A partir de entonces se tornó más altivo. Se convenció de que todos los hombres y las mujeres blancos eran la raza más soez y *rijosa*^[6] que se podía ver, y que los pensamientos de cada uno iban nada más que en busca de la lascivia del otro. Al pensar en esto, brotaron en su memoria centenares de carteles que había visto anunciando películas en los teatros a los que gustaban ir los blancos, en los cuales se exhibían descaradamente las cosas que podían atraerlos y una mujer a medio vestir. No podía, se dio cuenta de ello, regresar a casa de noche sin volver la vista hacia un rincón donde no hubiera un hombre estrechando a una mujer, las manos unidas en un contacto malicioso. La ciudad estaba llena de esto. Yuan se sentía asqueado ante la grosería que se manifestaba por doquier.

Desde entonces no estuvo tan cerca de Jim. Cuando entraba y oía su voz en cualquier parte de la casa, Yuan subía calladamente la escalera y se sumía en sus

libros. Mantuvo con Jim una relación puramente cortés si él iba a verle. Y solía hacerlo porque, con un extraño criterio que Yuan no podía entender, su inclinación hacia la muchacha no era un impedimento para su amistad con Yuan, de cuyo silencio y apartamiento parecía no darse cuenta. A veces, ciertamente, Yuan se olvidaba de la muchacha, se dejaba llevar por la charla y hasta llegaba a bromear con Jim. Pero ahora esperaba, al menos, a que Jim fuera a él. El desembarazo con que antes se dirigía a su amigo ya no era posible. Se había dicho: «Aquí estoy, si quiere algo de mí. Yo no he cambiado para con él. Que me busque cuando quiera verme». Pero, en realidad, había cambiado, aunque no lo quisiera pensar. Estaba otra vez solo.

Para buscar cierto alivio, Yuan comenzó ahora a notar todo lo que no le gustaba en la ciudad y en el colegio; y cada cosa que le desagradaba era como una estocada en su corazón herido. Oía el chirriar del lenguaje extraño en los grupos callejeros y pensaba en lo ásperas que eran las voces y la pronunciación, tan lejos de la suavidad de agua corriente que tenía su propio idioma. Notó el descuido de los estudiantes y su tartajoso hablar ante los maestros, y aumentó su concepto de sí mismo, exigiéndose más cuidado del que hasta entonces había tenido, poniendo gran cuidado al hablar, aunque usaba una lengua extraña para él. Hizo todos sus trabajos con mayor perfección, en pro de su patria. Sin darse cuenta, llegó a despreciar a aquella raza porque se propuso despreciarla. Empero, no podía dejar de sentir cierta admirativa envidia al ver su riqueza, su facilidad, los grandes edificios, las invenciones y todo lo que sabían los extranjeros acerca de la magia del aire, del viento, del agua y de la luz. Pero esta misma sabiduría y admiración hicieron que le gustara menos aquella gente. ¿Cómo habían sido capaces de desperdiciar tal fuente de energía, cómo podían confiar tanto en su propio poder y no darse cuenta nunca de cuánto se les odiaba? Un día, sentado en la biblioteca, ojeando un precioso libro que le enseñaba claramente cómo generaciones de plantas podían ser estudiadas antes de que fuesen sus semillas plantadas en el suelo, porque las leyes del crecimiento eran conocidas, quedó secretamente admirado de tal sabiduría. Y se dijo con amargura: «En mi tierra hemos estado durmiendo, con las cortinas echadas y pensando que todo el mundo dormía como nosotros y que aún era de noche. Pero hacía tiempo que era de día, y estos extranjeros estaban despiertos y trabajando. ¿Encontraremos alguna vez lo que hemos perdido durante todos esos años?».

Esta idea sumió a Yuan en hondas desesperanzas durante aquellos seis años, poniendo dentro de él lo que el Tigre había comenzado. Yuan decidió que se entregaría por completo al servicio de su país, y llegó a olvidarse, en este aspecto, de sí mismo. Anduvo y habló entre los extranjeros, y se vio a sí mismo, no como Wang Yuan, sino como a su país y su gente, como alguien que estaba, al cuidado de su propia raza, en aquella tierra ajena y extraña.

Sólo Sheng podía hacer que Yuan se sintiera joven y no tan preocupado por esta misión. Sheng no abandonó, durante los seis años, la gran ciudad que escogió para vivir en ella. Decía:

—¿Para qué voy a dejar este sitio? Aquí hay más de lo que yo pueda aprender en toda mi vida. Prefiero conocer bien este lugar que conocer mal otros. Si llego a conocer esta ciudad, podré decir que conozco a todo este pueblo, pues esta ciudad viene a ser como la desembocadura de toda una raza.

Como Sheng no quería ir a ver a Yuan, y, sin embargo, deseaba verle, este no pudo negarse a lo que le pedía en sus cartas, llenas de divertida y encantadora insistencia. Y sucedió que ambos pasaron juntos el verano en aquella ciudad. Yuan dormía en el pequeño salón del piso de Sheng. Allí se sentaba a escuchar las conversaciones y, a veces, intervenía en ellas, aunque, por lo general, guardaba silencio. Sheng se dio muy pronto cuenta de lo limitada que era la vida de Yuan, y no se recató en decirle lo que pensaba de ella.

Con una agudeza que Yuan no conocía en su primo, este le dijo lo que debía ver y conocer.

—Nosotros, en nuestra tierra —le dijo Sheng—, hemos venerado los libros. Ya ves dónde hemos llegado con eso. A esa gente le importan los libros menos de lo que pueda importarles a cualquier raza en el mundo. Aquí se preocupan de gozar de la vida. No veneran a los entendidos; al contrario, se ríen de ellos. La mitad de sus chistes son a propósito de los maestros, y a estos les pagan menos que a sus criados. ¿Crees que vas a aprender los secretos de este pueblo al través de esos hombres viejos? ¿Y será bueno aprender del hijo de un granjero?... Eres demasiado estrecho de conceptos, Yuan. Tú te concentras en una cosa, en una persona, en un lugar, y pierdes todo lo demás. A esta gente no la conocerás por los libros; menos que a ningún otro pueblo del mundo, hallarás a estos en sus libros. Esta gente trae a sus bibliotecas libros de todas partes, y ahí los acumula como acumularían oro o cereales... Los libros son solamente materiales para ciertos planes que tienen. Podrás leer centenares de libros, Yuan, y no saber nada del secreto de su prosperidad.

Estas cosas, dichas una y otra vez, hicieron que Yuan, que creía humildemente en la sabiduría y la preparación de Sheng, le preguntara:

—Entonces, ¿qué debo hacer, Sheng, para aprender más?

Y Sheng contestó:

—Verlo todo, ir a todas partes, conocer a toda clase de gente; cuanta más, mejor. Deja que este pedacito de tierra descanse un tiempo. Deja los libros. Yo he estado aquí, sentado, oyendo lo que tú has aprendido. Ahora, déjame que te muestre lo que he aprendido yo.

Y Sheng parecía tan diestro, tan seguro en su manera de sentarse y de hablar; dejaba caer las cenizas de su cigarrillo y se alisaba tan descuidadamente su brillante pelo negro con la marfileña mano, que Yuan se sentía avergonzado delante de él, tan inexperto y paleta como el que más. Le parecía, en verdad, que Sheng sabía de todo mucho más que él. ¡Cuánto había cambiado Sheng! ¡Ya no era el grácil, elegante y soñador adolescente que había sido! En pocos años habían aumentado indeciblemente su vivacidad y su rapidez. Tenía más seguridad, más fe en sí mismo. Alguna ardiente

fuerza le había impelido. En el aire electrizado de aquella nueva tierra se había disipado su indolencia. Hablaba, se movía y se reía como lo hacían las otras gentes, aunque en su viveza estaban latentes la gracia y la agilidad de su raza y de su clase. Yuan, viendo todo lo que era Sheng ahora, pensó que no había ningún hombre como su primo, tan especialmente dotado para la belleza y la brillantez. Preguntóle con gran humildad:

—¿Escribes todavía versos y cuentos?

Y Sheng contestó prontamente:

—Sí, escribo, y más que antes. Tengo una colección de poesías con la que pienso hacer un libro. Y tengo esperanzas de obtener un premio, y quizá dos, por algunos cuentos que he escrito.

Dijo esto sin demasiado orgullo, pero con la confianza de quien se conoce bien a sí mismo. Yuan guardaba silencio. Le parecía que él había hecho muy poca cosa. Estaba azorado como al llegar. No tenía amigos; todo lo que podía mostrar de su vida en aquellos meses era un montón de cuadernos con notas y unas plantas que nacían en un plantío.

Una vez le preguntó a Sheng:

—¿Qué harás cuando vuelvas de nuevo a nuestra tierra? ¿Vas a vivir siempre en la misma ciudad dónde vivías?

Preguntó esto para ver si Sheng estaba tan preocupado como él con el atraso de su pueblo. Pero aquel contestó con igual aplomo y confianza:

—¡Oh, sí, siempre! No podría vivir en otra parte. La verdad es, Yuan, y debemos confesarlo ahora que no tenemos delante a ningún extranjero, que el único sitio donde un hombre puede vivir en nuestra patria es en una ciudad como aquella. ¿Dónde, que no sea allí, puede uno encontrar diversiones aptas para distraer una inteligencia y la limpieza necesaria para vivir? Lo poco que recuerdo de nuestra aldea es suficiente para sentir asco: gente sucia, niños desnudos durante el verano, perros salvajes y lodo lleno de moscas. Después de todo, estos occidentales tienen algo que enseñarnos en materia de comodidad. Meng los odia, pero yo no puedo olvidar que, solos durante centurias, nosotros no hemos pensado en tener agua corriente y limpia, ni en la electricidad, ni en el cine, ni en nada de eso. Por mi parte, pienso pasarlo lo mejor que pueda, vivir mi vida donde esté lo mejor y lo más fácil, y dedicarme a escribir poemas sin preocuparme de otra cosa.

—Es decir, vivir tu vida egoísticamente —dijo Yuan con rudeza.

—Llámalo como quieras —respondió Sheng fríamente—. Pero ¿quién no es egoísta? Todos somos egoístas. Meng es egoísta a su manera, al defender su causa. ¡Su causa! Mira a sus jefes, Yuan; dime si no son egoístas. Uno de ellos fue bandido en sus tiempos; otro se ha pasado de un bando a otro, sin pensar más que en las ganancias... ¿Cómo viviría el tercero si no fuera porque se gasta parte de las colectas que se hacen para el partido? No. Para mí es más honrado decir sencillamente que soy un egoísta. Yo tomo la vida para mí, para mi comodidad. Por lo tanto, soy un

egoísta. Pero no por ello soy codicioso. Amo la belleza. Necesito delicadeza en lo que me rodea, en mi casa y en todo. No voy a vivir pobremente. Sólo necesito lo bastante para rodearme de tranquilidad, de belleza y de un poco de placer.

—¿Y aquellos de tus compatriotas, que no tienen paz ni placeres? —dijo Yuan, con voz débil, y con el corazón lleno de angustia.

—¿Qué puedo hacer por ellos? —replicó Sheng—. El nacer pobre, las épocas de hambre, las guerras, ¿no suceden desde hace siglos? ¿Seré tan tonto como para creer que yo voy a arreglarlo todo? Lo único que conseguiría sería perderme en la lucha, perderme a mí mismo, y al perder mi noble yo, este yo que soy, ¿para qué voy_ a luchar contra la fatal idea de un pueblo? Sería lo mismo que echarse al mar con la intención de transformarlo en tierra productiva.

Yuan no supo qué contestar a tanta blandura. Aquella noche no pudo sino acostarse (después que Sheng se fue a dormir) y escuchar el tronador ruido de la vasta y cambiante ciudad chocando contra las paredes junto a las que estaba tratando de dormir.

Oyéndolo, tuvo miedo. Imaginando ver a través de la estrecha pared que había entre él y el rugiente mundo de fuera, vio mucho y no pudo resistir la idea de su propia pequeñez. Y no se resistió a entender el buen sentido de las palabras de Sheng, y el claro del cuarto, al que llegaban las luces de la calle, y la comodidad de las sillas, y la mesa, y las cosas corrientes de la vida. Allí estaba en aquella seguridad entre los millares de leguas de cambios, de muerte y de vida ignorada. Era extraño cómo la decidida elección de Sheng por la vida confortable y segura podía hacer que Yuan sintiera sus sueños tan grandes como locuras. Desde que llegaba junto a Sheng, no era el mismo valiente muchacho, ni el que estaba lleno de odio, sino un niño que buscaba la verdad.

Pero no podía dejar de estar solo, aun cuando vivía con Sheng. Este conocía a mucha gente en la ciudad, y salía muchas noches a bailar con alguna muchacha amiga suya; pero Yuan estaba solo, aun cuando saliera con Sheng. Al principio se sentía como al borde de todas las diversiones, pensativo y un poco envidioso de la hermosura de Sheng, de sus modales simpáticos y de su desparpajo con las mujeres. A veces se preguntaba si él podría llegar a ser lo mismo, pero, al cabo de un tiempo, algo le hacía retirarse y jurar que no hablaría más con ninguna mujer.

La razón estaba en que las mujeres con quienes Sheng hacía amistad a su manera, no pertenecían siempre a su raza. Eran, por lo general, mujeres blancas o mestizas, entre negras y blancas. Yuan no había tocado jamás a ninguna de estas mujeres. No podía, por ciertas extrañas razones de su misma carne. Las había visto muchas veces, por las noches, cuando salía con Ai-lan, pues en la ciudad costera se mezclaban libremente gentes de todas las razas y condiciones. Pero nunca había sacado a bailar a ninguna mujer blanca. Para empezar, se vestían de una manera que a Yuan le parecía desvergonzada, con las espaldas tan desnudas que un hombre, al bailar con ellas, tenía que poner su mano en la carne blanca; y esto no lo podía soportar, porque sentía

nacer en su sangre algo que le asqueaba.

Pero había otra razón para que no quisiera; al mirar a Sheng y a todas las mujeres que hacían mohines cuando él se acercaba, le parecía a Yuan que solamente algunas mujeres sonreían, y que las mujeres, las menos desvergonzadas, apartaban la vista de Sheng, y se iban sólo con hombres de su misma sangre. Cuanto más observaba Yuan, más se convencía de ello y se limitaba a escoger aquellas cuyas sonrisas eran seguras y fáciles. Yuan se sintió profundamente desazonado a causa de su primo y en parte por sí mismo, por su patria, aunque no llegaba a entender del todo por qué las mujeres se comportaban así, y tenía demasiado temor de herir a Sheng hablándole de tal cosa. Se contentó con decirse a sí mismo: «Preferiría que Sheng fuera más orgulloso y que no bailase con ninguna de ellas. Si no es bastante para cualquiera de ellas, más le valdría despreciarlas a todas».

Y sentía el corazón oprimido por el enojo al ver que Sheng no tenía la suficiente arrogancia y concepto de sí mismo, que tomaba sus placeres dondequiera que se le presentasen. Era curioso que todo el odio de Meng contra los extranjeros no hubiera bastado para hacer que Yuan los odiase; pero ahora, al ver a aquellas mujeres soberbias que apartaban la vista cuando se acercaba Sheng, Yuan creyó que podía odiar tan fuertemente como Meng, y que en aquellos pocos extranjeros era capaz de odiar a todos los de su especie. Eso movió a Yuan a apartarse con frecuencia de Sheng; se pasaba las noches a solas con los libros, o contemplando el cielo, entre las calles de la ciudad y las preguntas y confusiones de su corazón.

* * * *

Pacientemente, durante aquellos veranos, Yuan siguió de un lado a otro a Sheng en aquella ciudad. Sheng tenía muchos amigos. No entraba una sola vez en el restaurante donde solían comer sin que algún hombre o mujer le gritara afectuosamente:

—¡Hola, Johnnie!

Así solían llamarle. La primera vez que Yuan oyó estos saludos se quedó sorprendido ante semejante libertad. Dijo a Sheng, en voz baja:

—¿Cómo se atreven a darte ese nombre tan vulgar?

Pero Sheng se limitó a sonreír, y contestó:

—¡Si oyeras lo que se llaman entre ellos! Yo me contento con que me den un nombre tan indiferente como ese. Por añadidura, Yuan, ellos lo hacen por pura amistad. A los que prefieren les hablan con más libertad.

A la vista estaba que Sheng tenía muchos amigos. Iban a su cuarto, por las noches, en grupos de dos o de tres, y a veces de más. Se echaban juntos en la cama de Sheng, o por el suelo, fumando y charlando, y competían en decir las más atrevidas e ingeniosas ideas, a ver quién podía confundir lo antes posible al que acababa de afirmar algo. Yuan no había oído en su vida conversaciones tan vacías y confusas.

Una vez los creyó rebeldes contra el Gobierno, y temió por la suerte de Sheng; pero bastaba que soplara el viento de otra parte para que la conversación de varias horas se desviara hacia el lado contrario y terminase con la aceptación completa de lo que existía y la oposición a toda novedad. Aquellos jóvenes, entre el humo de los cigarrillos y el olor de los mejunjes que bebían, se despedían a gritos, gesticulando, llenos de alegría y satisfechos de sí mismos y de todo el mundo. A veces hablaban de mujeres, con singular descaro y libertad. Yuan, al iniciarse un tema sobre el que tenía escasos conocimientos —pues, ¿qué sabía él de eso, si no era el contacto de una mano de muchacha?—. Se sentaba a escuchar, molesto. Cuando los otros se iban, le decía seriamente a Sheng:

—¿Es cierto lo que hemos oído, y es posible que las mujeres sean tan malas como dicen? ¿Son así todas las mujeres de este país? ¿No hay ninguna muchacha casta, ninguna esposa fiel, ninguna mujer inalcanzable?

Sheng se reía con cierta compasión, y contestaba:

—Estos muchachos son muy jóvenes. Son nada más que estudiantes como tú y como yo. ¿Y qué sabes tú de las mujeres, Yuan?

Este añadía humildemente:

—Cierto es que no sé nada de ellas...

Pero a partir de aquellas reuniones, Yuan miraba con mayor frecuencia a las mujeres que tan libremente se encontraba en la calle; ellas también formaban parte de aquella gente. Pero él no podía sacar nada de ellas. Caminaban de prisa, muy ligeras de ropa y muy pintadas. Y cuando sus agradables y atrevidos ojos miraban a Yuan, su mirada era algo vacío. Lo miraban un momento y seguían su camino. Para ellas, Yuan no era un hombre: solamente un extranjero transeúnte, que no merecía mayor detenimiento; así decían los ojos de las mujeres. Y Yuan, sin entender aquello del todo, veía la frialdad, la variedad de aquellas miradas, y se sentía tímido y avergonzado. Se movían aquellas mujeres tan arrogantemente, con tal seguridad de su poder, que Yuan les tenía miedo. Aun al pasar, se cuidaba mucho de tocar a ninguna, pues, en caso contrario, brotaba el enojo al margen de tal casualidad. Llevaban los labios pintados de tal modo, un descaro tal en la manera de alzar la cabeza deslumbradora, un movimiento tal en el cuerpo, que Yuan sentía la necesidad de apartarse de ellas. No veía en ellas la atracción de la mujer, aunque se daba cuenta de que daban un colorido alegre y mágico a la ciudad. Al cabo de días y noches, Yuan pudo ver la razón que tenía Sheng al decirle que no encontraría nada de aquella gente en los libros de aquel mismo país en donde vivían. No se podían —pensaba mirando la lejana altura de un gran edificio dorado—, no se podían poner tales cosas en los libros.

Al principio no consiguió ver ninguna belleza en aquellos edificios, pues sus ojos estaban acostumbrados a las tranquilas superficies de bajos tejados y a elegantes y livianas casas. Pero ahora veía cierta belleza, una belleza extranjera, por cierto, pero belleza al fin. Y por primera vez desde que llegó a aquella tierra sintió la necesidad

de escribir unos versos. Una noche, en su cama, mientras Sheng dormía, Yuan luchó por dar forma a su pensamiento. Las rimas no podían ser las tranquilas y usuales que utilizó para hablar de los campos y las nubes. Necesitaba palabras más aceradas y duras. No podía usar las palabras de su propio idioma. ¡Eran tan redondas y pulidas por un largo y delicado uso! No; debía buscar otras palabras en aquella lengua nueva y extranjera; pero estas eran como herramientas demasiado pesadas en manos inexpertas, y Yuan no estaba acostumbrado a su sonido ni a su forma. No pudo escribir aquellos versos, que permanecieron informes en su mente. Esto le produjo cierta inquietud durante unos días, y aun después, porque llegó a convencerse de que si llegaba a dar forma a lo que tenía en su interior, con ella asiría todo el sentido de aquel pueblo en el que vivía. No lo consiguió. Aquella gente siguió con el alma lejos de él, y Yuan se movía de aquí para allá, entre los huidizos cuerpos.

* * * *

Sheng y Yuan eran dos almas muy diferentes. El alma de Sheng era como los versos que tan fácilmente fluían de él. Enseñó estos versos a Yuan, un día, preciosamente escritos en un bello papel orlado de oro, y dijo con fingida indiferencia:

—No son nada, naturalmente..., no es lo mejor que puedo hacer. Esto lo haré más tarde, algún día. Estos son solamente fragmentos de esta tierra, tal como acudieron a mi mente. Pero mis maestros los han alabado mucho.

Yuan los leyó atentamente, uno por uno, con silenciosa reverencia. A él le parecieron muy bellos, cada palabra estaba escogida, colocada en su lugar como una piedra preciosa engarzada en un anillo de oro. Sheng le dijo que a algunos de aquellos versos les había puesto música una mujer que él conocía. Un día, después de haber hablado un par de veces de ella, Sheng llevó a Yuan a su casa, para que oyera la música compuesta sobre sus versos. Y Yuan vio a otra clase de mujer, y vio también otro aspecto de la vida de Sheng.

Ella era cantante; no una cantante corriente, pero tampoco lo grande que ella misma se creía. Habitaba sola en un edificio donde vivían otras muchas personas, cada cual en su pequeña casa dentro de la casa grande. El cuarto donde esta mujer vivía era oscuro y tranquilo. Aunque afuera lucía un sol esplendoroso, su luz no entraba en aquellas habitaciones. Ardían unas velas en altos candelabros de bronce. Un aroma de incienso impregnaba el aire. No había asiento que no estuviera lleno de cojines, y en un extremo se hallaba un ancho diván. Allí, sobre el diván, estaba reclinada la mujer alta, rubia, de edad indefinida para Yuan. Cuando vio a Sheng, la mujer dijo, moviendo airosamente una larga boquilla en la que fumaba un cigarrillo.

—Sheng, querido, hace siglos que no te veo.

Cuando Sheng se sentó tranquilamente al lado de ella, como quien lo hubiera hecho muchas veces antes, la mujer exclamó de nuevo, con una voz más honda y

extraña, no precisamente una voz de mujer:

—¡Qué preciosa es esa poesía tuya!... Las campanas del templo... ¡Hace un rato la he terminado! ¡Justamente iba a llamarte!

Sheng dijo:

—Este es mi primo Yuan.

Ella apenas miró al recién llegado. Se incorporaba, mientras Sheng hablaba, con sus largas piernas como si fueran las de un niño, y la boquilla entre los dientes.

—¡Hola, Yuan! —dijo.

Parecía no mirarle. Y acercándose al instrumento que había en la habitación, quitóse la boquilla de los dientes e hizo resbalar sus dedos lentamente de unas notas a otras; hondas, lentas notas, como Yuan no las había oído nunca. Pronto la mujer empezó a cantar, con voz grave, como la música que sus manos producían, moviéndose un poco, apasionadamente.

Cantó algo muy corto, un poemilla que Sheng había escrito en su patria. La música cambiaba en cierto modo el sentido de la poesía. Sheng había usado las palabras delicadamente, con la ágil delicadeza de unos bambúes cuyas sombras proyectara la luna en las paredes de un templo. Pero aquella mujer extranjera, al cantar tan bellas palabras, las hacía apasionadas, y las sombras se tornaban negras y duras, y la luz de la luna, calurosa. Yuan se sentía turbado, notaba que el marco de la música era demasiado pesado para lo que las palabras describían. Pero así era aquella mujer. Cada movimiento suyo estaba lleno de un sentido turbador. Cada palabra, cada mirada, contenían un doble significado.

De súbito dejó de gustarle a Yuan. Tampoco le gustaba el cuarto donde vivía. No le gustaban sus ojos, demasiado oscuros para lo rubio del pelo. No le gustaron las miradas que lanzaba a Sheng, ni que le llamara «querido» tantas veces, ni que, cuando hubo terminado de cantar, se pusiera a andar de un lado a otro y tocara a Sheng cada vez que pasaba junto a él. Tampoco le gustó ver cómo se inclinaba a darle la música que acababa de escribir; llegó a ponerle la mejilla junto al pelo, diciéndole:

—Tu pelo no es teñido, ¿verdad, querido? Brilla siempre tan deliciosamente...

Yuan, en silencio, sintió que algo se revelaba en él contra aquella mujer. Algo saludable que su abuelo y su padre habían puesto en su sangre: un directo y simple conocimiento de que cuanto esta mujer decía o hacía no era sincero. Miró a Sheng, esperando que este la rechazara, aunque fuese gentilmente; pero Sheng no lo hizo. Ciertamente que no la tocó y se limitó a contestarle; tampoco buscó con su mano la de ella. Pero aceptó cuanto la mujer dijo e hizo. Cuando su mano tomaba la de Sheng por un instante, él no apartaba la mano, como Yuan esperaba o deseaba. Cuando ella se le acercaba hasta echarle el aliento en los ojos, Sheng miraba a otra parte, medio risueño, pero aceptando aquel descaro y los elogios de la mujer, hasta el punto de que Yuan sintió gran repulsión por todo lo que veía. Allí estuvo sentado, impávido como una estatua, simulando no oír ni ver nada, hasta que Sheng se levantó. Aun entonces, la mujer le cogió un brazo con las dos manos, insistiendo para que fuese a una

comida que iba a dar, diciendo. «Querido, quiero lucirte ante la gente, ¿sabes? Tus versos son algo nuevo. Tú mismo eres algo nuevo... Yo adoro Oriente... La música es bastante simpática también, ¿no es verdad?... Quiero reunir gente para que la oiga... No demasiada gente, ¿sabes?... Solamente unos cuantos poetas y ese bailarín ruso... Querido, tengo una idea. Él podría bailar con esta música... algo oriental, o así... Tus versos resultarían divinos, bailados... Vamos a tratar de hacerlo...».

Y así continuó engatusándolo, hasta que Sheng le tomó las manos entre las suyas y prometió hacer lo que ella quería; pero parecía hacerlo como obligado. Así se le antojó a Yuan. Parecía...

Cuando los dos jóvenes salieron, Yuan aspiró un par de bocanadas de aire y miró regocijado la luz del sol. Caminaron en silencio durante un rato. Temía hablar y molestar a Sheng si decía lo que pensaba, y este iba absorto en algún pensamiento, con una leve sonrisa. Por fin, Yuan dijo, como probando a Sheng:

—Nunca oí tales palabras salir de boca de una mujer. Apenas conozco esas palabras. ¿Te ama tanto, acaso?

Sheng sonrió y dijo:

—Esas palabras no quieren decir nada. Ella las usa con cualquier hombre... Es la manera de ser de estas mujeres. A pesar de todo, la música no está mal. Ha conseguido expresar mi emoción.

Y Yuan, al mirarle, vio en sus ojos una mirada que el propio Sheng ignoraba. Era una mirada que decía claramente que a Sheng le gustaban aquellas palabras dulces e insignificantes que la mujer decía, y que le agradaban los elogios que le tributaba y aquel sentido que la música daba a sus versos. Yuan no habló más. Pero se dijo que el camino que Sheng seguía no era el que él debía seguir, que era otra ruta; que la vida de Sheng no era la suya, y que prefería su propio camino al que su primo seguía. Y aunque en realidad Yuan no sabía cuál era su propio camino, por lo menos estaba seguro de que no era el de Sheng.

Empero, siguió algún tiempo en aquella ciudad, yendo a los sitios donde su compañía agradaba a su primo. Vio los trenes subterráneos y las calles donde estaban los mejores espectáculos; supo, contra lo que Sheng le decía, que no toda la vida estaba en aquello. No; su propia vida no estaba allí. Él estaba solo. No había allí nada que él entendiera o conociese; por lo menos, así lo pensaba.

Un día muy caluroso, cuando Sheng, lleno de indolencia por la temperatura, reposaba durmiendo, Yuan se dedicó a vagabundear a solas. Y después de tomar uno o dos vehículos, llegó a un lugar que nunca pensó pudiera existir en la ciudad. Yuan estaba como saturado por la riqueza de la metrópoli, y para él los edificios eran palacios, y cada hombre estaba persuadido de que tenía cuanto necesitaba para beber, comer y vestirse. Sus anhelos no iban hacia estas cosas, que eran necesarias y a las que no había sino que esperar a que llegaran. Superior a esto eran las necesidades, o, mejor, las aspiraciones de diversión y placer; y de mejores vestimentas, hechas no para vivir, sino para lucirlas lujosamente. Así le parecía a Yuan que eran todos los

habitantes de esta ciudad.

Pero aquel día se encontró en una ciudad diferente, en una ciudad de pobres. Llegó a ella sin darse cuenta, pero muy pronto estuvo rodeado de pobreza. Allí estaban los pobres. Yuan los conocía. Aunque sus caras eran blancas y pálidas, aunque algunos eran negros como los salvajes, los conocía bien. Por sus ojos, por la suciedad de sus cuerpos, por sus callosas manos, por los chillidos de las mujeres y el gritar de los numerosos niños, los conoció. Acudieron a su memoria otros pobres que había conocido allá, muy lejos, en otra ciudad. ¡Y qué parecidos eran a estos! Yuan se dijo, reconociéndolos: «¡De modo que esta gran ciudad también está edificada sobre una ciudad de pobres!». Ai-lan y sus amigos salían a medianoche a pasear por entre hombres y mujeres como aquellos.

Yuan pensó con cierto triunfo: «¡Esta gente también oculta a sus pobres! ¡En esta rica ciudad, agrupados secretamente en unas cuantas calles, están los pobres, tan sucios y deplorables como los de cualquier parte del mundo!».

Allí encontró Yuan verdaderamente algo que no estaba en los libros. Caminó entre aquella gente, atónito, viendo estrechas y oscuras habitaciones, procurando esquivar con los pies las basuras de las aceras, por las que corrían chiquillos famélicos y semidesnudos bajo el calor. Levantando la cabeza para ver miseria sobre miseria, pensó: «Da lo mismo que vivan en altas casas de varios pisos. En resumen, viven en las mismas pocilgas... En las mismas...».

Volvió sobre sus pasos cuando la oscuridad caía, y entró en la ciega frialdad de otras calles. Al llegar al cuarto de Sheng, este estaba de nuevo alegre, despierto y listo para salir con un par de amigos a la calle de los teatros, a divertirse.

Cuando vio a Yuan, exclamó:

—¿Dónde has estado, primo? Tenía miedo de que te hubieses perdido...

Yuan contestó lentamente:

—He visto algo de esa vida que tú me decías que no está en los libros... Por lo visto, toda la riqueza y el poderío de este pueblo no pueden evitar que haya pobres.

Y contó dónde había estado y algo de lo que había visto. Uno de los amigos de Sheng dijo, como un juez:

—Algún día, por supuesto, resolveremos el problema de la pobreza.

—Por cierto que si esa gente fuera capaz de más, más tendría. Algo hay en ellos que es un defecto natural. Siempre hay sitio en la guardilla —dijo otro.

Entonces Yuan dijo rápidamente:

—Lo cierto es que ustedes ocultan a sus pobres, se sienten avergonzados de ellos, como un hombre se avergüenza de alguna enfermedad secreta y maligna...

Pero Sheng le interrumpió inmediatamente con alegre despreocupación:

—Vamos a llegar tarde si dejamos a mi primo que hable de lo que se le antoje. ¡La comedia empieza dentro de media hora!

En aquellos seis años, los afectos de Yuan estuvieron más cerca de tres personas que hicieron amistad con él, entre todos los extranjeros en medio de los cuales vivía. Una era un viejo profesor que le dio clase, un hombre de cabellos blancos, al que

Yuan gustaba ver porque era de buen corazón, sanas ideas y llevaba una vida intachable. Este hombre se le mostró tal como era, y, con el tiempo, de un modo no corriente entre profesor y discípulo. Hablaba largamente con él, a solas; leía las notas que el joven escribía con destino a un libro que pensaba llevar a cabo, y con gran prudencia y corrección le señalaba los puntos en que estaba equivocado. Cuando Yuan hablaba, el profesor lo escuchaba atentamente, y en sus azules ojos había tanta comprensión, que Yuan llegó a creer en él, y cada día tuvo para con él mayor sinceridad al exponerle sus sentimientos.

Le dijo, entre otras muchas cosas, cómo había visto a los pobres de la ciudad y cuánto le hacía meditar el hecho de que, en medio de tanta riqueza, aquellos pobres vivieran tan desamparadamente. Esto le llevó a hablar del clérigo extranjero, y de cómo este había engañado a la gente por medio de películas acerca de los habitantes de su país. El viejo oyó todo esto con un profundo silencio, y luego dijo:

—Me parece que no todo el mundo puede ver la totalidad del cuadro. Durante mucho tiempo se ha dicho que nosotros no vemos sino aquello que buscamos con la mirada. Tú y yo miramos la tierra y pensamos en siembras y cosechas. Un arquitecto, mirando la misma tierra, piensa en casas, y un pintor, en colores. El sacerdote ve a los hombres solamente como a seres que es necesario salvar, y, naturalmente, ve con más claridad a aquellos que necesitan ser salvados.

Después que Yuan hubo pensado en esto, aun cuando no estaba muy dispuesto a creer que fuese verdad, ya no pudo odiar tan fuertemente al cura extranjero; no tanto como él hubiera querido, pues aún pensaba que no tenía razón. De suerte que dijo:

—Ese hombre no ha visto, en resumidas cuentas, más que una pequeña parte de mi país.

A lo que el viejo profesor respondió:

—Puede ser, y esto sucede naturalmente si se trata de un hombre de visión estrecha.

Con charlas como esta, en el campo y en el colegio, después que los otros se habían ido, Yuan aprendió a querer a aquel anciano hombre blanco, quien a su vez le tomó cariño y fue cuidándolo cada día con más afectuosa ternura.

Un día, titubeando, le dijo a Yuan:

—Me gustaría que vinieras esta noche a casa, hijo mío. Nosotros somos gente sencilla, mi mujer, mi hija María y yo, los tres, pero si quieres venir a cenar, todos estaremos contentos de tenerte entre nosotros. Les he hablado mucho de ti, y quieren conocerte.

Era la primera vez que alguien le hablaba a Yuan de este modo, y el muchacho se conmovió. Le pareció algo extraordinariamente acogedor el que un maestro invitara a comer a un discípulo. Ruborizado, repuso con la cortesía usual de su lenguaje:

—No soy digno.

A lo que el viejo, abriendo los ojos con admiración y sonriendo, dijo:

—Espera hasta que veas lo simples que somos... Mi mujer me dijo, cuando por

primera vez le indiqué cuán agradable sería para mí que fueras a casa: «Mucho me temo que esté acostumbrado a mejores cosas de las que tenemos».

Yuan respondió con nueva y sincera cortesía, y aceptó. Así, encontróse andando por una sombría calle, que daba a una plazuela, en la que había una antigua casa de madera, entre árboles, y precedida de un pórtico. La señora que le recibió a la puerta le hizo recordar a la que él llamaba madre, pues en aquellas dos mujeres, apartadas por tanta distancia, que hablaban idiomas diferentes y cuyos huesos, piel y sangre se parecían en tan poco, había, empero, cierta semejanza. El cabello suave y blanco, la mirada maternal y honrada, los modales sencillos, lo tranquilo de su voz, la cordura y paciencia que había en sus labios y en sus ojos, todo esto las hacía parecidas. Claro está que había entre ambas una diferencia que Yuan notó solamente cuando llevaba un rato sentado en el ancho vestíbulo: de esta mujer irradiaba cierta alegría y sencilla satisfacción que su madre no tenía. Se diría que esta había llenado en su vida las aspiraciones de su corazón, y la otra no. Por dos caminos distintos, ambas habían llegado a la edad buena y tranquila; pero una había llegado por un camino de felicidad y compañía, y la otra por una ruta más oscura, por la que había caminado solitaria.

Pero al ver a la hija de esta señora, comprendió que esta no se parecía en nada a Ai-lan. No; María era otra clase de doncella. Era, quizás, un poco mayor que Ai-lan; más alta y no tan bonita, muy tranquila y como dominando con su voz y su mirada. Mas, cuando uno la oía hablar, notaba el hondo sentido de todo lo que decía, y sus ojos negros —o, mejor dicho, de un gris oscuro, sombríos cuando estaba callada— adquirían un brillo alegre que acompañaba el encanto de sus palabras. Se mantenía como reservada, recatada, ante sus padres, pero en ello no había ni una sombra de temor. Se dirigía a ellos como a iguales; Yuan lo notó muy pronto.

También muy pronto se dio cuenta de que no era una muchacha vulgar, pues, cuando el viejo habló de lo que Yuan escribía, la muchacha demostró entender también de aquello, e hizo algunas preguntas rápidas y tan certeras, que Yuan, al oírlas, se quedó impresionado y le preguntó a su vez:

—¿Cómo conoce usted la historia de mi patria, y tan bien como para preguntarme sobre alguien tan remoto como Ch'ao Tso?

La muchacha contestó modestamente, pero con una sombra de sonrisa en los ojos:

—¡Oh! Me parece que siempre he sentido cierta debilidad por su tierra. He leído libros sobre ella. ¿Quiere que le diga lo que sé de su país? Entonces se daría cuenta de lo poco que sé... Pero ese Ch'ao Tso escribió un ensayo sobre agricultura, ¿no es así? Recuerdo que me aprendí algunos fragmentos que leí en una traducción. Decía, poco más o menos: «El crimen comienza en la pobreza; la pobreza, en la insuficiencia de alimentos; la insuficiencia, en el abandono del cultivo de la tierra. Sin ese cuidado, el hombre no tiene nada que le ate a la tierra. Sin él, fácilmente deja el hombre su pueblo y su casa. Entonces se hace como los pájaros del aire o las bestias del campo. Ni las ciudades fortificadas, ni los profundos fosos, ni las duras

leyes, ni los crueles castigos pueden dominar ese espíritu errante que vive tan fuertemente dentro de él».

Estas palabras, que Yuan conocía muy bien, las dijo la muchacha con una voz clara y segura, llena de matices. Era evidente que estas palabras le gustaban. Su rostro se puso serio, y el misterio veló sus ojos, como cuando se descubre una belleza conocida de antaño. Sus padres la oyeron respetuosamente y con satisfacción, mientras ella hablaba, y el profesor dirigió a Yuan una mirada en la que decía, aunque por modestia y cortesía guardara las palabras en su corazón: «¿Ves qué inteligente es mi hija? ¿Has visto a alguna como ella?».

Yuan habló, complacido de todo aquello, pero se dedicó más a escuchar lo que decía la muchacha. Se sentía de acuerdo con ella en cuanto decía, pues todo, aunque fuera una pequeñez, lo decía muy bien, con aquel tono sereno de su voz, y sentía la impresión de que lo hubiera querido decir él.

Aunque se sentía tan en confianza en esta casa en la que había entrado por vez primera aquella noche, tan a gusto entre aquella gente, que olvidó que no eran de su raza; de vez en cuando, sin embargo, sentía cierta extrañeza, algo extranjero que no llegaba a entender. Cuando entraron en un cuarto un poco más pequeño y se sentaron en torno a una mesa ovalada, pero dispuesta para la comida, Yuan tomó su cuchara para comer, pero vio en los otros cierto titubeo. El viejo inclinó la cabeza, y lo mismo hicieron ellas, excepto Yuan, que no comprendió qué ocurría. Y mientras miraba a uno y otro, sucesivamente, tratando de averiguarlo, el maestro dijo en voz alta algunas palabras como dirigidas a un dios invisible, unas pocas palabras, pero llenas de sentido y emoción, como si diera las gracias por algún regalo recibido. Tras esto, sin otro ritual, comenzaron a comer. Yuan no preguntó nada sobre aquello, y se inició el diálogo sobre otros asuntos.

Más tarde, viva aún su curiosidad por aquel rito, que nunca había visto, habló de ella a su maestro, cuando estaban solos y sentados a media luz en la terraza, preguntándole si tenía derecho a saber qué significaba aquella práctica de cortesía que precedió a la comida. Entonces, el viejo guardó silencio unos instantes, dando chupadas a su pipa y mirando tranquilamente hacia la calle en sombras. Por fin, se quitó la pipa de la boca y dijo:

—Yuan, muchas veces he pensado hablarte de nuestra religión. Lo que has visto es una costumbre religiosa, que es sencillamente la de dar gracias a Dios por los manjares que diariamente pone ante nosotros. En sí, no tiene una extraordinaria importancia, pero es el símbolo de lo más grande que hay en nuestras vidas: nuestra creencia en Dios. ¿Recuerdas que me hablaste alguna vez de nuestra prosperidad y poder? Creo que es el fruto de nuestra religión. Yo no sé cuál es tu religión, Yuan, pero creo que no sería sincero contigo ni conmigo mismo si, después de encontrarte a diario en mi clase y de venir frecuentemente, como espero, a mi casa, no te dijese cuál es mi propia creencia.

Mientras el viejo hablaba, las dos mujeres salieron a la terraza, y se sentaron

cerca, la madre en una butaca en la que se mecía suavemente, como si un vientecillo la moviera. Escuchaba, con una sonrisa de aprobación, lo que su marido decía acerca de los dioses y de los misterios de los dioses que tomaban naturaleza humana, y en un momento en que el profesor hacía una pausa, la esposa dijo con suave entusiasmo:

—Mire usted, Wang: desde el primer día en que el doctor Wilson me habló de lo sobresaliente que es usted en las clases y de lo bien que escribe, pensé que algún día abrazaría usted la religión de Cristo. ¡Qué hermoso sería para su patria que volviera usted allá, después de ganado a la causa de Cristo, a comunicar la buena nueva!

Esto produjo gran extrañeza en Yuan, pues no sabía lo que tales palabras querían decir; pero, como hombre cortés, sonrió confusamente e inclinó la cabeza. Estaba a punto de decir algo, cuando la voz de María sonó, tan clara como el metal, con un tono que Yuan no había percibido antes. María no se había sentado en una silla, sino en el más alto de los escalones de la entrada, y allí había estado en silencio mientras su padre hablaba, con la cara apoyada en las manos, escuchando, al parecer. Ahora su voz salía de la penumbra, inquieta, impaciente, extraña, cortando como un cuchillo la voz del anciano, y decía:

—¿Entramos, padre? Las sillas son más cómodas..., y me gusta la luz...

Y el viejo respondió, con una vaga sorpresa:

—Bueno, si quieres. Pero creía que te gustaría sentarte aquí un rato; todas las noches nos sentamos aquí fuera...

La joven contestó con mayor impaciencia y cierto tono voluntarioso:

—Esta noche quiero luz, padre.

—Está bien, hija —dijo su padre, y, levantándose, entraron todos.

Allí, en el iluminado cuarto, el profesor no habló más de misterios. Por su parte, la muchacha tomó la palabra, haciendo a Yuan infinidad de preguntas acerca de su tierra, algunas tan rápidas y profundas que a veces Yuan tuvo que confesar honradamente su ignorancia. Mientras ella hablaba, Yuan sentía gran placer en oírla y verla, pues, aunque no era bella, su cara era vivaz e interesante; la piel, delicada y muy blanca; sus labios, delgados y rojos, y su cabello bruñido, suave y casi tan negro como el de él, pero mucho más fino. Los ojos eran lo más bello del rostro de la muchacha, y Yuan lo vio así. Casi negros ahora, llenos de interés, y de pronto trocando su color en un brillante gris oscuro cuando sonreía. Y lo hacía con frecuencia, aunque no reía en alto. Sus manos hablaban también. Eran unas manos inquietas, suaves, delgadas, no muy pequeñas, y quizás un tanto delgadas para ser bellas del todo; pero tenían cierto poder en su movimiento y expresión.

Yuan no se complacía en estas cosas por ellas mismas, pues el cuerpo que veía parecía no ser algo existente para sí mismo, sino como la capa de una inteligencia y un alma. Y esto era nuevo para Yuan, que no había visto hasta entonces una mujer semejante. Al pensar en ello vio una súbita y extraña belleza en aquella muchacha, belleza que de pronto olvidaba al escuchar sus palabras, en las que resplandecía una vivaz inteligencia. Allí el cuerpo estaba como dominado por la inteligencia, y esta no

se gastaba en ideas relacionadas con el cuerpo, de manera que Yuan apenas la veía como a una mujer, sino como a un ser cambiante, resplandeciente, activo, a ratos un tanto frío y de repente silencioso. Pero no era un silencio Vacío, sino una preparación del pensamiento para decir algo en respuesta a lo que Yuan exponía, y para responderlo debidamente. En este silencio, a veces se olvidaba de sí misma y de que sus ojos estaban fijos en los de él, aunque este había terminado de hablar, y en estos espacios Yuan se vio, cada vez más hondamente, en lo negro de los ojos de la muchacha.

No habló ella una sola vez sobre los misterios, ni el viejo reanudó este tema, hasta que Yuan se levantó para irse. El profesor, estrechándole la mano, dijo:

—Si quieres, hijo, ir a la iglesia con nosotros el domingo próximo, verás cómo te gusta.

Yuan, tomando esto como una amabilidad más, dijo que iría, y al decirlo respondía a su voluntad, pues pensaba que sería muy agradable volver a encontrarse con aquellos tres seres que le habían tratado como a un hijo, aunque no pertenecían ni a su raza ni a su clase.

* * * *

Cuando Yuan llegó a su casa, y, en la cama, esperaba que acudiera el sueño, pensó en aquellas tres personas, y pensó más en la hija que en los otros dos. Aquella era una mujer como él no había visto. Era de una materia distinta a cualquiera que él hubiese conocido, de una materia más brillante que la de Ai-lan, a pesar de toda la seducción de esta, de sus lindos ojos de gata y de sus risitas. Aquella mujer blanca, aunque sería con frecuencia, tenía cierta extraña luz interior, a veces muy densa, si se la comparaba con la vaga y suave dulzura de la madre, pero siempre clara. Todos sus movimientos parecían regidos por algo superior a su cuerpo. No había en ella ninguno de esos constantes movimientos innecesarios que hacía la hija de la patrona para lucir las líneas de sus muslos, de su cintura o de sus piernas más ostensiblemente; ninguno de esos movimientos ciegos de la carne. Ni sus palabras ni su voz eran como las de aquella otra que había puesto a las delicadas palabras de Sheng una música densa y apasionada. No; las palabras de María no estaban cargadas de turbios significados o propósitos. No; las decía con precisión, con aguda claridad, y cada una tenía su propio peso y significado, y nada más; buenas herramientas al servicio de sus ideas, pero no mensajeras de vagas sugerencias.

Al pensar en ella, Yuan comprendió más su espíritu, envuelto en el color y la substancia de la carne, pero no escondido en ella. Y comenzó a pensar en lo que había dicho y en cómo decía en ocasiones cosas en las que Yuan no había pensado nunca. Una vez le dijo, cuando hablaba del amor a la patria:

—Idealismo y entusiasmo no son lo mismo. El entusiasmo puede ser solamente físico: la fuerza y la juventud del cuerpo alegrando el espíritu. Pero el idealismo debe

seguir viviendo aunque el cuerpo esté alejado o sin fuerzas, porque es la cualidad esencial del alma que el cuerpo contiene. —De pronto, su cara cambió de aquel modo peculiar, raudo como un relámpago, y mirando con ternura a su padre, añadió—: Mi padre es un verdadero idealista, a mi juicio.

Y el viejo contestó lentamente:

—Yo llamo a eso fe, hija mía.

Yuan recordó que, a esto, María no había respondido.

Pensando en aquella gente, se fue quedando dormido, más contento que nunca desde su llegada a aquel país, que ahora le parecía posible comprender.

Cuando llegó el día de ir a los ritos religiosos de que le había hablado el profesor, Yuan vistió sus mejores ropas y se dirigió a la casa. Al principio sintió alguna timidez, pues al abrirse la puerta vio a María. Claramente notó que ella estaba sorprendida de verle allí, pues sus ojos se oscurecieron y no sonrió. Llevaba un largo abrigo azul y un sombrero del mismo color, y a Yuan le pareció más alta de lo que la imaginaba, como si en ella hubiera cierta austeridad. El joven murmuró:

—Su padre me invitó a ir con él a ese lugar religioso.

Ella contestó con seriedad, mostrando en los ojos algo que interiormente le desconcertaba:

—Ya sé que le invitó. ¿Quiere pasar? Estaremos listos en seguida.

Yuan pasó al cuarto que había recordado con tanto calor. Mas aquella mañana no le pareció tan cordial. No estaba el hogar encendido, como aquella noche; la densa luz de la mañana otoñal entraba por las ventanas y dejaba ver con dureza las alfombras y las cubiertas de las sillas, de tal suerte que lo que aquella noche, a los reflejos del fuego de la chimenea y la luz artificial, había parecido oscuro, hogareño, a la violenta luz del sol se tornaba demasiado viejo, usado, pidiendo a voces la renovación.

El viejo señor y su esposa fueron muy atentos; salieron muy cuidadosamente vestidos para ir a sus devociones, y fueron tan amables como la otra vez. El profesor dijo:

—Estoy muy contento de que hayas venido. No te hablé de ello más que aquella vez, porque no me gusta influir indebidamente en otros.

Pero la señora dijo de un modo tierno y efusivo:

—¡Yo he rezado! He rezado para que usted viniera. Rezo todas las noches por usted, señor Wang. Si Dios oye mi plegaria... Me sentiré contenta y satisfecha si por medio de nosotros...

En este momento, cortante como el rayo del sol que penetraba en el viejo cuarto, se oyó la voz de la hija, una voz agradable, no seca, clara y perfecta, aunque un tanto más fría de lo que Yuan la había escuchado, que dijo:

—¿Nos vamos? Tenemos el tiempo justo para llegar.

Echó a andar la primera, sentándose al volante del coche que había de conducirlos. Los dos viejos se acomodaron detrás, y ella le indicó a Yuan que se

sentara a su lado. No dijo una palabra mientras fue conduciendo, y Yuan, cortés como siempre, no habló tampoco, ni la miró siquiera, excepto cuando volvía la cara para ver algo que pasaba y atraía su curiosidad. Empero, sin mirarla abiertamente, veía su perfil. Ahora no había sonrisa ni luz en su cara. Tenía una seriedad en la que había una sombra de tristeza que cubría su recta nariz no pequeña, sus labios delicadamente modelados, su redondo y seguro mentón que salía de las oscuras pieles del cuello del abrigo, y sus oscuros ojos grises que miraban adelante, fijos en la ruta. Al verla conducir erguida, silenciosa, Yuan sentía un poco de miedo. No parecía la misma que una vez había hablado tan fácil y seguramente.

* * * *

Llegaron a una gran casa, en la que iban entrando muchos hombres, mujeres y hasta niños. Pasaron ellos también y se sentaron, él entre el viejo y la muchacha. Yuan miraba con curiosidad, pues era la segunda vez que había entrado en un templo como aquel. Había visto con frecuencia los templos de su tierra, pero estos eran para la gente vulgar y sin cultura, o para las mujeres. Alguna vez había entrado por curiosidad, mirando las enormes imágenes, y había oído la quejumbrosa y solitaria nota que daba la gran campana cuando la golpeaban. Había visto con desprecio a los sacerdotes vestidos de gris, pues su tutor le había enseñado muy pronto que aquellos sacerdotes eran malos e ignorante y que despojaban al pueblo. De modo que Yuan no había adorado nunca a ningún dios.

Ahora, sentado en aquel templo extranjero, lo observaba todo con curiosidad. Era un lugar agradable. A través de las largas ventanas penetraba la luz del otoño, dividida en grandes barras que caían sobre las flores de un altar, sobre los animados vestidos de las mujeres y sobre caras de diferentes expresiones, aunque no muchas de gente joven. De pronto brotó una música que se deslizó por el aire, partiendo de alguna fuente desconocida, muy suave al principio y luego creciendo gradualmente, hasta que el ambiente se llenó de ella. Yuan, volviendo la cabeza para ver cuál era la fuente de aquella música, vio a su lado la figura del viejo profesor, con la cabeza inclinada, cerrados los ojos, con una sonrisa en el rostro, una sonrisa dulce y extática. Luego, mirando a otras partes, vio a otras personas en parecido silencio, y su cortesía le dictó lo que debía hacer. Mas, cuando miró a María la vio sentada como había estado junto al volante: erguida y altanera, la barbilla levantada y los ojos abiertos y fijos en la lejanía. Cuando la vio así, Yuan no inclinó la cabeza en esa adoración desconocida para él.

Luego, recordando que el viejo profesor había dicho, que en el poder de su religión había encontrado aquel pueblo su fortaleza, observó a ver qué poder era ese, pero no pudo descubrirlo fácilmente, pues, cuando la grave música cesó, habiendo disminuido como para volver a guarecerse en su propio manantial, salió un clérigo que leyó unas palabras que todos parecían escuchar decorosamente, aunque, mirando

a algunos de los circunstantes, pudo notar que prestaban más atención a sus vestidos, a las caras de los otros o a cualquier cosa; no así el profesor y su señora, que escuchaban con gran atención. Mientras tanto, María, con su mirada perdida en la distancia, no cambiaba de expresión con nada de lo que oía, de modo que Yuan no pudo determinar si la muchacha estaba realmente oyendo. De nuevo sonó la música; luego, cantos que Yuan no podía entender, y el clérigo se dirigió a los que estaban en el templo con palabras relacionadas con el gran libro que antes había leído.

Yuan escuchó, y le pareció una buena e inocente exhortación del agradable y santo varón, que pedía a sus paisanos fueran más cariñosos con los pobres, que pensaran menos en sí y obedecieran a su Dios, y cosas como las que suelen decir los clérigos por doquiera.

Cuando terminó, los hizo inclinarse, mientras él le gritaba una plegaria a aquel Dios. De nuevo miró Yuan para ver lo que debía hacer, y vio al viejo matrimonio inclinarse devotamente, mientras la mujer que estaba a su lado mantuvo la cara alta, por lo que él tampoco inclinó la cabeza. Trató de ver si el sacerdote alzaba alguna imagen, ya que la gente adoraba algo, pero no lo hizo, y no se vio a ningún dios por parte alguna; y cuando hubo terminado de hablar, la gente no esperó al dios que iba a aparecer, sino que se levantó y se fue cada cual hacia su casa. Yuan también volvió a la suya, sin entender nada de lo que había visto u oído, y recordando más que otra cosa la línea de aquella cabeza orgullosa de la mujer, que no se había inclinado.

A partir de aquel día, algo nuevo nació en la vida de Yuan. Cada vez, al volver del campo en que estaba plantando nuevas semillas de trigo invernal, para ver cuál brotaba mejor entre las de varias filas, halló una carta encima de su mesa. Raras eran las cartas en la solitaria vida de Yuan en aquel país. Una sola vez en tres meses vio la letra de su padre sobre aquella mesa. Eran cartas en las que el Tigre le decía siempre más o menos lo mismo: que estaba bien de salud, pero que se disponía a descansar hasta la primavera próxima, en que partiría de nuevo a la guerra; le aconsejaba que estudiara mucho lo que más le gustara saber, añadía que debía volver a su casa en cuanto hubiera completado sus estudios, ya que él era su único hijo. También llegaba alguna carta de la señora, la madre de Ai-lan, una carta afable y buena, contándole pequeñas cosas: que pensaba casar a Ai-lan, o que se había comprometido tres veces, por su propia voluntad, pero que las tres había rehusado casarse con aquel con quien se había comprometido. Yuan sonreía al pensar en lo caprichosa que era Ai-lan; y cuando la madre le hablaba de ella, añadía, como buscando un consuelo:

Pero Mei-ling sigue siendo mi apoyo; la he traído a casa con nosotros, y aprende tanto y lo hace todo tan bien, tiene tan buen sentido, que casi me parece que es la hija que debía haber tenido, y, a veces, más hija que la propia Ai-lan.

Estas eran las cartas que Yuan podía esperar. Ai-lan también le había escrito un par de cartas, en las que se mezclaban dos idiomas, llenas de caprichos, pamplinas y amenazas si Yuan no le llevaba a su regreso algunas chucherías occidentales, y diciéndole en broma que esperaba tener una cuñada occidental.

Alguna vez, muy de tarde en tarde, le escribía Sheng acerca de las cosas oscuras, que a Yuan le entristecían, porque notaba en ellas que la vida de su primo estaba llena de todo lo que podía tener en derredor un mozo de agradable presencia, de fácil palabra, a quien el mismo hecho de ser extranjero podía añadirle cierta gracia a los ojos de aquellos buscadores de rarezas y novedades que tanto abundaban en las ciudades y que andan siempre a la caza de algo nuevo que explotar y poder comentar.

La carta que ahora estaba sobre su mesa no era de ninguno de aquellos de quien solía recibirlas. Yacía, blanca y cuadrada, en el tablero, y la dirección estaba claramente escrita en tinta negra. Yuan la abrió, y vio que era de María Wilson. Allí estaba su nombre, claro y espaciado, al final, escrito con energía y viveza, muy distinta de la firma que la patrona solía poner al final de las cuentas mensuales. Le pedía a Yuan que fuera cuando pudiese, pues había estado inquieta desde el día en que fueron juntos al templo, y tenía que decirle algo, para quedar tranquila.

Yuan, pensando en lo que pudiera ser, se puso su mejor traje oscuro, no sin haberse lavado las manchas que la tierra le había dejado, y después de comer salió. Al irse, la patrona le gritó que había puesto la carta de una señora sobre su mesa, y que suponía que iba en busca de dicha mujer. Con esto, todos los huéspedes rieron a carcajadas, sobre todo la muchacha, que rio más fuerte que ninguno. Yuan no dijo nada; pero le molestaba que aquella risa tan ruda se refiriera a María Wilson, cuyo nombre estaba para él tan por encima de cualquier motivo de burla. Irritado contra ellos, juróse que nunca saldría de sus labios el nombre de aquella muchacha para que lo supiera aquella gente. Hubiera deseado que aquellas miradas y risas no se hubiesen alzado en el momento en que salía para verla a ella.

Al llegar a la casa no había logrado desvanecer esta impresión; y cuando le abrió la puerta, se sintió azorado y no se decidió a darle la mano cuando ella se la tendió afectuosamente; fingió no verla, tan fastidiado se sentía con las groserías de sus compañeros de hospedaje. Ella sintió esa frialdad; la luz huyó de su cara, y se borró la sonrisa con que lo había saludado. Le dijo que pasara, con voz fría y tranquila.

Cuando Yuan entró en el cuarto, lo halló como la primera noche, cálido y acogedor, con las llamas bailando en el hogar. Las viejas butacas le invitaban a sentarse, y la tranquilidad y el vacío le dieron la bienvenida.

Esperó a que ella se sentara, pues no quería estar más cerca de lo que era menester; la muchacha, sin mirarle, se dejó caer descuidadamente en un taburete, junto al fuego, y le señaló una butaca cercana.

Al sentarse, Yuan no pudo menos de empujar casi voluntariamente la butaca hacia atrás, de suerte que, aun estando cerca de la muchacha y pudiendo ver perfectamente su cara, si hubiera extendido el brazo, o ella el suyo, no habrían podido tocarse las manos. Se alegró de esto, y con ello se hizo más firme su idea de que las risotadas de aquella gente vulgar no eran sino una manifestación de grosería.

Allí estaban los dos solos, pues los padres no se dejaron ver. La mujer empezó, a hablar brusca y directamente, como si le costara trabajo decir lo que consideraba

necesario.

—Señor Wang, le parecerá raro que le haya dicho que venga esta noche. Apenas nos conocemos, en realidad, a pesar de que he leído bastante sobre su patria (usted sabe que trabajo en la biblioteca) y conozco algo de su pueblo, al que admiro mucho. Le he dicho que venga a casa, no solamente por su interés personal y particular, sino también para hablarle como una mujer norteamericana moderna puede hablarle a un chino moderno.

Hizo una pausa, miró el fuego del hogar, tomó una varilla de entre unos leños y con ella removi6 al descuido los rojos carbones que ardían bajo las maderas. Yuan esper6, preguntándose en qué pararía todo aquello, y no muy cómodo por cierto, pues no estaba habituado a encontrarse a solas con una mujer.

Por fin, la joven continu6 diciendo:

—La verdad es que me he sentido muy confusa con los esfuerzos de mis padres para atraerle a usted a su religión. De ellos no diré nada, sino que son la gente mejor que he conocido en mi vida. Usted conoce a mi padre y puede ver, como todo el mundo, lo que es. La gente habla de santos: él es uno. Nunca lo he visto irritado o molesto. Ninguna muchacha, ninguna mujer ha tenido mejores padres que yo. Lo único malo es que mi padre, si no me dio su bondad, me transmitió su cerebro. A mi vez, usé de este cerebro, y lo he usado contra la religión, esa energía que nutre la vida de mi padre, de tal manera que no tengo fe alguna. No puedo comprender que gente como mi padre, con una inteligencia clara y poderosa, no la use respecto a la religión. Su vida intelectual está fuera de la religión y... no hay comunicación entre las dos. Mi madre, naturalmente, no es una intelectual. Es más sencilla, más fácil de entender. Si mi padre fuera como ella, yo no vería sino el aspecto divertido de la cuestión cuando tratan de hacerle a usted cristiano. Me parece que no lo conseguirán...

Volvió sus francos ojos hacia Yuan, dejó caer sus manos, con la varilla colgando entre los dedos, y, al mirarle, se sintió más enérgica:

—Pero me temo que mi padre pueda influir en usted. Sé que usted lo admira. Es usted su alumno, estudia los libros escritos por él, y él ha sentido por usted más afecto que por ningún otro discípulo. Me parece que se complace en la visión de verle regresar a su tierra hecho un jefe cristiano. ¿Le ha dicho alguna vez que en un tiempo pensó en ser misionero? Pertenece a la generación en que todo buen muchacho o buena muchacha inteligente sintieron la... la llamada misionera, como decían. Pero era novio de mi madre, y ella no era lo bastante fuerte para eso. Pienso que, desde entonces, ambos han sentido que había en su vida algo frustrado. ¡Es extraño la diferencia que hay de una generación a otra! Ellos y yo sentimos lo mismo hacia usted —y sus hondos ojos le miraban fijos, sin rubor y sin coquetería—, y, a pesar de eso, ¡cuánto nos diferenciamos! Ellos creen que, siendo usted como es, sería glorioso ganarle para su causa. Para mí, es presuntuoso pensar que pueda usted llegar a ser más de lo que es... por una religión. Usted pertenece a su raza y a su tiempo. ¿Cómo se atreve nadie a imponerle algo que le es extraño?

Dijo estas palabras con una especie de ardor íntimo, y él se sintió atraído por ella, sin el menor asomo de rencor, pues le parecía que la joven no veía en él solamente a Yuan, sino a toda su raza. Le parecía que, al hablarle a él, se dirigía a millones de personas. Entre ambos había un muro de delicadeza y de inteligencia, natural en ellos. Yuan dijo con gratitud:

—Entiendo perfectamente lo que quiere usted decir. Le aseguro que no debilita mi admiración por su padre el hecho de que él crea en algo que mi inteligencia no puede aceptar.

Los ojos de la mujer volvieron a dirigirse a las llamas del hogar. El fuego se había reducido a carbón y cenizas, y su resplandor iluminaba con más suavidad el rostro, el cabello, las manos, el rojo oscuro de su vestido. Dijo, pensativa:

—¿Quién podría no admirarlo? Fue difícil para mí, se lo aseguro, apartarme de la fe de mi niñez que él me enseñó. Pero fui honrada con él (tenía que serlo), y hablamos largamente. Con mi madre no podía hablar; se echaba a llorar en seguida, y esto me impacientaba. Mas mi padre me respondía a todo, y podíamos hablar. Siempre respetó mi incredulidad, y yo siempre he respetado, cada vez más, su creencia. Hemos razonado mucho, hasta llegar a ese punto en que la razón tiene que detenerse y uno ha de creer sin llegar a entenderlo. Ahí nos separamos: él podía pasar por alto, creyendo sinceramente, con fe y esperanza. Yo no. Mi generación no puede.

De pronto, se levantó con energía y tomando un leño, lo echó al hogar. Se produjo un chisporroteo en la ancha y oscura chimenea, brotó una nueva llama, y de nuevo Yuan vio el rostro de la muchacha iluminado por el resplandor. La joven se volvió hacia él, quedándose de pie a su lado, apoyada en la repisa, y dijo seriamente, con una leve sonrisa que le fruncía las comisuras de los labios:

—Creo que esto es lo que quería decirle. No olvide que yo no tengo fe. Cuando mis padres traten de influir en usted, acuérdesse de que pertenecen a una generación que no es la mía. Ni la de usted.

Él se puso también de pie, agradecido, y mientras estaba junto a ella, pensando en algo que decir, las palabras le brotaron inesperadamente, pues dijo algo que no había pensado de antemano:

—Quisiera poderle hablar en mi propia lengua, pues su idioma nunca es completamente natural en mí. Me ha hecho usted olvidar que no somos de la misma raza. Por primera vez, desde que llegué a esta tierra, he encontrado un pensamiento que le hablaba al mío directamente, sin ninguna barrera.

Dijo esto con sencillez y franqueza, y ella le miró tan directamente como se mira a un niño; los ojos de Yuan y los de la muchacha estaban a la misma altura. Ella contestó con afabilidad:

—Espero que seamos amigos, ¿verdad, Yuan?

Este respondió con alguna timidez, pues sentía como si pusiera pie en una costa desconocida, ignorando adónde llegaba, pero a puerto seguro:

—Si usted lo desea así... —Y, mirándola de frente, añadió, en voz baja, a causa

de su timidez—, María.

Ella sonrió. Fue una sonrisa rápida, brillante, alegre, aceptando lo que le decía y deteniendo toda posible palabra que Yuan pudiera añadir.

—Hemos hablado bastante por hoy —repuso. Sin embargo, hablaron de libros un corto rato, hasta que se oyeron pasos en la entrada, y la muchacha dijo—: Ahí llegan mis dos encantos. Fueron a la iglesia. Van todos los miércoles por la noche.

Se dirigió a la puerta y recibió a sus padres, que tenían el rostro colorado por el frío del otoño. Pronto estuvieron todos junto al fuego, y de nuevo tuvieron a Yuan por uno de la familia, obligándole a sentarse en su compañía, mientras María iba en busca de frutas y de leche caliente, que los viejos gustaban tomar antes de dormir. Yuan, aunque odiaba la leche, cogió su vaso y sorbió un poco, para sentirse bien entre ellos, hasta que María se dio cuenta y dijo riendo:

—¡Qué memoria la mía!

Entonces fue en busca de una tetera para él, y todos rieron.

Pero el momento que más recordó Yuan, después, fue este: en una pausa de la conversación, la madre suspiró y dijo:

—María, ¡cuánto me hubiera gustado que fueses esta noche con nosotros! Fue una buena reunión. El doctor Jones habló muy bien..., ¿no te parece, Henry?, a propósito de la fe, que puede llevarnos adelante a través de los mayores conflictos. — Y dirigiéndose a Yuan, añadió—: Usted debe sentirse muy solo a ratos, señor Wang. Pienso a veces en lo duro que debe ser vivir sintiéndose tan lejos de sus padres... Y para ellos, también, qué doloroso debe de ser tenerle a usted tan lejos. Si a usted le agrada, nos gustaría mucho que viniera a cenar con nosotros los miércoles, e iríamos juntos a la iglesia.

Yuan, al ver su amabilidad, dijo solamente:

—Muchas gracias.

Al decir esto, su mirada buscó la de María, que estaba sentada junto a la chimenea, de suerte que sus ojos se hallaban un poco más bajos que los de él, y vio en ellos una mezcla de ternura y de risa: de ternura hacia su madre, y de compasión hacia Yuan. Era una mirada que envolvía a los dos en un común entendimiento, a pesar de que ambos estaban tan distantes.

* * * *

Yuan vivió, a partir de aquel día, en una especie de secreta y oculta riqueza. Ya no era la gente ajena para él, ni extraña, y a veces se olvidaba de odiarla; pensaba que no le despreciaban tanto como antes.

Ahora tenía abiertas las dos puertas. Una de ellas, la más exterior, era la de aquella casa a la que podía ir libremente y ser siempre bien recibido. El cuarto de la chimenea fue para él un hogar en aquel sitio extraño. Había encontrado muy dulce su soledad, y pensaba que cada vez la deseaba más. Pero ahora tuvo una nueva idea: que

la soledad es dulce solamente para un hombre que evita a las personas no amadas y fastidiosas, pero deja de ser grata cuando se encuentra uno en presencia de seres queridos. En aquella habitación descubrió Yuan estos seres. Amaba los libros usados, que parecían tan chicos y silenciosos, pero que cuando llegaba él y se sentaba a solas, por no haber nadie en la casa en aquel momento, le acompañaban y le daban la sensación de hablarle poderosamente, pues allí los libros le hablaban con mayor fuerza y compañía que en ninguna otra parte, porque la habitación los envolvía en una sabia tranquilidad y camaradería.

Allí estaba también, con frecuencia, la amada compañía de su maestro. Allí, más que en ninguna clase y que en el mismo campo. Yuan llegó a conocer la hermosura espiritual de aquel hombre. El profesor había llevado una vida sencilla e infantil. Hijo de un campesino, luego estudiante, maestro por muchos años, conocía tan poca cosa del mundo, que se diría que no había vivido en él. Pero vivía en los dos mundos de la inteligencia y del espíritu, y Yuan, explorando en ellos con numerosas preguntas y largos silencios atentos, al oír al viejo exponer sus conocimientos y creencias, no veía en estos la menor estrechez, sino la gran anchura de un vasto pensar ilimitado en el tiempo y en el espacio, en el que todas las cosas eran posibles para el hombre o para el dios. Era la anchura de una sabia inteligencia infantil, para la que no hay barreras entre lo real y lo mágico. Mas esta sencillez estaba tan impregnada de sabiduría, que Yuan no podía menos que amarla y sentirse turbado al ver su propia estrechez de entendimiento. Un día dijo a María, que al llegar le halló solo y preocupado:

—Faltó poco para que tu padre me convenciera de que me hiciera cristiano.

Y ella contestó:

—¿No es capaz de persuadirte de casi todo? Encontrarías, como yo, que la barrera está en el *casi*. Nuestros entendimientos son otra cosa, Yuan..., menos sencillos, menos seguros, más investigadores...

Esto dijo la muchacha, decidida y tranquilamente, y con ello hizo retroceder a Yuan hacia una zona de la que le habían sacado contra su voluntad; o tal vez un tanto voluntariamente, puesto que adoraba al viejo profesor. Pero la muchacha le hacía retroceder cada vez que esto sucedía.

En aquella casa estaba la puerta del exterior, y la muchacha era la puerta que se hallaba más adentro, en su corazón. Por ella aprendió muchas cosas. Ella le contó la historia de su gente, cómo llegó antaño a las costas de aquel país donde vivían, eliminadas de casi todas las naciones y tribus de la tierra, y cómo, por la fuerza, la astucia y hasta la guerra, arrebataron la tierra a los que la poseían. Yuan escuchaba esto con la misma afición que sentía en su infancia al escuchar los cuentos de los «Tres Reinos». Le contó también cómo sus antepasados se habían abierto camino, día tras día, hacia costas más lejanas, atrevida y desesperadamente. Y mientras ella hablaba, unas veces en el cuarto, junto al hogar encendido, otras en los bosques cuyas hojas caían ahora que iba a comenzar el invierno, a Yuan le parecía sentir en aquella mujer, por toda su exterior gentileza, la fuerza interna que había en su sangre. Sus

ojos se tornaban brillantes unas veces; otras, fríos y decididos, y la barbilla, bajo los estrechos labios, se alzaba cuando hablaba con orgullo de su raza, de tal suerte que Yuan tenía cierto miedo de ella en algunos instantes.

Y esto era lo curioso: que en aquellos momentos sentía Yuan que ella tenía un poder de hombre, y en él, una sensación de inferioridad que no llegaba a ser viril, como si ambos juntos formaran un hombre y una mujer, pero mezclados, sin ser claramente hombre él ni mujer ella, pues a veces había en la mirada de la joven algo tan posesivo, como si se sintiera la más fuerte, que la carne de Yuan experimentaba la sensación de retirarse hasta que aquella mirada desaparecía. Así, pues, aunque a veces la encontraba bella, con el cuerpo ágil y ligero en su energía, y se sentía emocionado ante su decisión y seguridad, nunca pudo experimentar una atracción carnal por ella, ni la veía como una mujer a la que le gustara tocar o querer, porque había en ella aquel extraño poder que le causaba temor y que hacía retroceder su naciente inclinación amorosa.

Yuan se alegraba de esto. Aún no quería pensar en el amor ni en la mujer, y aunque no podía alejarse de esta, porque le atraía, se sentía contento de no desear tocarla. Si alguien, ahora, le hubiese preguntado, él habría dicho: «No es prudente ni bueno que se casen dos personas de carne diferente. Existe la dificultad externa de las dos razas, ninguna de las cuales quiere esta unión. Pero existe, además, la lucha interna de uno contra otro, y esta fuerza que separa llega tan hondo como la sangre... No hay término para una guerra entre sangres distintas».

Sin embargo, en ocasiones sentía vacilar su seguridad frente a la joven, pues no le parecía tan extraña a él y a su sangre, porque ella no solamente le mostraba su propia gente, sino a la misma gente de él, de un modo que él nunca había visto. Cosas que Yuan ignoraba de su misma sangre y raza. Había vivido en su tierra una parte al margen de la vida de su padre; otra, en la escuela de guerra como un joven lleno de ardor por la defensa de su causa; por otra parte, en la casa de tierra, y otra, en fin, en la gran ciudad de la costa; pero entre estas partes no había unidad bastante como para hacerle pertenecer a un solo mundo. Cuando alguien le preguntaba por su tierra o por su pueblo, respondía de manera tan carente de seguridad, que, mientras hablaba, recordaba algo que iba contra lo que había dicho un momento antes, y llegó incluso a no hablar de ello, excepto para negar cosas como aquellas que el cura había mostrado; y esto lo hacía por orgullo.

Mas a través de los ojos de aquella mujer occidental, que nunca había visto la tierra donde la gente de Yuan había vivido, llegó a ver su propia patria tal como hubiera deseado. Ahora, a causa de él (bien lo sabía), la muchacha estudiaba cuanto llegaba a sus manos sobre el pueblo a que Yuan pertenecía; libros y narraciones de viajeros, historias y cuentos que habían sido traducidos, poemas y pinturas. De todo esto, la joven hizo un sueño, algo así como un conocimiento más hondo de lo que era la patria de Yuan; y le parecía un lugar bellísimo, donde hombres y mujeres vivían en paz y justicia, en una sociedad enmarcada por la cordura de los grandes sabios.

Yuan, oyéndola, veía esto también. Cuando ella le decía: «Me parece, Yuan, que en tu tierra han resuelto todos nuestros problemas humanos. La bella relación de padres con hijos, de amigos con amigos, de hombres con hombres, todo está pensado y expresado sencilla y bellamente... Y el odio que vuestro pueblo tiene a la violencia y a la guerra, ¡cuánto lo admiro!», él olvidaba su niñez. Recordó solamente que odiaba la violencia y la guerra; y desde el instante en que recordó esto, creyó que todo su pueblo las odiaba igualmente; recordó a los aldeanos que se quejaban de la guerra, y las palabras de la muchacha le parecieron verdadera, completa y sencillamente ciertas.

A veces, le llamaba para contemplar algún grabado o dibujo que había encontrado, dibujo, que representaba tal vez una alta y elegante *pagoda*^[7],alzada al cielo desde alguna escarpada cima, o quizás un estanque campesino, cuyas aguas eran acariciadas por caedizas ramas de sauce y blancas ocas flotando en la sombra, y la muchacha exclamaba, con el aliento entrecortado de entusiasmo:

—¡Oh, Yuan, qué hermoso, qué hermoso! ¿Por qué cuando miro estas estampas me parece que son de un lugar en el que yo he vivido y que conozco perfectamente? Hay alguna extraña relación entre ellos y yo. Creo que tu tierra debe ser la más bella del mundo.

Yuan, al mirar las estampas y a través de los ojos de ella, al recordar la belleza que había visto en los escasos días que vivió en los campos, donde había lagunas y estanques parecidos, aceptaba con la mayor sencillez cuanto ella decía, y contestaba con sinceridad:

—Sí, es una hermosa tierra.

Ella, mirándole inquieta, decía:

—¡Qué rudos debemos de parecerles a ustedes! ¡Qué cruda debe de parecerles nuestra vida! ¡Somos tan nuevos y tan rudos!

Y él sentía de súbito que esto también era verdad. Recordaba la casa en que vivía, la mujer gruñona, casi siempre enojada con su hija, de tal modo que llenaba la casa con su enojo y su irritación, y recordaba también los pobres que había visto en la ciudad; pero se limitaba a decir amablemente:

—En esta casa, al menos, he encontrado la paz y la cortesía a que yo estaba acostumbrado.

Cuando María estaba de este ánimo, Yuan casi la amaba. Pensaba con satisfacción: «Mi tierra tiene tal poder sobre esta muchacha, que, cuando piensa o sueña en ella, se torna suave y tranquila, su dura firmeza desaparece y toda ella es mujer». Y se le ocurrió pensar si llegaría un día en que la quisiera aun contra su misma voluntad. Pensó en esto más de una vez, y para responder a sus pensamientos se decía: «Si ella viviera en mi tierra, a la que ama tanto como si fuese suya, siempre sería de este modo, dulce, femenina y entusiasta, y recurriría a mí para cuanto necesitara».

Y pensaba que sería dulce que fuera así, que sería grato enseñarle su idioma y

vivir en una casa puesta a gusto de ella, una casa como aquella en que vivía y que él había llegado a querer tan entrañablemente, con su comodidad hogareña.

Mas, después de pensar largamente en esto, volvía un día en que la hallaba de nuevo cambiada, mostrando su aspecto rígido, dominante, de tal suerte que podía argumentar, juzgar y condenar cualquier asunto con una sola palabra; incluso a su padre. Se mostraba con Yuan más considerada y suave que con nadie. Pero él volvía a sentirse atemorizado al notar aquella rudeza que nada podía doblegar. De este modo, María lo apartaba o atraía en diversos momentos.

Así, durante su quinto y sexto año, Yuan continuó experimentando los mismos sentimientos hacia la joven. Y siempre era una de dos: o más que una mujer para él, y entonces la temía, o menos que una mujer, y entonces no podía quererla. Nunca logró olvidar completamente que era una mujer la que tenía junto a él. Sin embargo, para él, con su honda, con su rígida manera de ser, la muchacha llegó a ser su única amiga.

No dejaba, por esa sensación predominante, de notar que alguna vez podía sentirse más cerca de ella, o bien, al contrario, que podía llegar un día en que se sintiera más frío y apartado. Y hubo de apartarse, pero esto ocurrió por algo que no tenía, en sí, gran importancia.

Yuan era incapaz de tomar parte en todas las locuras de sus amigos. Habían llegado a la escuela, aquel año, dos hermanos de la misma raza de Yuan, pero que procedían desde los países meridionales de su tierra, donde los hombres son ágiles en la expresión, más animados y ligeros de cascos, variables en el pensar e inclinados a la risa. Buenos muchachos los dos, pronto se prestaron a hacer cualquier cosa que distrajera a los otros, se conquistaron afectos, aprendieron a cantar como cualquier payaso pudiera hacerlo, e inventaron trucos y juegos, con voces caprichosas que gustaban a los estudiantes; de manera que cuando llegaban ante cualquier público, danzaban y hacían pantomimas, encantados de los aplausos que provocaban.

Entre ellos y Yuan había un abismo mayor que el existente entre este y un hombre de raza blanca, no sólo porque el lenguaje de ellos era distinto, ya que en el Sur y en el Norte no se habla el mismo idioma, sino porque Yuan estaba íntimamente avergonzado de ellos. «Bueno estaba —se decía Yuan— que los hombres blancos hicieran todas las tonterías que se les antojaran, pero no sus compatriotas y delante de aquellos extranjeros». Y cuando oía las carcajadas y los gritos de aprobación, su rostro se tornaba más serio y frío, pues temía o, mejor, se convencía de que había una secreta burla bajo aquella diversión.

Un día, en especial, no pudo soportarlo. Habían anunciado un divertido espectáculo en cierto local, y Yuan asistió, invitando a María Wilson, pues a ella le gustaba ir en su compañía a sitios públicos; y allí se sentaron entre los otros. Los dos cantoneses aparecieron aquella noche disfrazados como un granjero y su mujer. El campesino llevaba una larga trenza a la espalda, y la mujer era ruda y zafia como cualquier paleta. Y Yuan debió permanecer allí viendo a aquel par de locos haciendo como que se disputaban un gallo hecho de tela y plumas, que despedazaban poco a

poco, y hablando de cosas que todo el mundo podía entender, sin que dejara de parecer, al mismo tiempo, que estaban hablando en su propia lengua. Sin duda, la escena era divertida, y los actores tan listos y graciosos, que nadie podía contener la risa; incluso Yuan hubo de sonreír más de una vez, aunque no de muy buen grado. María rio bastante. Cuando ambos salieron del local, ella se volvió hacia él, con el rostro aún risueño, y le dijo:

—Esto ha debido de ser como una escena sacada de su misma tierra, Yuan. Estoy muy contenta de haberlo visto.

Estas palabras borraron toda risa del rostro del joven, que dijo, molesto:

—Nada tiene que ver esto con mi tierra. Allí ningún campesino lleva trenza en estos días. Ha sido una farsa como la que pudiera haber representado cualquier actor norteamericano en Nueva York.

Viéndole dolido, María dijo en seguida:

—Naturalmente. He comprobado que era una comedia, pero tenía cierto aroma de verdad, a pesar de todo, ¿no, Yuan?

Yuan no contestó. Estuvo serio todo el tiempo, y al llegar a la puerta, se inclinó para irse. Cuando la muchacha le invitó a que pasara, se negó, aunque le hubiera gustado estar un rato en su compañía, en la acogedora habitación. Cuando rehusó entrar, ella le miró fijamente, con una interrogación en los ojos, ignorando qué sucedía; aunque convencida de que algo pasaba. De pronto, se impacientó un poco con él, lo sintió extranjero, distinto, difícil, y le dejó ir, diciendo solamente:

—Otra vez será.

Yuan se fue más irritado porque ella no había insistido y pensó, sombrío: «Esa payasada me ha hecho desmerecer ante ella; ha pensado que los de mi raza son así de locos».

Fue a su casa, tan fastidiado al pensar en la frialdad de María, que salió y se dirigió a la casa donde los dos payasos vivían; llamó a la puerta, entró en la habitación y los sorprendió a medio vestir, dispuestos a irse a dormir. Sobre la mesa estaban la falsa coleta, los largos bigotes postizos y otras cosas que habían usado para disfrazarse. Al ver aquello, Yuan sintió aumentar su energía. Dijo con frialdad:

—Sólo he venido a decir que me parece mal lo que habéis hecho esta noche. No es verdadero amor a la patria hacerla que sirva de risa a una gente que de por sí está dispuesta a reírse de nosotros.

Los dos hermanos se quedaron estupefactos. Se miraron el uno al otro, y luego a Yuan. Entonces, uno estalló en carcajadas, después el otro, y el mayor dijo en su idioma extranjero, ya que Yuan y ellos no hablaban la misma lengua:

—Te dejamos a ti cuidar el honor de nuestra patria, hermano mayor. ¡Tú tienes dignidad bastante para reemplazar a un millón!

Y tornaron a reír, más fuertemente. Yuan no pudo soportar aquellos labios anchos, los ojillos alegres ni los cuerpos enclenques. Los miró mientras reían, y luego, sin decir una palabra, salió, cerrando la puerta.

«Estos hombres del Sur —murmuró—, para nosotros los verdaderos chinos, no son absolutamente nada. ¡Gente insignificante!».

Tendido en su lecho, aquella noche, y mirando las desnudas ramas de los árboles que proyectaban sus sombras en la pared blanca de luna, Yuan pensaba con satisfacción que no había tenido nunca nada que ver con ellos, ni aun en los tiempos de la escuela de guerra. En aquella tierra extraña se sentía muy lejos de los que, para los extranjeros, pertenecían a la misma raza y la misma nación que él. Sólo él —pensó con altanería— podía mostrar lo que en realidad era su pueblo.

Y cimentó en esta idea todo su orgullo, pues aquella noche su sensibilidad estaba herida. No podía soportar que el aprecio que María sentía por él se turbara con la estupidez de dos individuos de su raza.

Para él fue como si se viese a sí mismo en ridículo. En su cama, tendido, solitario y satisfecho de sí mismo, más solitario porque aun de sus propios compatriotas se sentía ajeno, y más todavía porque ella no había insistido para que entrara en su casa, pensó amargamente: «Me vio de un modo distinto. Me vio como si yo hubiera sido uno de aquellos dos estúpidos».

Decidió que no debía importarle, y comenzó a borrar de su memoria cualquier recuerdo de ella que no fuera amable: cómo podía ser dura a ratos, su voz incisiva y cortante como el acero, y cómo a veces era de un positivismo impropio de una mujer ante un hombre. La recordó al volante del automóvil, conduciéndolo como si fuese una bestia que le perteneciese, forzándolo a adquirir mayor velocidad y con la cara fija y pétrea. Ninguno de estos recuerdos era grato, y los apartó, diciéndose con altivez: «Tengo un trabajo que hacer, y he de hacerlo bien. El día que acabe lo que tengo que hacer, juro que no habrá ningún nombre ante el mío en las listas. Esto será honrar a mi pueblo».

Y se durmió al fin.

* * * *

Pero aun en aquella soledad íntima no pudo llegar a esta solo, porque María no lo dejó. Le escribió de nuevo, al cabo de tres días, y él no pudo evitar que el corazón acelerara sus latidos al ver sobre la mesa la cuadrada letra de la muchacha. Sintió que su soledad le pesaba más que nunca, y tomó rápidamente la carta, deseoso de saber lo que le decía. Cuando la abrió, se sintió un tanto desilusionado. Las palabras que decía eran muy corrientes y no las que se esperan cuando se ha dejado de ver a un amigo durante tres días, un amigo a quien se acostumbra a ver diariamente. Eran cuatro líneas, y le decía que unas plantas cuidadas por su madre habían dado flores tempranas y que deseaba que él las viera. ¿Podría ir a la mañana siguiente? Entonces estarían totalmente en flor. Y eso era todo.

En este punto, Yuan estaba cerca de sentir más amor por aquella mujer del que nunca había experimentado por ella. Pero su frialdad le enojó, y se dijo, con su

caprichosa infantilidad: «Bien, si dice que vaya a ver a su madre, iré a ver a su madre», y decidió, picado, que al día siguiente se dedicaría por completo a la madre.

Así lo hizo. Cuando, junto a la señora, miraba la blancura diáfana de la flor, y llegó María, poniéndose los guantes, Yuan se limitó a inclinar la cabeza, sin despegar los labios. Pero ella no quiso demostrar la misma frialdad. Aunque apenas se detuvo para decir a su madre algo relativo a la casa, le miró de una forma tan tranquila y tan exenta de otro sentido que no fuera el de amistad, que Yuan olvidó su fastidio. Y pronto, aunque ella se había ido ya, encontró la flor más hermosa, y mostró un gran interés por la anciana y por cuanto esta le decía, aunque hasta entonces había pensado que era demasiado habladora, muy inclinada a la alabanza y el afecto, algo muy fácil para contentar a cualquiera. Ahora, en el jardín, la encontraba llena de personalidad, una mujer sencilla, cariñosa, con una gran ternura para todo lo que fuera joven, de suerte que podía tocar un retoño con la misma delicadeza con que tocaba a un niño, y que casi llegaba a llorar si veía que un capullo era inadvertidamente arrancado del rosal, o si alguien, por distracción, pisaba una planta. Le gustaba sentir sus manos en la tierra, entre las raíces y las semillas.

Aquel día, Yuan pudo comprender los sentimientos de la señora, y después de un rato en el jardín, la ayudó a colocar las semillas y le enseñó cómo trasplantar un brote, solamente con extender sus raíces cuidadosamente en la tierra. Le prometió proporcionarle algunas semillas de plantas de su país y tratar de hallar una especie de col, verde y blanca, de exquisito aroma, que estaba seguro le gustaría mucho. Todo esto le hizo sentirse más unido a la familia y a la casa. Se preguntaba cómo había llegado a pensar un día que aquella señora era parlanchina u otra cosa que no fuera afable y maternal.

Pero aun aquel mismo día apenas tenía de qué charlar con la señora, como no fuese algo relativo a las plantas y flores. Pronto se dio cuenta de que su inteligencia era tan sencilla como la de su madre, la campesina, una inteligencia reducida que se concentraba en la manera de cocinar un plato, en cualquier chismorreo de vecindad, en el jardín y su cuidado, en un jarro con flores para adornar el centro de la mesa... Amaba a Dios, a su marido y a su hija, tan fiel y sencillamente, que Yuan se sintió varias veces confundido con aquella simplicidad, pues aquella señora, que sabía leer lo bastante como para coger cualquier libro y comprender bien lo que decía, estaba llena de tan curiosas ideas como las de cualquier aldeana de su tierra. Lo notó al oírla hablar de una fiesta de primavera.

—Esa fiesta la llamamos Pascua, Yuan, y ese fue el día en que Nuestro Señor salió de su tumba para subir a los cielos.

Yuan no quería sonreír, pues sabía que existían cosas como aquellas entre las gentes de todas las naciones; sobre ellas había leído algo en los días de su infancia, aunque apenas podía comprender que aquella señora las creyese. Pero veía tal sinceridad y bondad en sus plácidos ojos infantiles, bajo el cabello gris, que se percató de que ella creía sinceramente.

Las horas en el jardín terminaron lo que el tranquilo mirar de María había comenzado, y cuando ella volvió ya había desaparecido todo su enojo. No dijo nada de ello, y la trató como si no hubieran pasado tres días sin verse. María dijo, sonriente, cuando estuvieron solos:

—¿Has pasado las dos horas enteras en el jardín, con mi madre? ¡Es implacable cuando llegas a esta casa!

Yuan sintió que la risa de la muchacha era sincera, y sonrió a su vez, diciendo:

—¿Cree ella las historias que me ha contado sobre resurrección de muertos? Nosotros tenemos también esas historias, pero generalmente no son creídas, ni aun por las mujeres, si son algo instruidas.

Y María contestó:

—Ella lo cree así, Yuan. ¿Me comprendes cuando te digo que quiero preservarte de esas ideas, porque para ti serían falsas, al mismo tiempo que lucharé porque las conserve mi madre, porque para ella son verdaderas y necesarias? Ella se perdería sin sus creencias, porque en ellas ha vivido y en ellas ha de morir. Pero nosotros..., ¡nosotros debemos tener nuestras propias creencias!

En cuanto a la señora, tomó tanto cariño a Yuan a partir de aquel día, que llegó a olvidarse de su raza y condición, y decía llena de angustia, si Yuan le hablaba de su lejano país:

—Yuan, le aseguro que la mayoría de las veces me olvido de que no es usted norteamericano. Armoniza usted tan bien con esta casa...

Entonces María intervenía prontamente:

—Yuan nunca llegará a ser lo bastante norteamericano, madre.

Y una vez añadió, en voz baja:

—Y me alegro de que así ocurra. Lo prefiero como es.

Él recordaba esto, pues cuando María hablaba con cierta disimulada energía, la madre no contestaba, pero sus ojos se clavaban con turbación en su hija. En aquel momento, Yuan se daba cuenta de que no sentía hacia él un cariño tan grande. Pero esto se borraba cuando él estuvo en compañía de la señora un par de veces en el jardín, pues aquella primavera ciertos insectillos cayeron sobre los rosales, y Yuan le ayudó a cuidar las plantas y, con ello, a olvidar el leve enfriamiento que hacia él había sentido. Empero, hasta en un menester tan insignificante como exterminar insectos, Yuan se sentía confuso. Él odiaba furiosamente a aquellos animalillos crueles que destruían la belleza de los capullos y las hojas en cada hora que vivían, y deseaba matarlos a todos. Mas sus dedos odiaban tener que arrancarlos de las plantas, y mucho después sentía asco y desasosiego y no cesaba de lavarse las manos largo tiempo. La señora no sentía lo mismo. Ella se mostraba contenta con cada insecto que sacaba, y los mataba alegremente, viendo en ellos una plaga destructora.

Así, Yuan fue haciéndose amigo de la señora, y también se fue acercando más a su viejo maestro. Se fue acercando a él cuanto pudo, pues, en realidad, nadie llegaba a estar verdaderamente cerca de aquel anciano, extraña mezcla de profundidad y de

sencillez, de inteligencia y de fe. Podía hablar frecuentemente con él de sus libros y de lo que estos contenían, pero muchas veces, en medio de una conversación literaria o sobre leyes científicas, los pensamientos del maestro se alejaban hacia un mundo nebuloso, al que Yuan, por lo visto, no podía seguirle. En estas ocasiones, el profesor decía:

—Tal vez, Yuan, esas leyes, esos ideales a los que tratan de llevarnos nuestras pobres leyes humanas, no sean sino llaves para abrir la puerta de un jardín cerrado, pero debemos arrojar lejos esas llaves y penetrar en él con la imaginación (o llámela fe mejor), y ese jardín es el jardín de Dios, de Dios infinito, en el que está la sabiduría, la justicia, la bondad y la verdad...

Yuan, que no comprendía, decía:

—Señor, déjeme a mí en la puerta. Yo no puedo arrojar lejos la llave.

A lo que el viejo, sonriendo con un poco de tristeza, respondía:

—Tú eres como María. Vosotros, los jóvenes, sois como pájaros recién nacidos. Tenéis miedo de probar vuestras alas, miedo de volar fuera del mundillo que conocéis. ¡Ah! Hasta que dejéis de cifrarlo todo en la razón y empecéis a creer en esos sueños e imaginaciones, no se producían grandes científicos entre vosotros. Ni grandes poetas, ni grandes hombres de ciencia... La misma edad produce las cosas.

Y Yuan, de todas estas palabras, sólo recordaba aquellas: «Tú eres como María...».

Sí, era como María. Entre ambos, nacidos a miles de millas de distancia, de dos sangres nunca mezcladas, había una semejanza, un lazo, el parecido de la juventud en cualquier edad, iguales en sus rebeliones y en otras cosas que son las que hay entre un mozo y una doncella por encima del tiempo y de la sangre.

Ahora que llegaba la primavera y que los árboles verdeaban de nuevo; ahora que en los bosques cercanos a la casa brotaban las florecillas entre las hojas muertas del invierno, Yuan sentía en su sangre una nueva libertad. En aquella casa, ciertamente, no había nada que apagase su alegría. Allí olvidaba que era un extraño. Podía mirar a aquellos tres seres y olvidar su diferencia, de suerte que los ojos azules de los viejos eran naturales para él, y los ojos de María eran amables por sus cambios y ya no le parecían remotos.

Ella se tornó más amable con él. Cierta dulzura brotaba de ella en este tiempo. Nunca estaba hosca, y su voz no era incisiva, como antes. Su cara se hizo un poco más llena, sus mejillas menos pálidas y sus labios parecían más suaves y no tan apretados. Andaba más lánguidamente y con cierta fácil displicencia que antes no tenía.

A veces, cuando Yuan llegaba, parecía estar muy ocupada, yendo y viniendo, de modo que él apenas la veía. Pero cuando llegó la primavera, también cambió en esto, y, no sabiendo en realidad lo que hacían, ambos se citaban para pasear por el jardín en las mañanas. Y ella llegaba, fresca como el día, con el oscuro cabello un poco

húmedo, sobre las orejas. Para Yuan era más agradable cuando la veía vestida de azul. Un día le dijo, sonriendo:

—El color azul es el que usan en mi tierra las gentes del campo. A ti te sienta bien ese color.

Y ella, sonriendo también, le contestó:

—Me alegro.

Yuan recordaba un día en que, habiendo ido temprano a desayunarse con ellos, se quedó esperando un momento en el jardín, y se puso a arrancar cuidadosamente algunas hierbecillas de entre unos pensamientos. Ella llegó de pronto y se quedó mirándolo, iluminado y cálido el rostro, y al levantar él los ojos, María alargó la mano para quitarle una brizna que se le había quedado en el pelo. Yuan sintió que la mano de la muchacha, al bajar, le rozaba suavemente la mejilla. Sabía que no lo había hecho intencionadamente, porque ella siempre evitaba con cuidado todo contacto, de suerte que Yuan ni se atrevía a ayudarla al pasar alguna aspereza del camino. No; ella no era como otras muchachas que aprovechan el menor motivo para tocar de algún modo al hombre. Fue la primera vez que Yuan sintió su mano, fuera de los fríos y usuales contactos del saludo.

Pero ella no le rogó que la dispensara o excusara. Por su franco mirar y por el súbito rubor de sus mejillas, Yuan supo que ella había sentido el roce y que se había dado cuenta de que él también lo había notado. Se miraron rápidamente, empezaron a andar, y ella dijo al momento:

—¿Vamos a desayunarnos?

Él contestó tranquilamente:

—Debo lavarme las manos.

Y el momento pasó.

Después recordó esto algunas veces, y su pensamiento volvió hasta aquel otro contacto, hacía mucho tiempo, de la mano de la muchacha que ahora estaba muerta. Era extraño, pero junto a aquel ardiente y decidido roce, este nuevo y ligero contacto parecía una nadería y el otro aún ardía con mayor realidad. Yuan se dijo: «Sin duda, no se dio cuenta de lo que hizo. Soy un loco». Y decidió olvidarlo y dominar su pensamiento contra tales ocurrencias, que en verdad no deseaba.

Así, durante los meses de la última primavera, Yuan vivió en un extraño y doble mundo. Dentro de él guardaba un reducto propio, contrario a aquella mujer. La suavidad de la estación, la dulzura del claro de luna cuando paseaban juntos, por las calles solitarias que daban al campo, bajo los árboles cubiertos de hojas nuevas, o la quietud del cuarto donde a veces se quedaban solos, mientras la tierna y musical lluvia de primavera golpeaba los cristales de la ventana, nada podía romper la fuerza de aquel reducto. Y se desazonaba pensando cómo podía estar a veces tan agitado, y cómo, a pesar de ello, no quería ceder.

Además, de cierta manera, aquella joven podía atraerle, y, sin embargo, apartarle de ella. La amaba y no la amaba, por los mismos motivos. Porque amaba la belleza y

no podía menos de resistir a la belleza, a veces la encontraba hermosa: aquel cuello y aquella frente tan blancos junto al oscuro cabello... Sin embargo, Yuan no amaba aquella blancura. A ratos veía sus ojos luminosos, claros y grises bajo las oscuras cejas, y admiraba el resplandor y el matiz que en ellos había; pero no amaba sus ojos grises. Y lo mismo ocurría con sus manos: vivaces, rápidas, expresivas, bellas y alargadas... Pero tampoco amaba sus manos.

Esto no impedía que se sintiese atraído una y otra vez por la muchacha, por algún extraño poder que habría en ella. Así, pues, muchas veces, en aquella primavera, Yuan tenía que hacer una pausa en su trabajo en los campos o en sus horas de estudio, en el cuarto o en la biblioteca, porque su pensamiento se llenaba con la imagen de aquella mujer. En tales momentos se preguntaba: «¿La echaré de menos cuando me vaya? ¿Estoy atado de algún modo a esta tierra, a causa de esta mujer?». Hallaba una escapatoria en la idea de que debía permanecer y estudiar aún más, pero aun entonces podía preguntarse: «En realidad, ¿para qué he de quedarme aquí? Si es a causa de esta mujer, ¿con qué fin, si he decidido no casarme con una de su raza?». Y se decía acto seguido: «No. Volveré a mi tierra». Entonces pensaba que, al partir, ya quizá no la volvería a ver más, porque ¿cómo iba él a regresar? Y cuando pensaba en aquello, apartaba de su mente la idea de partir.

Y así hubiera seguido preguntándose y lleno de indecisión, cuando de su país le llegaron noticias que eran como una voz de su tierra pidiéndole que regresase.

Durante los años que había estado ausente, Yuan apenas había sabido lo que en su tierra acontecía. Sabía, sí, que habían estallado pequeñas guerras, pero no le dio importancia, pues siempre habían habido allí pequeñas guerras.

En aquellos años, Wang el Tigre le escribió sobre una o dos guerras que había emprendido: una de ellas contra un nuevo jefe de bandoleros, y otra contra cierto señor de la guerra que había entrado sin permiso en sus feudos. Mas Yuan pasó de prisa sobre tales noticias, en parte porque nunca le habían gustado las guerras, y en parte porque tales cosas no le parecían reales del todo viviendo en aquella distante y pacífica tierra. Algún compañero de pensión le preguntaba:

—Dígame, Wang, ¿a qué se debe esa nueva guerra que ha estallado en China? He visto en los periódicos... Un tal Chang, o Tang, o Wang...

Yuan, avergonzado, contestaba rápidamente:

—No es nada... Nada más que un asalto de bandidos como cualquier parte del mundo.

A veces, su madre, que le escribía indefectiblemente una vez cada estación, le decía en sus cartas:

La revolución crece por días; pero no sé cómo. Ahora Meng está fuera, no tenemos revolucionarios en la familia. He oído, por lo menos, que en el Sur ha estallado una nueva revolución. Meng no ha vuelto aún a casa. Está allá, entre ellos. Ha escrito, pero no se decide a volver, aunque le gustaría, porque

los que mandan aquí tienen miedo y aún persiguen activamente a los que son como Meng.

Pero Yuan no llegaba a comprender del todo lo que acontecía en su país, sino que seguía como podía las noticias sueltas que le llegaban, en particular de algunas publicaciones en las que se hablaba de algún cambio, como, por ejemplo: «El antiguo calendario lunar ha sido reemplazado por el calendario occidental», o bien: «Se ha prohibido que en adelante les sean vendados los pies a las mujeres», o: «Las nuevas leyes no permitirán al hombre tener más de una mujer», y cosas por el estilo. A cada cambio sentía Yuan alegría y confianza, y a través de ellos veía cambiar toda su tierra. Así lo pensaba, y sobre ello escribió a Sheng:

Cuando volvamos el verano que viene, no vamos a conocer a nuestra tierra. Parece imposible que en tan poco tiempo, en seis breves años, se hayan llevado a cabo cambios tan grandes.

A lo que Sheng contestó, después de largos días:

¿Vas a volver el próximo verano? Yo no estoy dispuesto a hacerlo. Quiero vivir aquí un par de años más, si mi padre me manda dinero para ello.

Al leer esto, Yuan no pudo dejar de recordar, con gran desazón, a aquella mujer que había puesto música a los poemillas de Sheng; no le gustaba acordarse de ella. Pero deseaba que Sheng se apresurara a volver a su país. Ciertamente era que aún no había obtenido su licenciatura, aunque había invertido en ello más tiempo del que era menester. Turbado, Yuan pensó en lo poco que Sheng hablaba de las nuevas cosas que sucedían en su tierra. Mas lo excusó prontamente, pues no era fácil pensar en revoluciones estando en aquella rica y tranquila nación, ni pensar en campos de batalla ni en luchar por alguna causa. Y hasta él mismo llegaba a olvidarse de tales cosas en sus días de paz.

Pero, como supo después, la revolución estaba llegando a su apogeo. Seguramente a la manera de siempre, subiendo desde el Sur. Mientras Yuan se pasaba los días sobre los libros; mientras se preguntaba qué sentía por aquella mujercita a la que amaba y no amaba, el ejército gris de la revolución, en el que formaba Meng, cruzaba el corazón de su tierra hacia el gran río. Allí combatían ellos, pero Yuan, en aquel país extraño, a miles de millas de distancia, vivía pacíficamente.

En aquella paz habría vivido siempre. Mas, de súbito, un día, la atracción que existía entre él y la muchacha se hizo más fuerte. Habían pasado así mucho tiempo, siendo un poco más que amigos, un poco menos que enamorados, de modo que Yuan llegó a aceptar como cosa corriente salir y charlar todas las tardes con ella, después

que los viejos se iban a dormir. Delante de estos no demostraban nada. María hubiera respondido honradamente a cualquier pregunta: «Pero si entre nosotros dos no hay más que amistad», pues jamás habían hablado de nada que otros no pudieran oír.

Mas para ellos era como si el día no hubiera terminado si antes no estaban un rato junto y a solas, aunque hablaran indiferentemente de cosas corrientes. En aquellos breves ratos aprendían a conocer mutuamente sus pensamientos y sus corazones más que en todas las horas que pudieran estar juntos durante el día.

Una noche de aquella primavera estaban paseándose entre los rosales. Al final de la vereda que recorrían había un grupo de árboles, seis olmos plantados en un círculo, que habían crecido, altos, anchos y viejos, llenos de sombras. Allí, el viejo profesor había colocado un banco de madera, pues le gustaba aquel lugar para meditar. Aquella noche, las sombras eran muy negras, porque había una luna muy clara y todo el jardín estaba lleno de luz, excepto el lugar donde los olmos tendían sus ramas. Llegaron junto a ellos, y la joven dijo descuidadamente:

—¡Mira qué oscuras son estas sombras! Parece que nos perdemos cuando damos un paso en ellas.

Guardaron silencio. Yuan vio con extraño e inquieto agrado la claridad luminosa de la luna, y dijo:

—Brilla tanto la luna, que uno puede ver el color de las hojas nuevas.

—Y casi sentir el frío de la sombra y el calor de la claridad —agregó María, volviendo a la luz.

Se detuvieron de nuevo, Yuan el primero, y preguntó:

—¿Tienes frío, María?

Ahora la llamaba por su nombre sin dificultad.

Ella respondió entrecortadamente:

—No...

Entonces, sin saber cómo, quedaron indecisos en la sombra. Ella se le acercó y tomó sus manos. Yuan sintió a la joven entre sus brazos, su mejilla junto al cabello de ella. La sintió temblar y se dio cuenta de que él también temblaba. Ambos se sentaron en el banco, y ella levantó la cabeza y le miró fijamente, tomó entre sus manos la cara de Yuan y le murmuró:

—Bésame.

Entonces, Yuan, que había visto estas cosas en los cines y en otros lugares de distracción, pero que nunca había hecho nada semejante, sintió que su cabeza se inclinaba, que los labios de la muchacha se unían a los suyos y que quedaban junto a ellos.

En aquel momento se apartó. No hubiera sabido decir por qué. Algo en él le impulsó a apartarse, aunque otra fuerza le impelía a acercarse y a estrecharla más largamente. Pero más fuerte que este deseo fue su desagrado ante una carne que no era de su misma clase. Retrocedió y se levantó a toda prisa, ardiente y frío, avergonzado y confuso a la vez. En la espesa sombra, pudo ver el rostro de la joven

vuelto hacia él, con una expresión de extrañeza y como preguntando la causa de aquella huida. Mas Yuan no pudo decir nada. Solamente supo que se había apartado. Por fin dijo, con la respiración entrecortada y una voz distinta:

—Hace frío... Debes volver a la casa... He de irme...

Ella no se movía. Al cabo de un instante, musitó:

—Vete tú, si tienes que irte. Quiero quedarme aquí...

Y él como si hubiera perdido algo que hasta entonces poseyera, y sintiendo a la vez que no podía haber hecho otra cosa, dijo con rebuscada cortesía:

—Debes volver. Vas a enfriarte.

María contestó deliberadamente, sin moverse lo más mínimo:

—Ya estoy helada. ¿Qué importa eso?

Yuan, al oír cuán fría y muerta era su voz, se volvió y se alejó de allí, dejándola sola.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Pensaba en ella, y en si aún estaría allí, sentada en la oscuridad, sola. Se preocupaba por ella, aunque se daba cuenta de que había hecho lo que era su deber. Como un niño, musitó, para consolarse: «No me gustó. La verdad es que no me gustó».

Lo que habría pasado entre ellos después de esto, Yuan no lo supo. Porque apenas sucedió aquello, le llamó su tierra para que regresara.

A la mañana siguiente despertó sabiendo que debía ir a ver a María, pero fue retrasándolo al notar cierto temor, pues aún por la mañana estaba claro en su mente que él había faltado en algo, aunque tenía el convencimiento de que no podía haber hecho otra cosa.

Pero cuando, por fin, se dirigió a la casa, encontró a sus tres habitantes muy serios y consternados, a propósito de algo que habían visto en el periódico. El viejo le preguntó ansiosamente a Yuan, llevándolo aparte:

—¿Es posible que esto sea verdad, Yuan?

Yuan miró el periódico, donde con grandes letras se decía que nuevos revolucionarios habían caído sobre los hombres y las mujeres blancos de cierta ciudad de la China, y los habían sacado de sus casas, matando a alguno, entre ellos a varios sacerdotes, a un viejo profesor y a un médico. El corazón de Yuan se detuvo, y exclamó:

—Aquí hay una equivocación...

El profesor murmuró, pues había esperado estas palabras:

—Yo creo, Yuan, que debe de ser un error.

Pero María no dijo nada. Yuan no la había mirado al llegar ni ahora tampoco; mas la veía sentada, en silencio, con la barbilla apoyada en las manos cruzadas, mirándole. Él no quería mirarla decididamente. Leyó con rapidez la página, exclamando.

—¡No es verdad!... ¡No puede ser!... Esto no puede pasar en mi tierra... ¡Y si lo hicieron, habrá sido por alguna causa terrible!

Buscó esta causa. Y entonces habló María. Dijo —y Yuan la conocía lo bastante para darse cuenta de que hablaba con el corazón a flor de labios— con palabras que parecían pronunciadas al descuido y una voz en apariencia displicente:

—Yo también he buscado el motivo, Yuan, pero no hay ninguno. Parece que todos eran gentes buenas e inocentes, sorprendidas en sus hogares, junto a sus hijos...

Al oír esto, Yuan la miró, y ella le devolvió la mirada, con sus grandes ojos claros, grises, fríos como el hielo, unos ojos que le acusaron y le obligaron a decirle con los suyos: «No pude remediar lo que hice». Pero los ojos de la muchacha seguían acusándole.

Entonces Yuan, tratando de recobrar la serenidad, se sentó y habló más de lo que hubiera querido.

—Voy a llamar a mi primo Sheng. Él debe de saber lo cierto, pues vive en esa gran ciudad. Yo conozco a la gente de mi país. No puede hacer una cosa como esta... Nosotros somos una raza civilizada, no somos salvajes... Nosotros amamos la paz y detestamos que se derrame la sangre... En eso hay un error. Estoy convencido.

La señora repitió, ferviente:

—Debe de ser un error, Yuan; yo lo creo así. Dios no permitiría que les ocurriese tal cosa a nuestros buenos misioneros.

Al oír esto, Yuan sintió de pronto que su respiración se cortaba y estuvo a punto de gritar: «Si fueran esos curas...». Sus ojos se encontraron de nuevo con los de María, y se calló. Ella lo miraba fijamente, con una muda tristeza, y él no pudo decir una palabra. En su corazón sentía la necesidad de que María le perdonara. Pero sintió también que al pedir perdón tendría que decidirse por algo que no deseaba.

Ninguno habló más. Solamente el viejo maestro, que dijo, levantándose:

—Dime si sabes alguna nueva noticia, Yuan.

Pero este se levantó también a toda prisa, no queriendo quedarse a solas con María, temiendo que la señora se retirara también, y salió de la casa, apesadumbrado y deseando que las noticias no fueran verdaderas. No podía soportar que le avergonzaran de tal forma, y lo sentía con más fuerza aún porque sabía que la mujer le juzgaba por su huida y la tomaba como una debilidad. Ahora, por añadidura, veía a sus compatriotas como autores de aquellas tropelías.

Nunca más estuvieron juntos. Pasaban los días, y Yuan se sentía dominado por el apasionado interés de ver claramente lo que sucedía en su tierra, pensando que, si llegara a verlo, podría justificarse él mismo. Punto por punto, debía llegar a probar que aquello no había sucedido por culpa de los suyos. Era verdad —le había dicho Sheng, cuya voz llegaba tranquila y exacta a través de los largos hilos, el primer día—, era verdad que aquello había ocurrido. Entonces preguntó, impaciente:

—Pero ¿por qué, por qué?

Y la voz de Sheng llegaba tan indiferente y descuidada, que Yuan tuvo un estremecimiento al oírla:

—¿Quién sabe?... Una horda comunista..., algún fanatismo... ¿Quién puede

saber la verdad?

Yuan sufría.

—¡Estoy seguro de que no puede ser verdad!... Ha debido de haber alguna causa, alguna agresión..., ¡algo!

Y Sheng respondió tranquilamente:

—Nunca sabremos la verdad. —Luego, cambiando de tono, preguntóle—: ¿Cuándo piensas volver a tu casa?

Yuan sólo pudo responder:

—¡Pronto!

Sabía que era necesario volver a su patria. Si no lograba restituir la fama a su patria, debía volver a ella tan pronto como terminara lo que le quedaba por hacer.

Ya no volvió más al jardín, ni pasó aquellos ratos a solas con María. Se mostraban exteriormente amistosos, pero no tenían nada que decirse. Yuan se propuso no encontrarla. Mientras no pudo comprobar la inculpabilidad de su país, se volvió en cierto modo contra aquella amiga de su tierra.

Los padres se dieron cuenta de esto, y aunque siempre se mostraban atentos y afables con él, se mantuvieron algo aparte, no juzgándole mal, sino compadeciendo su desazón, aunque no lograban entenderla.

Pero Yuan creyó notar que le echaban en cara lo que había pasado. Cargaba sobre sus hombros el peso de cuanto se hacía en su tierra. Ahora, al leer diariamente los periódicos y ver lo que cualquier ejército victorioso suele hacer al ir avanzando y conquistando tierras, sentía su alma presa de agonía. A veces, pensaba en su padre, pues aquel ejército avanzaba hacia las llanuras del Norte y avanzaba triunfalmente.

Su padre parecía estar muy lejos. Cerca, muy cerca estaban aquellos amables y silenciosos extranjeros, a cuya casa todavía iba de vez en cuando, porque ellos lo deseaban; ellos, que no hablaban nunca de lo que decían los diarios, ahorrándole hasta la mención de algo que pudiera torturarlo o avergonzarle. Pero, a pesar de su silencio, le acusaban. Su mismo silencio era acusador, y la seriedad y la frialdad de la joven y las oraciones de los dos viejos, ya que a veces, antes de una comida a la que le habían invitado con insistencia, el profesor decía en voz baja y emocionada unas palabras añadidas a su acción de gracias:

—Sálvalos, Señor, a ellos que son tus siervos en una tierra lejana y que viven en medio de tantos peligros.

Y la señora respondía, con suavidad no exenta de firmeza:

—Amén.

Yuan no podía soportar ni la oración ni el amén, y esto se debía en gran parte a que María, que le había animado contra la fe de sus padres, inclinaba la cabeza en señal de respeto, no porque creyera más que antes, sino porque sentía aquellos peligros contra los que ellos rezaban. Así, estaba unida a sus padres en contra de Yuan. Por lo menos, eso pensaba este.

De nuevo Yuan estaba solo. Y solo trabajó hasta final de año. Llegó la hora en

que, junto a los otros, consiguió graduarse. Sólo entre todos, el único de su raza, recibió el símbolo del final de sus estudios. Solo escuchó su nombre, con mención de los más altos honores. Unos pocos se le acercaron a felicitarle, pero Yuan no se preocupó mucho de que fueran a él o no.

Solo empaquetó sus libros y sus cosas. Se le ocurrió, en fin de cuentas, que el viejo matrimonio se alegraría de verle partir, aunque su amabilidad no disminuyera; y esto le hizo pensar, altanero: «A lo mejor miraban con malos ojos la posibilidad de que yo me casara con su hija, y ahora están contentos de que me vaya».

Sonrió amargamente, persuadido de esto. Luego, pensando en ella, se dijo: «Algo hay que debo agradecerle, al fin: no haberme dejado que cambiara de religión... Sí, una vez me salvó ella. Pero otra vez fui yo mismo el que me salvé».

III

Así como Yuan había querido y odiado a su padre durante su infancia, así ahora dejó aquella tierra extranjera, amándola y odiándola a la vez. No podía menos de amarla, aun en contra de su voluntad, como cualquiera ama a una cosa joven, hermosa y fuerte. Él amaba la belleza, y por tanto, tenía que amar la hermosura de los árboles en las montañas, los prados sin tumbas, los animales libres y satisfechos por el campo abierto y las ciudades limpias de todo desperdicio humano. Empero, no amaba estas cosas, porque, a pesar de ser bellas, él no estaba seguro de que no fueran bellas también las desnudas colinas de su país. Cuando miraba el feroz paisaje, desde la ventanilla del tren, pensaba: «Si esta tierra fuera la mía, la querría mucho; pero no es la mía». En cierto modo, no podía amar una belleza que no fuera suya. No podía gustarle del todo ni aún la gente que poseía estos bienes que no eran de él.

Cuando de nuevo embarcó y navegaba rumbo a su tierra, empleó mucho tiempo en preguntarse de qué le habían servido aquellos seis años pasados. Había ganado, sin duda, en conocimientos. Llevaba la cabeza llena de cosas útiles y una maleta repleta de cuadernos y libros de varias clases, más una disertación que había preparado sobre la herencia de ciertas especies de trigo, que había escogido cuidadosamente entre otras semillas plantadas por él mismo para experimentar. Proyectaba sembrar estos granos en su propia tierra, incluso dar de ellos a los demás, y así obtener, a la larga, verdaderas cosechas. Todo esto lo llevaba consigo, de ganancia y provecho.

Y algo más. Llevaba algunas certezas. Sabía que, cuando decidiera casarse, la mujer debía ser de su misma raza. Él no era como Sheng. Para él no había ninguna magia en la carne blanca, en los ojos pálidos y el cabello rizado. Quienquiera que llegase a ser su mujer, habría de tener su mismo matiz de piel. Exactamente el mismo.

Porque, después de aquella noche bajo los olmos, la mujer blanca, que en muchos aspectos él había conocido muy bien, se convirtió en una extraña. Ella no había cambiado; continuaba siendo lo mismo que había sido, siempre cortés, rápida para comprender cuanto él dijera o sintiese. Pero era una extraña, a la postre. Sus dos inteligencias se conocían la una a la otra, pero era como si viviesen en habitaciones distintas. Sólo por un momento, María se le acercó de nuevo. Fue cuando, al partir el tren, ella, que había ido con sus padres, al tomar la mano que él le tendía, la estrechó fuertemente por un instante, y sus ojos grises ardieron, oscureciéndose, mientras le decía:

—¿No nos escribiremos nunca, tampoco?

Entonces, Yuan, incapaz de causar dolor por ningún motivo, y confuso ante los oscuros ojos doloridos de la muchacha, dijo, tartamudeando:

—Sí. Naturalmente... ¿Por qué no?

Pero ella, mirándole fijamente, bajó la mano. Su mirada cambió, y ya no habló más. Ni aun cuando su madre, rápidamente, intervino:

—Claro está que Yuan nos escribirá.

Yuan se prometió escribirles y contarles todo. Pero se dio cuenta al alejarse el tren y mirar la cara de María, de que ella estaba segura de que él no iba a escribirle nunca ni a contarle nada. Él volvía a su tierra; eran ya dos extraños, y nada podría decirle. Así como se arroja una ropa que no se va a usar más, así Yuan apartó de sí aquellos seis años de su vida, excepto los conocimientos que en ellos había adquirido y su caja de libros... Empero, a bordo, cuando pensaba en aquellos años, surgía el involuntario amor en su corazón, pues aquella tierra extraña que dejaba tenía mucho que él hubiera deseado tener, y porque no podía odiar a aquellos tres seres que tan buenos eran. Mas este amor era involuntario, porque ahora Yuan iba camino de su tierra y comenzaba a recordar algunas cosas que había olvidado. Recordaba a su padre, recordaba callejuelas llenas de gente, ni limpias ni hermosas, y recordaba los tres días que antaño pasó en una cárcel.

A estas cosas oponía el argumento de que, durante los seis años, la revolución había progresado y todo estaba indudablemente cambiado. ¿No estaba todo cambiado?

Cuando se alejó de Meng, este era un fugitivo, y ahora Sheng le había dicho que era capitán en el ejército de la revolución, libre para ir por donde se le antojara. Algo más había cambiado, pues en aquel barco Yuan no era el único de su raza. Iba también un grupo de muchachos y muchachas que, como él, regresaban a su patria. Hablaban mucho y estaban juntos en el comedor. Hablaban de lo que estaba sucediendo, de lo que se avecinaba, y Yuan supo que antiguas callejuelas habían sido transformadas en grandes calles, tan anchas como las de cualquier país del mundo; que estas calles atravesaban el corazón de las grandes ciudades; y oyó hablar de nuevos vehículos motorizados, que corrían por los campos lejanos, por las remotas carreteras, y los usaban los campesinos, que siempre habían ido a pie, junto a los arados, o, todo lo más, a lomos de un burro; oyó hablar de cuántos cañones, bombarderos y soldados bien pertrechados tenían los ejércitos de la revolución, y dijeron que los hombres y las mujeres eran ya iguales ante la ley, que vender o fumar opio iba contra las nuevas leyes, y que otros antiguos males habían desaparecido.

Dijeron tantas cosas que Yuan no había nunca oído, que le hicieron pensar con desagrado en sus antiguos recuerdos y desear una pronta llegada a su patria. Estaba contento con su juventud aquellos días. Entre los muchachos de su raza, una vez dijo, al sentarse juntos a una mesa (y su corazón le latía fuertemente mientras hablaba):

—¡Qué gran cosa es la de haber nacido ahora, cuando vamos a ser libres y hacer lo que queramos de nuestras vidas!

Se miraron unos a otros, y los decididos muchachos sonrieron llenos de satisfacción. Una joven mostró su precioso piececillo, diciendo:

—Mirad, si yo hubiera nacido en los tiempos de mi madre, ¿creéis que habría tenido unos pies como estos? . Y todos rieron, como niños que se alaban de sus propios chistes. Pero la risa de las mujeres tenía una alegría más profunda. Una de

ellas añadió:

—Es la primera vez, en la historia de nuestro pueblo, que somos realmente libres... ¡La primera vez desde Confucio!

Otro alegre joven gritó:

—¡Abajo Confucio!

Los otros dijeron:

—Sí, ¡abajo Confucio! —añadiendo—: ¡Echémosle abajo y mantengámoslo abajo, con todas sus antiguallas que detestamos..., a él y a su piedad filial!

Otras veces hablaban con más seriedad, y en estos ratos pensaban ansiosamente en lo que podrían hacer en pro de su tierra. No había ninguno, entre estos compañeros de Yuan, que no estuviese lleno de ansias de favorecer a su país. En cada frase salían las palabras «patria» y «amor a la patria». Seriamente, estudiaban y trataban de sus habilidades y de sus defectos, comparándolos con los de los hombres de otras razas. Decían:

—Los occidentales nos ganan en inventiva, en la energía de sus cuerpos y en su decisión yendo adelante en lo que emprenden.

Otro comentaba:

—Y nosotros, ¿en qué los superamos?

Se miraban unos a otros, pensando y decían:

—Les ganamos en paciencia, en comprensión y en resistir las dificultades.

A esto, la muchacha que había lucido su lindo pie gritó, con impaciencia:

—¡Nuestra debilidad está en resistir tanto tiempo las dificultades! Por mi parte, estoy decidida a no soportar nada que no me guste, y trataré de enseñar a mis paisanas que no se resignen a lo que no les agrada. En ningún país extranjero he visto a mujer alguna que soporte algo que no le guste, y a eso debemos llegar nosotras.

Y uno, muy chancero, exclamó:

—Sí, son los hombres los que aguantan y perseveran allí, y parece que ahora estamos a tiempo de aprender, hermanos.

Todos rieron a una, con la facilidad que tiene la juventud, pero el chistoso miró con admiración a la preciosa muchacha que había decidido seguir su propio camino.

* * * *

Así pasaron los días de Yuan y de aquellos jóvenes, a bordo, en el mejor de los mundos, llenos de buen humor y ansiosos de llegar a su tierra. No se preocupaban sino de ellos mismos, pues todos estaban llenos de la fuerza juvenil de su seguridad, les bastaban sus conocimientos y estaban deseosos de llegar a la patria, seguro cada uno de que era un valor y que tenía un destino que cumplir a su llegada, al servicio de sus tiempos. Sin embargo, fuera de toda aquella complacencia de sí mismos, Yuan no dejó de notar que usaban palabras extranjeras, aun cuando hablaban sus propias lenguas, como si añadieran un complemento extranjero a ciertas ideas que no podían

expresar en sus idiomas nativos. Las muchachas llevaban vestidos extranjeros en parte, y los hombres, completamente extranjeros todos, de suerte que si se les veía de espaldas no se podría decir a qué raza pertenecían. Y cada noche bailaban, al modo extranjero, y a veces descaradamente, mejilla con mejilla, mano con mano. Yuan era el único que no bailaba. En estas oportunidades, también se apartaba de su propia gente cuando esta hacía cosas que le parecían extrañas a él. Y se decía, olvidando que a veces había bailado también: «Es una cosa extranjera esta de bailar». Mas, hasta cierto punto, se apartaba porque temía estrechar en sus brazos a una de aquellas mujeres nuevas. Tenía miedo de ellas, porque no tenían ningún recato en tocar a los hombres; y él siempre temió estos contactos mantenidos y prolongados.

Pasaron los días, y Yuan pensaba más y más en cómo encontraría su tierra después de aquellos años. El día que iban a llegar, se dirigió solo a la proa del barco y allí esperó que se acercaran a tierra. Esta puso una sombra en el océano mucho antes de que pudiera ser vista. Entre el claro y frío verdor del agua, Yuan miraba, viendo la línea de tiza de la tierra arrojada por el río después de pasar por leguas y leguas de territorio, acarreándola turbulento hacia el mar. Allí la línea era tan clara como si la hubiera dibujado una mano, de manera que las olas se notaban al pasar por ella. Por un momento, él se vio a sí mismo en el océano, y al siguiente, como si el barco hubiera superado una barrera, se vio sobre olas amarillas y se reconoció en su propia tierra.

Cuando, después, fue a bañarse, pues estaban en pleno verano y hacía mucho calor, el agua salió amarilla. Yuan pensó primero: «¿Voy a bañarme en esto?», porque, al principio, no parecía agua limpia. Luego se dijo: «¿Por qué no voy a bañarme en esta agua, si está llena con la buena tierra de mis padres?». Y se bañó, sintiéndose muy limpio y reconfortado.

Entró el barco en la desembocadura del río; allí estaba la tierra a ambos lados, parda, amarilla, baja y nada hermosa. Y sobre ella, bajas casuchas del mismo color. Nada había sido hecho bellamente, pues aquella tierra parecía no preocuparse de que los hombres la hallaran bella o no.

Estaba la tierra como siempre había estado, hecha de bajos y amarillos altozanos que el río había ido formando para empujar las aguas marinas y hacerse su propio camino.

Hasta Yuan veía que no era hermosa. En cubierta, entre los de su raza, miraba con ansiedad aquella tierra. Yuan oyó decir: «Es hermosa, ¿verdad?», y también: «No es tan bonita como los montes de otros países». Pero él no quería contestar a nadie. Estaba ensimismado pensando: «Mi tierra oculta su belleza. Es como una mujer virtuosa que se pone discretas vestiduras ante los extranjeros, en las puertas de su casa, y sólo dentro de su hogar usa colores, se pone los anillos en las manos y los zarcillos en las orejas».

Por primera vez, desde hacía muchos años, esta idea cuajó en él como un pequeño poema, y sintió el impulso de escribir unas cuantas líneas. Sacó un cuaderno que

llevaba en el bolsillo, y al momento trasladó los versos a él; este fugaz momento le ayudó en la exaltación y brillo de aquel día.

De pronto, de la plana tierra surgieron unas torres, que Yuan no había visto antes, al partir, cuando pasó, metido en su camarote, en compañía de Sheng, una noche. Ahora las miró, tan sorprendido como los otros pasajeros, y al verlas resplandecer a la luz del sol, altas sobre la planicie, alguien dijo:

—Nunca soñé que esta fuera una ciudad tan grande y moderna.

Y Yuan notó la oculta satisfacción que había en la voz de aquel hombre; y aunque él no decía nada ni movía su rostro, miraba complacido a su tierra.

Aún estaba saboreando este orgullo, cuando el barco atracó al muelle, y, al momento, una horda de hombres del pueblo subió a bordo, gente de los puertos, que se apresuraba a buscar algún trabajo, alguna maleta que llevar a las espaldas o algún menester semejante. En el puerto, botecillos y chinchorros se deslizaban bajo el ardiente sol, y, en ellos, unos mendigos se lamentaban y pedían, alargando unas cestas colgadas de pértigas; casi todos ellos eran enfermos o menesterosos. Algunos de los hombres que habían subido iban semidesnudos, a causa del calor, y en su prisa, por alcanzar un quehacer, rozaban contra los delicados vestidos de las mujeres blancas sus cuerpos sudorosos y tiznados.

Yuan vio cómo estas mujeres blancas se apartaban, en parte por temor a los hombres, en parte por miedo a la suciedad. Y esto le amargó el corazón, pues aquellos mendigos y aquellos trabajadores eran gente de su misma raza. Y lo más extraño era que, aun cuando odiaba a aquellas mujeres blancas, tan remilgadas, también odió de pronto a los mendigos y a los hombres del muelle, y se dijo apasionadamente: «Los que mandan aquí no deberían dejar que esta gente viniera a mostrarse delante de todo el mundo. No hay derecho a que los vean al principio, cuando a lo mejor no van a ver más que a estos».

Decidió que él mismo trataría de que se evitara tal espectáculo, que juzgaba insoportable. Aunque a cualquier otro le parecería cosa sin importancia, a él no le era indiferente.

De pronto, se quedó perplejo. Iba a bajar del barco, cuando vio que su madre estaba allí, esperándole, y junto a ella, Ai-lan. Había mucha gente aguardando a los que llegaban, pero Yuan observó, con gran alegría, que entre todos ninguno era comparable a Ai-lan. Mientras saludaba a su madre; mientras sentía el gozo de ir a estrechar de nuevo su mano y recibía la bienvenida que le daban sus ojos y su sonrisa, no pudo dejar de ver que las miradas de todos los que iban en el barco se clavaban en Ai-lan, y se sintió feliz de que la admiraran, pues ella era de la misma raza y de su misma sangre. Ai-lan se destacaba entre todos los pobres y los trabajadores del puerto.

Ai-lan era bella. Cuando Yuan la vio por última vez, antes de partir, siendo aún muy joven, no pudo apreciar cuán preciosa era. Ahora, cuando bajaba a los muelles, se dio cuenta de que Ai-lan podía competir en belleza con cualquier mujer en

cualquier parte del mundo.

Le sentaba bien el haber perdido aquella coquetería gatuna de su primera adolescencia. Ahora, aunque sus ojos eran brillantes y vivos y su voz tan clara y flexible como siempre, había adquirido, en cierto modo, una suave y distinguida dignidad, que sólo rompía de vez en cuando su risa cantarina. Su pelo, negro y agradablemente recortado, no lo llevaba rizado, como algunas muchachas lo usaban, sino liso, brillante como el ébano y formando un flequillo sobre la frente. Aquel día llevaba un recto vestido, plateado, muy a la moda, con alto cuello y mangas cortas hasta los lindos codos; vestido acomodado a su cuerpo, de tal manera que, sin romperse una sola línea, mostraba con grata perfección los hombros, el pecho, los muslos y las rodillas.

Yuan la miró orgulloso, confortado de aquella perfección. ¡Había en su tierra una mujer como aquella!

Un poco detrás de su madre estaba una alta muchacha que no era ya una niña, pero tampoco una doncella formada. No era bella como Ai-lan, pero tenía una noble y clara mirada, y si Ai-lan no hubiese estado allí habría parecido bastante hermosa, pues, aunque era alta, sus movimientos eran graciosos y elegantes; su rostro, pálido y oval, y sus negros ojos, grandes y armoniosamente colocados bajo las rectas cejas. Entre todas las risueñas palabras de bienvenida, nadie se había preocupado de decirle a Yuan quién era aquella muchacha. Y cuando se disponía a preguntarlo, reconoció en ella a Mei-ling, la niña que había gritado al verle primero al salir de la prisión. Yuan saludó en silencio, inclinando la cabeza, y ella le respondió del mismo modo. En este breve espacio, Yuan se percató de que aquel rostro no era de los que se olvidan fácilmente.

Allí había otra persona: el escritor de cuentos, al que Yuan recordaba muy bien, el llamado Wu, contra el cual le había pedido la madre que guardara a su hermana. Allí estaba, confianzudo, cortés y vestido a la usanza occidental, con un bigotillo recortado, los cabellos tan pegados y negros como si se les hubiera sacado lustre y en todo su aspecto una especie de seguridad de estar donde le correspondía.

Pronto comprendió esto Yuan, pues, cuando hubieron pasado los primeros gritos y saludos, la señora tomó delicadamente la mano del joven, y luego la mano de Yuan, y le dijo:

—Yuan, este es el hombre que se va a casar con Ai-lan. Hemos retrasado la boda para esperar a que tú vinieras, porque Ai-lan lo pidió.

Yuan, que recordaba muy bien lo que antaño sentía la madre por aquel hombre, pensó en que ella nunca le había escrito nada sobre esto; y como era la hora de las amabilidades, tomando la suave mano del otro, a la manera moderna, dijo:

—Me alegro mucho de poder asistir a la boda de mi hermana... Soy un hombre afortunado.

El otro sonrió con facilidad y un poco de indolencia, dejó caer sus pestañas de un modo que le era peculiar, miró a Yuan y dijo en un inglés amanerado:

—Yo soy el afortunado, sin duda. —Y se pasó por los cabellos la otra mano, cuya extraña belleza recordó Yuan, ahora que las veía.

Yuan, no habituado a estos diálogos, bajó la mano y se volvió, indeciso. Recordó que aquel hombre había estado casado, y, dándole vueltas en su cabeza, decidió preguntar a su madre, a solas, cómo había sucedido todo aquello, de lo que ahora no se podía hablar. Cuando, unos minutos después, todos se dirigían a la calle donde los coches los esperaban, Yuan no pudo dejar de ver qué buena pareja hacían los dos, ambos de una misma raza, y a la vez con algo que los diferenciaba. Era casi como si un viejo árbol de fuertes raíces hubiese hecho brotar exquisitas flores de su nudoso y áspero tronco.

Entonces, la señora tomó la mano de Yuan otra vez, y dijo:

—Tenemos que ir a casa, porque el sol quema demasiado aquí, junto a las aguas.

Llegaron a la calle donde los coches esperaban. La señora tenía su propio coche, en el que hizo subir a Yuan, teniéndole todavía cogida la mano. Al otro lado de ella iba Mei-ling.

Ai-lan subió a un rojo automóvil de dos asientos y, junto a ella, su novio. En aquel brillante vehículo, la pareja podía haber sido tomada por una diosa y un dios, mostrando su belleza. Iba el coche descubierto, y el sol brillaba en los cabellos negros y relucientes y en la suavidad impecable de su piel; y el brillo escarlata de la carrocería no hacía sino mostrar más claramente la hermosura y gracia que emanaban de aquellos dos cuerpos.

Yuan admiró de nuevo la belleza y sintió el orgullo de su raza. ¡Nunca, en aquella tierra extranjera, había visto tan claramente la belleza como ahora! No tenía que temer por haber vuelto a su casa.

Aún contemplaba Yuan aquel espectáculo, cuando un mendigo, saliendo de la multitud que se detenía para ver a la gente rica que pasaba, se acercó al coche rojo y, tendiendo la mano por encima de la portezuela, lanzó el antiguo grito de su clase:

—¡Un poco de plata, señor, un poco de plata!

A esto, el joven señor que estaba en el coche respondió, gritando con rudeza:

—¡Quita de ahí tu sucia mano!

Pero el mendigo siguió implorando con más empeño, y el joven del coche, quitándose su zapato de forma occidental, duro y curtido, golpeó con el tacón los dedos del pordiosero contra la portezuela, tan fuertemente que el pordiosero murmuró, llevándose la mano dolorida a la boca: «¡Oh, madre mía!», y volvió a mezclarse con la multitud.

Wu, haciendo a Yuan un saludo con su pálida y elegante mano, puso en marcha su automóvil, con un ruidoso arranque, y el vehículo escarlata avanzó bajo la luz del sol.

Los primeros días que pasó en su patria, Yuan dejó su ánimo en expectación, esperando ver justamente lo que en sí mismo sucedía. Al comienzo pensó, con alivio: «No son tan distintas aquí las cosas. Después de todo, mi patria es como cualquiera de las naciones modernas. ¿Por qué iba yo a tener miedo?».

Sin duda, así le parecía. Yuan, que había temido, en el fondo, encontrar calles, casas y gente que le iban a parecer pobres, estaba contento de hallar que no eran así. Mas notaba esto porque la señora se había trasladado de la pequeña casa en que vivía a otra mayor, construida al modo extranjero. El primer día, al llegar, la señora le dijo:

—Me mudé de casa por Ai-lan; le parecía que la otra casa era pobre y demasiado chica para recibir a sus amistades. He hecho, por cierto, lo que dije que iba a hacer. Me he traído a Mei-ling a vivir conmigo... Yuan, esta será mi hija, mi propia hija. ¿Te conté que va a ser médico, como mi padre? Yo le he enseñado y ella, a su vez, me ha enseñado a mí, y ahora va a estudiar a una Facultad extranjera. Le quedan dos años de estudios, y luego tendrá que trabajar, por algún tiempo más, en el hospital de esa Facultad. Ya le hice ver que el mejor medio de conocer nuestras apariencias externas es juzgando según nuestros humores internos. Aunque no dejo de reconocer que, para cortar y coser, son más hábiles los médicos extranjeros. Mei-ling sabe las dos cosas. Y me ayuda con las chiquillas que yo recojo, esas que encuentro en las calles, abandonadas... Ahora hay muchas más, Yuan, en estos días de revolución, ahora que hombres y mujeres han aprendido a ser tan libres.

Yuan dijo:

—Yo pensaba encontrar en Mei-ling solamente una niña. Recuerdo que no era sino una niña.

—Ahora tiene veinte años —contestó la señora—. Y hace mucho que pasó su niñez. Por su inteligencia y manera de ser, es mucho mayor de lo que su edad dice, y mayor que Ai-lan, que tiene veintiséis años. Mei-ling es una muchacha excelente. Un día fui a verla, cuando ayudaba al doctor a cortar no sé qué cosa del cuello de una mujer, y las manos de Mei-ling eran tan seguras como las de un hombre; el doctor la felicitó, porque no había temblado ni se había turbado con la vista de la sangre. Nada la asusta; es una muchacha valiente. Ella y Ai-lan se quieren. Pero Mei-ling no sigue a Ai-lan cuando esta va a sus diversiones; por su parte, Ai-lan no quiere ir a ver los trabajos de Mei-ling.

Estaban sentados en el saloncito de la señora. Mei-ling había salido inmediatamente después de llegar, y sólo estaba en la casa la criada que había servido el té. Yuan dijo entonces, curioso:

—Lo creía que Wu ya estaba casado con otra mujer, madre...

La señora respondió, suspirando:

—Ya me imaginaba que lo recordarías... ¡He cavilado tanto a causa de Ai-lan! Mira, Yuan, ellos estaban dispuestos a casarse, y no había nada que decir. No hay manera de persuadirla de nada. Por esa razón tomé esta casa más grande. Porque si habían de encontrarse, yo prefería que fuera aquí; y, además, he conseguido ir aplazando las cosas hasta que él obtuviera el divorcio y quedara libre de su otra mujer... Es verdad que esta otra mujer era una anticuada. Él se casó con ella obligado por sus padres, que la escogieron cuando Wu tenía dieciséis años. ¡No sé a quién compadecer más, si al hombre o a esa pobre mujer! A mí también me casaron así, sin

amor, y en parte me siento como ella. Y prometí dejar que mi hija se casara con quien ella quisiera, porque sé muy bien lo que es casarse sin amor. Por eso siento las preocupaciones de los dos. Pero ahora todo está arreglado en nuestros días. Él es libre, y ella, la esposa, pobre mujer, se vuelve a su ciudad, en el interior del país. Llegué a ir a verla, pues vivían juntos aquí; bueno, es decir, no precisamente juntos, según decía ella. Allí estaba con dos criadas, metiendo sus cosas en dos maletas de cuero que había comprado con su dote matrimonial. Y todo lo que dijo fue: «Yo sabía que esto tenía que terminar así... Lo sabía». Es una mujer sin belleza, cinco años mayor que él, que no habla ningún idioma extranjero, como es necesario hoy día, y que en su tiempo tuvo los pies vendados, aunque ahora los disimula con zapatos extranjeros. Para ella esto es, sin duda, el fin. ¿Qué puede esperar ahora? No le pregunté, ni me lo dijo. Ahora sólo tengo que preocuparme de Ai-lan. Nosotras, las mayores, no podemos hacer nada en estos días, excepto dejar a los jóvenes que hagan lo que se les antoje. El país está revuelto, y aquí no hay nada que nos sirva de guía. Ni ley ni castigo...

Yuan se limitó a sonreír ligeramente cuando ella hubo dicho esto. La veía vieja y tranquila, siempre un poco triste, con los cabellos blancos, y decía las cosas que siempre dicen los viejos.

Mas Yuan no sentía sino esperanza y valor. En las horas que llevaba en su tierra, aquella ciudad le había dado ese valor. Era una ciudad rica y llena de movimiento. Por doquiera, al pasar, había visto nuevas tiendas, almacenes que vendían máquinas y productos de todo el mundo. Ya no se veían las callejas humildes, con tiendecillas de techo de paja que vendían baratijas. La ciudad era un centro del mundo, y nuevos edificios se alzaban por todas partes, altos, muy altos; en los seis años habían surgido muchos edificios altos y fuertes, que resaltaban contra el cielo.

Aquella noche, antes de acostarse, Yuan se asomó a la ventana, y, mirando la ciudad, pensó: «Se parece a la ciudad donde ahora vive Sheng». Llegaban hasta él las luces y los ruidos de los motores, el murmullo de millones de seres humanos. Aquella era su tierra; las letras que se iluminaban, contra el cielo oscuro y sin luna, eran letras de su propio alfabeto, y anunciaban cosas hechas por sus propios compatriotas. Aquella ciudad era la suya, tan grande como cualquiera del mundo. Por un momento pensó en aquella mujer a quien se había apartado para dar gusto a Ai-lan. Pero se quitó esta idea de la cabeza, diciéndose: «Hay que apartar todo lo que no pueda mantenerse en esta nueva hora. Es la razón. Ai-lan y ese hombre tienen razón. Lo nuevo no puede ser negado».

Y, lleno de una nueva alegría, se acostó.

Yuan anduvo por todas partes aquellos primeros días entre la alegría de la gran ciudad. Le parecía que su fortuna superaba a sus sueños, pues dejó aquella tierra al salir de una prisión, y ahora estaba de verdad en su casa, y le parecía que todas las puertas de las cárceles habían sido abiertas, no solamente las de su propia prisión, sino todos los límites y encierros. Era un olvidado y antiguo malestar el de que su

padre le obligaría a casarse contra su voluntad, y era un recuerdo malo y pasado el que, una vez, muchos jóvenes y muchachas habían sido presos y fusilados por defender la libertad. Aquella libertad por la que ellos luchaban; ¡ahora había llegado para todos! Por las calles de la ciudad veía ir y venir a los jóvenes, sus miradas libres y atrevidas, dispuestos a hacer lo que quisieran; y allí no había esclavitud por ninguna parte.

Al cabo de un par de días, llegó una carta de Meng, diciendo:

Quisiera haber ido a veros, pero estoy aquí sin poder salir de la nueva capital. Estamos renovando la vieja ciudad, primo; echamos abajo las casas antiguas y hemos abierto una gran calle que atraviesa la ciudad como un viento de limpieza; y abriremos otras más por doquiera. Hemos decidido derribar los viejos templos y reemplazarlos por escuelas, pues el pueblo ya no tiene necesidad de los templos. Ahora le enseñaremos, le haremos conocer la ciencia. Por mi parte, soy capitán del ejército, y estoy cerca de mi general, que te conoció antaño, en la escuela de guerra. Me ruega: «Dile a Yuan que aquí hay un lugar para él. Que venga a hacer su labor». Y así es, pues él le ha hablado a un hombre que es su superior, este ha hablado con alguien de influencia, y en este colegio hay una plaza para ti, para que enseñes lo que prefieras. Aquí podrás vivir y ayudarnos a levantar la ciudad.

Yuan, al leer estas decididas y enérgicas palabras, pensó, exaltado: «Y esto viene de Meng, que antes estaba oculto; ¡hay que ver adónde ha llegado!». Yuan tenía la idea de que siempre, en su tierra, había un lugar para él. Esto acudía ahora a su mente con insistencia. ¿Le gustaría, en verdad, ser maestro de muchachos y muchachas muy jóvenes? Sería la forma más inmediata de servir a su pueblo. Abandonó pronto esta idea, para esperar un día o dos, hasta que terminara sus inmediatos deberes.

Como primera providencia, debía ir a ver a su tío y a la familia de este; luego, asistir a la boda de Ai-lan, tres días después, y, más tarde, ir a ver a su padre. Encontró dos cartas de este, esperándole en la ciudad de la costa. Y cuando vio las cuadradas y temblonas letras sobre un par de hojas, grandes e inseguras letras de viejo, se conmovió con antigua ternura y olvidó que alguna vez había temido u odiado a su padre; pues ahora, en los nuevos días, el Tigre venía a ser algo tan fútil como un viejo actor en un escenario olvidado. Sí, tenía que ir a ver a su padre.

Aquellos seis años que habían hecho más bella a Ai-lan y que habían transformado en mujer a Mei-ling, habían caído con toda la fuerza de la vejez sobre Wang el Terrateniente y su esposa, pues, mientras la «madre» de Yuan se había conservado bastante bien durante aquellos años, y solamente tenía el pelo un poco más blanco y el inteligente rostro un tanto sereno, paciente y menos redondo, a los otros los encontró Yuan verdaderamente viejos. Ya no vivían en su antigua casa, sino en la del hijo mayor; allí, en aquella casa construida por el hijo al estilo occidental y junto a un precioso jardín. En este jardín, y bajo un plátano, estaba sentado el anciano, y Yuan lo halló tan plácido y feliz como un viejo santo. Había apartado ya de sí todas aquellas maneras y procedimientos odiosos, y lo peor que hacía era

comprar de vez en cuando una estampa donde hubiera pintada una linda doncella; había llegado a tener varios centenares de pinturas, y cuando le placía, llamaba a un sirviente para que se las fuese a buscar, y las iba mirando lentamente. Cuando Yuan llegó, el tío estaba en su sillón, y una criada joven, tras él, le abanicaba para espantar las moscas y le iba pasando las pinturas, como si se las mostrase a un niño.

Yuan apenas pudo reconocer a su tío en aquel viejo que, por su afición a los placeres, llevada hasta la vejez sin descanso, cayó de súbito bajo los efectos de la edad. A veces, todavía fumaba un poco de opio, como los viejos acostumbran hacer. La edad había caído sobre él de repente, como un rayo, eliminando su gordura, y ahora sus ropas le colgaban, demasiado grandes para él. Donde antes había habido grasa, ahora pendía el pellejo flácido. No había cambiado sus vestidos de raso, capaces para su antiguo grosor y ahora con las mangas largas y caídas, hasta cubrirle las manos, y el cuello tan holgado que dejaba ver el arrugado cogote y la piel colgante del pescuezo y la garganta.

Al detenerse Yuan frente a él, el viejo le saludó vagamente, diciéndole:

—Aquí estoy sentado solo, viendo estas pinturas, que tu tía dice que son malas.

Rio un poco con su antigua manera codiciosa, risa que tenía algo de mueca en su desmedrado rostro, y al hacerlo miró de soslayo a la doncella, que le respondió con falsa risa animadora, mirando a su vez a Yuan. A este, la voz y la risa del viejo le parecieron más débiles de lo que antaño eran.

Después de unos momentos, el anciano le preguntó, sin dejar de mirar las pinturas:

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te fuiste? —Y cuando Yuan se lo dijo, el viejo añadió—: ¿Cómo está mi hijo segundo?

Habiéndoselo dicho Yuan, murmuró, como diciendo algo que siempre se le venía a las mientes al acordarse de Sheng: «Gasta demasiado dinero en ese país... Mi hijo el mayor dice que Sheng gasta mucho dinero». Y se puso serio, hasta que Yuan le dijo para animarle:

—Él dice que volverá el próximo verano.

Y el viejo murmuró, mirando una estampa con una mozuela debajo de un bambú:

—¡Ah, sí! Él dice eso. —Luego pensó en algo, y dijo con satisfacción—. ¿Sabes que mi hijo Meng es capitán? —Cuando Yuan, sonriendo, le dijo que lo sabía, el tío añadió orgulloso—: Sí, Meng es ahora un estupendo capitán. Tiene un buen sueldo, y es agradable tener un guerrero en la familia, en estos tiempos de inquietud. Mi hijo ha llegado muy alto en estos días. Vino a verme; vestía un uniforme igual a los que se usan en el extranjero, llevaba una pistola en el cinturón y calzaba espuelas. Todo esto lo vi.

Yuan estaba aburrido, pero no podía dejar de sonreír al pensar que en aquellos pocos años Meng se había trocado de fugitivo y perseguido, contra el que su padre clamaba, en un capitán del que su padre estaba orgulloso.

Mientras hablaban, el viejo parecía no estar muy a gusto. Empezó a decir leves

cortesías, de las que se suelen usar con un huésped que no sea un sobrino. Hizo ademán de servir té a Yuan, de una tetera que tenía a su lado, hasta que Yuan le indicó que no lo deseaba; luego le ofreció su propia pipa. Yuan se dio cuenta de que le estaba tratando como a un invitado de cumplido, mirándole con ojos inquietos. Por fin el viejo dijo:

—Tú eres un extranjero. Tus trajes y tu manera de andar te hacen parecer extranjero a mis ojos.

Y aunque Yuan rio no se sintió muy complacido con esto y algo le impidió contestar.

Muy pronto se percató de que, aunque no había pasado fuera sino seis años, no tenía nada que decirle a aquel anciano, ni el viejo a él, de suerte que se despidió. Miró una vez atrás, pero el tío le había olvidado ya. Se había quedado dormido, con la quijada temblorosa y caída, y los párpados entornados. Cuando Yuan volvió la cabeza, ya dormía, pues una mosca se le había posado en la mejilla, y la muchacha, mirando a Yuan, no se había ocupado de espantarla; el viejo no la sentía.

Al salir de allí, Yuan fue a ver a su tía, a la que también debía presentar sus respetos; mientras esperaba, se sentó en el recibidor y se dedicó a observar. Desde que había regresado, lo miraba todo según sus nuevos puntos de vista, y siempre, aunque no las conociera de antes, hallaba que las cosas estaban a la altura de lo extranjero. Le complacía aquella habitación, que le pareció más elegante que las que había visto en otras partes. Había una ancha alfombra, decorada con animales y flores, azul, amarillo y roja; en las paredes había pinturas extranjeras, de luminosas montañas y aguas azules, todas en brillantes marcos dorados; en las ventanas, cortinas de rojo terciopelo, y las sillas estaban tapizadas con la misma tela roja, y eran muy agradables y blandas. Mesillas de labrada madera negra, se veían aquí y allá. Hasta las escupideras eran elegantes, decoradas con brillantes pájaros azules y doradas flores. Al fondo de la pieza, entre las ventanas, colgaban cuatro decoraciones que representaban las cuatro estaciones del año; rojas flores de ciruelo para la primavera, blancos lirios para el verano, dorados crisantemos para el otoño, y bayas granates de bambúes, sobre la nieve, para el invierno.

A Yuan le pareció aquel el cuarto más alegre y elegante que había visto en su vida, con todo lo necesario para distraer al huésped durante horas, pues sobre cada una de las mesas había estatuillas, tallas y muñecos de plata y marfil. Era bien distinto del lejano y cálido cuarto que había hallado amigable y acogedor durante un tiempo. Dio unos paseos por la pieza, esperando a la criada que había ido a anunciar su llegada; y mientras esperaba, el ruido de un automóvil se oyó a la puerta, y llegaron su primo y la mujer de este.

Los dos parecían más prósperos de lo que Yuan recordaba. Él andaba por sus años de madurez, adquiriendo la carne que a su padre le faltaba ahora, y parecía más gordo de lo que en realidad era, pues llevaba un traje extranjero, que no ocultaba nada de su complexión; su rostro era redondo como un melón, y tan amarillo como este, pues

para librarse del calor se había afeitado hasta la cabeza. Entró, enjugándose el sudor, y cuando se volvió para dar su sombrero de paja a una criada, Yuan vio que la carne le formaba tres apretados pliegues en el cogote, bajo la cabeza rasurada.

Mas su mujer era espléndida. Ya no era joven, y tenía cinco hijos, pero nadie lo hubiera conocido, puesto que después de cada parto, según la costumbre de las señoras de la ciudad, entregaba su hijo para que otra mujer lo criara, en tanto que ella se vendaba el cuerpo y los pechos hasta recuperar su gallardía. Yuan la veía tan bien plantada como una virgen, y, aunque tenía cuarenta años, su rostro era rosado y marfileño, sus cabellos suaves y negros, y su mirada no había sufrido los embates de la edad. Ni siquiera el calor la alteraba. Se adelantó lentamente, dando la bienvenida a Yuan con gracia y cierta seriedad, y solamente en el gesto de disgusto que tuvo para con su pesado marido pudo apreciar Yuan la petulancia que tan propia le era. Pero era cortés con Yuan, puesto que ya no lo veía como el adocenado de la vieja ciudad y un hijo cualquiera de la familia. Ahora era un hombre que había estado en el extranjero, que había obtenido un título académico en el exterior. Yuan se dio cuenta de que a ella le importaba su opinión.

Tras los saludos de rigor, y después de sentarse, el primo gritó pidiendo que les sirvieran el té. Yuan le preguntó:

—¿Y qué es de tu vida, primo? Sé que has hecho fortuna.

El primo rio, complacido, jugando con una gruesa cadena que le colgaba sobre la barriga, y contestó:

—Soy vicepresidente de un Banco que se acaba de abrir. Mira, Yuan, es un buen negocio el de los Bancos, en este sitio extranjero donde las guerras no pueden llegarnos, tal como sucede por doquiera. La gente solía invertir su dinero en tierras y más tierras. Pero la tierra ya no es tan segura como lo fue antaño. Hay sitios donde los colonos se han rebelado y se han aprovechado de la tierra de los señores.

—¿Y no lo han podido evitar? —dijo Yuan, extrañado.

La señora les interrumpió, acerada:

—¡Debían de haberlos matado!

Pero el primo se encogió de hombros, en la rigidez de su vestidura extranjera, y sacando las manos, dijo:

—¿Quién puede evitarlo ni detenerlos? ¿Quién sabe cómo pasa nada en estos días?

Y cuando Yuan murmuró: «El Gobierno», el primo repitió:

—¡El Gobierno! ¡Esta nueva confusión de generales y estudiantes que llamamos Gobierno! ¿Qué pueden hacer ellos? No; cada hombre debe valerse por sí mismo en estos días. Que la plata entre en nuestros Bancos y que los soldados extranjeros nos guarden, bajo leyes extranjeras... Sí, es una buena situación la que tengo, y la he conseguido gracias a mis amigos.

—*Mis* amigos —cortó la mujer, rápidamente—. Si no hubiera sido por mí, que hice gran amistad con la señora de un gran banquero, y por medio de ella llegué a

conocer al marido y abogué por ti...

—Sí, sí —dijo su esposo apresuradamente—. Ya lo sé.

Y, fastidiado, guardó silencio, como si allí hubiera algo que no quisiera discutir claramente y como si hubiera pagado cierto precio secreto por lo que tenía. Entonces, la señora le preguntó a Yuan, con la fría coquetería que ponía en todo cuanto hacía, como si lo hubiera ensayado ante un espejo.

—¿De modo, Yuan, que ya estás de nuevo en tu patria, hecho un hombre y sabiendo de todo?

Cuando Yuan sonrió, silencioso, para denegar, ella rio, picaresca, y tocándose los labios con el pañuelo, dijo:

—¡Oh, bien sé que sabes mucho, porque seguramente no han pasado estos años para que tú sepas lo poco que sabías al partir!

Yuan no supo qué contestar. Se sintió incómodo, como si la mujer de su primo fuera falsa y extraña. Pero en aquel momento entró una criada, precediendo a su vieja señora y ama, y Yuan se puso de pie para saludar a su tía.

La vieja señora entró en aquel elegante cuarto, siguiendo a su sirvienta. Era una mujer delgada, alta, con el pelo aún negro, pero con la cara cruzada por muchas arrugas, aunque los ojos seguían siendo muy agudos y críticos para cuanto miraban.

No les prestó la menor atención a su hijo ni a su nuera, pero dejó que Yuan se inclinara ante ella, le dio la bienvenida y, dirigiéndose a la criada, le dijo:

—Tráeme la escupidera.

Cuando la criada se la llevó ella tosió y escupió muy decentemente, y le dijo a Yuan:

—Estoy tan sana como siempre, gracias a los dioses, excepto esta tos que tengo y estas flemas, que me vienen sobre todo por la mañana.

Al oír esto, la nuera la miró con disgusto, pero el hijo contestó suavemente:

—Esto sucede siempre con la gente de edad, madre.

Ella no le hizo caso. Miró a Yuan de arriba abajo, y dijo:

—¿Cómo está mi segundo hijo en esta tierra extranjera? —Y, cuando oyó que Yuan le decía que Sheng estaba muy bien, añadió—: Lo casaré cuando vuelva.

Entonces la nuera rio fuertemente, y dijo con descaro:

—No creo que Sheng se case contra su voluntad, madre... Como ninguno de los jóvenes de hoy en día.

La vieja señora dirigió una mirada a su nuera, una mirada que decía lo que ya le debió de haber dicho de palabra muchas veces, y dirigiéndose a Yuan, dijo:

—Mi tercer hijo es oficial. Supongo que ya lo habrás oído. Sí, Meng es ahora capitán, y manda a muchos hombres del nuevo ejército.

Yuan lo oyó en silencio, y otra vez sonrió al recordar cómo gritaba aquella señora contra Meng. El primo vio la sonrisa y dejó su taza de té, que había estado sorbiendo sonoramente, y dijo:

—Así es. Mi hermano se acerca con los triunfantes ejércitos desde el Sur. Ahora

tiene un puesto muy importante en la nueva capital y muchos soldados a sus órdenes. Hemos oído contar cosas sobre su valentía y su denuedo. Puede venir cualquier día a vernos, cuando quiera, pues los viejos gobernantes se han marchado, refugiándose en el extranjero. Pero está muy ocupado y no tiene tiempo.

La vieja no podía soportar otra conversación que la suya. Tosió y escupió de nuevo, ruidosamente, y preguntó:

—¿Qué camino vas a seguir, Yuan, ahora que has vuelto del extranjero? ¡Tú podrás obtener una buena paga!

Yuan contestó, confuso:

—En primer lugar, como sabéis, Ai-lan se casará dentro de tres días; luego tengo que ir a ver a mi padre, y después pensaré el camino que he de seguir.

—¡Esa Ai-lan! —dijo la vieja súbitamente, recalcando el nombre—. ¡Yo no habría dejado a mi hija casarse con un hombre como este! ¡La hubiera metido en un convento!

—¡Ai-lan en un convento! —gritó la nuera. Y rio con su risa falsa y amarga.

—¡Si hubiera sido mi hija, eso habría hecho! —dijo la señora con firmeza.

Miró fijamente a su nuera. Y hubiera dicho más, pero calló de repente, a causa de un golpe de tos, que obligó a la criada a golpearle las espaldas para que recobrar el aliento.

Yuan pudo, por fin, despedirse, y cuando volvía a su casa, por las soleadas calles, gozoso de caminar en tan hermoso día, pensaba en aquellos viejos tíos que acababa de dejar. «Sí, todo lo que es viejo va a morir», se dijo gozosamente. Pero él era joven, los tiempos eran jóvenes también, y en aquella brillante mañana estival le pareció que no encontraba en las calles sino a gente joven: muchachas vestidas de brillantes colores, los brazos desnudos al nuevo modo extranjero, y, con ellas, muchachos libres y risueños. En aquella ciudad, aquel día, todo era rico y juvenil, y la vida era buena para Yuan.

* * * *

Pronto no hubo otra cosa en qué pensar sino en la boda de Ai-lan. Ella y su prometido eran muy conocidos entre los jóvenes ricos de la ciudad, no sólo entre los de su raza, sino entre los extranjeros, y habían sido invitados a la boda más de mil amigos y conocidos, y otros tantos para la fiesta que seguiría. Yuan no había tenido tiempo de hablar con Ai-lan a solas, excepto el día en que llegó. Mas aquello no había sido, en realidad, hablar con ella. Su risa burlona había desaparecido, y Yuan no podía penetrar en la aureola amable y segura que ahora emanaba de aquella muchacha. Le preguntó, con la misma mirada franca que antes: «¿Estás contento de haber vuelto, Yuan?». Pero cuando él le contestó, vio que sus ojos, que le miraban fijamente, no le veían, sino que estaban mirando hacia adentro, hacia algún pensamiento profundo, y que para él no eran más que dos preciosas, líquidas y

oscuras luminarias. Yuan se sintió desazonado, y preguntó desconcertado, buscando las palabras:

—Tú eres otra... No pareces feliz... ¿Quieres casarte, en verdad?

Mas ella seguía estando lejana. Abrió sus lindos ojos, rio de un modo claro y metálico, y dijo con voz fría:

—No soy ya tan bonita, Yuan. Me he vuelto pálida, vieja y fea.

Él dijo apresuradamente:

—No. Estás más bonita que antes, pero...

Y ella, burlona, repuso:

—¡Bah! ¿Sería capaz de decirte que me iba a casar, que quería desposarme con este hombre, si no...? ¿He hecho alguna vez algo contra mi voluntad, hermano? ¿No he sido siempre mala y caprichosa? Así lo dice siempre mi tía, y mi madre es demasiado buena para decirlo, pero lo piensa...

Pero Yuan, aunque ella jugaba con sus ojos, haciéndolos indiferentes y pícaros, y enarcaba las cejas, vio que ellos estaban vacíos, y no quiso decir nada más. Después no habló a solas con ella, pues noche tras noche Ai-lan salió, vistiendo diferentes trajes, con sedas de distintos matices; y aunque Yuan iba con ella, apenas la veía más que a distancia: una figura primorosa, brillante, extraña para él en aquellos días, ensimismada y como viendo a los demás en sueños. Se mostraba reservada, lo que no había sido nunca. Su reír se había tornado sonrisa; sus ojos, oscuros, en lugar de brillantes, y su cuerpo suave y elegante, se movía lentamente, con fría gracia, en vez de aquella saltarina, alegre inquietud de antes. Había ocultado el encanto de su alegre juventud y aprendido aquel nuevo encanto compuesto de silencio y de gracia.

Pasaba el día durmiendo, rendida. Yuan, la madre y Mei-ling comían juntos, sin Ai-lan; andaban silenciosamente por la casa, y todo ruido cesaba hasta que caía la noche, en que Ai-lan salía de nuevo, en compañía de su galán, para ir a alguna casa donde la festejaban. Si se levantaba más temprano, era solamente para probarse vestidos, hechos por muchas modistas que iban a la casa; vestidos de seda y raso, y entre ellos, el traje nupcial, de raso, de color de melocotón, con un largo velo plateado, a la usanza extranjera.

Yuan notó también cuán silenciosa y grave andaba la madre en los días que precedieron a la boda. Hablaba muy poco, excepto con Mei-ling, y parecía descansar en esta de muchas preocupaciones. Le decía: «¿Has llevado el caldo a Ai-lan?», o: «Ai-lan debe tomar su sopa, o esa leche seca que le gusta tomar cuando llega por la noche. La encuentro pálida», o bien: «Ai-lan quiere dos perlas para prender el velo, ya sabes. Pide a un joyero que traiga algunas para que escoja».

Tenía la cabeza llena de estas pequeñas preocupaciones en torno a Ai-lan, y Yuan veía que eran naturales en una madre y se alegraba de que allí estuviera la otra muchacha para ayudarla. Una vez que la madre no estaba, y él y Mei-ling esperaban que les sirvieran la comida, Yuan, sin saber exactamente qué decir, pero sabiendo que tenía que decir algo, exclamó:

—Eres muy útil y buena para mi madre.

La muchacha alzó sus honrados ojos, y, mirándole, dijo:

—Ella me salvó en mi niñez.

Yuan respondió:

—Sí, ya lo sé. —Y se quedó sorprendido, pues en los ojos de la muchacha no había la menor muestra de que se sintiera avergonzada, con una vergüenza que pudo haber sentido al decir que era una expósita, cuyos padres desconocía. Y Yuan, sintiéndola como una de su familia, ya que tanto quería a su madre, le dijo:

—Me gustaría verla más contenta con la boda de mi hermana. Creo que la mayoría de las madres están contentas cuando se van a casar sus hijas.

A esto no respondió Mei-ling. Volvió la cara a otro lado. En aquel momento entró la criada con la comida, y ella se levantó para ayudarla. Yuan la miró y se fijó en que lo hacía con gran sencillez, sin despreciar lo que era menester de sirvientes. La examinó con atención, y vio cuán elegante y fuerte era su cuerpo, no muy alto, cuán firmes y ágiles sus manos, que no hacían un movimiento inútil; y recordó cómo cada vez que su madre preguntaba si algo había sido hecho o no, nunca había dejado de hacerse.

Las horas pasaron de prisa hasta el día de la boda de Ai-lan. Iba a ser una gran boda, en el mayor y más elegante de los hoteles de la ciudad. Los invitados habían sido citados para una hora antes del mediodía. Como el padre de Ai-lan no estaba, y como el viejo tío no podía mantenerse en pie mucho tiempo, el primo mayor fue en representación de su padre. Junto a él estaba la madre de Ai-lan que no se separaba de ella.

El matrimonio se celebraba según una nueva costumbre, muy distinta a la sencilla manera en que su abuelo Wang Lung había tomado sus mujeres, y muy diferente también de las viejas bodas que celebraron los hijos, siguiendo la tradición. En aquellos días, las gentes de la ciudad casaban a sus hijos e hijas de muy diversas maneras, unas más nuevas y otras más anticuadas, pero era seguro que Ai-lan y su prometido elegirían la más nueva de todas. Por lo pronto, habría mucha música de instrumentos extranjeros, que estaban ya preparados; se veían muchas flores por doquier, y esto costaba ya muchos centenares de piezas de plata. Los huéspedes llegaron vestidos según sus razas y costumbres, pues Ai-lan y su novio contaban con amigos muy diversos. Todos se reunieron en el gran vestíbulo del hotel. Afuera, las calles estaban interceptadas con los vehículos de los convidados, con los transeúntes y los pobres que se apretujaban para ver lo que sucedía y obtener alguna ganancia del acontecimiento, para pedir o deslizar las manos en los bolsillos ajenos, aprovechando las aperturas, aunque se hallaban allí unos guardias para mantenerlos apartados.

Entre aquellos grupos pasaron Yuan, la madre y Ai-lan, mientras el conductor tocaba incesantemente la bocina, tratando de no atropellar a nadie; y cuando los guardias vieron el vehículo y la novia dentro, empujaron a la gente, gritando:

—¡Abrid camino! ¡Abrid camino!

Entre toda aquella gente, Ai-lan pasó altanera, silenciosa, con la cabeza un poco echada hacia atrás, el velo prendido con dos perlas y una corona de azahares fragantes. Llevaba en las manos un gran ramo de azucenas y pequeñas rosas blancas, muy olorosas también.

Nunca se había visto una criatura tan bella. Yuan estaba maravillado. Tenía una leve sonrisa fría en los labios, y sus ojos brillaban, blancos y negros bajo las pestañas un poco bajas. Bien conocía ella su propia belleza, y no había duda de que trataba de llevarla a su más alto grado. La multitud guardó silencio al verla y, cuando bajó del automóvil, miles de ojos se clavaron en ella, ansiosos de belleza, primero en silencio, luego acompañados de leves murmullos: «¡Ah, miradla!». «¡Ah, qué bonita, qué bonita!». «¡Oh, nunca se ha visto una novia como esta!». Ai-lan lo oía todo, pero hacía como si no lo oyera.

Así también, cuando llegó al gran vestíbulo y la música señaló su entrada, todos los invitados se volvieron a verla, y el mismo silencio maravillado se adueñó de la gente. Yuan, que había entrado primero y estaba junto al novio, la vio avanzar lentamente entre los invitados, precedida de dos chiquillos blancos que arrojaban rosas a su paso y seguida de muchachas vestidas de muchos colores. Y no pudo sino admirar aquella hermosura. En aquel momento, aunque él no se diera cuenta hasta después, vio muy claramente a Mei-ling, que iba junto a Ai-lan, como acompañante.

Cuando la boda hubo terminado; cuando fue leído el contrato ante la pareja; cuando ambos hubieron saludado, inclinando sus cabezas, a los que representaban a las dos familias, a los invitados y a todos los que debían esta cortesía; cuando la gran fiesta y la diversión concluyeron, y los recién casados partieron para su luna de miel, entonces, pensando en todo aquello, mientras volvía a su casa, Yuan recordó, y se sorprendió de este recuerdo, a Mei-ling.

Había marchado delante de Ai-lan, y, a pesar de su belleza, la novia no había logrado oscurecer a Mei-ling. Yuan recordaba perfectamente que llevaba un precioso vestido de color verde manzana, las mangas muy cortas, el cuello alto, de suerte que sobre el color de su vestido su rostro se veía claro, pálido, resuelto. Su misma diferencia con Ai-lan la hacía destacarse junto a la belleza de la otra. Pues el rostro de Mei-ling no tenía el color, ni el brillo de los ojos o la sonrisa que tenía el de Ai-lan. Su atractivo estaba en la perfecta línea de sus huesos, bajo la firme claridad de la carne; una línea que, según pensó Yuan, guardaría su fuerza y nobleza más allá de su juventud. Ahora parecía mayor de lo que en realidad era. Pero algún día, aquella nariz recta, aquellas mejillas perfectas, el rostro ovalado, los agudos labios; el suave cabello negro, prolongarían su juventud. La vida no podía cambiarla mucho. Aun ahora, cierta gravedad lucía en ella, de manera que en su madurez seguiría siendo joven.

Yuan recordaba aquella seriedad. En toda la fiesta, solamente dos personas habían estado serias: la madre y Mei-ling. Sí; aun en la plenitud de la fiesta, cuando se escanciaban vinos extranjeros de todas clases y todas las mesas estaban llenas de

invitados, contando chistes y diciendo ingeniosidades; cuando chocaban las copas y los novios participaban del general jolgorio, aun entonces pudo ver Yuan que la madre estaba seria, y también Mei-ling. Hablaban bajo entre ellas, dirigían a los sirvientes por aquí o allá, pedían consejo al dueño del hotel o le indicaban algo. Yuan pensó que estaban serias a causa de este cuidado, y, sin darle mayor importancia en aquel momento, paseó su vista por el deslumbrante vestíbulo.

Mas, aquella noche, cuando estaban solos, después que todo hubo concluido y la casa estaba en silencio, exceptuando el rumor de algunos criados que iban de un lado a otro para poner las cosas en orden, la señora siguió tan silenciosa y abatida que Yuan sintió que debía decirle algo, a ver si le levantaba el ánimo. Y le dijo amablemente:

—Ai-lan estaba preciosa. Nunca la he visto tan bonita... La mujer más bonita que he visto...

La señora contestó:

—Sí, estaba bellísima. Durante estos tres años ha figurado entre las mujeres más bellas entre las ricas de esta ciudad; ha sido famosa por su belleza. —Se calló un momento, y añadió con extraña amargura—: Yo habría deseado que no fuera tan bella. Ha sido la preocupación de mi vida, y de la vida de mi pobre niña, que Ai-lan haya sido tan linda. Necesitaba no hacer nada. Necesitaba no usar la cabeza ni las manos para nada. Sólo dejar que la gente la mirara, que la elogiara, y las alabanzas crecieron en torno a ella, y los deseos. ¡Una belleza así no la puede llevar y soportar bien sino un gran espíritu, y Ai-lan no podía llevarla con facilidad!

Al oír esto, Mei-ling miró una labor que tenía entre las manos, y exclamó:

—¡Madre!

La señora no le hizo caso, y, como si su amargura fuera mayor de la que pudiera sobrellevar, añadió:

—No digo más que la verdad, hija mía. Contra esa belleza he luchado durante toda mi vida, pero he perdido. Yuan, tú eres mi hijo y puedo decírtelo. Tú piensas que cómo he podido dejar que se casara con ese hombre. Y no me extraña que te desconciertes, porque ni creo en él ni me gusta. Pero tenía que ser así... Ai-lan está esperando un niño de él.

Tan simplemente dijo la señora estas horribles palabras, que Yuan, al oírlas, sintió que el corazón se le detenía. Aún era lo bastante joven para sentir el horror de estas palabras. ¡Su hermana!... Miró, avergonzado, a Mei-ling. La muchacha había inclinado la cabeza sobre la costura y no dijo nada. Su expresión no había cambiado: quizá tuviese una mayor seriedad y quietud...

Pero la señora sorprendió la mirada de Yuan, y entendió su significado. Dijo:

—No te preocupes, pues Mei-ling lo sabe todo. Yo no habría podido soportar mi vida de no haberla tenido a ella conmigo. Ella me ha ayudado a trazar mis planes y a saber lo que debíamos hacer. Yo no sabía qué hacer, Yuan. Y ella ha sido una hermana para mi pobre hijita loca y preciosa, que también ha dependido de

Mei-ling. Mei-ling fue quien me impidió que te llamara para que apresurases tu regreso. Un día pensé que debía tener junto a mí a un hijo que me ayudara, pues no estoy al tanto de cuestiones de divorcio y esas novedades, y no podía hablar de esto ni aun con tu primo el mayor, pues me daba vergüenza. Pero Mei-ling no me dejó que echara a perder tus años en el extranjero.

Aún no podía Yuan decir una palabra. La sangre se agolpó en sus mejillas, y estaba confuso, avergonzado, y también colérico. La señora, comprendiendo su confusión, sonrió tristemente y dijo:

—No me atreví a contárselo a tu padre, Yuan, porque su único y sencillo remedio es matar. Y aunque no hubiera hecho esto, yo no podría habérselo dicho. ¡Es la triste consecuencia, a pesar de todo mi cuidado por Ai-lan, de haber criado y enseñado a mi hija en tal libertad! ¿Y este es el «nuevo día»? En los días antiguos, ellos habrían sufrido la muerte por tal pecado. Pero ahora no sufrirán nada. Volverán y vivirán alegremente; el niño de Ai-lan vendrá demasiado pronto, mas nadie murmurará de ello, porque hoy día muchos niños llegan demasiado pronto. Es el nuevo día.

Sonrió la señora con amarga sonrisa. En sus ojos había lágrimas. Entonces, Mei-ling dobló el trozo de seda que cosía, clavó en él la aguja y dijo sordamente:

—Estás tan cansada, madre, que no sabes lo que dices. Has hecho todo lo posible por Ai-lan, y bien lo sabe ella, como lo sabemos todos. Ve a dormir. Yo te llevaré una taza de caldo a tu cuarto.

La señora obedeció a la joven, como algo que estuviera habituada a hacer, y salió, apoyada en el hombro de la muchacha, agradecida, mientras Yuan las miraba, aun sin tener nada que decir, tan confuso estaba con lo que había oído.

¡De modo que Ai-lan, su hermana, había hecho semejante disparate! Para eso le había servido su libertad. Se fue despacio a su cuarto, doblemente turbado, pues nada podía llegar clara y simplemente a su ánimo, ni el amor ni la pena. Estaba en parte avergonzado por la desfachatez de Ai-lan, porque tales cosas no debían haberle sucedido a su hermana, en la que hubiera querido cifrar su mismo orgullo, y en parte porque había oculta cierta dulzura en aquel mal, y él no se atrevía a rechazarla. Esta fue la primera duda que le asaltó al regresar.

Cuando hubo pasado el día de la boda, Yuan pensó que no había motivos para retrasar la visita a su padre; tenía ganas de ir, además, porque se hallaba triste en aquella casa. La madre estaba más tranquila que nunca, Mei-ling dedicaba todo su tiempo a su escuela. En los dos días que tardó Yuan en preparar su partida, apenas vio a la muchacha. Una vez llegó a pensar que ella le esquivaba, y se dijo: «Es a causa de lo que mi madre ha dicho de Ai-lan. Es natural, para una muchacha tan modesta, tener eso presente». Y le complació su modestia. Pero cuando llegó el día en que debía tomar el tren para el Norte, notó que deseaba decir adiós a Mei-ling, y no ausentarse un mes o dos sin haberse despedido de ella. Llegó incluso a aplazar su partida hasta el último tren de la noche, para verla cuando volviera de la escuela, para cenar con ella y con la señora y hablar tranquilamente antes de irse.

Y mientras hablaban se dio cuenta de que escuchaba con atención lo que Mei-ling decía, todo muy agradable, claro y dulce, y sin demasiada timidez ni las risitas habituales en las muchachas. Siempre parecía ocupada en una costura; y cuando alguna criada entraba para preguntar algo acerca de la comida del día siguiente u otros cosa por el estilo, Yuan oía que le preguntaba a Mei-ling, en vez de preguntar a la señora, y que Mei-ling daba instrucciones como si estuviera habituada a ello. No era tímida ni corta en el hablar. Aquella noche, como la señora estuviera más tranquila que de costumbre, y Yuan más silencioso, Mei-ling habló de lo que había hecho en la escuela y cómo había acariciado la idea de ser doctora en medicina.

—Mi madre adoptiva fue la primera que me hizo pensar en eso —dijo, mirando suavemente a la señora—. Y ahora me gusta haberlo hecho. Solamente que exige largo tiempo de estudio y grandes gastos, y esto lo ha hecho mi madre por mí; siempre procuraré pagarle esta bondad. Lo que yo sea, lo será ella también. Quisiera un hospital para dirigirlo yo misma, en cualquier ciudad, algún día; un hospital para niños y mujeres, con un jardín en el centro, y alrededor construcciones llenas de camas para los enfermos... No muy grande, no más de lo que yo pueda hacer, pero todo muy limpio, muy agradable y debidamente ordenado.

Así expresaba la joven sus deseos; y en su entusiasmo dejó la costura sobre el regazo, sus ojos comenzaron a brillar y una sonrisa brotó en sus labios. Yuan, al verla, pensó, sorprendido, mientras tenía su cigarrillo entre los dedos: «Esta muchacha es bastante guapa», y se olvidó de escucharla mientras la miraba. De pronto se dio cuenta de que no le agradaba oír la hablar de sus planes, de llevar una vida para ella sola y tan suficiente que no necesitaría sino de sí misma. Quiso creer que no era razonable en una mujer hacer caso omiso de toda idea de matrimonio. Pero mientras meditaba en estas cosas, miró a la señora. Por primera vez, desde el día de la boda, sus ojos estaban iluminados por el interés y escuchaba cuanto la muchacha decía. Y comentó afablemente:

—Si yo no fuera demasiado: vieja para hacer algo en ese hospital... Sí; son mejores días que los míos. Son mejores días los que no obligan a una mujer a casarse contra su voluntad.

Al oír esto, Yuan lo aprobó en su fuero interno, o al menos creía aprobarlo, pero a pesar de ello sentía algo extraño en él. No le pareció oportuno hablar sobre si todas las mujeres debían casarse. Por lo menos, no era el momento de discutirlo, estando en compañía de dos mujeres. Pero la ambición de libertad que ambas tenían dejó cierta frialdad en él, de suerte que, cuando se despidió, lo hizo menos calurosamente de lo que él mismo esperaba. Estaba conmovido; algo se revolvía en su pensamiento, pero no podía precisar dónde estaba el golpe que reconocía haber recibido.

Mucho después de recostarse en la estrecha litera del tren, pensó en estas cosas, en las nuevas mujeres de su tierra y en su manera de ser. Ai-lan, tan libre como para hacer sufrir a su madre, y esta misma madre complacida al ver los sueños de libertad de Mei-ling. Pensó con una gota de amargura: «Dudo que esta muchacha pueda ser

tan absolutamente libre. Encontrará dificultad en realizar todos sus planes. Y algún día querrá tener marido, hijos, como toda mujer desea, indiscutiblemente».

Y recordó a las mujeres que había conocido, que en todas partes se inclinaban, tarde o temprano, hacia el hombre, por mucha libertad que antes predicaran. Pero cuando su memoria llegó a Mei-ling, a su cara y a sus palabras, no pudo en verdad precisar nada que en su tono ni en ella misma denotara esa búsqueda de libertad. Pensó si no habría algún muchacho de quien estuviera enamorada, pues sabía que en la escuela trabajaba con varios compañeros... Súbitamente, como una ráfaga de viento que soplara en una quieta noche veraniega, se sintió celoso de aquellos muchachos que no conocía, tan celoso, que ni pudo sonreír de la disparatada ocurrencia ni pensar en que nada podía importarle lo que le gustara a Mei-ling. Decidió que debía advertir a su madre, para que guiara bien a Mei-ling y la aconsejara, guardándola mejor, y tomó por ella un interés que nunca había sentido por ser viviente alguno; sin embargo, no se preguntó a qué venía todo aquello.

Haciendo proyectos, mientras el tren se quejaba y crujía bajo él, cayó, al fin, en un inquieto sueño.

* * * *

Pero iban a suceder algunas cosas que alejarían estos pensamientos de la mente de Yuan. Desde que había vuelto a su tierra, había vivido solamente en la gran ciudad costera. No había visto otra cosa que sus anchas calles, llenas día y noche con carruajes de todas clases, automóviles, tranvías y gente bien vestida, cada cual ocupado en sus trabajos. Si allí también había pobres, como los sudorosos conductores de *rickshaws* y los vendedores callejeros, aquel verano parecían menos lastimosos; no eran los mendigos del invierno, que habían huido de las inundaciones y las hambres para buscar algo que comer en la ciudad. La ciudad le había parecido a Yuan bastante alegre. Era un lugar comparable a los que había visto en otras latitudes, y allí estaban la comodidad y riqueza de la nueva casa de su primo, los lujos del matrimonio recién celebrado y los regalos costosos. En el momento de partir, la señora había apretado contra su mano un papel doblado, que él supo desde el primer momento era dinero, y lo tomó sin titubear, pensando que su padre lo habría enviado para que se lo entregaran. Había llegado casi a olvidar que en este mundo había gente pobre, tan rica y comfortable era la casa en que vivía.

Mas cuando al día siguiente se despertó en el tren y miró por la ventanilla, se dijo que aquella no era la tierra que él había imaginado. El tren se detuvo junto a un caudaloso río, y todos debieron bajar, tomar unas barcas, atravesar la corriente y reanudar el viaje en la otra orilla. Así lo hizo Yuan, mezclado con los demás, sobre una barcaza ancha y panzuda, que no parecía bastante capaz para tantas personas. Yuan, que había llegado en el último instante, tuvo que ir casi al borde, cerca del agua. Recordó haber cruzado aquel mismo río cuando fue al Sur por vez primera,

pero entonces no parecía haber visto lo que ahora veía, pues a sus ojos habituados a otras visiones, todo aquello le parecía algo desconocido. Vio sobre el río una verdadera ciudad de botecillos, de los que salía un hedor que le dio náuseas. Era el octavo mes del año, y aunque apenas estaba amaneciendo, ya reinaba el calor. El sol no daba mucha luz. El cielo estaba pardo y nublado, y pesaba como una manta sobre el agua y los campos. No soplaba el más leve viento. A la turbia luz, la gente conducía sus botes y los apartaba para abrir camino a la barcaza. Aparecían en las bordas hombres semidesnudos, de caras brillantes y legañosas, después de la noche calurosa y sin sueño, y mujeres que gritaban a niños llorosos, a los que rascaban las sucias cabezas, entre otros niños desnudos, famélicos y sucios. Estos botes aparecían rebosantes de mujeres, hombres y niños, y de las mismas aguas sobre las que habitaban, de las cuales bebían, parecía emanar el repugnante olor que salía de las basuras flotantes.

Ante esto abrió Yuan sus ojos estupefactos aquella mañana. Este espectáculo pasó al cabo de pocos momentos, pues la barcaza cruzó aprisa la zona donde se juntaban los botes, llegó a las espaciosas aguas del centro del cauce, y pronto no vio Yuan más caras repugnantes, sino la amarilla corriente del río. Y antes de que pudiera percatarse del cambio, la barcaza pasó junto a un buque pintado de blanco, que resaltaba tan limpio como una cumbre nevada contra el cielo gris. Al alzar los ojos, Yuan y los demás pasajeros vieron la proa de un buque extranjero, y una bandera azul y roja que ondeaba en ella. Y cuando pasó la barcaza al otro lado, vieron las negras bocas de cañones, extranjeros también.

Entonces Yuan olvidó el hedor de los pobres y sus rebosantes botecillos. Miró a un lado y a otro del río, y contó siete de estos grandes buques de guerra extranjeros, allí, en el corazón de su patria. En aquel momento se olvidó de todo y se dedicó a contarlos. Una ira intensa contra aquellos barcos se adueñó de él. Después que hubo llegado a la orilla, siguió mirándolos con odio y preguntándose por qué estarían allí. Allí estaban, blancos, inmaculados, invencibles. De aquellos cañones, que apuntaban a las dos orillas, había salido más de una vez la muerte para extenderse por su propia tierra. Yuan lo recordó. Al mirar a los buques, se olvidó de todo, excepto de que aquellos cañones vomitaban la muerte sobre su pueblo, y murmuró: «No tienen derecho a estar aquí. Debemos echarlos de nuestras aguas». Y lleno de amargura subió al otro tren y siguió el camino hacia la casa de su padre.

Hubo algo extraño en Yuan, y él se dio cuenta de ello: mientras pudo mantener vivo su odio contra aquellos barcos de guerra y recordar que habían disparado contra su pueblo; mientras pudo recordar todos los males que habían causado a su patria y las veces que su pueblo se había visto vejado y oprimido por otros pueblos —y eran muchos los opresores, según había aprendido en la escuela—; mientras pensó en los infames tratados impuestos a los emperadores de antaño por ejércitos enviados para saquear y despojar, lo cual había sucedido incluso durante su propia vida; mientras pensó cómo en la gran ciudad, estando él en el extranjero, guardias de raza blanca

habían fusilado a muchos jóvenes compatriotas por haber gritado en favor de la libertad de su tierra; mientras pudo recordar estas cosas, se sintió contento y como lleno de fuego, y este fuego lo sintió constantemente cuando comía; cuando, sentado, veía pasar los campos y villorrios. «Debo hacer algo por mi patria, Meng tiene razón; es mejor que yo. Es más sincero, más auténtico que yo, por ser tan solo, tan singular. Yo soy demasiado débil... Debo ser como Meng. Debo odiarlos con todo mi corazón y ayudar a mi pueblo con este odio violento, pues sólo el odio es capaz de ayudarnos ahora...». En esto pensó, mientras recordó los barcos extranjeros.

Mas, aunque quiso grabar este sentimiento en él, no pudo evitar que se fuera enfriando, y este enfriamiento avanzó por pequeños y sutiles caminos. Un hombre grande y gordo estaba sentado frente a él, tan cerca que Yuan no lograba apartar sus ojos, con la frecuencia que hubiera deseado, de la voluminosa humanidad de su vecino. El día fue haciéndose más caluroso, y el sol quemaba entre las quietas nubes, calentando el techo metálico del tren. El aire, dentro, se hacía más ardiente Y el gordo se fue despojando de todas sus vestiduras, excepto de sus calzoncillos. Allí iba, sentado, luciendo su fofa desnudez, sus pechos, su panza que caía en pliegues de carne grasienta, amarilla, y aceitosa, las papadas colgantes... y por si esto no fuera bastante, tosía, con una tos inoportuna en verano, armando gran estrépito, escupiendo flemas incesantemente. Yuan no podía soportar aquello, y entre la rabia que sentía contra los extranjeros se abrió paso la antipatía hacia aquel hombre que era su compatriota. El desaliento se apoderó de él. Hacía demasiado calor en aquel tren; no se podía vivir. Y empezó a ver lo que no hubiera querido haber visto. En el calor y la fatiga, los trabajadores que iban en el tren no pensaron sino en pasarlo lo mejor posible. Los niños gritaban y hurgaban en los pechos de sus madres. En cada estación entraban moscas por las ventanas que se posaban en las carnes sudorosas, en los gargajos del suelo, en las comidas y en las caras de los niños.

Yuan, que en su niñez jamás se había preocupado de las moscas, porque las veía por doquiera y ni le importaban un bledo, ahora que había estado fuera y sabía las enfermedades que acarreaban, sufría hasta la desesperación a causa de ellas y no podía ver que una se posara en su taza de té, o en un pedazo de pan que había comprado a un vendedor, o en el plato de arroz y huevos que le sirvió al mediodía un criado del tren. Pero se preguntó de qué le servía aquel odio contra las moscas, al ver la negrura de las manos del sirviente, las manchas y la suciedad del paño con que este limpió el plato antes de servirle. Y, en su amargura, Yuan le gritó:

—¡Deje ese plato como está, antes de tocarlo con ese trapo asqueroso!

El hombre, al oír esto, se detuvo y le miró fijamente, con amabilidad, y sintiendo que el calor aumentaba se enjugó el sudor con el paño y se lo puso al cogote, donde lo había llevado. Yuan apenas se decidía a tocar aquella comida. Dejó de pronto la cuchara y maldijo al hombre, a las moscas y a las basuras del suelo. El hombre se sintió vejado, ante tamaña injusticia, y, como si clamara al cielo, dijo:

—Soy un hombre, y tengo que hacer el trabajo de un hombre; por lo tanto, no tengo nada que ver con las moscas ni con el suelo. Nada de eso me incumbe. ¿Quién sería el guapo que se pasara el verano matando moscas? Juro que si toda la gente de este país se pasara la vida matando moscas, no conseguiría exterminarlas, porque las moscas son algo natural.

Entonces, olvidando su enojo, el hombre prorrumpió en sonoras carcajadas; era un tipo de buen carácter, aun en los momentos de enojo, y se alejó riendo.

Pero todos los viajeros, que estaban cansados y dispuestos a escuchar y a mirar todo lo que les llamara un poco la atención, oyeron aquello, y, como si se hubieran

puesto de acuerdo, se pusieron de parte del criado. Alguien gritó:

—Es cierto que no se puede terminar con las moscas. Vienen de nadie sabe dónde, pero tienen derecho a vivir.

Y una señora de edad, dijo:

—¡Vaya si tienen derecho! ¡Por mi parte, yo no sería capaz de quitarle la vida ni a una mosca!

Y más allá, otro dijo con desdén:

—¡Es uno de esos estudiantes que vuelven del extranjero a enseñarnos la cartilla!

El hombre gordo que estaba junto a Yuan, que había comido mucho arroz y otros guisos y estaba sorbiendo gravemente su té, acompañándose de sonoros regüeldos, dijo de pronto:

—¡Ajá! Conque esas tenemos, ¿eh? ¡Y yo que me he pasado todo el viaje mirándole, sin lograr averiguar lo que era!

Y miró a Yuan con amable admiración, complacido de saber quién era, no sin sorber su té y eructar. Hasta que Yuan no pudo mantener la mirada fija en él, y contempló la tierra verde y llana.

Era demasiado orgulloso para contestar. No podía comer. Se pasó el tiempo mirando por la ventana, hora tras hora. Bajo el cielo gris, la tierra iba haciéndose cada vez más pobre, más estéril. En cada estación, la gente que veía Yuan era más miserable, más llena de granos y con los ojos más purulentos. Aunque había agua por doquiera, no se lavaban, al parecer, y muchas mujeres llevaban los pies empuñados a la maldita usanza antigua, aunque le habían dicho con frecuencia que ya no se veía por ninguna parte. Los miraba, y no podía mantener la vista en ellos. «¡Y este es mi pueblo!», se dijo amargamente. Y olvidó los barcos de guerra blancos y extranjeros.

Pero Yuan, debía soportar aún una amargura más. En un extremo del coche iba sentado un hombre blanco que Yuan no había visto. Ahora pasó junto a él para bajar del tren, en cierta aldehuela de casas de barro, donde vivía. Al pasar notó la expresión de tristeza del joven rostro de Yuan, y recordó que había gritado contra las moscas. Le dijo, en su propio idioma, tratando de ser compasivo y dándose cuenta de lo que Yuan era:

—¡No te desanimes, amigo! ¡Yo también he luchado contra las moscas, y seguiré luchando contra ellas!

Yuan levantó los ojos al oír la voz y las palabras extranjeras. Vio a un hombre blanco, a un hombrecillo común y corriente, vestido de lana gris y con un salacot en la cabeza. Tenía una cara vulgar, no muy recientemente afeitada, y en sus pálidos ojos azules había cierta dulzura. Yuan vio que se trataba de un clérigo extranjero. Y esto era lo más duro que podía soportar: que hubiera allí un hombre blanco para ver aquellas cosas y conocer lo que él había conocido aquel día. Se volvió y no repuso, pero vio al hombre bajar del tren, pasar entre los grupos y perderse camino de la ciudad de murallas de barro. Entonces recordó a aquel otro hombre blanco que le dijo

una vez: «Si usted hubiera vivido como yo he vivido...».

Entonces, acusadoramente, se preguntó: «¿Cómo pude no haber visto antes estas cosas? ¡Hasta hoy no he visto nada!».

Y esto era sólo el comienzo de lo que había de ver, pues cuando, al fin, llegó ante Wang el Tigre, su padre, lo vio como nunca podía imaginárselo. Allí estaba el Tigre, a la puerta del vestíbulo, esperando a su hijo. Toda su antigua Fortaleza había desaparecido, lo mismo que su vieja petulancia. Allí sólo había un hombre viejo y gris, cuyos largos bigotes caían en desorden, con los ojos enrojecidos y turbulentos por la edad y por el mucho alcohol que ingería. No vio a Yuan hasta que estuvo junto a él, y al llegar sólo lo reconoció por su voz.

Yuan había visto, extrañado, lo solitario de aquellos patios por los que había pasado, los escasos soldados que encontró por el camino, solamente unos cuantos ociosos individuos mal vestidos; la guardia de las puertas no tenía fusiles, y le dejó pasar sin preguntarle nada ni darle una cortés bienvenida, como era debida al hijo del general. Fuera de esto, no esperaba encontrar a su padre tan delgado y maltrecho. El viejo Tigre llevaba una antigua vestidura gris, con remiendos en los codos, desgastados por el roce con los brazos del sillón. Calzaba unas zapatillas de paño, de gastado tacón, y no tenía la espada en la mano.

Yuan gritó:

—¡Padre!

Y el anciano respondió tembloroso:

—¿Eres tú, hijo mío?

Se estrecharon las manos, y Yuan sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas al ver a su padre tan viejo, con la boca, la nariz y los hundidos ojos más grandes de lo que él recordaba, demasiado grandes en la macilenta cara descarnada. Le parecía que aquel no era su padre, que no era aquel Tigre al que tanto temía, cuyas negras cejas y feroz ceño fueron en otro tiempo terribles, cuya espada nunca estaba lejos de su mano, ni siquiera mientras dormía. Empero, aquel era el Tigre, el cual, al saber que era Yuan el que estaba allí, gritó:

—¡Que traigan el vino!

Se oyó el rumor, y el hombre del labio leporino, mucho más viejo también, pero que seguía siendo el hombre de confianza del general, se acercó, dio la bienvenida al hijo y sirvió el vino, mientras el Tigre tomaba a Yuan de la mano y le conducía dentro.

Entonces encontró Yuan a dos personas a las que no había visto antes, o, por lo menos, así lo creía: dos hombrecillos serios y de aspecto feliz, viejo el uno, joven el otro. El mayor era bajo, muy bien vestido con un largo traje de antigua hechura, de seda gris con pequeñas motas, y con una chaquetilla de seda negra; llevaba un gorro redondo, también de seda, en el que se veía un botón blanco, en señal de reciente luto por algún deudo. Tenía las rodillas, por encima de los zapatos de terciopelo negro, enfundadas en unas bandas de lana blanca. En este sombrío atavío, destacaba su

redonda cara, suave, barbilampiña, arrugada, y los ojos brillantes y agudos como los de una comadreja.

El joven se parecía mucho a él. Llevaba un traje de color azul y el luto que un hijo debe ponerse por su madre difunta. Sus ojos no eran agudos, pero sí ávidos como los de un mono cuando miran a los hombres y ven que se les parecen, mas sin entender del todo de lo que se trata. Este era hijo del otro.

Como Yuan los mirara vacilando, el más viejo le dijo con seca y aguda voz:

—Yo soy tu segundo tío. No te veo desde que eras muy joven. Este es mi hijo mayor, tu primo.

Yuan saludó, sorprendido, a los dos hombres, sin mucha alegría, pues le resultaban extraños aquellos dos tipos tan anticuados en su aspecto y modales. Pero fue cortés con ellos, más cortés que el Tigre, que no les prestó la menor atención y que se limitó a sentarse y mirar con alegría a Yuan.

Este se sintió conmovido con aquel júbilo infantil que demostraba su padre por su regreso. El viejo Tigre no podía apartar los ojos de Yuan, y, después de mirarle largo rato, empezó a reír silenciosamente, se levantó de su sillón, y, acercándose a Yuan, palpó, satisfecho, sus hombros y sus fuertes brazos. Volvió a reír y después dijo:

—Fuerte, como yo lo era a su edad. Sí, señor. Recuerdo que yo tenía estos brazos, que podía lanzar un dardo de hierro de ocho pies de largo y sostener el peso de una gran piedra. En el Sur, a las órdenes del viejo general, lo hacía de vez en cuando para distraer a mis compañeros. ¡Ponte de pie y déjame ver tus muslos!

Yuan se levantó, obediente, divertido y paciente, y el Tigre se volvió hacia su hermano, rio fuertemente y gritó, con algo de su antiguo vigor:

—¿Ves a este hijo mío? ¡Juraría que no hay uno que pueda competir con él entre tus cuatro hijos!

Wang el Mercader no contestó. Se limitó a sonreír de un modo tolerante. Pero el joven dijo con tranquilidad, entornando sus ojillos:

—Creo que mis dos hermanos más jóvenes son tan altos como este, y que el hermano que me sigue a mí es más alto que yo; yo soy el más bajo, aunque el mayor de todos en edad.

Yuan preguntó:

—¿Cómo están esos otros primos míos, y qué hacen?

El hijo de Wang el Mercader miró a su padre, y viéndole callado, con su inmutable sonrisilla, se decidió a responder a Yuan:

—Yo soy el que trabajo con mi padre en sus alquileres y su almacén de granos. Un tiempo hubo en que todos le ayudábamos, pero es una mala época. Los colonos se han vuelto tan señorones que no quieren pagar las rentas que deben. Los granos también son cosechados en menor cantidad. Mi hermano segundo pertenece a tu padre, puesto que el mío se lo cedió. Mi otro hermano quiso salir a ver mundo; así lo hizo, y ahora está en el Sur de tenedor de libros en una tienda, porque sus manos son muy diestras en manejar el ábaco. Es hombre próspero, pues por sus manos pasa

mucha plata. Mi tercer hermano está en casa con su familia, y el menor va a la escuela, porque ahora tenemos una escuela nueva en nuestra ciudad; esperamos casarlo en cuanto sea tiempo, ya que mi madre murió hace pocos meses.

Yuan recordó a una gruesa y vivaz campesina que había visto en casa de su tío cierta vez que su padre le llevó allá, una mujer siempre alegre, y le pareció extraño que estuviese muerta, en tanto que su tío, un hombrecillo tan desmedrado, vivía y apenas había cambiado de aspecto. Preguntó:

—¿Cómo sucedió eso?

El hijo volvió a mirar a su padre y ambos callaron, hasta que el Tigre, que había oído la pregunta, y como si aquello le concerniese, dijo:

—¿Que cómo sucedió? Pues, verás: nosotros, nuestra familia, tenemos un enemigo que ahora es un jefecillo de bandoleros en las colinas cercanas a nuestra vieja ciudad. Una vez le tomé una ciudad de la manera más limpia, por medio de la astucia y del asedio, y él no me lo perdonó. Juró que pasaría el tiempo acechando en nuestras tierras y tratando de hacer algún daño. Este hermano mío es un hombre cauto, y sabiendo que aquel bandolero nos odiaba, no quiso ir en persona a cobrar las rentas de los colonos y envió a su mujer, puesto que era sólo una mujer. Los bandidos la atraparon cuando volvía, le robaron, le cortaron la cabeza y la arrojaron al borde de la carretera. Yo le dije a mi hermano: «Espera unos meses, hasta que yo reúna y adiestre a mis hombres de nuevo. Te aseguro que atraparé a ese ladrón. Te lo juro... Te juro que...».

La voz del Tigre se hizo más débil, mientras alargaba la mano, a tientas, y el viejo criado de confianza echaba vino en el vaso, diciéndole humildemente, como tenía por costumbre:

—Tranquilizaos, mi general. No os agitéis. Si no, os sentiréis mal.

Y se apartó, mirando a Yuan con admiración.

Aunque Wang el Mercader había guardado silencio, Yuan le miró, dispuesto a decirle alguna palabra de aliento, y vio, sorprendido, que en los menudos ojos de su tío brillaban las lágrimas, y que, sin preguntar una palabra, el viejo se enjugó los ojos con la punta de una manga primero, después con la punta de la otra, y luego, a la vieja usanza, levantó su descarnada mano para secarse la nariz. Yuan estaba mudo de extrañeza al ver a aquel hombre viejo y frío verter lágrimas.

El hijo vio esto, y sin apartar sus tristes ojos del padre, dijo a Yuan:

—El criado que iba con ella dijo que si hubiera sido más callada y obediente con los bandidos, estos no habrían decidido matarla tan pronto. Pero era mujer de lengua muy suelta. Toda su vida fue así, de un carácter demasiado impulsivo, y le gritó al primero: «¿Voy a tener que daros mi buena plata a vosotros, hijos de mala madre?». El criado corrió tanto como pudo al oír aquellas palabras tan fuertes, pero cuando volvió para mirar, ya le habían cortado la cabeza; y nosotros perdimos todas aquellas rentas con ella, pues se quedaron con cuanto llevaba.

Así habló el hijo, con voz chillona y monótona, como si tuviera la parlanchina

lengua de su madre en el cuerpo de su padre. Pero era un buen hijo, que había querido mucho a su madre, y ahora su voz se quebró; salió al patio para toser, carraspear, y secarse los ojos.

Yuan, no sabiendo qué hacer, se levantó y sirvió un tazón de té a su tío. Se sentía como en sueños en aquella habitación, un extraño entre aquellos individuos que eran de su misma sangre. Él tenía que vivir una vida que ellos no podían concebir, y la de ellos era tan pequeña como la muerte para él. De repente, sin saber por qué, se acordó de María, en la que no pensaba hacía mucho tiempo... ¿Por qué acudía ella a su memoria en aquel momento, tan claramente como si una puerta se hubiera abierto para mostrarla, como él solía verla en aquellos días ventosos de primavera, al otro lado del mar, con los finos cabellos oscuros revoloteando sobre la cara blanca y roja y los ojos de aquel suave color gris? Allí no había lugar para ella. Era un sitio que ella no debía conocer. Los dibujos y grabados de aquella tierra que ella había visto y de los que hablaba, aquellas pinturas que ella había hecho en su propia imaginación, eran nada más que eso: pinturas, cuadros. Él había hecho bien (pensaba Yuan, mirando a su padre y a los otros dos, ahora que la primera parte del encuentro había terminado), en no amarla. Paseó su mirada por el viejo vestíbulo. Había polvo por doquiera, polvo acumulado allí por la negligencia de unos descuidados sirvientes. Entre las losas del pavimento crecía el musgo, y sobre ellas había manchas de vino, viejas manchas de cenizas y de comidas grasientas. Las rotas persianas de concha habían sido remendadas con papel, que ahora colgaba a tiras y aun en pleno día las ratas iban de aquí para allá, por encima de las vigas del techo. El viejo Tigre, sentado, meneaba la cabeza, paladeando el vino, con la mandíbula caída y todo él macilento y abandonado. Sobre él, colgada de una alcayata, estaba su espada, en la vaina. Ahora la veía Yuan por vez primera en esta ocasión, después de notar su falta al mirar a su padre. Allí estaba la espada, elegante y bella aún, aunque descuidada. La vaina era bella también a pesar del polvo que la cubría y que llenaba los trabajados intersticios, y el tahalí caía desgarrado y roído por las ratas.

¡Ah! ¡Cuán contento estaba ahora de no haber amado a aquella mujer extranjera! ¡De haber permitido que siguiera soñando en lo que era esta tierra! ¡Que no conociera jamás la realidad!

Un sollozo subió a la garganta de Yuan... ¿Había pasado por él lo antiguo para siempre? Pensó en el viejo Tigre, en el hombrecillo de la cara apergaminada y en el hijo de este. Estos, estos, eran todavía los suyos, y a ellos estaba atado por la sangre de sus venas, que, aunque quisiera, no podía evitar; por muy libre que llegara a ser entre los de su especie, la sangre de ellos correría siempre por sus venas.

* * * *

Estaba bien que Yuan se diera cuenta de que su juventud había pasado, de que ahora tenía que ser un hombre, de que debía mirarse a sí mismo. Aquella noche,

mientras descansaba en el viejo cuarto en que había dormido cuando niño y adolescente, con guardias a la puerta, y donde había estado a solas, llorando, cuando volvió a casa desde la escuela de guerra, el viejo hombre de confianza fue hacia él. Yuan acababa de acostarse, pues el padre había organizado una fiesta en su honor aquella noche, invitando a sus dos capitanes, y todos habían comido y bebido para festejar la llegada, de Yuan. Después había dejado a su padre y se había ido a dormir.

Por un tiempo, echado en la cama, oyó lo que nunca se había acostumbrado a oír: los leves ruidos de la ciudad en que su padre había vivido tan largo tiempo como en un campamento. Pensó: «Si me hubieran preguntado, yo habría dicho que en esta pequeña ciudad no había ruidos de noche». Pero se oía el ladrar de los perros en la calle, llorar a algún chico, rumor de voces aún no aquietadas por el sueño, la nota solitaria de la campana de un templo; y más claro, dominando los demás sonidos, la angustiada voz de una mujer llamando al alma vagabunda de un hijo que se le moría. Ningún ruido era fuerte, pues los anchos patios se extendían ante las portadas que daban al pueblo, pero Yuan, hasta cierto punto desconocedor de todo aquello, oía distintamente cada ruido.

De pronto, oyó crujir la puerta sobre sus goznes de madera, la luz de una vela apareció al abrirse aquella y Yuan vio al viejo criado de confianza, que se inclinó para poner con cuidado la vela en el suelo. Después de haber cerrado la puerta y echado el cerrojo, se acercó a la cama de Yuan, que se preguntaba extrañado qué haría el hombre, el cual, al ver que las cortinas no estaban echadas, dijo:

—¿No estáis durmiendo, mi joven señor? Tenía algo que deciros.

Yuan, viendo cómo el viejo cuerpo se inclinaba sobre las rodillas, le dijo:

—Siéntate mientras hablas.

Pero el hombre sabía su lugar y se resistió durante un rato, hasta que por fin cedió a la amabilidad de Yuan, se sentó en un escabel al pie de la cama y comenzó a sisear y a musitar por su boca de liebre. Y aunque su mirada era honrada y afable, su aspecto era tan repugnante que Yuan no pudo mirarle, a pesar de lo bueno que era.

Pronto se olvidó del aspecto del viejo al oír lo que le decía. Porque a través de una larga, confusa y entrecortada historia, Yuan comenzó a discernir algo más claro. El viejo, al fin, puso sus manos en sus robustas rodillas y dijo susurrando con cierta fuerza:

—De modo que año tras año, mi pequeño general, vuestro padre le ha ido pidiendo más plata, a vuestro tío. Primero le pidió que le prestara una fuerte suma para sacaros de la prisión, mi pequeño general. Luego, cada año, para manteneros tranquilo en el extranjero, ha ido pidiéndole más plata, y cada vez más. Bueno, ha dejado ir a sus soldados; tanto, que juraría que ahora no tiene ni cien hombres para luchar. Él no puede ir a la guerra. Sus hombres le han dejado para unirse a otros caudillos y jefes. No eran más que mercenarios, y si no recibían la paga, ¿cómo iban a quedarse, siendo mercenarios? El puñado que tiene ahora no son soldados. Son bandidos andrajosos, desechos de su ejército, que viven aquí porque les da de comer.

La gente del pueblo los detesta, porque van de puerta en puerta pidiendo dinero, y, como tienen fusiles, los temen. Pero no son sino mendigos armados. Una vez le conté al general lo que hacían. Él ha sido siempre muy caballeroso y nunca ha dejado que sus hombres tomen más de lo que les corresponde en el botín. Jamás les dejó quitar nada al pueblo en tiempos de paz. Bueno, pues, vuestro padre salió, rugiendo, frunciendo las cejas y tirándose de los bigotes. ¿Y esto para qué, mi joven señor? Le vieron tembloroso y viejo, aún mientras rugía, y aunque fingieron tenerle miedo, en cuanto él se alejó se echaron a reír y fueron a reanudar sus saqueos. Todavía hacen lo que les da la gana. ¿De qué serviría que se lo dijera otra vez al general? Mejor es dejarlo en paz. Sé que pide dinero prestado mes tras mes, porque vuestro tío viene aquí con frecuencia, y no vendría si no fuera por cuestión de dinero. Y vuestro padre saca el dinero de alguna parte, porque él no lo tiene, y la gente ahora no le paga muchos impuestos; sus soldados se llevan la mayor parte, y no tendría bastante si vuestro tío no se lo diera.

Yuan no podía creer aquello. Dijo, desalentado:

—Pero si mi padre ha licenciado a su ejército, tal como tú dices, y solamente les da la comida a sus hombres, no puede necesitar tanto dinero como antes. Su padre le dejó unas tierras, según creo.

El viejo se acercó más y murmuró:

—Os aseguro que esa tierra es ahora de vuestro tío, o es como si lo fuera, pues, de lo contrario, ¿cómo le pagaría vuestro padre lo que le debe? Y escuchad, mi pequeño general: ¿acaso no os ha costado nada teneros fuera, en tierras extranjeras? Sí; el general redujo la paga de vuestra madre, y vuestras dos hermanas se han casado con comerciantes en esta pequeña ciudad, pero no ha dejado de enviar el dinero para vos a la otra señora.

En aquel momento, Yuan se dio cuenta de lo niño que había sido durante todos aquellos años. Día tras día había tomado el dinero como algo que indiscutiblemente debía dar su padre para cuanto él quisiera. No había sido derrochador, ni había jugado, ni comprado trajes caros, ni hecho esas cosas que los jóvenes suelen hacer para gastar el dinero de sus padres. Pero año tras año sus necesidades más corrientes habían costado a su padre centenares de piezas de plata. Ahora pensó en los vestidos plateados de Ai-lan para su boda, y en los gastos de la casa de la señora. Y aun cuando Yuan sabía que esta tenía alguna plata, no mucha, que le había dejado su padre, de quien había sido hija única, ahora se preguntó cómo podría pagar todo aquello.

Yuan sintió que su corazón se alzaba hacia su padre, que en aquellos años no había proferido la menor queja, sino que, pidiendo prestado y ahorrando, le había evitado el menor sufrimiento por falta de dinero. Y dijo, con la seriedad de su nueva hombría:

—Te agradezco que me hayas dicho eso. Mañana veré a mi tío y a mi primo, y sabré lo que en realidad ha sucedido y lo que les debe mi padre. —Y añadió, como si

se le ocurriera de pronto—: Y lo que les debo yo.

* * * *

Aquella noche Yuan no pudo apartar este pensamiento de su mente. Despertó una vez y otra, y aun cuando se consolaba pensando que, a la postre, todos ellos eran de la misma sangre, y que en este caso una deuda no era realmente una deuda, sentía, empero, un peso sobre él cuando pensaba en aquellos dos. Sí, eran de su carne y de su sangre, aunque se sentía tan ajeno a ellos como si fuera de otra raza. Durante un momento, dándole vueltas a este asunto en la oscura soledad de la noche, pensó que allí, en su propia cama de niño, en la casa de su padre se había sentido tan extranjero como al otro lado del mar. Sintió una súbita desazón. «¿Cómo es posible que yo no tenga hogar en ninguna parte?». Recordó los días pasados en el tren y cuanto había visto, y sintió náuseas. Este recuerdo le hizo temblar, y murmuró con un suspiro: «¡Soy un hombre sin hogar!».

Y enardeció su corazón contra este grito, pues no podía soportarlo ni entenderlo, y era algo terrible para él.

* * * *

Al día siguiente recordó muchas veces que aquellos dos eran de su misma sangre, después de todo; que él no era en realidad un extraño, y que su propia sangre no podría atemorizarle. No quería enojarse contra su padre. Se dijo que su padre se había visto obligado a endeudarse por la edad y por el amor a su hijo, y, en este caso, ¿a quién le hubiera podido pedir mejor que a su propio hermano? Por la mañana, Yuan se tranquilizó. Estaba contento porque era un hermoso día, hermoso y frío con los vientecillos del otoño cercano; le era grato sentirse reconfortado con el sol que daba en los patios. Y el calor se iba de las habitaciones, llevado por las brisas.

Después que hubieron comido, el Tigre fue a pasar revista de sus hombres, y aquel día representó una comedia, fingiendo ante Yuan que estaba muy ocupado con sus hombres, y descolgando su espada gritó al hombre de confianza que la limpiara, quejándose al verla tan polvorienta. Yuan no pudo reprimir una dolorida sonrisa al adivinar qué era lo cierto de todo aquello.

Pero cuando vio salir a su padre, Yuan creyó que era el momento propicio para hablar a solas con su tío y con su primo, y les dijo con franqueza, después de las habituales cortesías:

—Tío, sé que mi padre os debe cierta cantidad de dinero. Como está mucho más viejo, quiero saber qué es lo que debe y hacer lo que yo pueda.

Él estaba dispuesto a todo, pero no para obligaciones como las que encontró. Los dos negociantes se miraron entre sí, y luego el más joven sacó un libro de cuentas, de

esos que se usan para sumar el dinero en las tiendas, un libro ancho cubierto de blanco papel, y lo pasó con las dos manos a su padre, quien lo tomó y comenzó a leer, con voz cascada, los días, meses y años en que el Tigre les había pedido dinero. Yuan, al oírlos, se dio cuenta de que las deudas comenzaban el año en que él había ido al Sur, a la escuela, y continuaban hasta ahora, siendo cada vez mayores las cantidades, y con tales intereses que, al final, Wang el Mercader leyó esta suma: «Once mil quinientas diecisiete piezas de plata, en total».

Yuan oyó estas palabras y se sentó como herido por un rayo. El Mercader cerró el libro, lo pasó a su hijo, que lo puso sobre una mesa, y ambos esperaron. Yuan dijo con voz que no era la suya, un poco más débil, aunque trató de hacerla igual que siempre:

—¿Qué seguridades dio mi padre?

Entonces, Wang el Mercader respondió cuidadosamente, secamente, moviendo apenas los labios, como solía hacer:

—He recordado, naturalmente, que se trataba del hermano, y no le pedí las garantías que hubiera exigido a un extraño. Por otra parte, durante algún tiempo, la categoría y el ejército de tu padre fueron una garantía para mí; pero eso ya no existe, pues, desde que la madre de mi hijo murió de aquel modo, siento que toda mi seguridad se ha desvanecido cada vez que salgo al campo. Siento que nadie me teme, y que todos saben que el poderío de tu padre no es el mismo que fue. Realmente, ningún señor de la guerra tiene ahora el poder que tuvo antaño, desde que la revolución del Sur está tratando de abrirse paso hacia el Norte. Los tiempos son muy malos. Hay rebelión por doquiera, y los colonos están más engreídos que nunca. Recordé, empero, que tu padre es mi hermano, y ni siquiera he pedido esta tierra como garantía, aunque en verdad no basta para pagar la plata que yo le he dado para ti.

Al oír estas palabras, «para ti», Yuan miró a su tío, pero no dijo nada. Esperó a que él siguiera. Y el viejo añadió:

—He preferido poner mi dinero en ti y dejar que tú seas la prenda o garantía en lo que puedas serlo. Hay muchas cosas que puedes hacer por mí y mis hijos, Yuan, pues todos somos de tu misma sangre.

Así habló el tío, no sin cierta condescendencia, pero muy razonablemente, como cualquier primogénito de una gran familia hablaría a uno de sus menores. Pero cuando Yuan oyó aquellas palabras dichas con tan seca voz y vio la cara impertérrita de su tío, se sintió desalentado y preguntó:

—¿Y qué puedo hacer yo, tío, si aún no tengo ningún trabajo determinado?

—Encontrar ese trabajo —replicó el tío—. Es sabido que en estos días cualquier joven que ha estado en el extranjero puede pedir una gran paga, tanto como antiguamente podía exigir un gobernador. He trabajado mucho antes de prestar tanta plata para ti, antes de saber esto por mi segundo hijo, que es tenedor de libros en el Sur, y el cual me ha dicho que este aprendizaje en el extranjero es el mejor negocio

que hoy día puede hallarse. Y lo mejor de todo será que encuentres un puesto por el que pase mucho dinero, pues mi hijo dice que hoy día se cobran elevados sueldos por todas las novedades, más de lo que nunca cobró nadie. Los nuevos gobernantes tienen grandes planes sobre caminos, grandes tumbas para sus héroes, casas al estilo extranjero y una porción de cosas más. Si puedes conseguir un alto puesto, por el que pase abundante plata, será fácil para ti ayudarnos a todos.

Yuan no pudo contestar a estas palabras del viejo. Vio, ante sí, en aquel preciso momento, la vida que su tío le destinaba. Pero no dijo nada. Sólo miraba fijamente a su tío, aunque sin verle; pensaba únicamente en el estrecho y viejo entendimiento que fraguaba estos planes. Se dijo que, de acuerdo con las viejas leyes, podía encadenarle durante muchos años, y sintió que su corazón se enardecía más que nunca contra los miserables derechos de los viejos tiempos, que habían sido como cadenas ceñidas a los pies de los jóvenes para que jamás pudieran correr libremente. No quiso protestar contra esto, pues recordó a su anciano padre y cómo el Tigre había encadenado así a su hijo sin querer hacerle ningún daño, sino por no haber hallado otro medio de ayudarle en sus deseos. En esta incertidumbre, Yuan permaneció callado y odió secretamente a su tío.

El viejo no se percató del odio de su sobrino. Siguió diciendo, con su vocecilla monótona:

—Hay otras cosas que puedes hacer. Tengo mis dos hijos menores, que no tienen manera de vivir. Los tiempos son tan malos, que mis negocios no dan lo que daban, y cada vez que pienso lo bien que le va al hijo mayor de mi hermano en un banco, pienso también en por qué mis hijos no podrían hacer lo mismo. De modo que, cuando hayas encontrado un buen puesto para ti, si quieres llevarte contigo a mis dos hijos menores y encontrarles trabajo a tus órdenes, esto será parte del pago de la deuda, y así lo consideraré, teniendo en cuenta a lo que asciendan las sumas que ellos reciban mensualmente.

Al oír esto, Yuan exclamó, sin poder contener más su amargura:

—De modo que he sido vendido como prenda... ¡Mi vida es vuestra...!

El tío abrió los ojos y respondió tranquilo:

—No entiendo lo que quieres decir. ¿No es un deber ayudar a la familia cuando se puede? Yo he gastado lo mío en mis dos hermanos, uno de ellos tu padre. He conservado su plata y he sido su agente en las tierras durante muchos años; he guardado la gran casa que nuestro padre nos dejó; he pagado todos los impuestos y hecho todo lo necesario para conservar la tierra que heredamos de nuestro padre. Pero eso ha sido mi deber y no lo he rehuido, y después de mí, mi hijo mayor deberá seguir haciéndolo. Pero la tierra no es lo que era. Nuestro padre nos dejó lo bastante, en tierras y rentas, para que nos consideráramos ricos. Mas nuestros hijos no son ricos. Los tiempos son duros. Las tasas son elevadas, los arrendatarios pagan poco y no temen a nadie. Mis dos hijos menores deberán buscarse puestos como el que tiene mi otro hijo, y es tu deber, al llegar tu hora, ayudar a tus primos hermanos. Desde la

antigüedad, el más capaz de la familia ha ayudado a los otros.

Así, la antigua esclavitud caía sobre Yuan. No tuvo nada que responder. Bien sabía que otro joven, en su lugar, habría rechazado tal esclavitud, y hubiera huido, viviendo donde le pluguiera, apartando de él toda idea de familia, pues estos eran los nuevos tiempos. Yuan deseó apasionadamente poder ser libre de ese modo. Se dijo, mientras estaba en el oscuro y polvoriento cuarto, mirando a los otros dos, y hubiera querido gritarlo. «¡La deuda no es mía! ¡Yo no tengo más deuda que yo mismo!».

Pero supo que no debía gritar eso. Meng lo hubiera podido decir, porque estaba en consonancia con su programa revolucionario. Sheng se hubiera reído, fingiendo aceptarlo todo, y luego lo hubiera olvidado, viviendo como le viniera en gana. Mas Yuan era de otro modo. No podía rechazar aquella traba que su padre, en su ignorante amor, había puesto sobre él. No podía sentir enojo contra el Tigre ni pensar en que se le podría haber ocurrido otro procedimiento. Se quedó mirando un cuadro de luz que se abría en la abierta ventana, y en el silencio oyó el trinar de unos pajarillos que jugaban en los bambúes del patio. Por fin, dijo sombríamente:

—En realidad, soy tu garantía. Has usado de mí para asegurar a tus hijos y asegurar tu vejez.

El tío escuchó esto, lo meditó un momento, echó un poco de té a una taza, lo sorbió lentamente, se secó los labios con la mano y dijo:

—Esto es lo que cada generación hace y debe hacer. Así lo harás tú cuando tengas hijos.

—No, no lo haré —dijo, rápido, Yuan.

Nunca había pensado en un hijo suyo. Pero estas palabras del viejo parecieron mostrarle el futuro. Sí, un día él también tendría hijos. Tendría una mujer para él, y de ella tendría hijos. Pero estos hijos... habrían de ser libres..., libres de cualquier traba que procediera de él, que sería su padre. No serían educados para ser militares ni para destino alguno, ni amarrarlos a ninguna causa familiar.

De súbito, detestó a toda su familia, a sus tíos y a sus primos; sí, detestó hasta a su propio padre, que entraba en aquel momento, después de haber inspeccionado a sus hombres, y dispuesto a sentarse ante su taza y escuchar a Yuan. Pero Yuan no supo soportarlo, y, sin decir palabra, salió para estar solo.

* * * *

Ahora, en su viejo cuarto, echado en la cama, Yuan estaba llorando y temblando como cuando era niño. Mas no por mucho rato, pues el viejo Tigre se quedó atrás sólo para averiguar de los otros lo que había sucedido, y fue en busca de Yuan, empujó la puerta y entró con toda la prisa que sus viejos pies le permitían, acercándose a la cama de su hijo. Yuan no quiso volverse hacia él. Siguió con el rostro hundido en los brazos, mientras el Tigre, sentado a su lado, le acariciaba el hombro, le daba palmadas y le hablaba de promesas rotas y de alegatos inciertos, y le

decía:

—Mira, hijo mío, tú no harás sino lo que quieras. Yo soy un viejo todavía. He sido un tanto holgazán. Voy a reunir a mis hombres de nuevo y a salir al campo a presentar batalla, a hacer mía esta región otra vez y a obtener los impuestos que ese ladrón me ha arrebatado. Una vez lo vencí, y lo haré otra vez. Y tú tendrás lo que quieras. Sí; y te casarás con quien quieras. Yo estaba equivocado, Yuan. Ya no soy anticuado... Ahora sé lo que hacen los jóvenes de hoy en día.

El Tigre había dicho lo más adecuado para sacar a Yuan de su dolor y para animarlo. Se volvió y gritó violentamente:

—No te dejaré batallar más, padre. Yo...

Estuvo a punto de gritar: «No me casaré». Se lo había dicho tantas veces a su padre, que las palabras le brotaron de la lengua. Pero en medio de toda su miseria, se dominó. Una súbita pregunta se le presentaba. ¿No deseaba casarse, realmente? ¿Pero si hacía menos de una hora había dicho que sus hijos serían libres! Claro que un día se casaría. Contuvo las palabras, y con más lentitud dijo a su padre:

—Sí, algún día me casaré con quien yo quiera.

El viejo Tigre se sintió tan complacido al ver a Yuan volverse y cesar en su llanto, que le dijo alegremente:

—Así lo harás, así lo harás... Solamente dime quién es ella, y déjame que mande emisarios, que me ocupe de eso y se lo diga a tu madre... Después de todo, ¿qué campesina doncella es bastante para mi hijo?

Yuan, mirando a su padre fijamente mientras hablaba, empezó a ver algo que no había percibido hasta entonces.

—No necesito intermediarios ni mensajeros —dijo lentamente. Pero su pensamiento no estaba en estas palabras. Empezó a ver una cara que se dibujaba en su mente; una cara de mujer joven—. Yo puedo hablar por mí mismo. Nosotros, los jóvenes, hablamos ahora por nosotros mismos...

El Tigre le miró desorientado. Dijo, severo:

—Hijo, ¿qué mujer es lo bastante decente para dirigirse a ella sin intermediarios y hablarle de eso? ¿Has olvidado mis prevenciones contra esas mujeres, hijo mío? ¿Has escogido una mujer buena, hijo?

Yuan sonrió. Olvidó deudas, guerras y todas las preocupaciones de aquellas horas pasadas. De pronto, su pensamiento halló un claro camino que no había visto. Había una a la que podía decírsele todo y saber lo que debía hacer. Los viejos nunca podrían entenderse ni comprender sus aspiraciones. No podrían entender que él ya no figuraba entre ellos. No podían ver nada que les fuera ajeno. Pero él conocía a una mujer de sus tiempos, no arraigada en lo viejo, como él, que estaba para siempre dividido, porque no tenía fuerzas bastantes para arrancar las raíces y plantarlas en nuevo terreno, en los nuevos tiempos que pertenecían a su vida. Vio su rostro más claramente que ningún otro, con una claridad que hacía palidecer los demás rostros, hasta el de su padre que estaba allí, junto a él. Sólo ella, sólo Mei-ling podía libertarle

y decirle lo que debía hacer. ¡Ella, que ponía en orden cualquier cosa que tocara, podía decirle lo que tenía que hacer! El corazón de Yuan comenzó a iluminarse con luces que no conocía. Tenía que volver a ella. Se sentó rápidamente y puso el pie en el suelo. Entonces recordó que su padre le había preguntado algo, y le contestó lleno de nueva alegría:

—¿Una mujer buena? ¡Sí, he escogido a una mujer buena, padre mío!

Y sintió una impaciencia que nunca había conocido. Ahí no había dudas ni recovecos. Quería ir inmediatamente a buscarla.

En medio de esta impaciencia, Yuan se dio cuenta de que debía permanecer un mes junto a su padre, pues, cuando pensó en una excusa para partir, el Tigre se puso tan enojado, que no tuvo otro remedio que retrasar el «negocio» que le había llamado a la ciudad de la costa. Debía quedarse, principalmente, para ver a su madre, que durante aquellos días había ido al campo, donde estuvo antaño su antigua casa. Porque aquella mujer, desde el día que fue a la casa de tierra en busca de Yuan, había vuelto a su amor infantil por la tierra y por la vida del campo, y ahora que sus dos hijas estaban casadas, iba con frecuencia a la aldea donde vivió siendo doncella; allí encontró un hogar junto al mayor de sus hermanos, que la soportaban porque pagaba su pensión y hacía su papel de esposa de un señor de la guerra, y porque la mujer de este hermano gustaba de tal comedia, que la ponía por encima de las otras mujeres del pueblo.

El hombre de confianza envió un mensajero para decirle a la madre que Yuan había llegado, a pesar de lo cual ella se retrasó un par de días.

El joven estaba deseoso de ver a su madre y decirle claramente que había decidido elegir a su futura mujer, y que la tenía ya escogida. Así, esperó y se quedó allí un mes, y esto le fue menos duro, porque el tío se volvió pronto a su gran casa y él quedó solo con su padre.

Este alegre recuerdo de Mei-ling hizo más fácil para Yuan al ser cortés con su tío, y pensaba con alivio: «Ella me ayudará a encontrar un camino para terminar con esta deuda. No voy a decir ahora nada desagradable... No hasta que haya hablado con ella». Y pensando así pudo mostrarse amable con su tío y decirle:

—Puedes estar seguro de que no olvidaré la deuda. Pero no nos prestes más dinero, tío, porque ahora mi primer cuidado, cuando haya pasado este mes, será encontrar un buen puesto para mí. En cuanto a tus hijos, haré cuanto pueda por ellos.

El Tigre, al oír esto, dijo con dureza:

—Ten la seguridad, hermano, de que todo te será devuelto, porque lo que yo no pueda hacer por la guerra lo hará mi hijo por medio del Gobierno; es seguro que encontrará una buena situación, teniendo en cuenta sus conocimientos.

—Sin duda, si trata de hacerlo —replicó el Mercader. Pero al partir, se dirigió a su hijo, diciéndole—: Pon en manos de Yuan el papel que has escrito.

El hijo sacó de su manga un papel doblado y se lo dio a Yuan, diciéndole:

—Es solamente la suma total, primo. Mi padre y yo hemos pensado que tú

querrás saber las cosas claras.

Ni aun entonces pudo irritarse Yuan contra aquellos dos hombrecillos. Tomó el papel, seriamente, sonriendo para sí, y con todas las cortesías del caso los acompañó y se despidió de ellos.

En verdad, nada estaba ahora tan confuso para Yuan como lo había estado un poco antes. Pudo ser cortés con aquellos dos tipos, y cuando estos se fueron, pudo ser muy paciente con su padre, por las tardes, cuando el viejo contaba interminables cuentos sobre sus guerras y sus victorias. Para su hijo, el viejo Tigre revivía su historia entera, hablando mucho de sus batallas; y cuando contaba sus andanzas guerreras, fruncía el entrecejo, se tiraba de los bigotes, le brillaban los ojos y se convencía, mientras contaba tales cosas a Yuan, de que había llevado una gloriosa existencia. Pero Yuan, sentado, tranquilo, escuchaba paciente, medio sonriendo, los gritos del Tigre, y le veía mover las cejas. Sonreía cuando le escuchaba narrar cómo había apuñalado al Leopardo, y mientras tanto se preguntaba cómo había sido posible que en un tiempo hubiese tenido miedo de su padre.

Al fin, los días no pasaban tan lentamente. La mente de Yuan estaba tan absorta por Mei-ling, que para vivir le bastaba con este pensamiento, y a veces se sentía contento de haber retrasado su regreso, aun en aquellas horas en que se sentaba a escuchar la historia de su padre. En el fondo, pensaba que había sido tan oscuro en su propio corazón, que no se había dado cuenta de aquello desde el principio, desde el día de la boda de Ai-lan, cuando veía acercarse el cortejo y había mirado la belleza de Ai-lan, pero aún más la hermosura de Mei-ling. Debió de haberlo sabido desde aquel instante, y una porción de veces después, cuando la había visto en la casa, ordenándolo todo con sus manos, dirigiendo con su voz y ayudando a los sirvientes. Pero no se había dado cuenta, hasta que se echó en la cama a llorar en su soledad.

Entre este ensueño penetraba una y otra vez la voz alegre del Tigre, y Yuan podía resistir el estar sentado y escuchar, cosa que nunca había podido hacer, si no hubiera tenido este naciente amor dentro de él. Oía como en sueños cuanto su padre le contaba, sin comprender lo que eran las guerras pasadas o las guerras que el Tigre organizaba para el futuro. Y el padre decía:

—Aún tengo un pequeño ingreso de lo que el hijo mayor de mi hermano me da. Pero él no es un señor de la guerra, no lo es. No me fío mucho de él. Le gusta mucho holgazanear y reírse; nació payaso, y payaso morirá, te lo aseguro. Él dice que es mi lugarteniente, pero me envía muy poco, y yo no he ido por allí en los últimos seis años. Iré en la primavera. Sí; tengo que empezar a organizar mis batallas en la primavera. Ese otro sobrino mío, bien sé yo que se volverá contra cualquier enemigo, hasta contra mí...

A Yuan, que oía a medias, le importaba muy poco este primo, al que apenas recordaba, excepto que su tía gustaba de repetir:

—Mi hijo, que es general en el Norte...

Sí, era grato estar allí, contestar a su padre un poco de vez en cuando, y pensar en

la muchacha que amaba. Experimentaba un gran consuelo con este pensamiento. Se decía a sí mismo que no le daría vergüenza que ella viera aquellos patios y cuarteles, pues comprendería. Ambos eran de la misma clase, y aquella era su tierra, le diera vergüenza o no de mostrarla. Hasta podría decirle: «Mi padre es un viejo y alocado señor de la guerra, tan lleno de cuentos, que no sabe en realidad lo que es falso y lo que es cierto. Él mismo se ve como un hombre poderoso, aunque nunca ha llegado a ser tal cosa». Sí, a ella le podría decir cosas como estas, y ella comprendería. Y cuando pensaba en la sencillez de la muchacha, sus falsas vergüenzas se disipaban. ¡Oh, que le dejaran ir hacia ella y volver a ser de nuevo él mismo, no un ser dividido, sino como era en aquellos días que vivió en el campo, en la casa de tierra de su abuelo, cuando había sido solo y libre! Con ella podría volver a ser libre y solo, y de una manera sencilla.

Al cabo, no pudo pensar en nada más sino en la necesidad que de ella tenía. Tan claramente sabía que la muchacha había de ayudarle, que, cuando llegó su madre, pudo recibirla con cumplidos, como se debía, y no sufrir con su presencia, pensando que allí estaba su madre y que no tenía nada que decirle. La madre era ahora una campesina vieja, aunque de aspecto saludable. Lo miró y dijo:

—¿Qué es lo que tengo yo que ver con mi hijo?

Yuan, alto, distinto, con la vestimenta occidental que llevaba, miró a la mujer, sus anticuadas ropas de lana negra y se preguntó: «¿Será posible que yo haya sido formado en el cuerpo de esta mujer? No siento la menor relación entre ella y yo».

Mas ni sufría ni se sentía avergonzado. A aquella otra mujer, la mujer blanca, si él la hubiera llegado a amar, habría tenido que decirle, avergonzado: «Esta es mi madre». Pero a Mei-ling podía decirle: «Esta es mi madre», y ella sabiendo que miles de hombres como él habían salido de madres como esta, no vería nada extraño en ello, pues nada le extrañaba a Mei-ling. Para ella era bastante con que fuera así... Hasta con Ai-lan podría él sentir vergüenza respecto a su madre, pero no con Mei-ling. Podría descubrirle a ella todo su corazón, sin avergonzarse de nada. Esto le tranquilizó, dentro de su impaciencia, y un día le dijo sencillamente a la madre:

—Estoy comprometido, o tanto como eso. He elegido ya la doncella.

La vieja contestó:

—Tu padre me lo dijo. Le hablé de una o dos muchachas que yo conozco, pero tu padre siempre te dejará hacer lo que quieras. Siempre has sido el hijo de él, y apenas hijo mío, y con ese carácter que tiene no podía yo hacer nada contra él. Sí, aquella otra, la instruida, pudo escapar e irse a otra parte, pero yo he tenido que aguantar la ira. Pero supongo que esa doncella de que me hablas será una muchacha decente, que sepa cortar un vestido y asar un pescado como se debe. Espero que la veré alguna vez, aunque bien sé que estas nuevas ideas andan por todas partes, que los jóvenes hacen lo que les da la gana y que las nueras ni siquiera van a ver a sus suegras, como deben hacerlo.

Yuan se alegró de que no llegara más allá. Poco después, la madre movió sus ojos

y su quijada unos momentos y luego se olvidó de su hijo, quedándose dormida o fingiendo dormir. No eran los dos del mismo mundo y que aquella fuera su madre le era a Yuan difícil de creer. En realidad, todo le era difícil de creer en este tiempo, excepto que había de volver a la presencia de Mei-ling.

Cuando se despidió de sus padres diciendo por obligación cuánto sentía separarse de ellos, Yuan se metió en el tren, rumbo al Sur. Y era curioso lo poco que ahora se fijaba en los viajeros. Que se portasen con decencia o sin ella le daba exactamente lo mismo. No podía pensar en nada que no fuera Mei-ling. Pensó en todo lo que sabía de ella. Recordó que tenía una mano larga, muy fuerte, pero estrecha, de dedos muy delicados, y se maravillaba de pensar cómo aquellas manos eran capaces de cortar un pedazo de carne humana. Todo su cuerpo tenía la elegante fortaleza de una armazón perfecta, bien distribuida bajo la fina carne y la pálida piel. Recordó una y otra vez cuán hábil era en todo, cómo la miraban los criados, cómo Ai-lan había dicho que Mei-ling era la que debía decir si un vestido estaba bien cortado, y cómo Mei-ling hacía por la señora cuanto esta necesitaba. Y Yuan pensaba: «A los veinte años es tan hábil como otra cualquiera con diez años más».

Porque la doncella tenía para él este doble encanto cuando la recordaba. Tenía la serenidad y la seriedad de mujeres mayores que ella: la que tenía la señora, su madre, y su tía, y otras damas chapadas a la antigua. También tenía la novedad de no ser vergonzosa, tímida y callada ante los hombres. Podía hablar libre y claramente dondequiera, y ser tan fácil, en otros términos, como lo era Ai-lan. En el tren, mientras pasaban campos y ciudades, Yuan no veía nada. Solamente trazaba sus ensueños en torno a Mei-ling, y guardaba en su mente hasta la menor palabra, el menor gesto que recordara de ella haciendo mentalmente un total y preciso retrato. Cuando la recordaba claramente, entonces pensaba en su encuentro con ella, en lo que le diría y en cómo le hablaría de su amor. Veía la mirada grave y buena de Mei-ling, que se clavaba en sus ojos mientras él le hablaba. Y después... ¡Oh! Era preciso recordar cuán joven era ella, que no era atrevida, que no era una muchacha impertinente, sino muy dulce y reservada. Pero, a pesar de esto, él le cogería la elegante y larga mano, aquella tibia, deliciosa mano...

* * * *

¿Quién puede dar forma a sus deseos? ¿Qué amante sabe cómo le ha de sorprender la hora que creyó oportuna? La lengua de Yuan, que tan fácilmente había trazado sus palabras mientras iba en el tren, no pudo decir nada cuando la hora llegó. La casa estaba tranquila al llegar él, y en el vestíbulo había solamente una criada. La quietud le chocó como una racha de frío.

—¿Dónde está ella? —le preguntó a la criada, y luego, recordando, preguntó más tranquilamente—: ¿Dónde está la señora, mi madre?

La criada contestó:

—Han ido a la casa de expósitos, a ver a una chiquilla recién llegada, que está enferma. Dijeron que volverían tarde.

Yuan no pudo sino templar su corazón y esperar.

Esperó y trató de organizar sus ideas, pero su pensamiento no le pertenecía en aquellos momentos. Debió volver al punto de partida de su esperanza. Llegó la noche sin que ellas hubiesen vuelto, y cuando el criado llamó para la comida, tuvo que sentarse y comer solo, y la comida le pareció seca e insípida. Casi llegó a odiar a la niña que había retrasado la hora que él esperó durante semanas.

Cuando estaba a punto de levantarse, porque no podía comer, se abrió la puerta y entró la señora, muy cansada al parecer, y con ella Mei-ling, triste y silenciosa como él nunca la había visto. Miró a Yuan como si no lo viera, y dijo en voz baja, Como si este no hubiera estado fuera todo aquel tiempo:

—La niña murió. Hicimos cuanto estaba en nuestro poder, pero ha muerto.

La señora suspiró, y, sentándose, dijo:

—¿Has regresado, hijo mío? Nunca habías visto a un recién nacido tan bonito, Yuan; tres días llevaba abandonado junto a una puerta. Y no era pobre, porque su abrigo era de seda. Al principio creímos que lo salvaríamos, pero esta mañana empezaron las convulsiones, y allí estaba ese antiguo enemigo que mata a los recién nacidos y se los lleva antes del décimo día. He visto a los más hermosos, a los más sanos niños, llevados por ese mal, como un viento dañino, y nada vale contra él.

Yuan, mirando la cara conmovida de la señora, notó que tenía lágrimas en los ojos. Esto fue como hielo para su ardiente corazón. Vio que aquella tristeza y aquel llanto cerraban el pensamiento de la muchacha frente a él. Pensó en ella y solamente en ella, pero en este momento ella no soñaba con él. Aunque había estado fuera durante semanas, ella no pensaba en él. Allí se quedó Yuan, escuchando, respondiendo a preguntas, que la señora le hacía sobre la casa de su padre. Pero se dio cuenta de que Mei-ling ni oía las preguntas ni prestaba la menor atención a sus respuestas. Sentada frente a él, ociosa por primera vez, las manos sobre la falda, no decía nada. Más de una vez se llenaron sus ojos de lágrimas. Y cuando vio que el pensamiento de la mujer estaba muy lejos de él, no pudo seguir hablando aquella noche.

¿Y cómo descansar hasta después de haber hablado? Pasó toda la noche inquieto, con extraños sueños de amor; pero no vio el amor claramente. Al despertar, exhausto de aquellos sueños, vio que era un día gris, de esos en que el verano da paso al otoño. Al asomarse a la ventana no vio sino gris por doquier; un cielo gris curvado sobre la gris ciudad, y por las calles grises la gente que se movía, menuda desgana y pensó si alguna vez había soñado con Mei-ling.

Desanimado, bajó a desayunarse, y, mientras comía apresuradamente, pues los manjares le parecían desabridos, entró la señora. No había empezado a comer ella, ni necesitó hablar mucho con Yuan, para darse cuenta de que algo le ocurría a este. Le preguntó, suavemente, y él, viendo que era imposible hablarle sobre su nuevo amor,

le contó que su padre le había pedido mucho dinero prestado al tío, y ella se conmovió, preguntándole:

—¿Por qué no me dijo que estaba tan apurado de dinero? Yo habría podido ahorrar algo, gastar menos. Me alegro de haber empleado mi propia plata con Mei-ling. Tengo cierto orgullo en hacer esto: mi padre me dejó bastante, ya que no tenía otro hijo, y puso su dinero en un famoso Banco extranjero, donde lo han guardado durante todos estos años. Mi padre me quería mucho, y llegó a vender algunas de las tierras que heredó para cambiarlas por piezas de plata para mí. Si yo lo hubiera sabido...

Yuan dijo:

—¿Por qué tendríais que hacerlo? No. Yo buscaré un puesto donde me sirva lo que he aprendido, y guardaré cuanto pueda de mi ganancia, para pagarle a mi tío.

Entonces pensó que, si hacía esto, apenas tendría dinero para casarse, poner una casa y todo lo que un joven espera. En los viejos días, los hijos vivían con sus padres, y los hijos de los hijos y la mujer comían del puchero común. Pero Yuan no podía hacer esto. Cuando pensó en la casa donde el Tigre vivía, y en la vieja mujer que habría de ser la suegra de Mei-ling, juró que no viviría allí con ella. Tendrían que tener su propia casa, en alguna parte, una casa como la que Yuan había aprendido a querer, con cuadros en las paredes, butacas cómodas para descansar, limpieza por todas partes..., y solamente ellos dos en la casa, para hacer lo que les gustara. Al pensar en esto se sintió tan abatido, que la señora le dijo:

—No me lo has dicho todo.

De pronto, Yuan no pudo contenerse, y gritó, con los ojos ardientes y el rostro enardecido:

—Sí, tengo algo más que decir... Tengo algo más que decir... ¡He llegado a amarla, y si no la consigo me moriré!

—¿A quién? —preguntó la señora—. ¿A quién amas?

Y empezó a darle vueltas a la cabeza. Pero Yuan dijo:

—¿A quién va a ser sino a Mei-ling?

La señora se quedó estupefacta, pues no había soñado en tal cosa, ya que Mei-ling era para ella una niña, nada más que una niña que había recogido en la calle un día de frío, llevándola a su casa. Miró a Yuan, guardó silencio durante un rato y al fin dijo pensativa:

—Es aún muy joven, y está llena de planes para el futuro. —Y añadió—: Sus padres son desconocidos. No sé cómo reaccionará tu padre al saber de quién se trata.

—Mi padre no puede decir nada sobre esto. En los tiempos que corren no voy a estar amarrado por las viejas normas. Escogeré a quien me plazca —dijo él, con impaciencia.

La señora le oyó calladamente, acostumbrada a escuchar cosas semejantes, que Ai-lan había dicho con frecuencia, porque sabía, después de haber hablado con otros padres, que los jóvenes de ahora repetían lo mismo a sus mayores. Se limitó a

preguntarle:

—¿Le has hablado a ella de esto?

Yuan olvidó su coraje, y dijo tímido como cualquier enamorado a la antigua:

—No. Y no sé cómo empezar. —Y después de pensarlo un poco, añadió—: Parece que siempre sus pensamientos estuvieran en algo que la contentara. Otras muchachas empiezan con miradas, o hasta tocando las manos; al menos, así lo he oído decir. Pero ella no hace nada de esto.

—No —respondió, satisfecha, la señora—. Mei-ling no hace eso.

A Yuan, abatido como estaba, no se le ocurrió otra cosa sino que la señora hablara por él. «Después de todo —pensó—, será el mejor camino. Mei-ling escuchará a la señora, a la que tanto quiere y respeta, y de algo servirá que ella le hable».

De pronto le pareció que era mejor que él no dijera nada, a pesar de todo el adelanto de los tiempos nuevos. Esto sería como una especie de combinación de lo viejo y lo nuevo. Y la muchacha, siendo tan joven, preferiría este camino. Tan pronto como pensó en eso, Yuan dijo, decidido:

—¿Quieres hablarle por mí, madre mía? En verdad que ella es muy joven. Puede que, si yo mismo le hablo, la asuste...

Al oír esto, la señora sonrió un poco, miró con ternura a Yuan y respondió:

—Si ella quiere casarse contigo, hijo, así será, si tu padre lo permite. Pero yo no voy a influir sobre ella. Jamás he impulsado ni influido en ninguna muchacha respecto a ningún hombre. Esta es la única cosa grande que los nuevos tiempos le han deparado a la mujer: que no puede ser obligada al matrimonio contra su deseo.

—No, no... —dijo Yuan.

Pero no pensaba que se tratara de obligar a ninguna mujer al matrimonio, puesto que era natural en ella casarse.

Mientras hablaban y terminaban la comida, entró Mei-ling, muy descansada, de agradable aspecto, con el vestido de oscura seda azul que solía llevar a la escuela, y los cortos y suaves cabellos peinados sobre las orejas, sin pendientes ni sortijas, al contrario de Ai-lan, que siempre los llevaba puestos. Su mirada era tranquila: los ojos, frescos y serenos; la boca, no muy roja, al revés de Ai-lan, que siempre la llevaba de un subido color, y sus mejillas, pálidas y suaves, pues, aunque Mei-ling no era sonrosada, tenía en la piel algo dorado y saludable, fino y suavísimo. Saludó amablemente, y Yuan vio que el sueño había alejado de ella la inquietud de la víspera, y que ahora estaba tranquila y animosa y dispuesta a vivir el nuevo día.

La miraba mientras ella se sentaba y tomaba su tazón para comer. La señora comenzó a hablar, con una ligera sonrisa en los labios y los ojos. Si Yuan, súbitamente, le hubiera dicho que se callase o hubiera escogido otro momento, ella le habría hecho caso; mas, como él no había resuelto nada, la señora empezó a hablar. Yuan hubiera querido retrasar aquel momento, y bajó los ojos, ruborizado y cariacontecido. Pero la señora dijo, sin perder la sonrisa de los ojos ni de la boca al ver a Yuan:

—Niña, tengo que hacerte una pregunta. Este joven, Yuan, aunque es muy moderno y ha decidido escoger a su esposa, se torna débil en cuanto llega la hora y vuelve a los viejos procedimientos del intermediario o mensajero. Yo soy ese mensajero; tú eres la muchacha... ¿Lo quieres para ti?

Con esta claridad y esta calma habló la señora, y Yuan estuvo a punto de odiarla, porque le pareció que no lo podía haber hecho peor, y que de aquel modo sólo se podía asustar a una doncella.

Mei-ling, realmente, estaba asustada. Dejó su tazón cuidadosamente sobre la mesa, puso en el plato los palillos y miró a la señora, presa del pánico. Luego, con voz muy débil, murmuró:

—¿Es mi deber?

—No, niña —dijo la señora, y ahora estaba seria—. No tienes que hacerlo si no quieres.

—Entonces, no —contestó la muchacha alegremente, con el rostro iluminado por el alivio. Y añadió—: Algunas de mis compañeras de escuela tienen que casarse, madre. Y lloran y lloran porque tienen que dejar la escuela para casarse. Por eso tuve miedo. ¡Ah...! Gracias, madre.

Y la joven, que siempre era tan tranquila, se levantó rápidamente de su sitio, corrió hacia la señora y se postró ante ella en señal de obediencia y gratitud. Pero esta la levantó en seguida y, tomándola del brazo, la atrajo hacia ella.

Los ojos de la señora se dirigieron hacia Yuan. Allí estaba, sentado; toda la caliente sangre que se agolpaba en su rostro, huía de él dejándole palidísimo hasta los mismos labios, que se mordía un poco para mantenerlos quietos, tratando de no llorar. Complacida, la señora dijo, mirando a la muchacha:

—A pesar de todo, a ti te gusta nuestro Yuan, ¿verdad, Mei-ling?

La muchacha contestó con prontitud:

—¡Oh, sí! Es mi hermano. Me gusta, pero no para casarme con él. Yo no quiero casarme, madre. Quiero terminar en la escuela y ser médico. Quiero aprender, aprender. Todas las mujeres se casan. A mí no me basta con casarme, tener hijos y un hogar. ¡Yo he decidido lograr el doctorado y ser médico!

Cuando Mei-ling dijo esto, la señora miró a Yuan con un indefinible aire de triunfo. Y este, mirando a las dos mujeres, sintió que ambas se coligaban contra él. Mujeres aliadas contra un hombre; era algo insoportable. Había algo bueno en los viejos procedimientos, después de todo, pues era natural que las mujeres se casaran y tuviesen hijos. Mei-ling debía hacer lo mismo; había cierta perversión en que no quisiera seguir ese camino. Se dijo, irritado contra las dos mujeres: «Es curioso que las mujeres sean así en estos tiempos. ¿Quién ha oído hablar de una muchacha que no se case cuando le llega la hora? Es extraño que las mujeres no quieran casarse. ¡Es triste para la nación, en la generación que se espera!». Y se convenció de lo locas que eran las mujeres, hasta las más cuerdas. Alzó los ojos, miró los de Mei-ling, y al verlos tranquilos y seguros, los juzgó fríos y duros. La miró con fastidio. Pero la

señora contestó por ella, con seguridad:

—Mei-ling no se casará hasta que ella quiera. Hará de su vida lo que le parezca mejor, y debes comprenderlo, Yuan.

Las dos mujeres le miraron, hostiles en su nueva libertad, la más joven ceñida por el brazo de la mayor. ¡Sí, él tenía que comprenderlo!

* * * *

Más tarde, aquel desagradable día, Yuan salió de su cuarto, donde había estado echado en la cama, y se fue a deambular por las calles de nuevo con la mente llena de confusión. Había llegado a llorar en su desamparo; sentía en el corazón un dolor real, como si hubiera estado demasiado caliente y ahora, demasiado frío, no pudiera latir como era justo.

«¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntaba en su desconcierto. Anduvo por las calles, dando empujones y recibíendolos, sin ver a nadie... Bueno, si su alegría se había ido, su deber permanecía. La deuda estaba en pie. Había dejado a su anciano padre para preocuparse de esto; tenía que buscar un sitio donde trabajar y vivir, y ahorrar para pagar la deuda. Tenía que cumplir con su deber, y se sentía completamente desamparado. Pasó el día caminando de un lado a otro de la gran ciudad, que se le hizo detestable. Odiaba el aspecto extranjero de las calles, los trajes extranjeros, aunque él llevaba puesto uno de ellos; y lo odiaba también. Llegó un momento en que le pareció que los viejos sistemas eran mejores. Se decía, furioso, en su frío corazón: «Son estas costumbres extranjeras las que hacen a nuestras mujeres tan voluntariosas, de suerte que se apartan de la naturaleza y viven como monjas o como cortesanas». Y recordó con especial odio a la hija de aquella dueña de la pensión y su descaró; a María, cuyos labios habían sido demasiado fáciles, y llegó a detestarlas a las dos. Terminó mirando a cada mujer extranjera que pasaba con tal odio que apenas podía dominarlo. Murmuró: «Me iré de esta ciudad, donde no vea nada extranjero ni nuevo, para vivir y encontrar mi vida en mi propia tierra. ¡Ojalá no hubiera ido al extranjero! ¡Ojalá no hubiera dejado nunca la casa de tierra!».

Y de pronto se acordó de aquel viejo granjero que le había enseñado a manejar el azadón. Decidió ir allá, verle y sentirse cerca de él, en su propia raza, no tocada aún por aquel extranjerismo que todo lo infestaba.

Tomó en seguida un vehículo de alquiler, para ganar tiempo, y tan pronto como el carruaje terminó su ruta, siguió andando en busca de aquella tierra que una vez había cultivado él, y en busca del granjero y de su casa. Tardó mucho en encontrar el sitio, porque las calles habían cambiado y estaban llenas de gente. Cuando por fin llegó al lugar que conocía y que reconoció, no vio tierra que cultivar. Allí, sobre la tierra que pocos años antes había producido tan ferozmente, donde el granjero estaba orgulloso de decir que su familia había vivido durante cien años, ahora había una fábrica de tejidos de seda. Un gran edificio nuevo, grande como una aldea, de ladrillos nuevos

rojos, con muchas ventanas y unas chimeneas de las que salía un humo negro. Mientras Yuan estaba mirando aquello, sonó un agudo pito, se abrieron las grandes puertas, y de aquel coloso salió una lenta corriente de hombres, mujeres y niños, que habían pasado el día trabajando, con la certeza de que habían de volver al día siguiente, y al otro, y al otro, y gastar allí sus vidas. Sus trajes estaban manchados de sudor, y de ellos emanaba el desagradable olor de los gusanos muertos en los capullos de que se extrae la seda.

Yuan contempló aquellas caras, pensando que una de ellas debía de ser la del granjero, que tal vez había sido tragado por aquel nuevo monstruo. Pero no estaba allí. Aquellos eran pálidos habitantes de la ciudad, que salían de sus huecos por la mañana y volvían a ellos por la noche. El campesino se habría ido a otra parte. Él con su vieja esposa y su viejo búfalo, se había ido a otras tierras. Eso es lo que había hecho. Así lo veía Yuan. En otra parte vivía su propia vida, fieramente, como siempre. Pensando en él, sonrió ligeramente, y olvidando su dolor, volvió pensativo, a su casa. Él también encontraría en alguna parte su propia vida.

IV

Dos cosas influyeron, al día siguiente, en la vida de Yuan. Por la mañana, temprano, la señora le llamó y le dijo:

—Hijo, no es bueno ni conveniente que sigas viviendo ahora en esta casa. Piensa en lo duro que es para Mei-ling verte día tras día sabiendo lo que tu corazón siente por ella.

A esto contestó él, enojado, con rabia concentrada desde el día anterior:

—Lo sé muy bien, porque yo también lo siento. Sé que debo vivir donde no la vea diariamente, donde no tenga que recordar, cada vez que la veo o que la oigo, que no me quiere.

Dijo esto decididamente, pero antes de que terminara su voz tembló, al darse cuenta de que, aunque decía que no quería verla ni oír-la, en verdad hubiera preferido verla y oír-la todo el tiempo antes que otra cosa. Pero aquella mañana la señora se mostró muy amable, y ahora que no necesitaba defender contra nadie la causa de Mei-ling o de las mujeres, podía ser gentil y compasiva. Oyó la temblorosa voz de Yuan, y vio cómo este se apresuraba a comer, para terminar antes de que Mei-ling llegara. De suerte que le dijo, para consolarlo:

—Este es tu primer amor, hijo, y el primer amor siempre llega violentamente. Sé cuál es tu temperamento, muy parecido al de tu padre; él, según me han dicho, se parece mucho a su madre, que era un alma tranquila, siempre preocupada por aquellos a quienes amaba. Ai-lan es como tu abuelo, y tu tío me ha dicho que tiene la misma alegría que él. Mira, hijo, eres demasiado joven para tomar las cosas tan a pecho. Vete, busca un sitio que te guste, trabaja, salda tu deuda con tu tío, conoce muchachos y muchachas, y después de un par de años... —Calló un momento, miró a Yuan, y como este esperaba añadió—: Después de un par de años, quizá Mei-ling haya cambiado. ¡Quién sabe!

Pero Yuan no quería basarse en esperanzas.

—No —dijo—, ella no es de las que cambian, madre, y me doy cuenta de que no me ama. Una vez se me ocurrió que ella era todo lo que yo quería. Yo no quiero a las muchachas al estilo extranjero... No me gustan... Pero ella estaba bien para mí; es del tipo que me gusta... Es nueva y a la vez antigua, en cierto modo...

Se calló de pronto, se llenó la boca de comida y no pudo tragarla, porque tenía la garganta llena de lágrimas que le avergonzaba mostrar; le parecía una niñada llorar por amor, y quiso pensar que nada de aquello le importaba.

La señora lo notó perfectamente, dejó pasar un rato y dijo tranquilizadora:

—Bueno, esperemos. Tú eres bastante joven y puedes esperar, y no hay que olvidar que tienes una deuda. Es necesario que no olvides que tienes obligaciones de hijo, y el deber es el deber, por encima de todo.

La señora dijo esto con el propósito de sacar a Yuan de su abatimiento y lo

consiguió, pues, aunque tragó un par de veces, luego estalló. Era lo mismo que había estado pensando él la noche antes, pero ahora en cambio no podía soportarlo.

—Sí eso es lo que siempre dicen, pero juro que estoy harto. Siempre cumplí con mi deber para con mi padre... ¿Y cómo me correspondió? Hubiera querido atarme a una campesina y dejarme, sin saber nunca lo que hizo de mí. Ahora que me ha atado a mi tío, haré lo que antes hice. Iré en busca de Meng y dedicaré mi vida a luchar contra eso que los viejos llaman deber... Lo haré... No es excusa que él lo hiciera sin darse cuenta. Es una curiosa manera de ser inocente, injuriarme de este modo.

Yuan se dio cuenta de que había hablado irrazonablemente, y que si el Tigre había tratado una vez de forzarlo, lo había sacado de la prisión con su dinero, buscándolo donde podía. Contuvo su furia, dispuesto a responder a la señora. Pero en vez de lo que él esperaba, la oyó decir con tranquilidad:

—Será muy beneficioso para ti ir a vivir con Meng en la nueva capital.

Sorprendido al ver que no podía discutir con ella, Yuan no tuvo más que decir, de modo que no hablaron más.

Aquel mismo día, por casualidad, llegó una carta de Meng para Yuan, y, al abrirla, lo primero que vio fue la queja de Meng por no haber tenido respuesta. Decía impaciente:

Con dificultad he guardado ese puesto para ti, pues en estos días hay cien hombres para cada ocasión. Ven pronto, hoy mismo, pues dentro de tres días se abre la gran escuela, y no hay tiempo para continuar esta correspondencia.

Y terminaba ardientemente:

No todo el mundo tiene esta oportunidad para trabajar en la nueva capital. Hay centenares que aspiran a estos puestos y que buscan trabajo. Toda la ciudad se está renovando; se está haciendo todo lo posible para que esta sea una gran ciudad. Las viejas callejuelas son destruidas; lodo se renueva. ¡Ven y haz tu trabajo!

Al leer tan decididas palabras, el corazón de Yuan dio un salto, dejó la carta de su primo sobre la mesa y dijo en voz alta:

—¡Iré!

Y en el mismo instante comenzó a agrupar sus libros y su ropa, sus cuadernos de notas y sus escritos, disponiéndose a comenzar un nuevo capítulo de su vida.

Al mediodía dijo a la señora que había recibido carta de Meng, y añadió:

—Lo mejor que puedo hacer es irme.

La señora aprobó su decisión, y no hablaron más de ello. Se mostraba como

siempre, amable y un poco lejana. Por la noche, cuando bajó a comer, él y la señora hablaron de cosas corrientes, y de cómo Ai-lan volvería al cabo de quince días, pues se había ido para estar fuera un mes con su marido, y ya habían pasado dos semanas en la vieja capital del Norte. Ella le habló de una tos que padecían las niñas de su asilo, tan contagiosa que hacía ya ocho días que la tenían.

—Mei-ling —dijo la señora—, se ha pasado allí el día entero, tratándolas con una especie de medicina que usan los extranjeros contra la tos, metiendo cierta droga en la sangre por medio de una aguja. Le dije que tú te irías muy pronto y que viniera a comer, para pasar juntos esta velada.

Al hacer sus planes para aquel día, Yuan había pensado si volvería a ver a Mei-ling. A ratos pensaba que no la vería, y entonces sentía gran agobio, pues hubiera querido verla antes de partir, a ser preferible sin que ella le viera, y contemplarla una vez más, aun sin oír su voz. Pero no se atrevió a pedirle a la señora que le dijera a Mei-ling que acudiese. Si llegaba, tanto mejor, pero si no conseguía verla, tendría que resignarse.

De este amor tan desordenado había nacido en Yuan un fermento nuevo. Pasó en su cuarto gran parte del día, y a veces se echaba en la cama, presa de melancolía al recordar que Mei-ling le había rechazado, y hasta llegó a llorar en algunos momentos, pues estaba solo. O se asomaba a la ventana, y mirando a la ciudad, tan ajena a su tristeza como una alegre mujer, brillante en la cálida luz del sol, se desesperaba de amar y no ser correspondido. Se sentía amargado, y en uno de aquellos momentos recordó lo que había olvidado: que dos mujeres le habían amado y que él no había querido a ninguna de las dos. Al pensar en esto, un hondo terror se apoderó de su corazón: «¿Será posible que ella no me quiera nunca, así como yo no quise a las otras? ¿Odiará ella mi carne como yo odiaba la de aquellas dos, y no tendrá este asunto ningún remedio?». Esto le atemorizó tanto, que buscó alivio en seguida, pensando: «No es lo mismo. Ellas no me amaron del todo, verdaderamente. No como yo la amo a ella. Nadie ha amado como yo la amo. ¡La amo tan pura, tan noblemente! No ha pasado por mi pensamiento ni siquiera tocarle la mano... Bueno, no he pensado en eso nada más que un poquitín, y solamente en el caso de que ella me quisiera. Y le pareció que ella debía comprender cuán grande y puro era el amor que él le daba. Él tenía que verla una vez más y demostrarle cuán resuelto estaba, aunque ella no le hubiera querido».

Ahora, al oír lo que la señora decía, sintió que la sangre le subía al rostro, y por unos instantes prefirió febrilmente, que no llegase, no verla antes de partir.

Mas, antes de que pudiera hallar una escapatoria, Mei-ling entró con el mismo aire de todos los días. Yuan no pudo mirarla de frente al principio. Se levantó, esperando que ella se sentara, pudo ver su vestido de oscura seda verde y sus encantadoras manos, que tomaban los palillos de marfil, de un matiz parecido al de su carne. No pudo decir nada. La señora lo notó, y dijo, con tono indiferente, a Mei-ling:

—¿Has terminado tu trabajo?

Y Mei-ling, en el mismo tono, repuso:

—Sí, hasta el último enfermo. Pero me parece que con algunos es demasiado tarde para evitar el contagio. Ya están tosiendo. De todos modos, de algo les servirá. —Rio un poco, muy bajo, y siguió diciendo—: ¿Recuerdas a la chicuela de seis años, a la que le llaman el Patito? Gritaba con toda su alma cuando me vio acercarme con la aguja; lloraba y decía: «¡Oh, madrecita, mira cómo toso! Tengo tanta tos... ¡oye, ya estoy tosiendo!», y fingía una tos fuerte.

Rieron, y Yuan, al reír, se halló mirando a Mei-ling sin darse cuenta. Para su vergüenza, no pudo apartar los ojos de ella una vez la hubo mirado. Sus ojos se clavaron en los de la joven, sin que se hablaran nada, y él contuvo su respiración, mientras la imploraba con la mirada. Y aunque vio que sus pálidas mejillas enrojecían, también vio que le sostenía la mirada; y de pronto, Mei-ling, con una rapidez que dominaba su respiración de un modo desconocido para Yuan, como si él hubiera hecho una pregunta que no podía precisar exactamente, dijo:

—De todas maneras, Yuan, te escribiré, y tú me escribirás a mí. —Entonces, incapaz de sostener la mirada del muchacho, Mei-ling volvió la cara, un tanto azorada, y miró a la señora, con las mejillas aún rojas, preguntándole—: ¿No te importa, madre?

La señora contestó con voz tranquila, como si hablase de cualquier cosa:

—¿Y por qué me iba a importar, hija? Sería como si se escribiesen dos hermanos, y aunque así no fuera, ¿qué tendría de particular en estos días?

—Sí —dijo, feliz, la doncella, lanzando una mirada brillante a Yuan.

Y este le sonrió. Su corazón, que tan cerrado había estado por la tristeza, halló una oportuna puerta de escape. Pensó: «Le podré hablar de todo». Y esto le produjo una gran alegría, porque hasta entonces no había podido contar nada de lo suyo a nadie. Ahora la amaba más que nunca.

Aquella noche, en el tren iba diciéndose: «Me parece que podré prescindir del amor toda mi vida, si puedo tenerla a ella como una amiga a quien contárselo todo». Se echó en la estrecha litera y se sintió lleno de altos y puros pensamientos, lleno de amor y decisión, levantado por aquellas palabras de Mei-ling, tanto como antes se había sentido aplastado.

Al amanecer, el tren corría a toda máquina por unas bajas colinas, verdes bajo la tibia luz del sol. Luego pasó junto a las murallas de una vieja ciudad, durante un par de kilómetros, y se detuvo al pie de un gran edificio nuevo, construido con cemento gris, y al modo extranjero. Junto a este edificio vio Yuan, al asomarse a la ventanilla, una figura, en la que reconoció inmediatamente a Meng. Allí estaba, con el sol brillándole en la espalda, en la pistola que llevaba al cinto, en los metálicos botones, en los guantes blancos, en la expresiva cara de alzados pómulos. Tras él había una guardia de soldados, perfectamente alineada, y las manos de estos descansaban en las culatas de sus pistolas.

Hasta aquel momento, Yuan no había sido más que un pasajero corriente, pero

cuando descendió del tren y vieron que era saludado por tan distinguido oficial, al punto se le acercó un grupo de andrajosos que andaban de un lado a otro buscando equipajes que llevar, y que ahora se dirigían a ofrecer sus servicios a Yuan. Meng, viéndolos implorar, gritóles:

—¡Fuera de aquí, perros! —Volviéndose a sus hombres les dio órdenes—: Ocupaos del equipaje de mi primo. —Y, sin añadir una palabra, tomó a Yuan del brazo y se adelantó con él entre los grupos, diciéndole, con su peculiar tono impaciente—: Creí que no llegarías nunca. ¿Por qué no contestaste a mi carta? Bueno, no importa. Ya estás aquí. Tuve tanto que hacer, que no pude ir a esperarte al barco. Yuan, vienes en buen momento a tu patria, en un momento en que necesita hombres como tú. Por todas partes, la patria necesita de nosotros. El pueblo es ignorante como un rebaño de borregos... —En aquel momento se volvió hacia un oficial y le dijo—: Cuando lleguen mis soldados con el equipaje de mi primo, déjalos pasar.

El oficial, un sencillo e intranquilo muchacho, nuevo en aquel puesto, dijo:

—Señor, tenemos orden de abrir todos los equipajes y ver si tienen opio, armas o libros antirrevolucionarios.

Meng se enfureció y gritó con los ojos desorbitados y las cejas fruncidas:

—¿Sabes quién soy yo? ¡Mi general es el más importante del partido, yo soy su primer capitán, y este es mi primo! ¿Voy a ser insultado con esos reglamentos hechos para los pasajeros corrientes?

Mientras hablaba, se llevó la enguantada mano a la pistola, de suerte que el oficial dijo rápidamente:

—Perdón, señor. No me di cuenta de quién erais.

Y como los soldados llegaron en aquel momento, marcó los equipajes de Yuan y los dejó pasar, mientras la gente se apartaba para abrirles paso, mirándolos con la boca abierta. Los mendigos retrocedían a la vista de Meng y esperaban a que él se alejara para volver a pedir.

Yuan fue conducido por su primo a un automóvil. Un soldado bajó para abrir la portezuela. Meng hizo subir a Yuan, siguiéndole. Se cerraron las puertas, unos soldados subieron a los estribos y el coche partió a toda velocidad.

Aunque era muy temprano, había mucha gente en las calles. Muchos campesinos habían ido a vender sus verduras y sus frutos, llevándolos en canastos colgando de varas que sostenían sobre los hombros. Se veían recuas de burros acarreando grandes sacos de arroz, cruzados sobre sus lomos; carros cubas que sacaban agua del río y la llevaban a la ciudad, para venderla; hombre y mujeres que iban al trabajo, otros a las casas de té para tomar sus desayunos, y cada cual dedicado a su ocupación. El soldado que guiaba el coche era muy hábil: hacía sonar la bocina sin descanso, y con gran estrépito se abría camino entre la muchedumbre, de modo que la gente corría a un lado y otro de la calle, como si un viento la dividiera en dos grupos; tiraban de las riendas de sus burros, y las mujeres cogían y apartaban a sus chicos... Yuan estaba

asustado, y miraba a Meng, esperando que este le dijera al conductor que fuera más despacio por entre aquella gente atemorizada.

Pero Meng estaba habituado a aquella velocidad y a la pericia del soldado. Iba sentado, rígido, mirando hacia delante y señalando a Yuan cualquier cosa digna de ser vista.

—Mira esa calle, Yuan. Hace poco menos de un año, no tenía ni cuatro pies de ancho y no podía pasar por ella un automóvil. *Rickshaws* y literas, escasamente, transitaban por ella. Aun en las mejores calles que había en esta ciudad, lo más que pasaban era un carruaje tirado por un solo caballo. Ahora, ¡mira esa calle!

Yuan contestó:

—La veo, la veo.

Y mirando por entre los cuerpos de los soldados, veía una ancha calle, que a cada uno de sus lados mostraba las ruinas de las casas y las tiendas que habían sido derribadas para ensancharla. Ya se veían algunas nuevas construcciones, edificios levantados rápidamente, de arrogante aspecto extranjero, con brillante pintura y anchas ventanas de cristales.

Pero en medio de la ancha vía se notaba de pronto una sombra, y Yuan vio que la daba la vieja muralla de la ciudad. Al mirar de nuevo, especialmente en una curva que hacía la muralla, vio un grupo de cabañas. Allí vivían los pobres, que ahora, por la mañana, salían de sus casuchas; las mujeres encendían pequeñas fogatas bajo los calderos, sostenidos por cuatro ladrillos, y picaban sobre ellos berzas que habían recogido en las sobras de los puestos, para hacer la comida. Los chicos corrían desnudos y sin lavar, y los hombres iban saliendo, borrachos aún, para tirar de sus *rickshaws* o cargar grandes fardos.

Cuando Meng vio adónde se dirigía la mirada de Yuan, dijo, irritado:

—El año que viene no se permitirá la existencia de ninguna de estas cabañas. Es una vergüenza para todos nosotros que haya gente como esa. Es necesario que los grandes de cualquier parte del mundo vengan a nuestra capital. Hasta príncipes van a venir. Y estos espectáculos son vergonzosos.

Yuan veía aquello, y se daba cuenta de que Meng tenía razón, que aquellas cabañas no debían estar allí, y que aquellos hombres y mujeres eran un espectáculo desolador; que era menester hacer algo para quitarlos de la vista de la gente que fuese a la ciudad. Después de pensar un rato dijo:

—Supongo que se le podrá dar trabajo a esa gente.

Meng contestó:

—Claro que sí. Pueden ser enviados a sus campos; y así se hará. —La expresión de Meng cambió, como dominada por un súbito recuerdo desagradable y añadió—: Esta gente es la que mantiene retrasada a nuestra patria. Ojalá pudiéramos limpiar nuestra tierra de todos ellos y construirla sólo con los jóvenes. Quiero echar abajo toda esta ciudad, con esa estúpida y vieja muralla que no sirve para nada cuando se usa el cañón en vez de las flechas. ¿Qué muralla puede resistir las bombas arrojadas

por un aeroplano? ¡La echaremos abajo, y usaremos sus ladrillos para construir fábricas, escuelas, sitios dónde los jóvenes aprendan y trabajen! Pero estas gentes... no entienden de nada... No querrán que se eche abajo la muralla... Ya han amenazado...

Yuan, al oír esto, dijo:

—Yo creí que tú defendías a los pobres, Meng. Me parece recordar que te enfurecías cuando los pobres eran oprimidos y cuando un hombre era golpeado por un extranjero o por un oficial de policía.

—Y sigo pensando lo mismo —dijo Meng, rápido, mirando a Yuan, de modo que este pudo ver cuán decididos y negros eran sus ojos—. Si yo veo a un extranjero que pone la mano sobre el más pobre de nuestros mendigos, me enfureceré como siempre, y aun más, porque no temo a ningún extranjero, y usaría mis armas contra él. Pero ahora sé más que antes. Sé que la peor rémora son estos pobres por quienes luchamos. Son demasiados. ¿Quién puede hacerles aprender algo? No hay esperanza para ellos. Por eso digo que dejemos que el hambre, las inundaciones y la guerra se encarguen de ellos. Conservemos solamente a sus hijos y forjémoslos según la revolución.

Dijo esto en su fuerte e imperativo tono, y a Yuan, que lo escuchaba desde una posición menos decidida, todo aquello parecióle cierto. Recordó, de pronto, a aquel clérigo extranjero que mostró a los espectadores unas vistas tan malas como las que él acababa de ver. Sí; hasta en aquella gran ciudad, en aquella espaciosa calle, entre los arrogantes edificios y tiendas, Yuan vio algunas escenas como las que mostró el clérigo; un mendigo con los ojos carcomidos por la enfermedad, las cabañas, los montones de basura, todo lo cual despedía un hedor que llenaba hasta el fresco aire matinal. La irritada vergüenza que sintió ante el clérigo surgió de nuevo en Yuan, rabia mezclada con dolor, y se dijo apasionadamente lo que Meng había dicho en voz alta: «Es verdad, debemos barrer toda esta suciedad». Y pensó, resueltamente, que Meng tenía razón. ¿De qué servían en aquella nueva hora, los pobres ignorantes y sin esperanza? Había sido demasiado blando toda su vida. Quería aprender a ser tan fuerte y duro como Meng y no perder el tiempo compadeciendo a aquellos pobres inútiles.

* * * *

Llegaron al cuartel de Meng. Yuan, que no pertenecía a la compañía de soldados, no podía vivir en él. Meng le había hecho preparar un cuarto allí cerca, y se excusó ante él, al ver su desilusión al entrar en una pieza oscura y no muy limpia. Le dijo:

—Esta ciudad está superpoblada estos días, y es difícil encontrar cuarto, aun pagando cualquier precio. Las casas no se construyen tan aprisa como deseáramos. La ciudad crece sin que haya fuerza para contener este crecimiento. —Dijo esto con orgullo, añadiendo—: Es por la causa, primo... Podemos aguantar lo que sea

menester, con tal de construir la nueva capital.

Yuan se resignó y dijo que el cuarto le parecía muy bien.

Aquella misma noche, solo, se sentó ante la mesa, bajo una ventana, en aquel cuarto donde iba a vivir, y comenzó su primera carta para Mei-ling. Pensó mucho en la forma de empezarla, si debía comenzar con las usuales y antiguas frases de cortesía. Estaba algo atolondrado al final de aquel día. Aquellas viejas casas en ruinas, los nuevos almacenes, las anchas calles sin terminar, llevaban su pensamiento a la vieja ciudad, a Meng y a su ardiente, temeraria y dura manera de expresarse, y todo esto influía en él. Pensó un momento más y empezó al modo extranjero: *Querida Mei-ling...* Y cuando las palabras estaban escritas, negras y claras, volvió a reflexionar en lo que pondría a continuación, miró las letras y las fue llenando de ternura. *Querida...* ¿Qué significaba eso sino «amada»...? Y Mei-ling..., era ella misma..., estaba allí... Tomó la pluma, y en cortos y rápidos párrafos le contó lo que había visto aquel día... Una nueva ciudad surgiendo de las ruinas. La ciudad de la juventud.

* * * *

La nueva ciudad atrapó a Yuan. Nunca había estado tan ocupado ni tan feliz. O, por lo menos, así lo creía él. Por doquiera había algo que hacer, y allí estaba el placer del trabajo, pues cada hora estaba llena con la voluntad de futuro de mucha gente. Entre aquellos a quienes Meng le presentó, Yuan vio siempre la misma urgencia de trabajo y de vida. Por todas partes, en aquella ciudad, que era el corazón palpitante de la patria, había hombres, no mucho más viejos que él, dibujando planos, abriendo caminos de vida, no para ellos mismos, sino para su pueblo. Allí estaban los que trazaban el plano de la ciudad. El jefe de estos era un pequeño y decidido; arquitecto del Sur, impaciente en el hablar y raudo en cualquier cosa que hiciera, moviendo siempre sus pequeñas, infantiles y bellas manos. Él también era amigo de Meng, y cuando este le presentó a Yuan, diciéndole: «Es mi primo», bastó esto para que le mostrara todos los planos y proyectos de la ciudad, cómo iba a hacer derribar la vieja muralla inútil y usar sus antiguos ladrillos, que al cabo de miles de años eran mejores y más fuertes que los que podían hacerse ahora; con aquellos ladrillos, decía entornando sus ojillos vivaces, se harían los nuevos edificios de la sede del Gobierno, grandes edificios hechos a la nueva manera. Un día llevó a Yuan a sus oficinas, que estaban en una vieja casa, llena de polvo y de telarañas y le dijo:

—No es agradable hacer nada en estas viejas habitaciones. Estaremos aquí hasta que las nuevas estén listas. Entonces, echaremos abajo estas, y aquí se construirán otras casas.

Los polvorientos cuartos estaban llenos de mesas, y, ante ellas, muchos jóvenes dibujaban planos, midiendo líneas en el papel, coloreando brillantemente los tejados y las cornisas que dibujaban, y aunque el local era viejo y ruinoso, estaba lleno de

vida con aquellos muchachos y sus trabajos.

El jefe llamó con voz fuerte, y uno de ellos se acercó corriendo.

—Trae los planos para el nuevo edificio del Gobierno —dijo el jefe con tono perentorio.

Cuando el otro se los dio, el jefe los desenrolló ante Yuan. En ellos había pintados unos nobles y altos edificios, construidos con ladrillos antiguos, puestos en largas hileras, y sobre ellos lucía la nueva bandera de la revolución. Allí estaban pintadas las calles, con verdes árboles a cada lado, y también la gente, ricamente vestida, que transitaba por ellas. No se veían recuas de asnos, ni cubas, ni *rickshaws*, ni uno de aquellos humildes vehículos que usaban todavía, sino grandes automóviles de brillantes colores azules y rojos, llenos de gente rica. No habían pintado ningún mendigo.

Yuan, mirando a los planos, los encontró hermosísimos, y preguntó entusiasmado:

—¿Cuándo estará terminado esto?

El otro contestó con seguridad:

—¡Dentro de cinco años! Todo anda de prisa ahora.

¡Cinco años! No era nada. Yuan, al hallarse otra vez en su desmantelado cuarto, meditando, miraba las calles como eran en realidad sin aquellos edificios proyectados. Allí no había ni árboles, ni gente rica, y por ellas andaban los pobres pidiendo y luchando por la limosna. Pero pensó que cinco años no eran nada; todo se podía dar como hecho. Aquella noche escribió a Mei-ling sobre esos proyectos, y cuando le hubo explicado con todo detalle lo que representaban y los planos de la nueva ciudad, le pareció más que nunca que ya estaba todo hecho, puesto que los planos estaban claramente dibujados, hasta los colores de los tejados, frondosos; y recordó que había hasta una fuente que brotaba delante de cierta estatua de un héroe de la revolución. Sin darse cuenta, escribió a Mei-ling como si todo estuviera terminado:

Es un elegante edificio, de nobles líneas y una gran puerta... Hay árboles a ambos lados de las calles...

Y así sucesivamente. Jóvenes que habían aprendido medicina en el extranjero, para combatir las enfermedades, asustando con sus métodos a los viejos doctores de sus padres, proyectaban grandes hospitales; otros, grandes escuelas, donde todos los niños, hasta los campesinos, serían educados, de suerte que en todo el país no habría nadie que no supiera leer ni escribir. Otros estudiaban leyes para gobernar a la gente, y estas leyes estaban escritas hasta en sus menores detalles; habían sido proyectadas prisiones para los que desobedecían esas leyes. Otros ideaban libros que habían de ser escritos al nuevo modo, hablando del nuevo amor libre entre hombre y mujer.

Entre todos aquellos proyectistas había una especie de señor de la guerra que planeaba nuevos ejércitos, nuevos barcos de guerra, nuevos métodos de estrategia y

combate, y que algún día planearía una nueva guerra, para mostrar al mundo que su nación era ya tan poderosa como cualquier otra; este era el antiguo maestro y tutor de Yuan, que luego fue capitán y ahora era general, a cuyas órdenes estaba Meng, que había escapado para incorporarse a su ejército cuando Yuan fue detenido.

Yuan se sintió molesto cuando supo que el general de Meng era ese hombre; hubiera preferido que otro ocupara este cargo, pues no sabía lo que el general podría tener en contra suya si recordaba. Pero no se atrevió a negarse cuando Meng le dijo que el general le había ordenado que le llevara a su primo.

Fueron juntos, y aunque el rostro de Yuan parecía tranquilo y seguro, en el fondo no las tenía todas consigo.

Pasaron por una gran puerta, en la que hacían guardia unos soldados muy limpios y marcialmente vestidos, con los fusiles relucientes en las manos; luego, por unos limpios patios, hasta llegar al cuarto donde el general estaba sentado junto a una mesa. Al verle, Yuan se dio cuenta de que no tenía que temer. Vio al momento que su antiguo profesor no le echaría nada en cara. Estaba más viejo y era un famoso jefe; y aunque su expresión no era sonriente ni afable, no era esta de enojo ni de fiereza. Cuando Yuan se acercó, no se puso en pie, pero señaló con la cabeza un asiento, en el que Yuan se sentó un tanto incómodamente ante aquel que había sido su maestro. Yuan recordó en seguida los ojos agudos y penetrantes detrás de los anteojos de forma extranjera. Y con voz áspera, que no dejaba de ser afectuosa, le preguntó:

—De modo que por fin te has unido a nosotros, ¿eh?

Yuan dijo que sí con la cabeza, tan sencillamente como lo hacía cuando era niño.

—Mi padre me empujó a ello —dijo, y contó su historia.

El general le preguntó de nuevo, mirándole interesado:

—¿Pero aún no te gusta el ejército? ¿Con todo lo que te enseñé, no eres un soldado?

Yuan, un tanto confuso, dudó; luego decidió que tenía que ser franco y atrevido, y no temer a aquel hombre, Dijo:

—Aún odio la guerra, pero puedo cumplir con mi deber por otros caminos.

—¿Cuáles? —preguntó el general.

Y Yuan respondió:

—Enseñaré en la nueva gran escuela de aquí, por ahora. Necesito conocer más, y después veré por dónde se abren los caminos.

El general se tornó de pronto inquieto, y miró un reloj extranjero que tenía sobre la mesa, como si ya no sintiera interés por Yuan, que no era un soldado. Yuan se levantó y esperó, mientras el general le decía a Meng:

—¿Tienes los planos para el nuevo campamento? Las nuevas leyes militares piden un aumento de la leva de hombres en cada una de las provincias, y los nuevos contingentes vendrán dentro de un mes, a partir de hoy.

Meng hizo chocar sus tacones, pues no se había sentado en presencia del general, saludó enérgicamente y dijo con clara y segura voz:

—Los planos están hechos, mi general, y esperan vuestro sello; en seguida serán enviados.

Así terminó la breve entrevista, y Yuan sintió renacer su antiguo desagrado al pasar por entre los grupos de soldados que acababan de terminar sus ejercicios y prácticas de guerra; no dejó de notar que eran diferentes a los soldados de su padre. Los de aquella ciudad eran todos jóvenes; la mayoría no llegaban a los veinte años. Eran serios; no reían como lo hacían los secuaces de su padre. Los hombres del Tigre estaban siempre gritando y riendo, y cuando terminaban los ejercicios de campaña, armaban gran bullicio, se empujaban unos a otros y hacían chistes y bromas, de modo que los cuarteles y patios estaban siempre llenos de voces y risotadas. Todos los días, allá en su adolescencia, Yuan sabía cuándo eran las horas de comer de los soldados, pues oía el jolgorio y las carcajadas desde el patio interior, junto al que vivía su padre. Estos otros, más jóvenes, volvían en silencio, y tan acompasadamente que se oía un solo paso. No reían. Yuan los vio, al pasar, soldado tras soldado, y miró sus caras, todas jóvenes, sencillas y serias. Aquel era el nuevo ejército.

Aquella noche escribió a Mei-ling:

Parecían muy jóvenes para ser soldados; tenían caras de muchachos campesinos...

Pensó un poco, recordando aquellos rostros, y siguió escribiendo:

Empero, tienen aspecto de soldados. Tú no sabes realmente cómo es esto que te digo, puesto que no has vivido entre ellos como yo. Quiero decir que sus expresiones son sencillas, tan simples, que me doy cuenta, al verlos, de que serían capaces de matar tan sencillamente como se comen su rancho... Una sencillez temible como la muerte...

En la nueva ciudad halló ahora Yuan su nueva vida y quehacer. Abrió, por fin, su cajón de libros, y los fue colocando en un estante que compró. Allí estaban también las semillas que había llevado consigo desde el extranjero. Las fue mirando indeciso, cada grupo en su paquete, y se preguntaba si brotarían en aquella tierra más apelmazada y oscura. Sacó unas cuantas y las echó en la palma de la mano: eran grandes, doradas, futuros gérmenes de trigo. Tenía que encontrar un pedazo de tierra donde cultivarlas.

Ahora Yuan se vio uncido a una rueda de días, semanas y meses que se sucedían con gran rapidez. Pasaba los días en la escuela. Por la mañana iba a los edificios, nuevos unos, viejos otros, donde estaba situada. Los nuevos eran espaciosos, grises construcciones al estilo extranjero, construidas con demasiada prisa, hechas de cemento y de delgadas barras de hierro, que ya tenían algunos desconchados y

grietas. Pero Yuan tenía su clase en un viejo edificio que, por ser viejo, no preocupaba mucho a los directores, quienes no se cuidaban de reemplazar los cristales rotos de las ventanas. Pasó el otoño, seco, templado y dorado, y al principio Yuan no decía nada cuando veía que una puerta no cerraba bien y crujía de tan vieja. Pero al otoño sucedió el invierno, y al undécimo mes se levantaron grandes vientos que llegaban desde los desiertos del Noroeste. Por todas las roturas y grietas penetraba una arenilla amarillenta. Yuan, envuelto en su abrigo, permanecía ante los alumnos que tiritaban, y corregía los escritos deficientes; despeinado por las arenosas rachas de viento, escribió en la pizarra las reglas para hacer versos. Pero era inútil, pues los pensamientos de los alumnos estaban dedicados a encontrar un poco de calor, arrebujándose en sus ropas, que para la mayoría de ellos eran insuficientes.

Al principio, Yuan dirigió unas cartas al jefe, un oficial que pasaba tres semanas al mes en la gran ciudad de la costa; pero el jefe no hizo caso de estas cartas, porque tenía muchas ocupaciones, y la principal era la de recoger y reunir los salarios. Yuan, fastidiado, fue a ver al director, la más alta autoridad de la escuela, y le habló de cómo estaban los estudiantes, de los cristales rotos en las ventanas, de las puertas que no se podían cerrar y de cómo entraba el viento frío incluso por las grietas de las maderas del suelo, helando los pies de sus alumnos.

Pero el director, que tenía muchas cosas que hacer, dijo impaciente:

—¡Aguantad un poco, aguantad un poco! ¡El dinero que tenemos es para hacer lo nuevo, no para remendar lo viejo e inútil!

Aquellas eran las palabras que por doquiera se oían en la ciudad.

Yuan las encontraba razonables, a pesar de todo. Y soñaba con las nuevas aulas, espaciosos salones aislados contra el frío. Pero los días se iban haciendo cada vez más fríos al paso que avanzaba el invierno. Si Yuan hubiera podido hacerlo, habría tomado su propio sueldo, y llamando a un carpintero, le habría ordenado que arreglara aquel cuarto y lo protegiera contra el frío invernal. Al cabo de poco tiempo, sintió verdadera afición por el trabajo que hacía, y llegó a tomar afecto a los alumnos. Por lo general estos no eran ricos, pues los ricos enviaban a sus hijos a los colegios particulares, donde había maestros extranjeros, buena calefacción y comida. Pero a aquella escuela, que era pública y abierta por el nuevo Estado, iban solamente los hijos de los pequeños comerciantes, hijos de los maestros mal pagados de antiguos establecimientos, y unos cuantos despiertos chicos campesinos, que esperaban y deseaban hacer de la tierra algo más de lo que hicieron sus padres. Todos eran muy jóvenes, defectuosamente vestidos, no bien alimentados, y Yuan los quería, porque eran listos y dispuestos, y se interesaban por lo que él les explicaba, aunque a veces no lo entendieran del todo; pues, aunque unos sabían más y otros menos, en resumen, ninguno tenía muchos conocimientos. Mirando sus pálidas caras y sus ojos interesados y atentos, Yuan deseó haber tenido dinero para arreglar la clase.

Pero no tenía dinero para eso. Aún no se le pagaba regularmente el sueldo, pues los que estaban por encima de él recibían primero sus honorarios, y si no había

bastante plata aquel mes, o si no había llegado toda por algún motivo (porque se la destinara al ejército o a la casa de algún alto empleado, o porque algo se quedara en algún bolsillo particular), entonces Yuan y los maestros más nuevos tenían que esperar pacientemente. Y Yuan no tenía paciencia, pues estaba ansioso por pagar la deuda a su tío. Por fin consiguió liberarse de una parte de esta deuda. Escribió a Wang el Mercader, diciéndole:

Respecto a tus hijos, nada puedo hacer por ellos. No tengo poder alguno fuera de lo que pueda hacer en mi propio puesto. Pero te remitiré la mitad de lo que gano, hasta que esté pagado cuanto mi padre te debe. Sin embargo, no me hago responsable de tus hijos...

De este modo eliminó, en los nuevos tiempos, una parte de aquella atadura de sangre, al uso de los tiempos pasados.

Sin embargo, no pudo utilizar su plata para favorecer a sus alumnos. Escribió a Mei-ling sobre esto, diciéndole cómo hubiera querido ver arreglada la clase; le hablaba del frío que estaba haciendo, pero él no podía hacer nada para remediarlo. Ella contestó prontamente esta vez:

¿Por qué no te llevas tus alumnos a otra clase más abrigada y nueva? Y si no llueve o nieva, sácalos al sol...

Yuan, con la carta en las manos, se dijo que no se le había ocurrido tal cosa, pues los inviernos eran secos y había muchos días de sol. Desde entonces llevó muchas veces a sus alumnos a un soleado lugar que encontró donde dos muros formaban un ángulo entre dos edificios. Si alguien, al pasar, reía, Yuan le dejaba, porque allí hacía sol y el sitio era agradable. Amaba más a Mei-ling por haber pensado tan rápidamente en una solución tan sencilla, hasta que el nuevo edificio estuviera construido. Y aquella ingeniosa solución le enseñó algo a Yuan, y era que Mei-ling siempre contestaba más pronto cuando él le preguntaba por algún asunto que no sabía resolver, y de este modo se veía aliviado de todas sus perplejidades. Ella no contestaría si le hablara de amor, pero contestaba en seguida si le hablaba de alguna preocupación o problema. Pronto las cartas entre ambos fueron y vinieron como delgadas hojas llevadas por el viento del otoño.

Hubo otro medio que Yuan encontró para entrar en calor aquellos días invernales, y era cultivar la tierra y plantar sus semillas. En aquella escuela tenía que dar clase de muchas cosas, pues los profesores no eran bastantes para tanto chico que quería aprender. Por todas partes se abrían grandes escuelas, para enseñar cosas extranjeras que no hubieran sido estudiadas antes, y los jóvenes se dirigían en grandes masas a estudiar y aprender. De suerte que no había bastantes maestros para enseñar cuanto

aspiraban a saber los más jóvenes. Ya que Yuan había estado en el extranjero, recibía más honores por esto, y le pedían que enseñara cuantas cosas sabía; entre ellas estaba la nueva manera de plantar y cultivar las semillas. Se le dio un terreno fuera de las murallas de la ciudad, cerca de un caserío, y allí enseñaba a sus alumnos, de cuatro en cuatro, como un pequeño ejército que marchaba por las calles de la ciudad, dirigidos por él. Pero en vez de escopetas les compró azadas, que llevaban sobre los hombros. La gente se detenía al verlos pasar, y algunos decían: «¿Qué novedad es esta?». Un día, oyó a un hombre, un honrado conductor de *rickshaw*, que gritaba:

—Bueno, ahora veo cada día una cosa nueva en esta ciudad, pero esta es la más nueva que he visto: ir a la guerra con azadones.

Yuan sonrió y le dijo:

—Este es el más nuevo de los ejércitos de la revolución.

Y siguió adelante bajo el sol de invierno. Era aquello, en verdad, una especie de ejército, el único ejército que él podía mandar, un ejército de muchachos que salían al campo para plantar semillas. Cuando marchaban, movían los pies rítmicamente, llevando el paso, y recordaba su niñez, junto a su padre; y marchaba tan acompasado, que los chicos comenzaron a seguirle el paso. Pronto el ritmo de su marcha fue como el ritmo de su sangre, y cuando pasaban bajo la vieja puerta de la ciudad, donde los antiguos ladrillos hacían eco a sus pisadas, y salían al campo, este ritmo empezó a producir en la mente de Yuan breves y acompasadas palabras. Hacía mucho tiempo que esto no le sucedía. Le parecía como si hubiera estado sumido en la confusión, y ahora el trabajo daba claridad a su espíritu y este le destilaba las palabras en versos. Esperaba las palabras conteniendo la respiración, y cuando le llegaban sentía la antigua delicia de aquellos días en la casa de tierra. Y llegaron claramente, en tres vivaces versos, pero le faltaba el cuarto. Apresurado, incómodo, porque ya faltaba poco para llegar, trató de forzar la salida de las palabras que le faltaban. Pero las palabras no llegaron.

Tuvo que apartarlo todo de su mente, pues sus alumnos empezaron a murmurar, quejándose de que los llevaba demasiado de prisa, que los azadones eran muy pesados y que no estaban acostumbrados a aquel trabajo.

Tuvo que olvidar sus versos, y dijo para consolar a los chicos:

—Ya hemos llegado ¡Esta es la tierra! ¡Descansad un poco antes de que comencemos a cavar!

Los muchachos se sentaron en un bancal, y era verdad que brotaba el sudor de sus caras y que sus cuerpos estaban acalorados. Solamente dos o tres campesinos estaban como si tal cosa.

Mientras descansaban, Yuan abrió los paquetes de sus semillas extranjeras. Cada uno de los muchachos juntó sus manos, y en ellas fue echando Yuan los dorados granos. Estas semillas le parecían ahora preciosas. Recordaba cómo las había cultivado a miles de millas de distancia, en suelo extranjero; recordó al viejo de pelo blanco y a la muchacha extranjera que le había ofrecido sus labios; mientras repartía

las semillas, estos recuerdos acudieron a su mente. ¡Cuánto mejor habría sido que aquella mujer no...! Pero desde el momento en que huyó estuvo solo, hasta que encontró a Mei-ling. Levantó su azadón y comenzó a remover la tierra.

—Mirad —les decía a los alumnos, que le contemplaban—. Así debe ser manejado el azadón. Al principio es posible que os cueste gran trabajo, porque no sabéis manejarlo bien...

Subía y bajaba su azadón como el viejo granjero le había enseñado, y la punta brillaba a la luz del sol. Uno a uno, los muchachos trataron de imitarle. Pero los más lentos fueron los dos campesinos, quienes, aunque sabían muy bien manejar sus azadas, las movían con lentitud y desgana. Al notarlo, Yuan dijo, enfadado:

—¿Cómo es que vosotros no trabajáis?

Los dos muchachos no quisieron contestar, pero uno de ellos murmuró después de unos momentos:

—Yo no he venido a la escuela para aprender lo que he hecho toda mi vida en mi casa. He venido a aprender una manera mejor de ganarme la vida.

Yuan se enfureció al oír esto y contestó:

—Sí, pero si hubierais sabido cómo hacerlo mejor, no habríais necesitado venir aquí para aprender otra manera de vivir. ¡Con mejores semillas, mejores medios de cultivarlas y más abundantes cosechas hubierais hecho mejores vuestras vidas!

A Yuan y a sus alumnos se habían acercado unos cuantos campesinos y granjeros del caserío, y miraban, boquiabiertos, a aquellos jóvenes estudiantes que llevaban azadones y semillas. Al principio parecían asustados y quedaban en silencio, mas pronto comenzaron a reír al ver a los jóvenes que no podían hincar sus azadones en la tierra. Cuando Yuan dijo aquellas palabras, se sintieron más en su ambiente, y uno de ellos gritó:

—¡Estás equivocado, maestro! ¡Trabaje lo que trabaje el hombre y siembre las semillas que siembre, las cosechas están a merced del cielo!

Yuan no podía soportar que le contradijeran ante sus alumnos, y no quiso contestar a aquel hombre ignorante. Fingiendo no haber oído, enseñó a los chicos cómo distribuir la semillas en filas, cómo allanar la tierra encima y cómo poner una señal al final de cada fila, que dijera el nombre de cada especie, cuándo había sido plantada y por quién.

Los campesinos escuchaban y miraban extrañados, riéndose y divirtiéndose al ver tanto cuidado, y decían entre risotadas:

—¿Cuentas también cada semilla, hermano?

Y otro:

—¿Le has puesto a cada granito su nombre, y marcado el color del hollejo?

Otro gritó:

—¡Por mi madre! ¡Si tenemos que tener tanto cuidado con cada semillita, sólo tendremos tiempo de recoger una cosecha cada diez años!

Los jóvenes que acompañaban a Yuan desdeñaban estos comentarios, y los más

enojados eran los dos campesinos, que decían:

—¡Estas son semillas extranjeras y no de las corrientes que vosotros plantáis en vuestros campos!

Las burlas de los granjeros les hicieron trabajar con más ardor del que hubiera conseguido su maestro.

Al cabo de un rato cesaron las burlas de los que miraban, las miradas se hicieron más sombrías y quedaron en silencio. Uno a uno fueron escupiendo, como por casualidad, y retirándose hacia la aldehuela.

Yuan estaba contentísimo. Era bueno sembrar de nuevo y sentir la tierra entre sus manos. Tierra delgada, rica y feraz, negra contra la amarillez del grano extranjero... Y así fue hecho el trabajo del día. Yuan se sentía reconfortado, con su nueva energía, y cuando miró a los jóvenes, vio que hasta el más pálido de ellos parecía ahora saludable; en todos había un calor de sangre aireada, aunque soplaba un cortante vientecillo del Oeste.

—Esta es una buena manera de calentarse —dijo Yuan, riendo—. Mejor que ningún fuego.

Los mozos rieron para complacer a Yuan, pues le querían. Pero los dos muchachos campesinos seguían con los semblantes hoscos, a pesar de sus mejillas enrojecidas por el ejercicio.

Aquella noche, en su cuarto, Yuan escribió a Mei-ling sobre todo esto, pues se había convertido en algo tan necesario como beber y comer el escribirle lo que había hecho durante el día. Cuando terminó de escribir, se acodó en la ventana y se puso a mirar la ciudad. Los oscuros tejados de las viejas casas se destacaban aquí y allá, negros a la luz de la luna. Pero sobre ellos surgían las siluetas de los nuevos y altos edificios de techos rojos, angulares y de aspecto extranjero, con muchas ventanas a través de las cuales veíanse sus luces. Y de las escasas grandes calles brotaban, como líneas, senderos de luz lunar.

Mirando aquella ciudad cambiante, viéndola y no viéndola del todo, porque más claramente que nada veía Yuan el rostro de Mei-ling, muy claro y joven en su recuerdo, como si la ciudad fuera sólo un telón de fondo para su imagen, de pronto, la cuarta línea de su estrofa surgió en su mente, tan perfecta como si la viera escrita. Corrió a la mesa, tomó la carta que acababa de cerrar, y, abriéndola, añadió estas palabras:

Estos cuatro versos acudieron hoy a mi mente, los tres primeros en el campo; pero no pude encontrar el cuarto, que perfeccionaba la estrofa, hasta que volví a la ciudad y pensé en ti. Entonces, el verso llegó tan sencillamente como si tú me lo hubieras dicho.

Así vivía Yuan en aquella ciudad: los días ocupados con su trabajo, y las noches ocupadas con sus cartas a Mei-ling. Ella no le escribía con tanta frecuencia; sus cartas

eran justas en sus conceptos, de pocas palabras y exactas. Pero estas mismas palabras estaban llenas de significación. Así, le contaba que Ai-lan había vuelto de su temporada de viaje, que se había prolongado más de lo que pensaban.

Ai-lan —decía Mei-ling— está más bella que nunca, pero de ella ha huido no sé qué vitalidad y calor. Tal vez cuando nazca el hijo recupere ese calor. Nacerá antes de un mes. Viene a casa con frecuencia, porque dice que duerme mejor en su antigua cama... Hoy hice mi primera operación. Se trataba de cortar la pierna de una mujer cuyos pies habían sido tan ceñidos por las vendas en su niñez que llegaron a gangrenarse. No sentí ningún miedo. —Luego decía—: Me sigue gustando ir a jugar con las chicas asiladas, de las que yo soy una. Ellas son mis hermanas.

Y le contaba alguna cosa divertida que las chicuelas hubieran dicho. Una vez le escribió:

Tu tío y su hijo, el mayor, han enviado a Sheng, una orden para que regrese. Gasta mucho dinero, según dicen, y ahora ellos no pueden recoger las rentas de las tierras. La mujer del hijo mayor no quiere que los ingresos de su marido disminuyan y no hay otro sitio donde encontrar las sumas necesarias. Por lo tanto, Sheng tendrá que volver, pues ya no le mandarán más plata...

Yuan leyó esto, pensativo, recordando cómo había visto a Sheng la última vez, elegantemente vestido con sus trajes modernos, luciendo un bastoncillo brillante, mientras deambulaba por la soleada calle de la gran ciudad extranjera. Era cierto que gastaba mucho dinero, pues se preocupaba demasiado de su belleza. Sin duda, habría de regresar. La única manera de hacerle volver era no enviarle dinero. Yuan recordó a aquella mujer, y se dijo: «Mejor es que Sheng vuelva. Me alegro de que por fin logre separarse de ella».

Mei-ling contestaba cuidadosamente a cada pregunta que le hiciera Yuan. Cuando el invierno se hizo más crudo, le aconsejó que se comprara un abrigo más grueso, que comiera más y que durmiera, no trabajando demasiado. Le dijo muchas veces que se previniera del viento que entraba por las grietas de la clase. Pero había una cosa a la que ella nunca contestaba. Yuan ponía en todas sus cartas:

No he cambiado. Te amo... y espero.

A esto no respondía Mei-ling.

Empero, Yuan encontraba perfectas las cartas de la muchacha. Cuatro veces al

mes, tan cierto como el nuevo día que llegaba, Yuan esperaba encontrar sobre su mesa, al entrar en su cuarto por la noche, una carta de alargada forma, con la letra de Mei-ling claramente escrita en el sobre: una letra clara y más bien pequeña. Estas cuatro veces al mes se tornaban para él en cuatro días de fiesta, y para mayor placer en su certidumbre, se compró un pequeño calendario y marcó de antemano los días en que habían de llegarle las cartas. Los señaló con lápiz rojo, y había doce señales antes de que llegara el día de Año Nuevo, cuando, en vacaciones, volviese a la otra ciudad y la viera de nuevo. No quiso señalar más allá de esta fecha, porque alimentaba unas secretas esperanzas. Y, así, Yuan vivió esperando cada siete días, apenas preocupado de nada que no fuera su trabajo, y sin necesidad de amigos, porque su corazón estaba colmado.

* * * *

No obstante, Meng iba de vez en cuando y lo llevaba a una casa de té, donde se reunía con otros amigos, a los que Yuan oía manifestar sus impaciencias. Meng no parecía tan triunfante como al principio. Yuan oía y veía que Meng estaba como irritado, que gritaba contra los tiempos, incluso contra los mismos tiempos nuevos. Una de aquellas noches, en una casa de té recién abierta al público, en una calle nueva, Yuan se quedó a comer con Meng y con cuatro jóvenes capitanes, compañeros de aquel. Los cinco se mostraban descontentos de todo. Las luces sobre la mesa eran al principio demasiado intensas; luego, apenas alumbraban; la comida no llegó con la prontitud que ellos exigían; deseaban cierto vino blanco extranjero, y no lo tenían allí. Entre Meng y los otros cuatro, el camarero andaba sudoroso, desorientado, moviendo la cabeza y corriendo de un lado para otro, temeroso de no complacer a aquellos jóvenes capitanes que tan bien armados iban. Ni siquiera cuando las muchachas que cantaban salieron a escena, bailando al modo extranjero y mostrando las piernas, los jóvenes parecieron satisfechos, y decían a gritos que los ojos de una de ellas eran demasiado chicos, semejantes a ojos de cerdo; que la otra tenía una nariz como un puerco; que aquella era demasiado gorda, y la de más allá demasiado vieja, hasta que los ojos de las muchachas se llenaron de lágrimas y de rabia. Y Yuan, aunque no las encontraba bellas, no pudo menos de sentir compasión por ellas, llegando a decir:

—Dejadlas en paz. Tienen que ganarse el arroz de alguna manera.

A esto, un joven capitán dijo con voz tonante:

—Mejor sería que se murieran de hambre.

Y, entre grandes carcajadas, se levantaron, haciendo al salir gran ruido con sus espadas.

Aquella noche, Meng acompañó a Yuan, a pie, hasta su casa, y mientras caminaban por las calles habló de su descontento y dijo:

—La verdad es que todos estamos fastidiados y de mal humor, porque nuestros jefes no son justos con nosotros. En la revolución hay un principio que dice que todos

debemos ser iguales y que a todos deben dárse nos las mismas oportunidades. Pero ya nuestros jefes nos están oprimiendo. Tú conoces a mi general, Yuan; ya lo has visto... Bueno. Se pasa el tiempo sentado como cualquier viejo señor de la guerra, cobrando un gran sueldo cada mes como jefe de los ejércitos de esta región, y nosotros los jóvenes estamos siempre en el mismo sitio. Yo ascendí bastante de prisa a capitán, tan de prisa, que estaba lleno de esperanzas y dispuesto a hacer cualquier cosa en favor de nuestra causa, esperando a ascender más aún. Pues bien, aunque me paso el tiempo trabajando, aquí sigo plantado, de capitán. Ninguno de nosotros parece que pueda ascender. ¿Y sabes por qué? Porque el general tiene miedo de nosotros. Teme que lleguemos a ser un día más grandes que él. Somos más jóvenes y más capaces, y por eso nos mantiene abajo. ¿Es este el espíritu de la revolución?

Meng se detuvo bajo una luz y empezó a hacer a Yuan acaloradas preguntas. Y este vio que la expresión de Meng era tan colérica como la que solía tener en los días de su áspera adolescencia. Pero unos cuantos transeúntes se detuvieron, miraron curiosamente a Meng, que bajó la voz, continuando su camino al lado de Yuan, hasta que dijo hoscamente:

—Yuan, esta no es la verdadera revolución. Es necesario hacer otra. Estos no son nuestros verdaderos jefes. Son tan egoístas como los antiguos señores de la guerra. Yuan, nosotros, los jóvenes, tenemos que comenzar de nuevo... El pueblo está tan oprimido como antes. Debemos luchar por el pueblo... Nuestros jefes se han olvidado por completo de la gente humilde.

Iba diciendo esto, cuando se detuvo; de la puerta de una famosa casa de diversión salía un gran bullicio. Las luces de esta casa brillaban tan rojas como la sangre, y a esta luz vieron un espectáculo desagradable. Un marinero de algún barco extranjero, de aquellos que Yuan había visto en el ancho río que corría más allá de la ciudad, un marinero borracho, estaba golpeando al hombre que le había conducido hasta aquella casa en su vehículo. En su borrachera, gritaba y se apoyaba estúpidamente en sus vacilantes piernas. Meng, al ver cómo el hombre blanco golpeaba al otro, empezó a correr hacia ellos a toda prisa y Yuan le siguió, corriendo también. Cuando se acercaron, oyeron que el hombre blanco le gritaba al conductor del *rickshaw*, porque este se había atrevido a pedirle más de lo que el blanco se dignaba darle; y bajo los golpes y los gritos, el pobre hombre se cubría con sus desmedrados brazos, pues el extranjero era más fuerte y rudo, y sus golpes de borracho eran violentos y crueles.

Meng le gritó al extranjero

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves?

Y se arrojó sobre él, le cogió los brazos y se los mantuvo inmóviles a la espalda. Mas el marinero no se sometía tan fácilmente, y le importaba poco que Meng fuera capitán o no. Para él, todos los hombres que no fueran de su raza eran lo mismo, todos despreciables. Volvió su furia contra Meng, y se hubieran arrojado el uno contra el otro, en su mutuo rencor, de no ser por Yuan y el conductor del *rickshaw* que intervinieron para separarlos. Yuan, atribulado, decía:

—Está borracho... Es un tipo vulgar... No te olvides de ti mismo...

Y, entretanto, tiraba del marinero borracho hacia la puerta de la casa, donde olvidó la pelea y siguió su camino.

Entonces, Yuan se llevó la mano al bolsillo, sacó unas monedas y se las entregó al conductor, y así se apaciguó la reyerta. El hombre, un pequeño y desnutrido individuo, estaba satisfecho de que todo hubiera terminado de aquel modo, y, en su gratitud, logró esbozar una sonrisa y decir:

—¡Vos entendéis las doctrinas, señor! ¡Cierto es que uno no debe abominar de una mujer, de un niño ni de un hombre borracho!

Meng, que había estado tratando de contener su cólera sin lograrlo, cuando vio cuán fácilmente se calmaba el hombre del *rickshaw* con unas cuantas monedas de cobre, cuando oyó la risa del pobre y el viejo refrán que brotó de sus labios no pudo soportarlo. La furia que sentía contra el extranjero se desbordó contra el conductor del *rickshaw*, y alzando la mano le abofeteó.

Yuan, al verlo, gritó:

—¡Meng! ¿Qué estás haciendo? —Y buscó presuroso otra moneda para dársela al hombre que había recibido el cruel golpe.

Pero el hombre no tomó el dinero. Se quedó allí, perplejo, mirando. El golpe había sido tan rápido y tan inesperado, que el pobre hombre, con la quijada un poco caída, se quedó boquiabierto, mientras un hilillo de sangre brotaba de una de las comisuras de la boca. De pronto, se dirigió a su vehículo, y mientras se disponía a partir, dijo a Yuan:

—Ha sido un golpe más fuerte que el que me haya dado ningún extranjero.

Y se alejó.

Meng había continuado andando después de lo ocurrido. Yuan corrió para alcanzarlo, y al llegar a su lado se dispuso a preguntarle por qué había golpeado así a aquel hombre. Pero al mirarle la cara se quedó callado, pues, con gran asombro, vio que los ojos de Meng estaban llenos de lágrimas, que corrían por sus mejillas. A través de aquellas lágrimas, Meng miraba hacia delante, hasta que murmuró furioso:

—¿De qué sirve luchar, en ninguna causa, por un pueblo como este, que no quiere odiar ni a los que le oprimen? Un poco de dinero arregla siempre las cosas para tipos como estos...

Y dejó a Yuan en aquel momento, sin añadir una palabra, perdiéndose en las sombras de una callejuela.

Yuan quedó indeciso por un instante, pensando si debería seguir a Meng y evitar que este cometiera otra tontería mayor. Pero estaba deseoso de llegar a su cuarto, porque era la noche del día séptimo y podría ver sobre su mesa una carta que le esperaba. Dejó que Meng se fuera solo con su rabia.

* * * *

Pasaron los días. Se acercaba el Año Nuevo, y, por tanto, la época en que Yuan volvería a ver a Mei-ling. Pasaba aquellos días esperando que llegaran sus vacaciones. Hacía su trabajo todo lo bien que podía, pero hasta sus alumnos se hicieron un tanto remotos para él, como si no tuvieran ninguna vida o significación y no pudiera preocuparse de lo que hiciesen o quisieran. Se acostaba temprano, para apresurar la noche, y se levantaba temprano para comenzar el día y que este pasara pronto; pero, a pesar de todo lo que hacía, el tiempo transcurría tan despacio como si el reloj se hubiera parado.

Un día fue a ver a Meng, para hacer planes y volver juntos a sus casas, pues en aquellos días Meng estaba con permiso. Y aunque decía que él era un revolucionario y que le importaba poco volver a su casa, estaba, en realidad, muy intranquilo aquella temporada, deseoso de algún cambio que no podía llevar a cabo; de suerte que, no teniendo nada mejor que hacer, en el fondo quería ir a su casa. No había vuelto a hablar con Yuan desde aquella noche en que golpeó al hombre del pueblo. Parecía haber olvidado este asunto, pues ahora estaba lleno de nuevo furor, a causa de que el pueblo se resistía a celebrar la fiesta de Año Nuevo en la fecha que el nuevo Gobierno había establecido. La verdad era que el pueblo estaba acostumbrado a celebrar la fiesta siguiendo las fases de la luna, y ahora aquellos jóvenes querían guiarse por el sol, al estilo de las tierras extranjeras. El pueblo estaba caviloso. En las calles había carteles ordenando que todo el mundo se divirtiera el día de Año Nuevo extranjero, y la gente miraba estos carteles, y si no sabía leer preguntaba a algún estudiante que le dijera lo que allí decía. Por todas partes, el pueblo murmuraba: «¿Cómo se atreven a meterse en semejante cosa? Si preparamos las cocinas un mes antes, ¿qué pensará el cielo? El cielo no se guía por ningún sol extranjero, estamos seguros». Y se quedaban quietos. Las mujeres no querían hacer sus tortas y comidas, y los hombres se negaban a comprar las insignias de papel colorado para pegarlas en las puertas y atraer la buena suerte.

Los jóvenes gobernantes se enfurecieron con esto, mandaron hacer aquellas decoraciones por su cuenta —no con las antiguas tonterías que hablaban de los dioses, sino con frases de la revolución—, y ordenaron que fueran pegadas en las puertas, a la fuerza.

Esto preocupaba a Meng, el día que Yuan fue a verle, y terminó de contarle este asunto diciendo con aire de triunfo:

—¡De modo que, quieran o no, estas gentes van a ser enseñadas a la fuerza y apartadas de los viejos procedimientos!

Yuan no contestó, pues no sabía qué decir, ya que veía los dos aspectos de la cuestión.

Durante dos días, Yuan miró las puertas y vio que, efectivamente, las nuevas sentencias habían sido colocadas en ellas. Nadie había dicho una palabra contra ello, Por todas partes, hombres y mujeres miraban los nuevos papeles pegados a las puertas, y guardaban silencio. Un hombre, aquí o allá, se permitía sonreír un poco, o

escupir a la tierra, y seguía su camino como si pensase algo que no quería decir; pero hombres y mujeres trabajaban como siempre, como si no hubieran de tener un día de fiesta en todo el año.

Aunque todas las puertas estaban alegremente decoradas de rojo, la gente parecía no darse cuenta de ello, y con ostentosa indiferencia iba a su trabajo cotidiano. Yuan no podía dejar de sonreír un poco, en el fondo, aun conociendo los motivos de la irritación de Meng; aunque, si le hubiera preguntado, habría estado conforme en que el pueblo debía obedecer.

Pero sonreía con más facilidad aquellos días, porque pensaba que Mei-ling debía de estar cambiada y más acogedora. Aunque no había contestado a ninguna de las palabras de amor que él le escribió, al menos las leía y no podría olvidarse de ellas. Para Yuan, este era el más alegre y feliz de los comienzos del año que había tenido en su vida, pues esperaba mucho de él.

* * * *

Con estas esperanzas empezó Yuan sus vacaciones; ni la desazón enojada de Meng podía nublar su alegría. Estuvieron a punto de no hablarse más, desde aquel día de la reyerta callejera. Lo cierto era que Meng estaba descontento de todo, y que, yendo en el tren, empezó a impacientarse contra un rico señor que había extendido sus abrigos de pieles, ocupando doble espacio del que le correspondía por asiento, en tanto que otros hombres iban de pie; y se irritaba también contra estos hombres porque soportaban aquello. Yuan no pudo contener una sonrisa y decirle a su primo:

—Nada te agrada, Meng. Los ricos, porque son ricos, y los pobres, porque son pobres.

Meng estaba tan amargado para oír ningún comentario sobre su actitud, que se volvió furioso hacia Yuan y le dijo en voz baja, pero colérica:

—Sí. Y tú eres peor... Tú lo aguantas todo... Eres el alma más insípida que he conocido... Nunca serás un verdadero revolucionario.

Al oír esto, Yuan se puso serio. No contestó nada, porque toda la gente estaba mirando a Meng, que no por hablar en voz baja dejaba de mostrar sus ojos enardecidos bajo el fruncido entrecejo, y todos sentían miedo de un tipo como aquel, que llevaba unas pistolas al cinto... Yuan guardó silencio. Pero en su silencio no podía dejar de reconocer que este había dicho la verdad, y se sentía un poco herido, aunque sabía que Meng estaba rabioso por alguna razón más honda y no precisamente contra él. Se quedó, pues, callado, mientras el tren pasaba por valles, campos y colinas, y se preguntaba qué era él mismo y qué era lo que más deseaba. En efecto, no era un gran revolucionario, y no lo sería nunca, pues no podía mantener vivos sus odios largo tiempo, como Meng. No; él podría irritarse un momento, odiar unos instantes, pero no perseverar en ello. Lo que más deseaba era trabajar en paz. Y el trabajo que más le gustaba era el que había estado haciendo. Sus mejores horas

eran aquellas que había pasado enseñando a sus alumnos..., excepto las que había dedicado a escribir a su amor.

Entre sus sueños penetró la voz de Meng:

—¿En qué estás pensando, Yuan? Estás sonriendo como un niño tonto que tuviera en la boca un caramelo.

Yuan se limitó a sonreír un poco más, un tanto avergonzado, y sintió que enrojecía. Pero a Meng no podía decirle qué secretos pensamientos eran aquellos que le hacían sonreír.

* * * *

Pero ¿qué encuentro puede ser tan dulce como ha sido soñado de antemano? Cuando Yuan llegó a su casa aquella tarde, subió aprisa los escalones de la entrada. Mas allí todo era silencio, otra vez. Al cabo de un momento llegó un criado, que le dijo:

—Mi dueña dice que vayáis inmediatamente a casa de vuestro primo el mayor, donde se celebra una fiesta para dar la bienvenida al joven señor que ha vuelto del extranjero. Allí os espera.

Por encima del interés que en él despertaba esta noticia del regreso de Sheng, lo que le importaba a Yuan era saber si Mei-ling había ido con la señora. No quiso preguntárselo al criado, porque sabía que no hay mente más rápida que la de un sirviente para poner juntos a un hombre y una mujer. Tenía que esperar hasta llegar a casa de su tío y ver por sí mismo si Mei-ling estaba allí.

Durante todos aquellos días, Yuan estuvo pensando en cómo se encontraría con Mei-ling, y siempre imaginó que la hallaría sola. Se encontrarían, mágicamente solos, apenas él franqueara la puerta de la casa. Allí tendría que estar sola. Pero no estaba sola, y aunque se encontrase en casa de su primo, no podría esperar verla a solas, y no se atrevería a mostrarse con ella sino normalmente cortés y frío ante los ojos de la familia.

Y así fue. Llegó a casa de su primo, y en un espacioso salón con muebles y decoraciones a la extranjera estaban todos reunidos. Meng había llegado antes que Yuan, de suerte que tuvieron que hacerle los cumplidos y ceremonias de bienvenida apenas habían terminado los dedicados a Meng. Yuan se inclinó ante su tío, que estaba muy despierto y feliz entre todos sus hijos, exceptuando aquel que dio al Tigre y el otro, jorobado, que se hizo sacerdote; pero estos dos apenas eran considerados como hijos por él y por su esposa. Ambos ancianos lucían sus mejores galas, y la mujer estaba llena de dignidad, fumando seriamente una pipa de agua, que una doncella se cuidaba de cargar cada dos o tres chupadas. En la mano tenía un rosario, cuyas pardas cuentas pasaba sin descanso, y lo alzaba cada vez que decía una sentencia moral para contrarrestar los chistes que decía el viejo, quien, después de haber saludado a Yuan, gritó, mientras en el rostro se le hacían millares de arrugas:

—Bueno, Yuan, aquí está otra vez este hijo mío, lindo como una doncella, y todos nuestros temores sobre su casamiento con una extranjera se han disipado... Ahí está, soltero todavía.

La vieja dijo, persuasiva:

—Mi señor, Sheng ha sido lo bastante cuerdo para no pensar en semejante disparate. Os ruego que, a vuestra edad, no habléis de tonterías.

Por una vez, el viejo no quiso temer a su señora. Se sabía cabeza de aquella familia y casa, de todos aquellos muchachos y muchachas, y se sintió atrevido y contento entre toda aquella gente. Gritó:

—No creo que sea nada malo hablar del casamiento de un hijo, me parece. Supongo que Sheng se casará.

A lo que la señora contestó, majestuosa:

—Yo sé qué es lo que hay que hacer en estos días y mi hijo no tendrá que quejarse de que su madre le forzó a casarse contra su voluntad.

Yuan, que había escuchado todo este diálogo sonriendo ligeramente, vio algo extraño; vio que Sheng sonreía con frialdad y cierta tristeza, y le oyó decir:

—No, madre. No soy tan modernista, después de todo. Casadme como queráis. No me importa... Las mujeres son todas lo mismo para mí... Eso creo...

Ai-lan rio y dijo:

—Eso lo dices porque eres demasiado joven, Sheng.

Rieron también los otros, y la cosa pasó, excepto para Yuan, que no olvidó la mirada de Sheng, mientras todos los demás reían. Era la mirada de alguien a quien ya no le importaba nada, ni aun la mujer con quien se va a casar.

Pero no era posible que Yuan pensara hondamente en Sheng aquella noche. Antes de inclinarse ante el viejo matrimonio, sus ojos buscaron y encontraron a Mei-ling. La vio antes que a los otros, de pie, muy quieta junto a su madre adoptiva, y por un fugaz momento sus miradas se encontraron, aunque ninguno sonrió. Mas allí estaba ella, y no se sintió completamente decepcionado, aunque no la halló tal como la había soñado. Por ahora bastaba con que estuviera en aquella habitación, aunque no pudiese dirigirle la palabra en medio de tanta gente. El verdadero encuentro había de dejarlo para otro lugar. Después. Y aunque la miró muchas veces, ya no volvió a encontrarse con la mirada de ella. La señora, su madre, le dio una calurosa bienvenida, y cuando se acercó a ella y le dio la mano, la retuvo y le dio unos golpecitos. Yuan se quedó junto a la señora por un momento, aunque, mientras lo hizo, Mei-ling pidió permiso para retirarse a buscar algo que necesitaba. Y aunque él se dedicó a los demás, estuvo todo el tiempo sintiendo el calor de su presencia; y cada vez que podía mirarla lo hacía, cuando servía té en una taza o daba algún dulce a los chiquillos.

Casi toda la conversación giró en torno de Sheng aquella noche. Meng y Yuan fueron, muy pronto, parte de los demás. Sheng estaba más hermoso que nunca, tan hermoso, tan seguro de sí mismo en cuanto decía o hacía, que Yuan estaba azorado y se sentía ante él como un jovenzuelo ante un hombre formado. Pero Sheng no quería

esto, y tomándole la mano la retuvo en la suya. Yuan sentía los largos, finos dedos, un poco femeninos, de la mano de Sheng, y este contacto era a la vez agradable y desagradable. Y así era también ahora la mirada de Sheng, pues toda la dulce y aparente franqueza de antes se había tornado en algo muy cercano al mal, algo así como esas flores demasiado plenas, cuyo perfume excesivo sobrepasa lo fragante. Yuan no sabía por qué sentía esto. A veces le parecía que iba a acertar con la causa, pero luego se desorientaba, porque Sheng, aunque hablaba y reía, y su risa era siempre amable y correcta, y su voz grata como una campana, ni baja ni alta, sino bien templada; aunque parecía tomar parte gustosamente en la charla familiar, parecía, empero, distante, remoto. Eso creía notar Yuan, que no podía precisar si Sheng estaba triste por haber regresado. Aprovechó un momento en que estaba junto a él, y le dijo en voz baja:

—Sheng, ¿has sentido dejar aquella ciudad extranjera?

Miró a los ojos de Sheng, esperando una respuesta, pero la cara del muchacho permaneció imperturbable, los ojos como jade oscuro. Hasta que sonrió con su peculiar y amable sonrisa, y dijo:

—¡Oh, no! Estaba dispuesto a volver. Me es igual estar en un lado o en otro.

Yuan siguió preguntando:

—¿Has escrito más versos?

Y Sheng, descuidadamente, contestó:

—Sí. Tengo un librito impreso con mis versos; algunos de ellos los conoces, pero casi todos están hechos después de tu partida. Si quieres, te daré un ejemplar antes de que te vayas esta noche...

Y sonrió cuando Yuan le dijo que quería tener el libro. Otra pregunta más le hizo Yuan:

—¿Te vas a quedar a vivir aquí, o irás a la nueva capital?

Sólo entonces respondió Sheng prontamente, como si se tratara de algo que le importase, y dijo:

—¡Oh! Me voy a quedar aquí, naturalmente. He estado tanto tiempo fuera, que me he acostumbrado a la vida moderna. No podría vivir en una ciudad como esa. Meng me ha contado algo, y aunque está muy orgulloso de las nuevas calles y casas, ha tenido que confesarme, cuando le he preguntado, que allí no hay medios modernos para tomar un baño, ni sitios para divertirse que merezcan tal nombre, ni buenos teatros...; nada, en resumen, de lo que un hombre culto puede pedir para distraerse. Le he dicho: «Mi querido Meng, ¿qué es lo que hay en esa ciudad que te tiene tan satisfecho?». Y entonces ha caído en uno de sus brillantes silencios. ¡Qué poco ha cambiado Meng!

Dijo Sheng todo esto en la lengua extranjera que ahora hablaba con tanta facilidad, pues le brotaban en ella las palabras más fluidamente que en su propio idioma.

La mujer del hermano mayor encontró a Sheng perfecto, y lo mismo Ai-lan,

aunque ya estaba grávida, rio a su antiguo modo alegre, más de lo que últimamente solía. Y se divirtió mucho con Sheng. Sheng contestaba a todas sus preguntas, y Ai-lan se dedicó mucho a él. Era verdad que estaba tan bonita como en sus mejores tiempos, a pesar de su carga.

Sí. Mientras otras mujeres se tornan más escuálidas de rostro, más pobres de sangre, Ai-lan estaba como una preciosa flor en su apogeo, como una rosa abierta al sol. A Yuan lo recibió con vivas muestras de afecto, como a un hermano, pero a Sheng le dedicó sus sonrisas, sus gracias, mientras su marido la miraba indiferente, sin celos, pues, por muy bello que fuera Sheng, él se creía más bello aún, más capaz de ser preferido por cualquier mujer, y sobre todo por la que había escogido. Se amaba demasiado a sí mismo para ser celoso.

Entre charlas y risas comenzó la fiesta, y todos se sentaron, no a la manera antigua, que dividía a viejos y jóvenes. Ahora no se usaba tal separación. Ciertamente que el viejo señor y su esposa se sentaron en los más elevados sitios, pero sus voces no se oían entre las risas de Ai-lan y Sheng, en las que participaban los otros. Fue un rato verdaderamente feliz y alegre, y Yuan estaba orgulloso de aquella gente de su sangre, de aquella gente rica y bien plantada, cuyas mujeres vestían finos trajes de raso a la última moda, y los hombres, excepto el tío, trajes a la usanza extranjera. Meng se mostraba altanero con su uniforme de capitán, y hasta los chicos se sentían alegres con los trajes de seda y sus cintas extranjeras. La mesa estaba cubierta con manjares al estilo occidental, dulces y vinos extranjeros.

Yuan pensó entonces que aquella no era toda su familia. No. Muchas millas adentro, lejos del litoral, vivía el Tigre, su padre, como siempre había vivido. Y lo mismo su tío el Mercader, y los hijos e hijas de este. Estos no hablaban una lengua extranjera ni comían cosas extranjeras. Vivían como habían vivido sus antepasados. «Si ellos hubieran sido conducidos hasta esta pieza —pensó Yuan, un tanto turbado— se habrían sentido inmediatamente incómodos y llenos de malestar». El viejo Tigre se habría molestado por no poder escupir a su antojo, ya que el suelo estaba cubierto por una alfombra de floreada seda, y aunque no era pobre, estaba acostumbrado a los ladrillos y a las losas. Y el Mercader se hubiera sentido enfermo al ver todo aquel dinero gastado en cuadros, en asientos de raso, en figurillas extranjeras, y en aquellas joyas y sortijas que las mujeres llevaban. Esta mitad de la sangre de Wang Lung no podría vivir la vida que el Tigre llevaba, ni aun la que llevaba Wang el Mercader, en aquellas casas que Wang Lung había dejado a sus hijos en la vieja ciudad. Los de allí, nietos y bisnietos de Wang Lung, no podrían vivir en aquella otra casa, fría en el invierno, excepto cuando le daba de frente el sol, sin nada moderno en ella, destechada e incómoda. En cuanto a la casa de tierra, aquello era un tugurio y nada más, olvidado, por supuesto, de toda esta gente.

Menos de Yuan. Como una extraña luz en su memoria, sentado a aquella mesa y entre la alegría de la fiesta, recordó de súbito la casa de tierra; y, al recordarla, le gustó, en cierto modo, todavía... Él no era totalmente uno de aquellos que le

rodeaban, pensó. No era como Ai-lan ni como Sheng... Su apariencia y sus modales extranjeros le hacían sentirse a él menos extranjero de lo que en realidad era. Empero, no podía vivir tampoco en la casa de tierra. No; aunque algo en esta casa le gustaba profundamente, veía que él no podría vivir allí como su abuelo, que fue feliz allí, teniendo en ella su hogar. Él estaba en medio, solitario, entre aquella casa de tierra y esta casa extranjera... No tenía hogar, en verdad. Y su corazón era un corazón solitario, que no podía estar del todo ni aquí ni allá.

Sus ojos observaron a Sheng un momento. Excepto por su piel dorada y por sus oscuros y alargados ojos, Sheng era completamente extranjero. Hasta los movimientos de su cuerpo eran ahora extranjeros, y hablaba como habla un hombre occidental. Sí; Ai-lan parecía muy complacida, y le gustaba eso, lo mismo que a la mujer de su primo. Y hasta el propio primo mayor estaba muy satisfecho, al parecer de Sheng, al verle moderno, y por ello estaba como avergonzado y envidioso, y se dedicaba a comer en silencio para aliviar en parte aquella sensación.

Rápida y disimuladamente, Yuan miró a Mei-ling, celoso, porque se le había ocurrido algo al ver el éxito que Sheng tenía con Ai-lan. ¿Miraría Mei-ling también a Sheng, como las otras jóvenes? ¿Reiría a todo lo que él dijera para hacerlas reír, y lo admiraría con sus ojos? La vio mirar a Sheng tranquilamente, y apartar de él la vista con igual tranquilidad. El corazón de Yuan se sintió aliviado. ¡Pero si ella era lo mismo que él! Ella también estaba en medio, no era totalmente moderna, pero sí distinta en todo de los viejos. La miró una vez más, larga y tiernamente, y dejó pasar sobre él las olas de risas y palabras, y por un momento concentró su alma en sus ojos. Allí estaba ella, sentada junto a la señora. En aquel momento tomaba con los palillos un manjar del plato del centro y lo ponía en el plato de la señora, sonriéndole. Ella estaba, se dijo Yuan apasionadamente, tan lejos de Ai-lan y de los de su modo de ser, como un lirio que crece libre bajo los bambúes es diferente de una camelia criada en invernadero. Sí; ella estaba también «entre»... ¡Bueno, quería decir que él no estaba solo!

De pronto, Yuan notó su corazón tan ardoroso, que no pudo creer que Mei-ling no sintiera lo mismo que él. Su corazón se llenó de amor, y los demás sentimientos se fundieron en este.

Aquella noche se acostó, y estuvo largo tiempo sin dormirse, pensando cómo hablaría con Mei-ling, a solas, el próximo día, y sintiendo cómo el corazón de la muchacha era ya para él, de seguro. De lo contrario, las muchas cartas que le había escrito no tendrían razón de existir. Pensaba, soñaba en cómo se sentarían ambos a hablar; o tal vez la convencería de que paseara con él, puesto que muchas jóvenes salían ya a pasear con los muchachos que conocían y en los que tenían confianza. Y si ella titubeaba, él le diría que, en cierto modo, él era un hermano para ella. Apartó esta idea de la cabeza. «No, no soy su hermano; soy otra cosa». Por fin se durmió, soñando, sin fijeza ni determinación en ninguno de los sueños.

¿Quién pudo haber predicho que aquella noche daría Ai-lan a luz a su hijo? Pues así sucedió. Cuando Yuan despertó por la mañana, oyó gran confusión por toda la casa, ruido de criados que corrían de un lado a otro, y cuando se hubo levantado, lavado y vestido, y bajó al comedor, la mesa estaba a medio poner y una criada soñolienta iba lentamente de un lado a otro. La única persona que había en el comedor era el marido de Ai-lan, vestido como la noche anterior. Cuando entró Yuan le dijo alegremente:

—No seas nunca padre, Yuan, si tu mujer pertenece a esta época. He pasado un rato tan malo como si yo mismo hubiera tenido el hijo. Estoy sin dormir, y con Ai-lan gritando y haciendo tales aspavientos que se podría creer que su fin estaba cercano. Si no hubiera sido por Mei-ling y el doctor, que me tranquilizaron... Estas mujeres de ahora tienen sus hijos con mucho trabajo. Por suerte, es un niño, pues Ai-lan me llamó esta mañana hasta su lecho para decirme que no tendremos ningún hijo más.

Río, pasándose la bella y suave mano sobre la riente cara, un poco cansado, y se sentó a comer con gran apetito lo que la criada le había servido. Había sido padre varias veces antes, y aquello no era ninguna novedad para él.

Así nació el hijo de Ai-lan en aquella casa, en la que todos estaban ocupados y absortos por el acontecimiento, y Yuan no pudo ver a Mei-ling sino un momento, de paso. Tres veces fue el médico aquel día, y nada le agradaba a Ai-lan más que este fuera extranjero; era un inglés alto y rubio, que habló con Mei-ling y la señora, diciéndoles lo que Ai-lan debía comer y cuántos días debía permanecer en la cama. Había también que cuidar al niño, y Ai-lan pidió que esto lo hiciera Mei-ling. Esta aceptó de buen grado. El chico lloraba mucho, porque la leche de la nodriza que llevaron de primera intención no le bastaba, y hubo que buscar y probar otras.

Porque Ai-lan, como muchas de sus contemporáneas, no quería criar a su hijo. Tenía miedo de que sus pechos se hicieran, por esta causa, demasiado grandes, echando a perder las elegantes líneas de su cuerpo. Esta fue la única discusión violenta que Mei-ling tuvo con ella. Le gritó a Ai-lan, acusadoramente:

—No eres digna de haber tenido este precioso niño. Ha nacido fuerte, rollizo y lleno de apetito, y tus pechos están llenos y no quieres alimentarlo. ¡Indigno, indigno, Ai-lan!

Ai-lan, al oír esto, lloró con estrépito, para que la compadecieran, y respondió a Mei-ling:

—Tú no sabes nada de esto. ¡Cómo vas a saberlo, siendo virgen! No sabes lo desagradable que es llevar un hijo durante meses y meses, y que todos los vestidos te caigan mal. ¿Y quieres que ahora, después de todos mis sufrimientos, esté fea otros meses más? ¡No, ese menester lo deben hacer mujeres más rudas, sirvientas! ¡Yo no lo haré! ¡No lo haré!

Ai-lan lloraba con toda la cara descompuesta, pero Mei-ling no cedía. Yuan se enteró de esta discusión porque Mei-ling fue a decírselo al marido de Ai-lan cuando estaban en el mismo cuarto. Mientras Mei-ling le hablaba al padre, Yuan la contemplaba con admiración, y nunca le pareció Mei-ling tan amable y sincera. La muchacha entró apresurada, enojadísima, y empezó a hablar sin ver que Yuan estaba allí, dirigiéndose al padre de la criatura:

—¿Consentiréis en esto? ¿Dejaríais que Ai-lan perdiera la leche sin alimentar a su hijo? ¡El niño tiene hambre, y ella no quiere darle de mamar!

El marido se limitó a sonreír, a encogerse de hombros y a responder:

—¿Ha hecho alguna vez Ai-lan algo que no quisiera hacer? Por lo menos, yo no lo he intentado nunca, ni lo intentaré, por cierto, en este caso. Ai-lan es una mujer moderna.

Rio y dirigió una mirada a Yuan. Pero Yuan estaba mirando a Mei-ling. Los ojos de la muchacha se agrandaban mientras miraba al marido de Ai-lan. Su palidez se acentuó y dijo sin aliento:

—¡Infame! ¡Infame!

Y, volviendo la espalda, salió de la habitación sin añadir una palabra más.

Cuando hubo salido, el marido dijo afablemente a Yuan, hablando de hombre a hombre:

—Después de todo, no puedo criticar por esto a Ai-lan. Es duro tener que criar a un niño, y eso exige pasarse el tiempo en la casa. Yo no puedo pedirle a Ai-lan que prescindiera de sus diversiones, y, en verdad, me gusta que trate de conservar su belleza. Por lo demás, al niño le sentará muy bien la leche de una nodriza.

Al oír esto, Yuan se sintió apasionadamente impulsado a defender el punto de vista de Mei-ling. ¡Ella tenía razón! Se levantó bruscamente, para dejar a aquel hombre con quien no simpatizaba, y dijo con frialdad:

—Por mi parte, pienso que una mujer puede ser demasiado moderna en ocasiones. Creo que Ai-lan no tiene razón en este caso.

Y se dirigió lentamente a su cuarto, esperando encontrar a Mei-ling en el camino. Pero no fue así.

Pasaron los días de sus vacaciones, y no pudo encontrar a Mei-ling sino de tarde en tarde, nunca más de diez minutos, y tampoco sola. Ella y la señora andaban todo el tiempo en derredor del recién nacido; la señora, como en un éxtasis, pues que aquel era el hijo que ella no había tenido. Aunque estaba acostumbrada a las nuevas costumbres, quiso conservar en esta ocasión algunas de las antiguas. Hizo pintar de rojo unos huevos y decidió festejar el día que aquel niño cumplía el primer mes. Cada vez que trazaba un plan, hablaba con Mei-ling, pareciendo que había olvidado que Ai-lan era la madre y confiando para todo en su hija adoptiva.

Antes de que llegara aquella fiesta del primer mes, Yuan debía partir a la nueva ciudad para seguir trabajando. Pasaban ahora los días muy vacíos para él; se entristeció y pensó que Mei-ling no debía estar todo el tiempo ocupada en otras cosas y que debía concederle algunos ratos a él. Cuando se acercaba el último día de sus vacaciones, llegó a convencerse de que Mei-ling lo rehuía de intento, y que trataba de no encontrarse a solas con él. Atraída por el niño, también la señora parecía olvidarse de Yuan y de que él amaba a Mei-ling.

Y así llegó el día del regreso. Aquel día apareció Sheng muy contento aparentemente, y dijo a Yuan y al marido de Ai-lan:

—Estoy invitado a una fiesta muy divertida esta noche. Hacen falta unos jóvenes para tomar parte en un cuadro. ¿Queréis olvidar por unas horas vuestra edad, fingir que sois jóvenes y ser parejas de unas preciosas mujeres?

El marido de Ai-lan contestó risueño que estaba dispuesto, y que había estado tan atado a Ai-lan durante aquellos días que se había olvidado de lo que era divertirse. Pero Yuan se excusó; no había ido durante años a aquellas diversiones, desde que acompañaba a Ai-lan, y ahora sentía renacer su antigua timidez cuando pensaba en mujeres desconocidas. Pero Sheng estaba empeñado, y le insistió, y aunque al principio se negaba, llegó un momento en que se dijo: «¿Por qué no voy a ir? Es una estupidez sentarse en esta mesa y esperar una hora que no llegará. ¿Qué le importará a Mei-ling que yo me divierta?». Así, pues, terminó diciendo:

—Bueno, iré.

Durante aquellos días parecía que Mei-ling no había visto a Yuan, tan atareada

estaba. Pero aquella noche, cuando Yuan salió de su cuarto, vistiendo el traje negro extranjero que se usa para salir de noche, pasó junto a él, llevando en brazos al chiquitín de Ai-lan, dormido. Al verle, le preguntó:

—¿Adónde vas, Yuan?

Y él contestó:

—A una fiesta que dan esta noche, voy con Sheng y con el marido de Ai-lan.

Yuan creyó que en aquel momento la mirada cambió en los ojos de Mei-ling. Pero no estaba seguro, y decidió que era equivocado creer en aquello, pues Mei-ling se limitó a estrechar un poco al dormido chicuelo entre sus brazos y a decir:

—Espero que te diviertas mucho.

Y se fue.

Yuan se sentía irritado contra Mei-ling, y se decía: «Bien. Entonces, sí, me divertiré mucho. Esta es mi última noche aquí, y voy a pasarlo muy bien».

Y así lo hizo. Aquella noche hizo Yuan lo que nunca había hecho. Bebió cuanto vino quiso, y sin necesidad de que nadie se lo ofreciera; bebió hasta no ver claramente las caras de ninguna de las muchachas que bailaron con él; solamente se dio cuenta de que tenía una muchacha entre sus brazos. Bebió tanto vino extranjero, a lo que no estaba acostumbrado, que todo el iluminado y florido vestíbulo le pareció una visión giratoria y brillante. Hasta Sheng le gritaba, animándole:

—¡Yuan, eres un tipo de suerte! Eres uno de esos que se ponen más pálidos cuanto más beben, al reyes que nosotros. Sólo tus ojos te delatan, pues te aseguro que arden como carbones encendidos.

Entre aquellos efectos de la bebida, Yuan encontró a una mujer que había visto antes en alguna parte, una mujer que le presentó Sheng, diciéndole:

—Esta es una nueva amiga mía, Yuan. Te la cedo para que bailes una vez con ella y me digas si has encontrado alguna que baile mejor.

Yuan se encontró con ella entre los brazos. Era una criatura extraña, esbelta, con un largo vestido extranjero de tela blanca, brillante, y cuando le miró el rostro creyó haberla visto en otra ocasión, pues no era una cara que se olvidase fácilmente, una cara morena y redonda, de labios gruesos y apasionados, no bella, pero que atraía por su mismo extraño atractivo. Ella dijo, entonces:

—¡Yo creo que te conozco! Vinimos en el mismo barco. ¿Te acuerdas?

Yuan esforzóse en recordar, concentrando su acalorado pensamiento, y recordó. Dijo sonriendo:

—Tú eres la muchacha que gritaba que siempre sería libre.

Los ojos de la muchacha se hicieron un poco sombríos, y sus labios, muy bien pintados, se movieron para decir:

—No es fácil ser libre aquí. Bueno, supongo que soy lo bastante libre..., pero estoy terriblemente sola. —Dejó de bailar, tiró de la manga a Yuan y le dijo—; Ven, sentémonos. Cuéntame. ¿Has sido tan desdichado como yo? Mira, yo soy la hija menor, y mi madre ha muerto... Mi padre es el lugarteniente del gobernador de la

ciudad. Tiene cinco concubinas... Muchachuelas de poco más o menos... Imagínate la vida que llevo... Conozco a tu hermana; es preciosa, pero es como todas las demás. ¿Sabes tú lo que es la vida de las muchachas como tu hermana? Jugar todo el día, bailar toda la noche, murmurar... ¡Yo no puedo llevar esa vida! ¡Yo quiero hacer algo! ¿Qué estás haciendo tú?

Estas palabras parecieron tan extrañas en sus pintados labios, que Yuan les prestó atención. Callaron un momento, ella esperando, y entonces Yuan le habló de la nueva ciudad, de sus trabajos, de que había encontrado un puesto que le gustaba y un agradable quehacer. Cuando llegó Sheng y tomó de la mano a la muchacha para sacarla a bailar, ella le apartó suavemente, y haciendo un mohín, le dijo:

—¡Déjame! Quiero hablar en serio con este.

Sheng se rio y dijo en broma:

—¡Yuan, me sentiré celoso si llego a creer que ella puede tomar algo en serio!

Pero la muchacha se había vuelto hacia Yuan, y empezó a mostrarle su apasionado corazón. Y por ella hablaba todo su cuerpo; los lindos hombros se alzaban y bajaban, las manos no se estaban quietas...

—¡Oh, los detesto a todos!... Y no puedo irme de nuevo al extranjero... Mi padre no quiere darme dinero. Dice que no puede gastar más en mí... ¡Y todas esas concubinas jugándose ese dinero!... Odio todo esto. Las concubinas se dedican a hablar mal de mí, porque salgo sola con hombres.

A Yuan no le gustaba aquella muchacha. Le repelían el desnudo pecho, que dejaba ver el escote, el traje extranjero y los labios excesivamente pintados, pero comprendía su angustia y la compadecía.

—¿Por qué no te dedicas a hacer algo? —le dijo.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó ella—. ¿Sabes en lo que me especialicé en el colegio? Decoración interior para las casas al estilo occidental. He decorado mi cuarto. He trabajado un poco en casa de una amiga, pero gratis. ¿Qué puedo hacer aquí? Quiero estar aquí. Esta es mi tierra. Pero he estado fuera demasiado tiempo. No encuentro lugar para mí en ninguna parte... No tengo patria.

Yuan había olvidado que aquella era una noche para divertirse: tan conmovido se sentía por lo que le estaba diciendo la pobre criatura. Ante su mirada compasiva, estaba la muchacha, alegre con su estúpido vestido extranjero, con los pintados ojos llenos de lágrimas.

Antes de que pudiera decirle algo que la consolara, había vuelto Sheng. Y ahora se negó a que le rechazaran. No vio las lágrimas. Ciñó la cintura de la muchacha con su brazo, y riendo, la sacó a bailar. Yuan se quedó solo.

No tenía ganas de bailar más. Toda la alegría había huido de aquel ruidoso salón. Una vez pasó la muchacha cerca de Yuan, bailando con Sheng. Tenía la expresión ausente; sin lágrimas miraba a Sheng y no parecía la misma que unos segundos antes había dicho aquellas palabras. Yuan, a solas, dejó que el criado le llenara el vaso una y otra vez.

Al fin de aquella noche de diversión, cuando volvían a casa, Yuan estaba sereno otra vez, aunque el vino ardía dentro de él como una fiebre. Pero fue capaz de ayudar al marido de Ai-lan, que iba borracho hasta no poder apenas dar paso, con la cara roja y balbuceando como un niño.

Yuan llamó a la puerta, y en vez de una criada, quien abrió fue Mei-ling. Y cuando el borracho la vio, parecióle, por lo visto, recordar que había algo entre Mei-ling y Yuan, y dijo:

—Tú...; tú debiste haber ido... Había allí una linda rival... que no quería dejar a Yuan... Peligroso, ¿eh?

Y se echó a reír a carcajadas. Mei-ling guardó silencio. Al verlos, llamó a un criado que había cerca y le dijo:

—Lleva al señor de mi hermana a su cama, ya que está tan borracho que no puede ir solo.

Cuando se fueron los dos, miró a Yuan con profundos ojos. Allí estaban por fin los dos solos. Y cuando Yuan vio el desprecio y la rabia contra él en los ojos de Mei-ling, sintió como si una ráfaga de viento le disipara todo el alcohol de la noche. Sintió que el calor desaparecía, y por el momento casi tuvo miedo de ella. Estaba tan enojada, tan silenciosa...

Pero no. Aquellos días apenas le había hablado; ahora le dijo:

—Tú eres como los demás, Yuan. Como cualquiera de estos locos y ociosos Wangs. Me he equivocado. Me dije: «Yuan es diferente. Yuan no es un pisaverde semiextranjero que pasa el tiempo bebiendo y bailando...». Pero eres igual que ellos. Igual. Mírate. Mira ese traje estúpido que llevas..., ese olor a vino... Estás borracho tú también.

Yuan se enfureció. Infantilmente enojado, gritó:

—Tú no has querido darme nada... Sabías que te estaba esperando... ¡Y has dado excusa tras excusa!...

—¡No he hecho tal cosa! —gritó Mei-ling; y, fuera de sí, dio a Yuan una rápida, violenta bofetada, como si fuera un niño malo—. Sabes que he estado ocupada todo el tiempo... ¿Quién era esa mujer? Y esta era la última noche... Y lo había pensado... ¡Te odio!

Se echó a llorar y salió corriendo. Yuan se quedó perplejo, lleno de dolor, no comprendiendo nada sino que ella le había dicho que le odiaba. Así terminaban aquellas pobres vacaciones.

Al día siguiente volvió Yuan a su trabajo. Solo, porque Meng ya había regresado. Habían comenzado las lluvias de fines de invierno, y el tren avanzaba en el día oscuro. Caía el agua por el cristal de la ventanilla, y apenas podía ver el paisaje. En cada ciudad, las calles estaban llenas de agua sucia, y las estaciones estaban vacías, exceptuando a los escasos y friolentos hombres que andaban haciendo algún trabajo o tenían que estar en los andenes.

Yuan, pensando que no había vuelto a ver a Mei-ling pues había partido muy

temprano sin poder despedirse, se decía que aquella era la hora más amarga de su vida...

Cansado de mirar la lluvia, inquieto, tomó el libro de versos de Sheng, que aún no había leído, y comenzó a pasar las hojas, sin preocuparse mucho de leerlas todas. En cada página había unas pocas líneas impresas, un grupo de cortas frases, al parecer exquisitas, según pensó Yuan. Lleno de curiosidad, llegó a olvidar sus penas, y leyó entonces el libro con atención y cuidado; y vio que aquellos poemillas de Sheng eran solamente esquemas vacíos. Pequeñas, amables variedades, todas exquisitas y vanas. Pero sonaban bien, tanto, que Yuan llegó a olvidar su falta de contenido. Hasta que, volviendo a esto, se convenció de que aquellos versos no tenían nada dentro. Cerró el lindo libro, encuadernado en papel de plata, y lo dejó a un lado. Afuera, las aldeas pasaban, hundidas en la lluvia gris. En las puertas de las casas, los hombres miraban caer la lluvia, que golpeaba los tejados sobre sus cabezas. En los días de sol aquellos hombres estarían al aire libre, viviendo fuera, como las bestias, pero alegremente. Pero los largos días de lluvia les hacían vivir en sus tugurios, y al cabo de ellos estaban medio locos de frío y de miseria, y miraban con odio y desesperación al cielo que tanta agua hacía caer sobre ellos.

Aquellos versos no eran sino simpáticas tonterías. La luz de la luna sobre los rubios cabellos de una mujer muerta... Una fuente helada en un parque... Una isla misteriosa en mares suaves y verdes, entre pálidas arenas...

Yuan veía las amargas caras bestiales, y pensó: «Por mi parte, yo no escribiré nada. Si yo escribiera esas cosas que hace Sheng, que no comprendo del todo aunque sean exquisitas, ¿para qué recordar esas caras turbias, esos albergues infames, esa vida inferior de la que él no sabe nada, de la que nunca sabrá nada? Pero tampoco podría yo escribir sobre esta otra terrible vida. ¿Por qué seré tan rudo, por qué estaré tan turbado?».

Llovió durante todo el viaje, y Yuan bajó del tren entre lluvia y niebla, y bajo aquella lluvia las murallas viejas de la ciudad parecían ser más hoscas, negras y altas. Llamó a un conductor de *rickshaw*, y se sintió frío y solo, mientras el conductor del vehículo se deslizaba corriendo por las calles. Una vez el hombre resbaló y cayó de bruces, y mientras se recobraba y secaba la lluvia de la brillante cara, Yuan miró y vio las cabañas y las chozas al pie de la muralla. La lluvia las había inundado, y los habitantes estaban sentados fuera, bajo la lluvia, esperando en silencio que el cielo cesara en su diluvio.

Así empezó el año para Yuan, aquel año que él soñaba iba a ser el más feliz y el mejor de su vida. Y empezó mal. Las lluvias siguieron, persistentes, aquella primavera, y aunque los sacerdotes rezaban en los templos, los males aumentaron. Pues estas supersticiones encolerizaron a los jóvenes jefes, que no creían en más dioses que en sus propios héroes, y ordenaron que los templos fueran cerrados, y mandaron, sin el menor reparo, soldados que ocuparon dichos templos, reduciendo a los sacerdotes a pequeñas habitaciones, las peores de todas. Esto, sin embargo, irritó a

la gente campesina, que podían no querer a aquellos sacerdotes cuando les pedían plata, pero que ahora temían mayores castigos. Decían que las lluvias caían por culpa de los nuevos gobernantes, y por esta vez se pusieron de parte de los sacerdotes.

No cesó de llover durante un mes. Aún seguían las lluvias, y el gran río empezó a crecer, enviando riadas a los canales y afluentes, temiéndose una inundación de esas que lo arrasaban todo y traían el hambre como consecuencia. El pueblo había creído, en cierto modo, que los nuevos tiempos y las nuevas leyes harían un nuevo cielo y una nueva tierra, y cuando las gentes vieron que no había tal cosa y que el cielo se portaba tan descuidadamente como antes y que la tierra no daba más cosecha, gritaron contra los nuevos gobernantes, llamándolos falsarios, peores que los antiguos. Los antiguos descontentos, acallados un tiempo por las promesas, volvieron a brotar.

Yuan se sentía otra vez «dividido». Meng, metido en su estrecho cuartel durante aquellos lluviosos días, incapaz de gastar las energías de su joven cuerpo en adiestrar a sus soldados, iba con frecuencia a la habitación de Yuan, y allí discutían, pues a Meng le parecía mal todo lo que decía su primo. Vociferaba contra la lluvia, contra su general, contra los nuevos gobernantes, que cada día se mostraban más egoístas y menos preocupados del pueblo. Era tan injusto a veces, que Yuan, un día, no pudo contenerse y le contestó:

—No podemos echarles a ellos la culpa de que llueva así ahora, y si vienen inundaciones, tampoco podremos culparlos.

Meng gritó brutalmente:

—Les echaré la culpa, a pesar de todo, porque no son verdaderos revolucionarios. —Bajó un poco la voz y añadió, nervioso—: Yuan, voy a decirte algo que nadie sabe. Pero voy a decírtelo porque, a pesar de que eres tan blando y no te entregas del todo a ninguna causa, eres bueno a tu manera; se puede confiar en ti y eres siempre el mismo, óyeme: si algún día sabes que me he ido, no te extrañes, y diles a mis padres que no teman. La verdad es que dentro de esta revolución está fraguándose otra, una revolución mejor, más verdadera, una nueva revolución, Yuan. Y yo y cuatro de mis compañeros estamos decididos a unirnos a ella. Tomaremos a los hombres que nos sean leales y nos iremos al Oeste, donde se está fraguando la cosa. Ya se han unido a ella miles de jóvenes, pero nadie lo sabe. Voy a encontrar la ocasión de ponerme frente a ese viejo general que no quiere que suba.

Meng se quedó un momento pensativo, ausente, hasta que su morena cara adquirió un extraño brillo, o tal vez recobró la irradiación que antes tenía y que ahora había disminuido. Dijo, más tranquilo y reconcentrado:

—Esta verdadera revolución, Yuan, es por el bien del pueblo. Nos adueñaremos del país, en beneficio del pueblo, y ya no habrá más pobres ni ricos...

Así habló Meng, y Yuan le dejó hablar y hablar, escuchándole con silenciosa tristeza. Pensaba que había oído estas mismas palabras, una y otra vez, durante toda su vida, y aún había pobres, y aún se decían las mismas palabras. Recordó que había

visto pobres hasta en aquellas tierras extranjeras. Sí, por doquiera, y siempre habría pobres. Dejó hablar a Meng, y cuando este salió, Yuan se acercó a la ventana y estuvo un rato viendo caer la lluvia y mirando a la poca gente que bajo el agua iba de un lado a otro. Vio salir a Meng y atravesar la calle, con la cabeza alta, a pesar de la lluvia. Era el único que parecía altanero. La mayor parte de los otros eran conductores de *rickshaws*, que trabajosamente caminaban sobre las resbaladizas piedras.

Se acordó de nuevo de aquello que no podía olvidar del todo: que Mei-ling no le había escrito ni una sola vez. Ni él a ella tampoco. Pensó: «De nada sirve que le escriba, si me odia». Y esto selló la tristeza de aquel día.

No le quedaba sino su trabajo, y a él hubiera querido dedicar toda su energía; pero aun para esto el año empezó mal, pues el descontento llegó también a las escuelas, los estudiantes protestaron contra las leyes que les habían impuesto, y, muy dueños de los derechos que la juventud les daba, se pusieron frente a los gobernantes y los profesores, y dejaron de asistir a las clases, de modo que a veces Yuan entraba en la fría y ventosa aula y no encontraba a nadie. Tenía entonces que regresar a su casa y ponerse a leer los viejos libros que ya conocía, pues no se atrevía a gastar en otros nuevos, ya que puntualmente enviaba a su tío lo que ganaba, para pagar su deuda. En estas largas y oscuras noches, el término de su deuda le parecía algo tan remoto y desesperado como el sueño que una vez tuvo por Mei-ling.

Un día, en la desesperanza de la ociosidad (pues había ido durante siete días y encontrado vacía la clase), caminaba por el barro y bajo la lluvia, dirigiéndose hacia la tierra donde había plantado las semillas extranjeras. Pero ni aun allí se podría cosechar nada, porque, como el trigo extranjero no resistía tan largas lluvias y la tierra negra y pesada conservaba el agua más de lo que las raicillas podían soportar, el trigo extranjero estaba podrido en la empantanada tierra. Había crecido rápidamente, no se había perdido ninguna semilla, pero ahora el cielo no era el que convenía a su naturaleza; las raíces menguaron, y todo yacía desperdiciado y maltrecho.

Mirando esta otra esperanza que huía, tristemente, un granjero vio a Yuan y corrió hacia él, bajo la lluvia, para gritarle con malicia y contento:

—Ya ves que el trigo extranjero no es bueno, después de todo. Creció alto y hermoso, pero sin fuerzas suficientes... Te dije, a su tiempo, que esas semillas no servían aquí. Mira mi trigo. Está muy húmedo, pero no ha muerto, y, seguramente, no morirá.

Yuan miraba en silencio. Era verdad. En un plantío cercano, el trigo, pequeño, fuerte, se mantenía recio entre el barro, menudo y corto, pero no muerto... No pudo contestar. Ni pudo soportar la risa y la expresión estúpida de aquel hombre. Por un momento, comprendió que Meng hubiera golpeado al hombre del *rickshaw*. Pero Yuan no podía golpear a aquel individuo. En silencio, volvió a su casa.

* * * *

¿Cómo iba a terminar esta desesperación de Yuan? Él no lo sabía. Aquella noche, acostado, lloró; tan honda era su melancolía. Lloró sin saber precisamente por qué. Le parecía que lloraba porque los tiempos eran tan desesperados, los pobres aún pobres, la nueva ciudad estaba sin terminar y agobiada por la lluvia, el trigo destrozado, la revolución debilitada, nuevas guerras anunciándose y su trabajo imposibilitado por la ausencia de estudiantes. Todo era oscuro para Yuan aquella noche, pero lo más triste de todo era no haber tenido carta de Mei-ling, durante catorce días, y que sus últimas palabras aún estaban presentes en su memoria, tan claras como en el momento en que ella las dijo. No la había visto después que le gritó: «¡Oh te odio!».

Una vez le escribió la señora, y Yuan tomó apresurado la carta, para ver si en ella veía el nombre de Mei-ling; pero no estaba. La señora le hablaba solamente del hijo de Ai-lan y decía cuán contenta estaba, porque, aunque Ai-lan había vuelto a su propia casa, junto a su marido, le había dejado el niño para que lo cuidara, pues encontraba que era demasiada preocupación para ella. La señora decía contenta:

Soy lo bastante débil como para alegrarme de que Ai-lan prefiera sus diversiones y placeres, pues así me deja a su hijo. Sé que ella hace mal en esto... Pero yo me paso el día con el chiquillo en brazos.

Pensando en esta carta, sentado en su solitario y oscuro cuarto, Yuan sintió que una nueva y leve tristeza aumentaba la que ya tenía. El pequeñín parecía haberse adueñado del corazón de la señora, y esta parecía no necesitar más de Yuan. En su angustia, pensó: «A mí no me necesita nadie, en ninguna parte, por lo visto». Y volvió a llorar hasta que se quedó dormido.

* * * *

Pronto creció el descontento contra los nuevos rumbos, mucho más extenso de lo que esperaba Yuan, que seguía su vida solitaria en la nueva ciudad. Escribía, sin falta, una vez al mes a su padre, y al mes siguiente el Tigre le contestaba. Yuan no había vuelto a visitarlo, en parte porque quería dedicarse a su trabajo y no estar alejado de su labor y, en parte, porque prefirió pasar la corta vacación cerca de Mei-ling.

No podía haberse dado cuenta de cómo andaban las cosas a juzgar por las cartas del Tigre, quien siempre le escribía sobre lo mismo: sobre sus planes de guerra, para la primavera, contra aquel jefe de bandoleros que se había tornado muy atrevido. El Tigre juraba que lo aplastaría, yendo contra él al mando de sus leales, para bien del pueblo.

Yuan pasaba aprisa por estos renglones. Ahora no le impresionaban las bravatas de su padre, y se limitaba a sonreír, recordando que estas bravatas le asustaron

durante un tiempo, y dándose cuenta de que eran palabras vacías. A veces, pensaba: «Mi padre se esta haciendo viejo. En el verano iré a ver cómo está». Y en otro momento: «Debí haber ido a verle estas vacaciones, por gratitud». Suspiró, pensando en cómo andaría el pago de su deuda al llegar el verano. Deseaba que su paga le llegara puntualmente, que no le faltase, para ir reduciendo la deuda sin aplazamientos, pues la paga le llegaba retrasada, o no le llegaba en aquellos turbulentos tiempos, que no eran ni completamente nuevos ni totalmente viejos, y que estaban llenos de incertidumbre.

Nada había en las cartas del Tigre que pudiera preparar a su hijo para lo que iba a suceder.

Una mañana, apenas se había levantado y estaba a medio lavar, junto a su estufilla, que cada mañana encendía para aplacar el frío, llamaron a la puerta de un modo temeroso y persistente. Yuan gritó:

—¡Entrad!

Quien entró fue la persona que menos hubiera esperado Yuan: su primo, el campesino, el hijo mayor de Wang el Mercader.

Yuan comprendió al momento que algo malo le había sucedido a aquel hombrecillo cuidadoso, pues tenía moretones en la pálida garganta y hondos arañazos le cruzaban la blanquecina cara. Le faltaba un dedo en la mano derecha y llevaba un pañuelo completamente empapado en sangre.

Al ver esto, Yuan se quedó perplejo, callado, sin saber qué pensar o decir. Al ver a Yuan, el hombrecillo empezó a sollozar calladamente. Yuan se dio cuenta de que algo terrible tenía que contarle. Se vistió a toda prisa, hizo sentar a su primo, echó unas hojas de té en un cazo, agua caliente sobre ellas, de una tetera que había sobre la estufa, y dijo:

—Habla y dime qué ha pasado. Veo que ha sido algo terrible.

Y esperó.

El hombre tomó aliento y comenzó a decir en voz baja, mirando de vez en cuando a la cerrada puerta, temiendo que se moviera:

—Hace nueve días y una noche, la banda de ladrones cayó sobre nuestra ciudad. Fue culpa de tu padre. Tu padre fue a pasar unos días en casa del mío, y esperó a que pasara la luna del Año Nuevo. No quiso estarse tranquilo, como le corresponde a un hombre viejo. Una y otra vez le rogamos que se callara, pero andaba fanfarroneando por todas partes y diciendo que pensaba ir a guerrear contra el jefe de bandidos tan pronto como la primavera llegase, y que le haría morder el polvo, como la otra vez. Nosotros tenemos enemigos, incluso entre los campesinos, pues los colonos detestan a los amos de la tierra y es seguro que ellos les dijeron algo a los ladrones para incitarlos. El jefe se enfureció, envió a unos hombres para que dijeran por todas partes que él no tenía miedo al viejo Tigre sin dientes, y que no esperaba a la primavera, sino que en aquel mismo momento empezaría la guerra contra el Tigre y los de su casa... Aun así pudimos haberlos contenido, pues mi padre y yo, al oír

aquello, enviamos al jefe una gran suma de dinero, veinte cabezas de ganado vacuno y cincuenta de ganado lanar, para que sus hombres mataran y comieran de ellas. Excusamos los insultos de tu padre y rogamos al jefe que no hiciera caso de las palabras de un anciano. Y todo hubiera ido bien si no se hubiese producido una revuelta en nuestra misma ciudad.

El hombre dejó de hablar y cayó en una especie de temblor, hasta que Yuan le dijo, para animarlo:

—No te apresures. Toma ese té caliente. No temas. Haré todo lo que pueda. Sigue hablando cuando hayas descansado.

Por fin, el otro pudo seguir, dominando su temblor, y continuó en un susurro:

—Bueno, yo no entiendo estas perturbaciones de los tiempos. Pero lo cierto es que hay una nueva escuela revolucionaria en nuestra ciudad, y todos los jóvenes van a ella, cantando no sé qué cosas, inclinan la cabeza ante un nuevo dios, cuyo retrato cuelga de la pared, y detestan a los dioses antiguos. Bueno, esto no importaría demasiado si no fuera porque están instigados por uno que fue en un tiempo primo nuestro, antes de que hiciera sus votos, un jorobado; tú no debes de haberlo visto nunca.

El hombre hizo una pausa, y Yuan dijo:

—Lo vi una vez, hace mucho tiempo. —Y recordó al jorobado de quien su padre decía que llevaba dentro un corazón de soldado, porque una vez que el Tigre pasó por la casa de tierra, el jorobado tomó su fusil extranjero, mirando a todas partes y haciendo como si el arma fuera suya; y el Tigre solía decir, bromeando: «Si no fuera por esa joroba, yo le habría pedido a mi hermano que me lo diera». Yuan lo recordó. Dijo a su primo que continuase.

El hombrecillo siguió diciendo:

—Este primo nuestro, sacerdote, se ha contagiado de la locura de los revolucionarios, y hemos oído decir que andaba inquieto y como fuera de sí en estos dos últimos años, desde que su madre adoptiva, que era monja, murió a causa de una tos maligna que había padecido largo tiempo. Mientras vivió, ella solía coser los vestidos del jorobado, le enviaba algunos dulces que no tenían carne de animal y vivían en paz. Pero cuando ella murió, el jorobado se tornó rebelde en su templo, y, por último, se fugó, uniéndose a una banda de gente de no sé qué cosa; lo único que sé es que instigan a los colonos a no pagar sus rentas a los señores y a quedarse con la tierra. Bueno, esta banda se unió a la de los bandidos, llenó nuestra región y nuestras tierras de confusión. Nunca se había visto tal cosa. Y lo que dicen es tan perverso, que no puedo repetirlo, excepto que odian a sus padres y a sus hermanos, y que cuando matan, empiezan por matar a sus propios patronos. Y, además, esta lluvia, cayendo sobre la tierra; y la gente, esperando que llegue el hambre, revolucionada por estos nuevos tiempos, ha sobrepasado toda idea de decencia...

El primo empezó a temblar de nuevo. Su historia se hacía tan pesada, que Yuan, sin poder resistirlo, le dijo, impaciente:

—Sí, sí..., ya sé. Aquí está lloviendo lo mismo... Pero ¿qué sucedió?

El hombrecillo dijo solemnemente:

—Eso: todos se reunieron, los viejos ladrones y los nuevos campesinos rebeldes, y cayeron sobre la ciudad y la saquearon. Mi padre y mis hermanos, con nuestras esposas e hijos, escapamos sin poder llevar más que lo puesto y un poco que llevábamos oculto, y corrimos hacia la casa de nuestro hermano mayor, que es como si fuera gobernador de la ciudad dominada por tu padre... Pero tu padre no quiso huir. Seguía diciendo bravatas, fanfarroneando como un viejo loco, y a todo lo que accedió fue a irse a la casa de tierra, en los terrenos que pertenecieron a nuestro abuelo... —Descansó un momento, y, tiritando más que nunca, continuó, con la respiración entrecortada—: Pronto dieron con él los bandidos y su jefe. Atraparon a tu padre, lo colgaron de los pulgares de una viga del cuarto en donde estaba y le robaron cuanto les dio la gana, llevándose especialmente su espada, que él tanto quería, y matando a todos los soldados, excepto al hombre del labio leporino, que se salvó arrojándose a un pozo seco. Cuando oí esto, y fui secretamente en su ayuda, me cogieron a mí también, me cortaron el dedo, y si no me mataron fue porque no les dije quién era y me tomaron por un criado, diciéndome: «Ve y dile a su hijo que el Tigre está aquí colgado». Por eso he venido.

Empezó a llorar amargamente, se deslió del dedo el sangriento pañuelo, mostró a Yuan el descarnado hueso y la desgarrada carne, y la herida sangró de nuevo.

Yuan estaba fuera de sí. Se sentó, con la cabeza entre las manos, tratando de pensar más claramente de lo que podía. Lo primero que tenía que hacer era ir en busca de su padre. Pero si su padre estaba ya muerto... Bueno, alguna esperanza tenía de que viviera, ya que el viejo fiel criado se había quedado allí.

—¿Se fueron los bandidos? —preguntó, levantando de pronto la cabeza.

—Sí. Se fueron, llevándose todo —contestó el otro, volviendo a sollozar—. Pero la casa grande..., la casa grande..., quemada, vacía... Los colonos hicieron eso..., ellos, que debieron unirse para salvarnos... Se han llevado todo lo nuestro... La buena casa de nuestro abuelo... Y decían que la tierra es de ellos y que iban a dividirla... Esto lo escuché con mis propios oídos... ¿Y quién se atreve a ir ahora a ver lo que en realidad ha pasado?

Cuando Yuan oyó esto, se sintió casi más impresionado que por los sufrimientos de su padre. Habían sido robados, ellos y su casa. Se levantó pesadamente, conmovido.

—Iré inmediatamente en busca de mi padre —dijo. Y tras pensar un poco, añadió—: Tú debes irte a la ciudad de la costa, a una casa cuyas señas te voy a escribir, y allí encontrarás a la señora de mi padre. Dile que yo me fui en seguida, y si ella quiere ir también hacia su señor, déjala ir.

Esto decidió Yuan. Cuando el hombrecillo comió y hubo recobrado, partió, y Yuan salió aquel mismo día en dirección a la casa de su padre.

Los dos días y las dos noches que pasó en el tren, estuvo pensando que todo

aquello parecía más bien una historia maligna sacada de un libro viejo. No era posible, se decía Yuan, que en los nuevos tiempos sucediera una cosa tan mala y de apariencia tan antigua. Pensó en la gran ciudad de la costa, tan ordenada y pacífica, donde Sheng pasaba sus ociosos días, donde Ai-lan vivía segura y descuidada, riendo siempre, ignorando —sí, ignorando— todas aquellas historias, como la mujer blanca que vivía a miles de millas de distancia. Suspiró con fuerza y miró por la ventanilla.

Antes de partir de la nueva ciudad, había ido a ver a Meng, llevándolo a un rincón de una casa de té, contándole lo que había sucedido y esperando, en cierto modo, que Meng se irritara por aquel insulto a su familia y dijera que él iría también, acompañando a su primo.

Pero Meng no lo hizo. Lo oyó, frunciendo las cejas, y dijo:

—Me parece que lo cierto es que mis tíos han oprimido al pueblo. Entonces, bien está que sufran. No voy a participar en sus sufrimientos, yo, que no he participado en sus pecados. —Y añadió—: Me parece que tú estás loco. ¿Para qué vas a ir a arriesgar tu vida por un viejo que ya debía estar muerto? No me preocupa nada de lo que pase. —Miró a Yuan, que estaba silencioso, desamparado en esta nueva calamidad. Y Meng, que no era del todo duro de corazón, puso su mano sobre la de Yuan y, bajando la voz, le dijo—: ¡Ven conmigo, Yuan! Una vez viniste, pero no con todo tu corazón... Únete ahora, total, verdaderamente, a nuestra nueva causa revolucionaria... ¡Ha llegado el tiempo de la verdadera revolución!

Pero Yuan, aunque dejó su mano quieta, movió negativamente la cabeza. Al ver esto, Meng apartó violentamente su mano, levantándose y diciendo:

—Bueno, entonces esta es nuestra despedida. Cuando tú vuelvas, yo me habré ido. Puede que no nos veamos más...

En el tren, Yuan recordaba la mirada de Meng, cuán bravo, impetuoso y alto se veía con su uniforme, y qué pronto, después de dichas aquellas palabras, se había alejado.

El tren seguía su ruta, en la tarde. Yuan suspiró, mirando a la gente que iba en el coche, los mismos pasajeros que siempre se encontraba en el tren: gordos comerciantes envueltos en seda y pieles, soldados, estudiantes, madres con niños que gritaban. Pero cerca de su asiento había dos muchachos, dos hermanos, que acababan de regresar del extranjero. Bien se notaba. Sus trajes eran nuevos, cortados a la última moda extranjera: pantalones amarillentos y, en el pecho, bordadas, unas letras extranjeras. Sus maletas de cuero eran brillantes y nuevas. Reían con frecuencia y hablaban fácilmente en lengua extranjera. Uno de ellos tenía un laúd, que empezó a tocar, y a veces cantaban juntos algunas canciones extranjeras que la gente escuchaba extrañada. Yuan entendía muy bien lo que decían, pero disimuló, pues estaba muy abatido para sostener cualquier conversación. Una vez que el tren se detuvo, oyó que uno le decía al otro:

—Cuanto más pronto empiecen a moverse las fábricas, mejor, a ver si podemos dar trabajo a estos desgraciados.

Otra vez oyó al otro, que se molestaba con el camarero por la negrura del paño que llevaba al hombro para limpiar las tazas de té; y ambos lanzaron fieras miradas al comerciante que iba junto a Yuan, porque tosía y escupía en el suelo.

Yuan veía y entendía todo esto, porque una vez lo había sentido él mismo. Pero ahora miraba al gordo toser y escupir repetidamente en el suelo, y lo dejaba. Ahora podía verlo y no sentirse ni avergonzado ni ultrajado; no, ahora dejaba que hicieran lo que les diera la gana. Aunque él no pudiera hacerlo, permitía que los otros lo hicieran. Pudo ver el negro trapo del camarero y no protestar contra él. Y podía soportar en silencio la suciedad de los vendedores en las estaciones. Estaba como acorchado, y sin saber por qué. Por lo menos, le parecía que no había esperanzas de cambiar a tanta gente. Bien se daba cuenta de que él no podría ser como Sheng y vivir sólo para sus diversiones; ni como Meng, y olvidar sus deberes para con su padre. Mejor para él, si podía ser completamente moderno y no dar importancia a nada, como sus dos primos, cada uno a su manera, y no ver, como ellos, sino lo que querían ver, y no encontrar ninguna ligadura irrompible. Pero él era como era y su padre aún era su padre. No podía rehuir el deber para con aquel viejo, que era su propio pasado, y, además, parte de él en cierto grado. Y así, pacientemente, continuaba Yuan su viaje.

Paró por fin el tren en la ciudad, cerca de la casa de tierra. Yuan bajó, pasó por la ciudad a toda prisa, y aunque no se detuvo a mirar nada, pudo ver que los bandidos habían pasado hacía poco tiempo por allí. La gente estaba silenciosa y asustada. Aquí o allá se veían casas quemadas, y sólo ahora se atrevían los dueños a salir y a mirar las ruinas. Yuan se encaminó a la calle principal, sin detenerse a ver la gran casa, pasó la puerta de las murallas y salió al campo, hacia el villorrio que recordaba, y así llegó otra vez a la casa de tierra.

Otra vez entró en el zaguán, en cuyas paredes vio sus versos juveniles, como si ahora los estuviera escribiendo. Pero no pudo detenerse a ver lo que le parecían. Llamó, y aparecieron dos personas. Una de ellas era el viejo colono, que ahora estaba sin dientes, viejísimo y solo, pues su esposa había muerto. El otro era el criado de confianza, el del labio leporino. Ambos gritaron al verle, y el criado, sin decir palabra, tomó la mano de Yuan y, sin saludarle como a su joven señor, le llevó apresuradamente hacia el cuarto interior, donde Yuan había dormido antaño. Allí, en la cama, yacía el Tigre.

Yacía quieto, débil, pero vivo; tenía los ojos fijos, mientras murmuraba todo el tiempo algo que él sólo debía entender. Cuando vio a Yuan, no demostró la menor sorpresa. Como un niño lastimoso, levantó las dos manos y dijo:

—¡Mira mis dos manos!

Yuan miró las dos viejas manos torturadas, y gritó, dolorido hasta el alma:

—¡Pobre padre mío!

Entonces pareció que por primera vez el viejo sentía su dolor, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Gimió un poco y dijo:

—Me hicieron daño...

Yuan tocó delicadamente los deformados pulgares del anciano, y dijo:

—Ya sé... Estoy seguro de que te maltrataron.

Y empezó a llorar en silencio, lo mismo que el viejo. Y así lloraron, a la vez, el padre y el hijo.

¿Qué podía hacer Yuan sino llorar? Veía que el Tigre estaba muy cerca de la muerte. Una terrible palidez cubría su rostro, y mientras lloraba su respiración era tan entrecortada, que Yuan sintió miedo y, queriendo dejarlo tranquilo, contuvo su llanto a duras penas. Pero el Tigre tenía otra cosa que decirle, y gritó, cuanto le permitían sus fuerzas:

—Se llevaron mi buena espada...

Sus labios temblaron, y se hubiera llevado a ellos las manos, siguiendo su antiguo hábito; pero las manos le dolían al moverlas, y las dejó quietas.

Nunca había sentido Yuan tal ternura por su padre. Olvidó todos los años pasados, y le pareció que siempre había visto al Tigre como ahora lo veía, con aquel simple, infantil corazón. Le dijo una y otra vez:

—Yo conseguiré que te devuelvan la espada, padre. Reuniré una cantidad de dinero y se la enviaré a ellos para que te la devuelvan.

Yuan sabía que no iba a poder hacer esto, pero dudaba si el viejo estaría vivo al día siguiente para pensar en su espada. Y le dijo cuanto se le antojó para consolarle.

¿Qué otra cosa podía hacer? El viejo se durmió, un poco más tranquilo. Yuan se sentó a su lado, y el criado le sirvió de comer, sin hablar, deslizándose de puntillas para no turbar el ligero sueño de su amo. Yuan, en silencio, estuvo allí junto a su padre, hasta que, cansado, reclinó la cabeza en una mesa y se quedó también dormido.

Cuando la noche se acercaba, Yuan despertó con mucho dolor en los huesos, se levantó y entró sin hacer ruido en el cuarto de al lado, donde estaba el criado, que, llorando, le contó la historia que Yuan sabía. Y añadió:

—Debemos dejar esta casa, porque los campesinos de las cercanías están llenos de odio y saben cuán abandonado está mi viejo señor. Ya habrían caído de nuevo sobre nosotros de no saber que habéis venido, mi pequeño general. Siendo vos joven, fuerte, no se han atrevido, por ahora, quizá... —Se detuvo un momento y, mirando a Yuan, le dijo—: Me gustaría que no llevarais un traje extranjero, mi joven señor, porque la gente del campo detesta ahora a los jóvenes que tanto les prometieron; porque, a pesar de sus promesas, llueve como siempre y esperamos nuevas inundaciones. Si ven vuestro traje extranjero, como el que llevan esos otros... —Hizo una pausa, salió, volviendo con su mejor vestido de algodón, que no tenía sino un par de remiendos, y dijo—: Poneos esto, señor, para que nos salvemos. Tengo también unos zapatos... Así, si os ven...

Yuan se puso la vieja vestidura, dudando de que sirviera para salvar a alguien. Además, el Tigre ya no estaba para ser llevado a ninguna parte, sino para morir allí,

donde había caído. Pero disimuló, porque sabía que el viejo y fiel criado no podía oír la palabra muerte.

* * * *

Pasó Yuan dos días junto a su padre, esperando. El Tigre no se moría. Mientras esperaba, Yuan pensaba si la señora iría o no. Tal vez no, ya que estaba tan dedicada al chiquillo de Ai-lan, al que amaba tanto. Pero la señora llegó. Al caer la tarde del segundo día, Yuan estaba sentado junto a su padre, que ahora se pasaba el tiempo durmiendo, excepto cuando le despertaban para comer o moverlo. La palidez se había hecho más oscura, y la envenenada carne moribunda despedía un olor que impregnaba el aire del cuarto. Afuera, la primavera brotaba, pero Yuan no había salido ni una vez a ver el cielo o la tierra. Pensaba en lo que le había dicho el criado, sobre que la gente odiaba a los jóvenes como él, y no quería excitar este odio, pura que su padre pudiera morir en paz, en su vieja casa.

Sentado junto al lecho, Yuan pensaba en muchas cosas, y sobre todo en lo extraña y confusa que había sido su vida, sin tener ahora nada a que asirse como una esperanza. Sus mayores, en los tiempos de ellos, eran claros y sencillos. Dinero, guerra, placeres...; esto era lo que llenaba sus vidas. Unos pocos lo entregaban todo a los dioses, como aquella tía suya y el matrimonio que vivía al otro lado del mar... Por doquiera, los viejos eran lo mismo: simples como niños, sin entender nada. Pero los jóvenes, los de su generación y su manera de ser... ¡Qué confusión en ellos! ¡Cuán poco satisfechos con los antiguos dioses y ambiciones! Por un momento recordó a aquella mujer, María, y pensó en cómo sería su vida... Tal vez como la vida de él; quizá también la vida de María careciera de un éxito, de una clara determinación... Fuera de todo aquello estaba Mei-ling, que había puesto su afición en una cosa que ella estaba segura de querer hacer... ¡Si él hubiera podido casarse con Mei-ling!

Entre estos inútiles pensamientos, oyó una voz. Era la de la señora. ¡Había acudido! Yuan se levantó y salió en busca de ella, para darle la bienvenida. Había deseado que llegase, más de lo que él mismo imaginaba. Allí estaba..., y, junto a ella, ¡Mei-ling!

Yuan, que ni había pensado ni esperado esto, sintió tal asombro que sólo pudo mirar un poco a Mei-ling y preguntar, tartamudeando:

—Pensé... ¿Quién se ha quedado con el chico?

Mei-ling le contestó con su tranquila y segura voz:

—Le pedí a Ai-lan que por una vez fuese a cuidarlo. La casualidad me favoreció, porque ha tenido una pelea con su marido, sobre si mira demasiado a no sé qué mujer, y le ha convenido irse a casa por unos días. ¿Dónde está tu padre?

—Vamos a verle inmediatamente —dijo la señora—, Yuan, he traído a Mei-ling pensando que podría ser útil y ayudarnos, pues sabe mejor que nosotros lo que hay que hacer.

Yuan no se detuvo. Las condujo junto a la cama donde yacía el Tigre.

Tal vez porque oyese voces de mujeres, a las que no estaba habituado, o por otra razón cualquiera, el Tigre salió por unos instantes de su sopor y abrió pesadamente los ojos.

La señora le dijo afablemente:

—Mi señor, ¿os acordáis de mí?

Y el viejo Tigre contestó:

—Sí, sí, me acuerdo. —Y se hundió en su modorra, de suerte que no se podía estar seguro de si era o no cierto lo que decía. Pero muy pronto volvió a abrir los ojos, miró a Mei-ling, y dijo cómo en sueños—: Mi hija...

Yuan le hubiera dicho quién era, pero Mei-ling le contuvo, diciéndole compasiva:

—Déjalo que me llame hija. Le queda poco que vivir... No lo molestemos...

Yuan se quedó callado, mirando al Tigre, sabiendo que no estaba en sus cabales. Era dulce para él oír que llamaba a Mei-ling por aquel nombre. Los tres, junto al lecho, esperaban. Pero el Tigre cayó en un sopor más profundo.

Aquella noche, Yuan habló con la señora y con Mei-ling, para decidir lo que era necesario hacer. Mei-ling dijo:

—No pasará de esta noche. Estoy convencida. Ya es prodigioso que haya vivido estos tres días... Tiene un bravo corazón resistente, pero no lo bastante fuerte para soportar el saberse a sí mismo derrotado. Además, la infección de sus heridas de la mano ha pasado a la sangre, y está envenenado y febril. Me di cuenta cuando le lavé y curé las heridas.

En efecto, mientras el Tigre dormía, Mei-ling, con la mayor habilidad, había lavado y curado las manos del anciano. Yuan la vio, y al mirar se preguntaba si era posible que aquella dulce criatura fuera la misma mujer encolerizada que le había gritado: «¡Te odio!».

Mei-ling iba y venía por la vieja y destartalada casa como si hubiese vivido siempre en ella, y de su pobreza logró sacar cuanto la hacía falta, cosas que Yuan no había soñado que pudieran usarse de aquel modo. Rellenó de paja un felpudo y lo colocó bajo la cabeza del moribundo, para que descansara más cómodamente; un ladrillo, que sacó de una vieja alberca, lo calentó en el hogar, poniéndolo junto a los helados pies del Tigre; hizo unas gachas con granos de mijo y se las dio a comer, y el Tigre, aunque no hablaba, las tomó sin murmurar como hacía antes para manifestar su desagrado. Yuan, un tanto avergonzado, porque no se le había ocurrido a él nada de esto, reconocía también que no hubiera sido capaz de hacerlo. Las fuertes y largas manos de Mei-ling podían hacer todo aquello con tanta suavidad y ternura que apenas parecían moverse.

Cuando ella hablaba, Yuan oía atentamente, creyendo cuanto le decía. La señora escuchaba al fiel criado, que les decía que debían partir en cuanto la muerte hubiera llegado, porque la negra suerte se cernía cada día más sobre aquel sitio. El viejo colono musitó:

—Cierto es, porque hoy salí, y oí que decían por doquiera que el joven señor había llegado para reclamar la tierra. Mejor es que partáis en seguida y esperéis hasta que hayan pasado estos malos tiempos. Yo y el viejo del labio leporino nos quedaremos; fingiremos que estamos con ellos, y en secreto trabajaremos para vos, joven señor. Pues es mala cosa querer romper la ley de la tierra. Los dioses no nos perdonarían si usamos medios ilegales... Los dioses que hay en la tierra conocen a los dueños que tienen derecho a ella.

Todo fue dispuesto. El colono fue a la ciudad, de noche, compró un ataúd y lo llevó a la casa mientras los otros dormían. Cuando el viejo criado vio el ataúd, tan sencillo y pobre como el de cualquier hombre del pueblo, lloró al pensar que su señor iba a yacer en aquella caja, y dijo a Yuan:

—Prometedme que un día volveréis a sacar sus restos y enterrarlos como se merecen, en un gran ataúd doble... ¡Es el hombre más valiente que he conocido, y de mejor corazón!

Yuan lo prometió, dudando, empero, si alguna vez podría llegar a cumplirlo. ¿Quién podía decir lo que sucedería en los días venideros? No había seguridad de nada en aquellos días..., ni aun para la tierra en que el Tigre sería en terrado pronto, junto a su padre.

En aquel momento oyó una voz que gritaba. Era la voz del Tigre. Yuan corrió, yendo Mei-ling tras él. El viejo Tigre los miró fijamente, muy despierto, y les preguntó:

—¿Dónde está mi espada?

Pero no esperó a que le respondieran. Antes de que Yuan pudiera repetir su promesa, el Tigre cerró los ojos, se durmió de nuevo y no volvió a hablar más.

Durante la noche, Yuan se levantó de la silla donde estaba al lado de su padre. Se sentía incapaz de descansar. Primero se acercó a su padre y púsole la mano en la garganta. Repitió esto de vez en cuando. Aún sentía que respiraba, muy débil, cada vez más débilmente. Era un recio corazón, sin duda, el del Tigre. Los espíritus se habían ido, pero aún latía el corazón, y así había de latir durante horas todavía.

Tan inquieto estaba Yuan, que tuvo que salir un rato. Llevaba varios días encerrado en la casa. Quería salir y respirar el aire frío unos minutos.

Así lo hizo. Y por encima de sus turbaciones, sintió que el aire era bueno y grato. Miró los campos. Los más cercanos eran suyos, por la ley, y aquella casa también, al morir su padre, pues así había sido determinado en los viejos tiempos, cuando murió su abuelo. Pensó en lo que le había dicho el viejo colono, cómo habían crecido los hombres de la tierra aquella, y recordó que ya en días lejanos habían sido hostiles para él y le miraban como a un extraño, aunque no estaban todavía tan decididos. Nada había seguro en aquellos días. Sintió temor. En esos tiempos, ¿qué cosa podría decirse que le pertenecía, que era suya? Nada tenía seguramente suyo, sino sus dos manos, su cerebro, su corazón para amar... Pero tampoco podía decir que era suya aquella a quien amaba.

Pensaba todo esto, cuando oyó que le llamaban suavemente. Volvióse y vio a Mei-ling en el umbral. Se acercó ella, que le preguntó:

—¿Está peor?

—El pulso, en su garganta, está cada vez más débil. Le tengo miedo al amanecer que se acerca —respondió Yuan.

—No voy a dormir. Esperaremos juntos —dijo Mei-ling.

Al oírla, el corazón de Yuan latió apresuradamente, pues le pareció que nunca había oído aquella palabra «juntos» dicha con tanta dulzura. Pero no halló nada que decir. Se apoyó en el muro de tierra, mientras Mei-ling seguía en la puerta, y ambos miraban los campos iluminados por la luna.

Se acercaba la mitad del mes, y la luna estaba muy clara y redonda. Entre ellos, mientras miraban, creció el silencio, y pronto se hizo difícil de soportar. Yuan llegó a sentir su corazón tan ardiente y atraído hacia aquella mujer, que pensó debía decir algo corriente, y oír que ella le contestaba, oír su voz, puesto que sería locura tomar la mano de quien le odiaba. Dijo, con voz titubeante:

—Estoy contento de que hayas venido... Has aliviado tanto los sufrimientos de mi padre...

A lo que ella contestó:

—Y yo estoy contenta de haber podido ayudar en algo. Yo quise venir.

Y guardó silencio. Yuan trató de hablar de nuevo, y dijo, bajando la voz para armonizarla con la dulzura de la noche:

—¿Te importaría...? ¿Tendrías miedo de vivir en un sitio tan solitario como este? Yo pensaba que me gustaría vivir aquí... Antes, cuando era niño, quiero decir... Ahora, no sé.

Ella miró los campos iluminados por la luna, la franja plateada del villorrio, y dijo, pensativa:

—Yo puedo vivir en cualquier parte. Pero es mejor para la gente como nosotros vivir en la nueva ciudad. He pensado mucho en esa nueva ciudad. Quiero conocerla. Me gustaría trabajar allí... Tal vez llegue a hacer un hospital en la ciudad nueva... Añadir mi vida a su nueva vida... Nosotros pertenecemos..., nosotros, los jóvenes..., nosotros...

Se detuvo, y rio un poco. Yuan oyó su risa y volvió los ojos hacia ella. En aquella mirada, ambos se olvidaron de donde estaban; olvidaron al moribundo y que la tierra ya no era seguramente de nadie; lo olvidaron todo, excepto aquella mirada. Yuan murmuró, sin apartar sus ojos de los de ella:

—Una vez dijiste que me odiabas.

Y ella, con voz temblorosa, repuso:

—Te odié, Yuan... Sólo en aquel momento.

Los labios de Mei-ling se entreabrieron. Continuaban mirándose. Yuan no pudo apartar la vista de aquella cara, de aquellos labios, que por un momento dejaron ver la lengua de Mei-ling, que los humedecía. De pronto, Yuan sintió que sus propios labios

ardían. Una vez, unos labios de mujer habían tocado los suyos, y le habían producido repugnancia... ¡Pero quería tocar aquellos labios de esta otra mujer! De pronto, tan claramente como nunca había querido nada, quiso esto. No pudo pensar en otra cosa. Se adelantó, rápido, y unió sus labios a los de Mei-ling.

Ella se quedó quieta y le dejó que la besara. Aquella carne era la suya... Yuan lo sentía... Su misma carne, de la misma raza... Se retiró, mirándola. Ella le sonrió. Y a la pálida luz de la luna, Yuan pudo ver que las mejillas de Mei-ling estaban enrojecidas y que sus ojos brillaban.

Ella dijo, tratando de que su voz fuese tranquila:

—Estás muy distinto con este traje. No estaba acostumbrada a verte así...

Por un momento, Yuan no pudo responder. Se extrañaba de que ella pudiera hablar así después de aquel contacto de sus labios; que pudiera mantenerse tan serena, con las manos a la espalda, como antes, sin moverse. Le preguntó:

—¿No te gusta...? Parezco un granjero.

—Me gusta... —dijo ella con sencillez. Y mirándole largamente, añadió—: Te cae bien... Parece más natural en ti que los trajes extranjeros.

—Si te gusta, llevaré siempre estos vestidos...

Ella movió la cabeza, sonriendo, y le dijo:

—Siempre, no... Algunas veces, bueno. Unas veces uno, otras veces otro. Según la ocasión... Uno no puede ser siempre lo mismo.

De nuevo se miraban sin apartar los ojos, en silencio. Habían olvidado por completo a la muerte. Para ellos ya no había muerte. Pero Yuan tenía que hablar. Si no, ¿cómo soportar aquella mirada?

—Eso..., eso que acabo de hacer..., es una costumbre extranjera... Si te disgusta... —dijo, mirándola todo el tiempo; y hubiera querido pedirle perdón si aquello la hubiese disgustado. Pensó si ella sabría qué era un beso. Pero no pudo decir palabra. Calló, sin dejar de mirarla.

Ella dijo lentamente:

—¡No todas las costumbres extranjeras son malas!

Y de pronto dejó de mirarle. Bajó la cabeza y miró al suelo, tan azorada y vergonzosa como podía haberlo estado una doncella al estilo antiguo. Yuan vio que sus pestañas se movían. Por un momento, pareció titubear, como dispuesta a irse y dejarlo allí solo.

Pero no se fue. Continuó inmóvil, como dominándose, y miró a Yuan clara y decididamente, sonriendo, esperando. Yuan lo vio.

Su corazón empezó a palpar y a enardecerse, hasta que llegó a sentir como si le llenara todo el cuerpo. Rio en la noche. ¿Qué había temido un momento antes?

—Nosotros dos —dijo—, nosotros dos..., no debemos temer nada.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] El sésamo o ajonjolí (*Sesamum indicum L.*), cuya semilla es el ajonjolí, es una planta cultivada por sus semillas ricas en aceite, que se emplean en gastronomía, como en el pan para hamburguesas. También es usado para hacer dulces. (N. del Editor) <<

[2] La mojama es una salazón de atún, hecha con los lomos tras sufrir un proceso de curación en salazón y oreo. (N. del Editor) <<

[3] albaricoques. (N. del Editor) <<

[4] Desván, parte más alta de la casa. (N. del Editor) <<

[5] tierra muy fértil. (N. del Editor) <<

[6] Que siente o muestra excitación sexual, lascivo; propenso a riñas y pendencias. (N. del Editor) <<

[7] Pagoda es el edificio de varios niveles común en varios países asiáticos, entre otros China, Vietnam, Japón, Tailandia y Corea. La mayoría de las pagodas se construyeron con fines religiosos, principalmente como parte del budismo, por lo cual se localizan cerca o dentro de templos budistas. (N. del Editor) <<